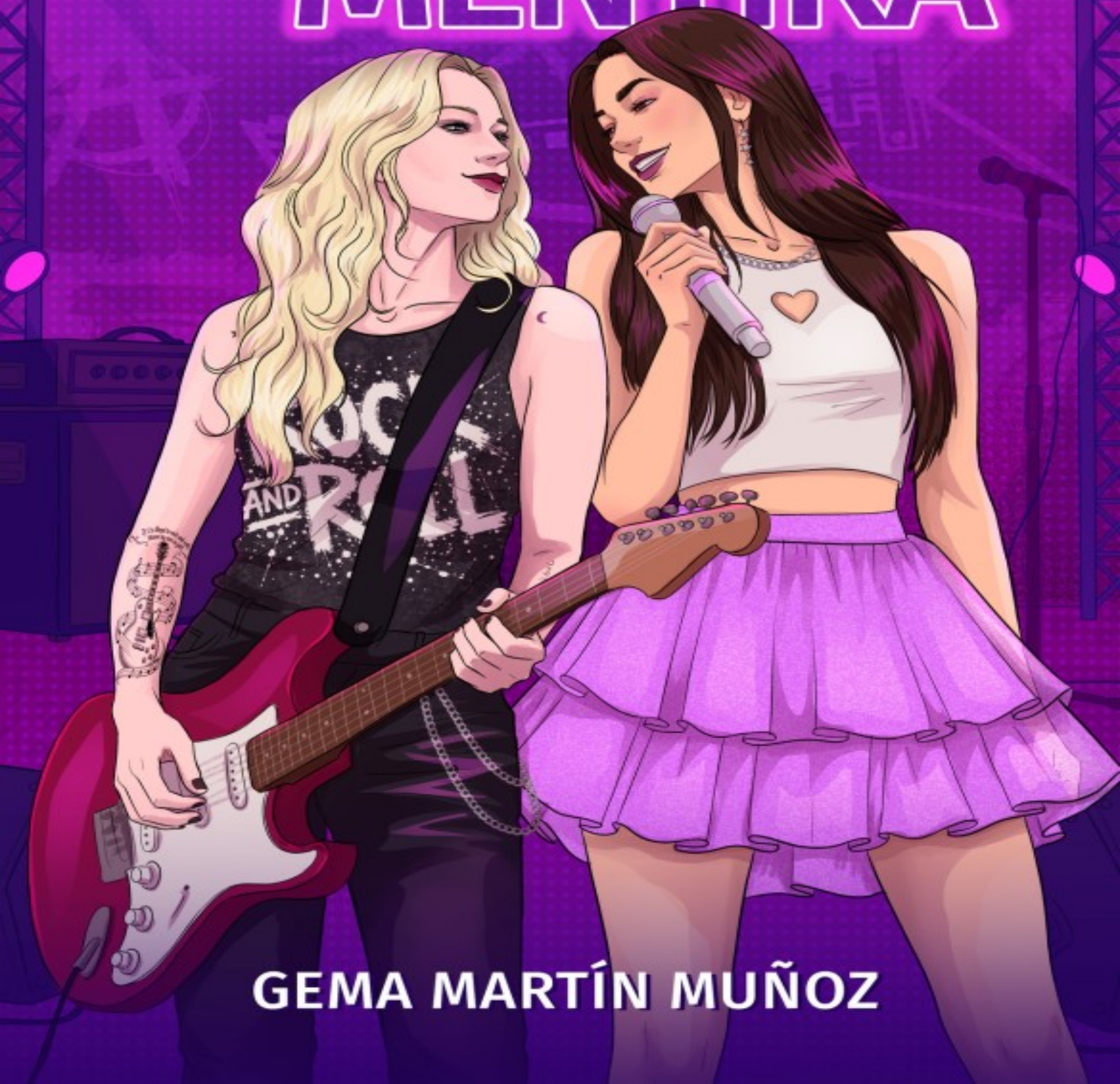
# Las protagonistas de NUESTRA MENTIRA



GEMA MARTÍN MUÑOZ

# Las protagonistas de NUESTRA MENTIRA

GEMA MARTÍN MUÑOZ

Título: Las protagonistas de nuestra mentira
© Gema Martín Muñoz, 2026

Diseño de la cubierta: Adela Aragón (@adela_aragon_art)
Maquetación: Gema Martín Muñoz
Separadores de escena del interior: Freepik (diseñados por @User15245033 y @Studiogstock)

Aviso de contenido sensible (si consideras que es *spoiler,* sáltate este apartado): En esta historia se menciona el fallecimiento del hermano de una de las protagonistas, ocurrida en el pasado.

Esto es una obra de ficción. Los personajes, nombres, hechos, lugares y situaciones narradas son producto de la imaginación de la autora o se han utilizado de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con acontecimientos reales, es pura coincidencia.

El nombre «Lapislázuli» utilizado para la banda de rock es una invención de la autora y no guarda relación con ninguna banda o grupo musical existente. Cualquier semejanza con el nombre de otra banda o grupo musical en la vida real también es pura coincidencia.

Obra publicada originariamente en Wattpad desde el 11/05/2024 al 06/04/2025.

© Todos los derechos reservados.
No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

## SINOPSIS

¿Qué harías si, para salvar tu carrera, tuvieras que fingir una relación con una persona totalmente opuesta a ti?

Iris, la guitarrista de la banda de rock española más famosa del momento, detesta ser el centro de atención. Siempre ha preferido quedarse en segundo plano y observar la vida desde una distancia prudente, como si fuera una fiel espectadora.

Gabrielle, la chica del tutú y el brillibrilli, es una de las divas del pop más conocidas de Francia y medio planeta. Desde que tiene uso de razón, ha vivido rodeada de fama, cámaras y focos, pero a veces solo quiere poder ser ella misma sin que nadie la juzgue.

Tras una fiesta de celebridades, las dos artistas se ven envueltas en un incidente que desatará una guerra mediática entre sus fans. La única solución posible: fingir que son pareja ante el mundo entero.

Pero ¿y si ese romance falso termina siendo mucho más real de lo que jamás imaginaron?

**ÍNDICE**


1. Iris

2. Gabrielle

3. Iris

4. Gabrielle

5. Iris

6. Gabrielle

7. Iris

8. Gabrielle

9. Iris

10. Gabrielle

11. Iris

12. Gabrielle

13. Iris

14. Gabrielle

15. Iris

16. Gabrielle

17. Iris

18. Gabrielle

19. Iris

20. Gabrielle

21. Iris

22. Gabrielle

23. Iris

24. Gabrielle

25. Iris

26. Gabrielle

27. Iris

28. Gabrielle

29. Iris

30. Gabrielle

31. Iris

32. Gabrielle

33. Iris

34. Gabrielle

35. Iris

36. Gabrielle

37. Iris

38. Gabrielle

Epílogo

ACERCA DE LA AUTORA

OTRAS OBRAS

*Prefiero ser odiado por lo que soy que amado por lo que no soy.*

*— Kurt Cobain*

Escanea el siguiente código de Spotify para disfrutar de la banda sonora que ha inspirado esta historia. También puedes buscarla con el nombre «Las protagonistas de nuestra mentira (Lapislázuli 2)» o encontrarla en mi perfil: @gema_martin_munoz



# 1. Iris

—No estás borracha —me hablo a mí misma frente al espejo del baño, con las manos apoyadas en el lavabo e intentando convencerme de que estoy sobria—. Vas a salir de aquí y vas a caminar con la cabeza bien alta.

Escucho a Candela tirar de la cadena y, segundos después, abandona el habitáculo en el que se había encerrado.

—Se me ha perdido un pendiente —me dice, y recorre con su vista cada baldosa, agobiadísima—. ¿Lo has visto por algún sitio? Necesito encontrarlo; es el que me regaló Gerard.

—Ni idea, tía. —Me esfuerzo en respirar hondo sin apartar de mi reflejo mi mirada grisácea, maquillada de negro—. No estoy borracha.

Me echo agua fresca por la cara para espabilarme y Candela se lava las manos. Cuando dejamos atrás el servicio de mujeres, nos reunimos con los otros dos integrantes de Lapislázuli en el pasillo, que nos están esperando para irnos al hotel.

Ahora que formamos parte del gran mundo de la asquerosa farándula, nos han invitado a asistir a un evento de famosos en Madrid, pero el tema del alcohol se me ha descontrolado un poco y estoy haciendo malabares para permanecer erguida.

—¿Habéis visto mi pendiente? —les pregunta Candela a Rober y a Dani, atacada de los nervios.

—¿Te refieres a este? —Rober se esconde un mechón de pelo tras la oreja para enseñarnos el aro de plata enorme que ha perdido su hermana.

Candela le echa la bronca y casi le arranca la oreja por el tirón que le da al recuperar su pendiente; Rober solo se defiende, con la excusa de que se lo había encontrado en el suelo.

Me agarro al brazo de Dani con fuerza, porque mi alrededor da vueltas sin parar y seguro que, de un momento a otro, mi mente va a decir «basta». Encima, tengo que soportar a los otros dos peleándose por un simple pendiente y a famositos pasando por nuestro lado, gritando y riendo a carcajadas; algunos nos saludan animados, pero yo los ignoro porque bastante tengo con el pedo que llevo a cuestas.

—¿Te encuentras bien? —quiere saber Dani, preocupado.

—No estoy borracha —repito como un mantra, más por convencerme a mí misma que a él.

—Vale, pero no te sueltes de mí cuando salgamos a la calle, por si acaso, y mantén la vista en un punto fijo.

Los cuatro ponemos rumbo hacia la salida de este recinto, detrás de un montón de artistas; yo, sin soltarme del brazo de mi amigo. Sin embargo, cuando hacemos acto de presencia en el exterior, una manada de fans, tras unas vallas, comienza a gritar el nombre de nuestro grupo y el de cada integrante; los de Rober y Dani son los que más se oyen porque son los favoritos, y no entiendo por qué.

Miles de *flashes* se estampan contra mi cara y siento que algo asciende por mi garganta. Rober y Candela se aproximan a la gente para saludar y hacerse fotos, igual que los demás famosos, pero yo freno en la puerta, junto a Dani, para planear mi camino hasta el taxi sin parecer que voy como las Grecas ni que los fans piensen que me importan un pimiento, porque hay varios que me están llamando.

—¿Te ves capaz de acercarte a la gente? —me pregunta mi amigo—. Porque no quiero comportarme como un prepotente y que me odien, que le tengo que quitar el puesto de favorito a mi Robbie. Es mi único propósito en la vida después de ganar EuroStars y de que Axel me coloque un anillo en el dedo, algún día bastante lejano. —Hace una breve pausa—. Mmm… Vale, creo que se me está yendo la lengua, también por culpa del alcohol, porque eso último no lo he dicho yo.

Está hablando demasiado y yo no puedo retener ninguna información.

—Ve tú —lo animo—. Yo iré sola hasta el taxi. Me da lo mismo que me etiqueten como «la gruñona de la banda», porque es lo que soy.

Dani me desea suerte y se aleja de mí para atender a sus admiradores. Yo me centro en cerrar los ojos, respirar hondo y contar hasta tres en mi cabeza antes de salir escopetada. A medida que avanzo para refugiarme en el taxi, con la mirada clavada en frente de mí y la espalda bien recta, algunos vociferan mi nombre y me piden que me haga una foto con ellos, pero yo, sintiéndolo en el alma, los ignoro para no hacer el ridículo y evitar que mi cara de borracha protagonice cada publicación de las redes sociales, ahora que tengo una reputación que cuidar.

Agradezco a la Iris de hace unas horas el haber elegido como calzado unas cómodas Converse y no unos kilométricos tacones para simular ser más alta y acabar besando el asfalto, así como unos pantalones de cuero en lugar de un vestido o una falda corta para que no se me vean las bragas cuando me tropiece con algún objeto invisible o con mis propios pies.

—¡Iris! —continúo escuchando mi nombre.

Lo que sea que esté subiendo por mi esófago cada vez lo hace más rápido y me provoca unas cuantas arcadas; los *flashes* de las cámaras y de los móviles convierten mi cabeza en una batidora con la velocidad al máximo y les queda poco para dejarme cieguísima. Los ladridos de los malditos fans (con perdón, que yo los quiero mucho y los aprecio, por algo estoy donde estoy) destrozan mis tímpanos y causan que casi me explote el cerebro.

Cuando la montaña rusa en la que me encuentro inmersa me marea lo suficiente, mi cuerpo no aguanta más y me agarro a lo primero que tengo más cerca para no desplomarme: un trozo de tela esponjosa.

Pero me caigo al suelo igualmente, con ese trapo pegado a mi mano. Frente a mi cara, hay unos pies cubiertos por unos taconazos blancos; sus uñas, pintadas de un color violeta cegador con motitas de purpurina.

Recorro con la mirada las piernas bronceadas del dueño de esos zapatos (o mejor dicho, de su dueña) y la detengo en sus bragas de

encaje blancas. Sigo alzando la vista por su ombligo y el top corto de tirantes blanco hasta llegar a su rostro horrorizado, aunque no sé muy bien cómo adivinar su expresión por lo atontada que voy. Después, analizo la tela que sostengo y descubro que es un tutú violeta.

—¡Eh! ¿Se puede saber qué haces? —me espeta con un acento con el que deduzco que no es española.

Si los berridos de la gente me han descuartizado los oídos, los de esta persona chillona son como cientos de granadas inmolándose en el interior de mi conducto auditivo.

—Perdona, tronca —me disculpo, y no sé de dónde saco la energía y las fuerzas para levantarme, aunque lo hago tambaleándome.

Lo siguiente que hace la desconocida es engancharse a mi pelo e hincarme sus uñas puntiagudas en el cuero cabelludo mientras suelta palabras extrañas por la boca, que creo que pertenecen a algún idioma que no controlo y que tienen toda la pinta de ser insultos, porque la pava parece muy cabreada.

No me atrevo ni a mirarla a la cara. No porque me muera de la vergüenza por lo que acaba de suceder delante de tantas personas, sino porque esta tía no me lo permite por los tirones que me está dando en el pelo, que me lo quiere arrancar para fabricarse una peluca rubia y esconder su melena castaña en ella; por no hablar de que es mucho más alta que yo, gracias a los tanques que calza.

Dani es el único de mi grupo que tiene la decencia de venir para separarnos y librarme de ser la víctima de un homicidio nada imprudente.

—Relájate, ¿no? —le habla mi amigo con brusquedad, y las manos de la desconocida se desenredan de mi cabello—. Que no estáis en igualdad de condiciones. ¿No ves que mi amiga va borracha y es diminuta?

Yo me aferro a su brazo para no desmayarme, porque estoy a puntito de perder el conocimiento.

—¡Mira lo que me ha hecho! —se defiende la pava, que me arrebata el tutú empalagoso y se lo enseña a Dani—. Me lo vais a tener que pagar, que mis estilistas me lo han diseñado a medida.

Ante sus berridos, hago hasta lo imposible para cotillear la escena que me rodea: Candela está tirada en el suelo, descojonándose de la risa y pataleando; Rober ni se ha inmutado porque está haciéndoles caso a sus fans; y la gente tras la valla nos contempla con curiosidad, riéndose, fotografiándonos y grabándonos.

Miedo me dan los futuros memes. Menuda manera de dar el salto a la fama. Adiós a nuestra reputación.

En cuanto termino de apreciar el panorama, mi vista se posa en la payasa a la que casi dejo en bolas, y es entonces cuando caigo en la cuenta de que me resulta familiar, porque la he visto por la televisión, por las redes sociales y en la fiesta de esta noche.

Entrecierro los ojos para inspeccionar su rostro y hacer memoria.

Joder, es Gabrielle Leroux, una de las cantantes poperas más famosas de Francia y del mundo entero.

No hace falta esperar unas horas, ni siquiera unos minutos, para que internet arda; me apuesto la guitarra eléctrica de mi hermano a que ya lo está haciendo.

Adiós también a la futura victoria de Lapislázuli en EuroStars.

Y ahora que me acuerdo de ese tema… Aún no me creo que mi banda vaya a participar en ese festival europeo. Hace unos meses nos apuntamos al *casting* con una nueva canción que habíamos compuesto y, por increíble que pudiera parecer, a la gran mayoría de españoles les gustó y nos votaron en masa.

Alucinante. Todavía no logro asimilarlo. Hasta hemos tenido que buscar a una mánager para que sea el adulto funcional de la banda y nos eche una mano con lo que se nos ha venido encima de la noche a la mañana.

Mánager que debe de estar echándome un mal de ojo presenciando esto, porque gasta más mala leche que yo.

Dani y la francesa continúan discutiendo entre ellos (mi amigo, sin dejar de sostenerme para que no me vuelva a comer el suelo), y un par de guardaespaldas, que trabajarán para la tal Gabrielle, surgen de la nada para poner orden. Luego los tres desaparecen,

aunque ella, conforme camina, mantiene su cabeza girada hacia mí para dedicarme miradas de desprecio.

Y todo por haberle arrancado el tutú, que más feo no puede ser.

Mi amigo me ayuda a andar y, cuando me quiero dar cuenta, ya estoy acomodada en el taxi con los demás lapislázulis; en el asiento trasero, entre Dani y Rober, ya que Candela ha plantado su culo en el del copiloto.

Durante el trayecto hacia el hotel, mis amigos no paran de comentar, entre risas, la escena tan surrealista que he montado, e incluso el taxista menciona que nos vayamos olvidando de los puntos de nuestros vecinos franceses cuando participemos en el festival, porque cada habitante de ese país nos odiará a muerte por habernos metido con una de sus artistas más importantes. Yo no interactúo porque no me apetece; solo mantengo la cabeza recostada en el hombro de Rober a la vez que sujeto una bolsa de plástico por si a mi estómago le da por vaciarse.

Y por supuesto que lo hace. Como si no hubiera un mañana.

Los ocupantes del taxi se quejan y abren las ventanas para no terminar potando ellos; yo tengo muchísimas ganas de morirme, de tirarme en plancha sobre la cama de mi habitación del hotel o de provocarme un coma hasta mañana.

Bueno, hasta mañana, no. Mejor hasta pasado mañana, cuando se me pase la resaca, pueda actuar con coherencia y logre comportarme como una persona decente, no como un deshecho humano.

Una vez que llegamos al hotel, mis amigos me obligan a meterme en la bañera para que se me esfume el embobamiento, con la alcachofa de la ducha apuntando hacia mi careto y empapándome con el agua helada, con ropa incluida.

—¡Joder, está congelada! —protesto abrazándome a mí misma.

—Haberlo pensado antes de beberte hasta el agua de los floreros —me regaña Dani, que está asomado por el hueco de la cortina para vigilarme por si me resbalo.

Candela y Rober pasan directamente de mí porque uno está mirándose en el espejo, entretenido con su melena larguísima, y la

otra está haciendo pis sentada en el váter y riéndose a carcajadas, con la vista posada en su móvil.

—La de memes que está creando la gente no es normal —nos dice Candela sin parar de desternillarse—. Algunos están empezando a *shippear* a Iris con la francesa, y alguien ha escrito «si tanto quería desnudar a Gabrielle, que lo hubiera hecho en privado y no delante de tantas cámaras».

—Están enfermos —murmuro tiritando, con el chorro de agua cayéndome en toda la jeta.

—Se veía venir —interviene Dani, divertido, que cierra el grifo y me pasa una toalla—. *Gabiris Forever.*

Me desnudo, me cubro el cuerpo con la toalla para intentar entrar en calor y me dejo caer en la bañera, muerta de frío y agonizando.

—Algún imbécil me ha pegado un chicle en el pelo —nos informa Rober, como si lo que le ha ocurrido fuera la mayor tragedia del mundo.

Dani deja de espiarme para acercarse a él, alarmado, y observar el estropicio que algún gracioso le ha hecho; Candela sigue meándose de risa (literalmente, porque aún no se ha despegado del váter) por cada meme que se encuentra de la francesa y yo.

—Yo flipo —suelto—. Unos memes absurdos y el pelo de Rober son más importantes que vuestra guitarrista moribunda y borracha a la que le está dando un patatús.

El dueño de la melena comenta «es que mi pelo es sagrado y lo único que atrae a los fans» y Dani, que ya ha analizado el chicle pegajoso, dice que lo siente en el alma, pero que le tendrá que cortar un trozo de cabello porque eso no hay quien lo arregle. Rober, como era de esperar, le responde que, antes de cometer tal sacrilegio, se corta la polla.

—Buscad algún tutorial en internet; yo qué sé —les aconsejo, y me levanto con torpeza de la bañera, rezando para no desnucarme —. Me voy a dormir la mona. Buenas noches.

En la habitación, me termino de secar, me pongo una camiseta vieja que me he traído para dormir y me meto en la cama, sin desmaquillar y con el pelo chorreando. Me da igual despertarme

como un mapache o con una pulmonía; solo necesito hibernar durante cien años y cruzar los dedos para que la pava del tutú no emprenda acciones legales contra Lapislázuli (o contra mí, más bien) por haber producido un escándalo público.

No pienso mirar las redes cuando me levante. Me importa entre cero y menos infinito que vengan los lameculos de la francesa a insultarme a mi perfil de Instagram para defenderla o que los fans de Lapislázuli se metan con ella. Yo no voy a entrar al trapo, tan solo seré la espectadora de este linchamiento, a pesar de que una de las protagonistas de esta disparatada guerra sea yo.

# 2. Gabrielle

Unos golpes en la puerta de mi habitación me despiertan e interrumpen el sueño tan fantástico que estoy teniendo, donde aparezco tomando el sol en una playa del Caribe, acompañada de un mojito y alejada de roqueras destrozatutús. Como no abro, la persona aporrea la madera tres veces más y yo suelto un bufido.

—*Ma chérie*, soy yo —me habla Lucien, mi representante, tras la puerta—. Ábreme, que tenemos que arreglar unos asuntos urgentes.

Me deshago del antifaz que uso para dormir y lo abandono sobre el colchón. Me levanto de la cama, estirándome y bostezando, y abro, superdespeinada y con las legañas adornando mi rostro.

Lucien es mi mejor amigo y la única persona en la que confío, por eso lo elegí como mánager hace unos años; él no dudó en aceptar mi oferta cuando se la propuse.

—¿Qué quieres? —le pregunto con voz cansada—. ¿Sabes qué hora es?

¿Cuántas horas he dormido? No habré llegado ni a tres.

Necesito coger un avión y apalancarme en mi chalet de Barcelona, con mi gatita Bartolamiau, para descansar durante una semana entera de tanto evento agotador.

—Menuda cara tienes, Gabby —me responde mi amigo sin saludarme ni darme los buenos días, tras analizarme con sus escrutadores ojos marrones, sorprendido—. La peor cara de la historia de tus caras, sin ofender. Una pena que no existan filtros en la vida real, porque eso no te lo arregla ni el maquillaje.

Él, como siempre, está fresco como una lechuga, como si no se acabara de levantar, ataviado con ropa impoluta: un traje violeta con dibujos de soles, sin ninguna arruga.

—En serio, ¿qué quieres tan pronto? —insisto pasándome una mano por la cara, porque me duele la cabeza del estrés—. Todavía quedan unas horas para que nos marchemos.

Lucien me da un pequeño empujón con el que me aparta de la puerta y se adentra en la habitación; yo cierro y apoyo la espalda en la madera para escuchar lo que me tenga que decir.

—Debemos solucionar un problemita ya —me dice apuntándome con su bolígrafo, que contiene un pompón blanco en lo alto, acompañado de la figura de un unicornio; con la otra mano sujeta su carpeta blanca con un estampado de estrellas plateadas—. Así que date una ducha corta, vístete, maquíllate y pide que nos traigan el desayuno, que tenemos prisa. En treinta minutos hemos quedado. —Le echa un vistazo al reloj de su muñeca—. En veintiséis, para ser exactos.

—¿Con quién y para qué?

Esto es lo que más detesto por haber crecido entre bambalinas: los planes improvisados. A mí me tienen que avisar, como mínimo, con una semana de antelación.

A veces, lo dejaría todo para volverme a la casa de mis padres, en un pueblo de París, y ayudarlos con la cafetería. Sin embargo, en otras ocasiones, pienso que soy una afortunada por dedicarme a lo que me gusta, aunque haya varios lados negativos: la fama, aguantar a famosas de pacotilla que destrozan faldas de tul y que casi te desnudan frente al público, y no poder salir ni en pijama a la calle, porque siempre te encuentras con gente que te pide una foto o con algún paparazi que captura una imagen tuya cuando menos te lo esperas.

—Solo te diré una palabra: Lapislázuli.

Algo me estaba oliendo desde que me ha despertado como un sargento.

Una vez que estoy duchada, arreglada y con el estómago lleno gracias al desayuno que una simpática camarera de pisos me ha traído, Lucien me guía por los pasillos del hotel y nos detenemos frente a una de las habitaciones. Él da un par de golpecitos con sus nudillos y aguardamos a que nos abra algún miembro de esa banda de rock.

—¿Por qué hemos quedado con ellos? —le pregunto en un susurro—. ¿Tengo que hacer las paces con la rubia?

—Ahora lo descubrirás.

En cuanto se abre la puerta tan rápido y con tanta brusquedad, mi amigo y yo damos un respingo.

Es la mánager de Lapislázuli.

Tengo la sensación de que en esa banda son todos unos antipáticos con el ego por las nubes, incluso la mujer regordeta y alta que tengo delante, que nos contempla con una expresión de querer asesinarnos. Tampoco se me escapa el escrutinio que nos hace con su mirada oscura, de arriba abajo y viceversa, y su ligero fruncimiento de nariz.

Da miedo. ¿Será la guardaespaldas también?

—Buenos días, dulzura —saluda Lucien a la mujer con educación, que no para de observarnos de brazos cruzados.

«Dulzura» es el término menos adecuado para describirla. Más bien parece la humanización de un perro de raza peligrosa.

—Os habéis adelantado cinco minutos —nos habla ella con voz firme y hartazgo, y se echa hacia un lado, dejándonos un hueco para que podamos pasar—. Entrad.

Intercambio una breve mirada con mi amigo y él hace un ademán con la mano a la vez que dice «las damas primero», de modo que no me queda más remedio que armarme de coraje y ser la valiente que se adentra en la habitación de esos energúmenos, con Lucien pisándome los talones.

Persigo a la mujer, curioseando mi alrededor, y mis tacones son lo único que resuenan en el interior. Durante el par de pasos que doy, el tiempo se me hace interminable y me visitan las ganas de salir huyendo. No tengo que caminar demasiado, ya que esta estancia es mucho más pequeña que la mía, con dos camas de matrimonio en vez una, y no cuenta con un pequeño recibidor, por lo que, nada más entrar, veo lo que hay dentro.

La mujer me indica con su palma que tome asiento en una silla, frente a las dos camas, y yo la obedezco, porque tampoco me parece una idea fabulosa no hacerle caso, que es capaz de cogerme del cabello y revolearme por el balcón. Me siento con las piernas

cruzadas, una encima de otra, y entrelazo mis manos sobre una rodilla; Lucien decide quedarse de pie, igual que la mánager.

—¡Todos aquí ahora mismo! —exclama ella, y yo casi me caigo de la silla por el sobresalto—. ¡Quien esté en la ducha, que se ponga una toalla y se presente aquí, si no, lo saco de los pelos! ¡Me da igual que esté en bolas!

Los integrantes de Lapislázuli aparecen uno detrás de otro al escuchar los berridos de la mujer. Primero entran de la terraza la choni del *eyeliner* y el melenudo; la primera, vestida con ropa de su estilo roquero y el segundo, con un albornoz blanco mientras come fresas con nata. Después, sale del baño el que tiene más cara de yonqui, que se queja de que no le ha dado tiempo a arreglarse el pelo, que lo tiene húmedo y sin peinar; la última, que es la rubia que me rompió el tutú y que también estaba en el servicio, se presenta con solo una toalla gris rodeándole el cuerpo, desde el pecho hasta los muslos, porque imagino que acaba de salir de la ducha, y además me está mirando con cara de póquer, como si no se esperara que yo fuera la invitada.

Los cuatro se acomodan delante de mí; los chicos se sientan a los pies de una de las camas, la destrozatutús en la otra y la choni en el suelo, en posición de indio. Sobra decir que todos me contemplan con curiosidad. Menos la rubia, que ahora parece que quiere abalanzarse sobre mí de un momento a otro para estrangularme con esas manos con las uñas pintadas de negro. Pero así, sin una pizca de maquillaje con tonos oscuros en su rostro, sus rasgos lucen más dulces y no como una muerta viviente.

—Os preguntaréis por qué os hemos reunido aquí… —comienza a hablar la mujer, que se llama Bruna, porque el melenudo se ha dirigido a ella con ese nombre hace unos segundos.

—Eso me gustaría saber a mí —interviene la rubia gruñona, sujetándose la toalla con fuerza para que no se le desprenda y la deje desnuda delante de seis pares de ojos.

—Dejadnos hablar —nos pide Lucien mostrándonos las palmas para indicarnos que esperemos—. Procurad manteneros callados hasta que terminemos.

Los cinco artistas obedecemos y escuchamos a los representantes con atención mientras nos narran el problemón en el que nos hemos metido por culpa de la rubia.

Resulta que las redes sociales llevan incendiadas desde anoche, justo cuando esa chica, que iba más borracha que una cuba, me arrancó mi preciada falda de tul. La gente ha comenzado varios conflictos y Lucien está seguro de que alguno explotará en una Tercera Guerra Mundial: los fans de Lapislázuli contra los míos; los habitantes de España contra los de Francia; la mitad de Europa contra la otra mitad; el resto del planeta contra Europa; y los admiradores de la tortilla de patatas con cebolla contra los raritos a los que les gusta sin cebolla, como yo. Internet se ha llenado de memes de nosotras (se supone que son graciosos), de vídeos y fotos que capturaron el instante exacto, de *fanarts* donde nos *shippean* a la rubia y a mí (lo que me faltaba por oír), de insultos y de *fanfics* que han subido a plataformas de escritura los enfermos que nos emparejan.

—Para detener esta especie de guerra que se ha formado en las redes y para que esto no afecte a vuestra reputación, Bruna y yo hemos encontrado una solución para calmar las aguas —nos cuenta Lucien.

Bah, seguro que se refiere a un comunicado oficial en los perfiles de cada artista, donde afirmaremos que lo de anoche fue un malentendido; luego, cada uno para su casa. El pan de cada día de los famosos cuando la lían frente a las cámaras, a pesar de que yo no tenga nada de experiencia en esta clase de dramas. Durante el tiempo que llevo metida en el mundo de la farándula, solo he sido el centro de atención una vez: hace unas semanas, cuando rompí con mi ex, un modelo francés superfamoso, y los periodistas y la gente hicieron suposiciones sin que nosotros hubiéramos dicho nada sobre nuestra ruptura.

—Las dos implicadas —continúa hablando Bruna, y nos señala a la rubia y a mí con su dedo índice— vais a publicar un vídeo en vuestras historias de Instagram anunciando que lo ocurrido anoche fue un malentendido, vais a disculparos ante el planeta y vais a fingir que sois las mejores amigas del mundo. De hecho, sois íntimas, os

conocéis desde hace años y estáis pensando en hacer una colaboración.

—Pero si el estilo de Lapislázuli no pega ni con cola con el de ella —se mete el melenudo en la conversación—. Es como si se inventaran una serie con la familia Addams y Tarta de Fresa. ¿Qué clase de experimento saldría de ahí?

Concuerdo con él. Por lo menos alguien en ese grupo tiene dos dedos de frente.

—Si hay que votar algo, yo voto para que esta guerra siga hasta el día de EuroStars, así estaremos en boca de todos y puede que ganemos —la choni toma la palabra—. Que hablen de nosotros, aunque sea mal, porque lo importante es que hablen.

No, me niego. Bastante me he esforzado ya en llegar a donde estoy sin entrar en polémicas.

Bruna y Lucien están a punto de rebatirle cuando el otro chico del grupo se levanta de un salto.

—Yo tengo una idea muchísimo mejor como vocalista que soy de esta banda, que eso me da el título de líder —suelta, ilusionado y paseando la vista por cada uno de nosotros, aunque los otros tres integrantes hacen muecas de burla cuando pronuncia el término «líder»—. Como estrategia de marketing para que el mundo entero mantenga su interés en Lapislázuli, nos quieran votar, crezcan nuestras reproducciones en las plataformas de música y atraigamos a más gente, Iris y la del tutú podrían fingir que son pareja durante estos meses hasta que se celebre el festi. ¿Os imagináis la intriga que causaremos?

—Me gusta tu idea tan romántica —interviene la choni, risueña.

El melenudo da su aprobación, alzando el pulgar de la mano con la que sostiene el tenedor mientras mastica las fresas con nata; en cambio, la rubia y yo opinamos que se han vuelto locos.

En realidad, ella no ha dicho ni pío, pero, por su cara, sé que le hace la misma gracia que a mí.

La última palabra la tienen los mánagers, que están comunicándose con sus miradas y no tardan en asentir, cada uno muy lentamente, con un amago de sonrisa asomado a sus labios.

Bruna ladea la cabeza hacia el chico que ha tenido tal ocurrencia y lo señala con el dedo para decirle:

—Tú, te compro la idea.

Él levanta los puños en señal de victoria y le responde que son diez mil euros, a lo que ella le dedica una miradita con la que por poco lo hace desaparecer. Mis ojos viajan hacia Lucien para pedirle ayuda, pero no sirve para nada porque está encantadísimo con esta barbaridad; hasta está haciendo planes sobre las futuras apariciones de la rubia y yo en público como pareja de mentira.

¿Cuánto me van a pagar por ser víctima de esta cámara oculta? Espero que sea una buena cantidad para comprarme todos los cafés del mundo, porque no sé lo que me aportará fingir un romance con una chica con la que no pego ni con cola.

Y mucho menos con una chica en la que nunca me fijaría.

# 3. Iris

Vamos, no me jodas. No pienso ser partícipe de esa absurda *performance*.

—¿Y por qué tengo que ser yo la que se sacrifique? —me quejo, y me pongo en pie para sentirme imponente, porque con mi estatura nadie me toma en serio—. Que lo haga alguno de estos tres. —Señalo a los otros lapislázulis con una mano sin dejar de sujetar con fuerza la toalla con la otra, que no me apetece que los dos franceses cursis me vean en pelotas.

—Lo mío no colaría, porque todo el mundo sabe que soy gay y estoy felizmente ennoviado con un maromo —Dani es el primero en responderme—. Sería muy sospechoso que, de un día para otro, apareciera agarrado del brazo de la del tutú.

Vale, él tiene una buena razón para librarse.

Desvío la vista hacia los otros dos.

—Soy hetero —suelta Candela, aún sentada en el suelo con las piernas cruzadas, disfrutando del espectáculo—. Además, necesito tener veinte citas con alguien antes de empezar una relación, que lo tengo puesto en mi bio de Insta. Perderíamos mucho tiempo. —Y, como si fuera algo importante, agrega—: Y no salgo con gente más bajita que yo.

Por último, con la ceja enarcada, centro mi mirada en Rober, que no tiene escapatoria porque le da a todo lo que se mueve.

—Dobby no tiene amo —se defiende tras comerse una fresa—. Dobby es un elfo libre desde que ese de ahí me rompió el corazón y me dejó el listón muy alto. —Apunta con el dedo a Dani.

—Perdón… —se disculpa el otro, y hace una pausa dramática para añadir—: Por ser tan perfecto.

—Eso pasó hace meses y ya lo tienes más que superado —le espeto a Rober—. No es excusa.

—A mí no me *shippea* la gente con la Taylor Swift francesa —contraataca, sonriendo con chulería—. A ti, sí.

—Menos mal que Axel no está aquí para darte una paliza por lo que has dicho —interviene Dani, mirando a Rober.

Al final, Bruna se harta de nuestras discusiones y grita a viva voz que nos callemos. Todos los que ocupamos esta habitación damos un respingo y el edificio tiembla como si hubiera sido víctima de un terremoto de más de siete grados. Nuestra mánager da un par de zancadas enormes hacia mí para echarme la bronca, porque esta situación se ha formado por mi culpa y, según ella, tengo la obligación de hacer lo que me ordene para solucionar esta guerra musical.

—A mí tampoco me apetece participar en este espectáculo —interviene la del tutú (que hoy no lleva tutú), levantándose de la silla en la que se ha apalancado desde que ha llegado, y se plancha con las manos los *shorts* que se ha puesto—. Opino que con un comunicado de disculpa en las redes y decirles a nuestros seguidores que no insulten a la otra será suficiente.

Bien, dos no se hacen novias de mentira si ninguna quiere.

Y creo que debería ser yo la primera en disculparse por lo de ayer. En el fondo, me siento mal por haberle roto ese tutú horrendo.

—Oye. —Me dirijo hacia la francesa, que me contempla, escéptica—. Perdón por lo de anoche, que iba muy borracha y no sabía lo que hacía.

El silencio inunda nuestro alrededor (creo que es la primera vez que los lapislázulis se quedan mudos y no se escuchan ni sus respiraciones), y la tía me recorre con su mirada de arriba abajo, como con asco, para detenerla en mi cara.

—Disculpas no aceptadas por haberme dejado en evidencia delante de todos —me contesta alzando la barbilla con altanería. Se da media vuelta y, con un movimiento brusco de la mano, se echa hacia atrás los mechones de pelo que le caían sobre el hombro izquierdo como si estuviera espantando una mosca. Luego, camina hacia la puerta con elegancia y desaparece de la habitación, no sin

antes decirle a Bruna que no cuenten con ella para esa propuesta «tan ridícula».

Menuda artistilla. La poca fama que tiene se le ha subido a la cabeza.

Los cinco miramos el sitio por donde se ha esfumado y su mánager esboza una sonrisa nerviosa de disculpa.

—La convenceré; no os preocupéis. No puede resistirse a mis encantos. —Y se saca unas gafas de sol del bolsillo de su chaqueta para colocárselas—. En los próximos días os enviaré el *planning* detallado. Buenos días y gracias por vuestra atención. —Y se marcha detrás de la otra.

Mis compañeros de banda, Bruna y yo intercambiamos miradas de desconcierto entre nosotros, pero ellos, tras unos segundos, estallan en carcajadas.

Yo soy la única que se queda más seria que un enterrador, porque no veo la gracia por ningún lado.



El taxi aparca frente al bloque de pisos donde vivo. Dani y yo nos apeamos, cada uno sujetando su maleta, pero yo aún con las gafas de sol puestas porque no me las he podido quitar en el viaje en tren por la jodida resaca. Una vez que entramos en el portal, nos separamos; él, para meterse en el ascensor y servidora, para subir por las escaleras hasta nuestra planta.

Hace unas semanas decidí independizarme y me mudé al piso de Dani y Axel. Como había una habitación libre, les propuse irme a vivir con ellos y con sus dos gatas, y les pareció bien, siempre y cuando cumpliera con las normas de la casa: las de carácter económico, las de la limpieza y la de no comerme sus yogures de galleta asquerosos.

—¿Estás segura de que no quieres subir conmigo? —me pregunta Dani, jocoso, desde el ascensor—. Por las escaleras puedes

sufrir un desmayo y caerte rodando, y más en tu estado y llevando esa maleta, que es más grande que tú.

Le dedico una sonrisa falsa.

—Ahora, por gracioso, me vas a subir el equipaje. —Meto la maleta en ese habitáculo cuando están a punto de cerrarse las puertas y saco mi brazo derecho antes de que me lo aplasten y me quede manca, que eso sería peor que morirse porque no podría tocar la guitarra—. ¡Buen viaje!

Aunque lleva razón: el peligro acecha en cada parte del mundo. Pero, desde mi punto de vista, considero que las escaleras son más seguras que el ascensor, porque subo cada peldaño con calma y sujetándome de la barandilla; en cambio, ese cacharro se puede descolgar y caerse al vacío, o me puedo quedar atrapada y desvivirme por falta de oxígeno.

No es que yo les tenga fobia a los ascensores… Es que tengo veintisiete años, la edad maldita para los artistas, sobre todo para los roqueros, y no quiero ser la siguiente integrante del Club de los Veintisiete. Para colmo, nací el día trece (de agosto de 1996, pero ni el mes ni el año son lo importante en este tema), que casualmente cayó en martes. ¿La hora? A las 13:13 de la tarde. ¿No se podría haber esperado un día más mi madre para ponerse de parto? Porque lo gracioso fue que yo no quería salir y me tuvieron que sacar en contra de mi voluntad mediante cesárea.

Así que, por muy paranoica que me haya vuelto desde que he cumplido esta edad, es por un buen motivo. No comprendo cómo Dani y Candela están tan tranquilos, si somos de la misma quinta y nos puede ocurrir cualquier cosa. Rober no cuenta porque es el bebé de la banda.

Termino de subir las escaleras sana y salva, aunque agotadísima porque he tardado una eternidad y me ha costado un ovario desplazarme abrazada a la barandilla, además de un pelín ofendida porque me he encontrado a la vecina del tercero, que es una anciana de ochenta años, y se me ha quedado mirando mientras negaba con la cabeza y murmuraba «ya va otra vez drogada». Le iba a responder que se metiera en sus asuntos, pero me ha dado

pereza y no he querido desconcentrarme de mi objetivo de llegar a mi destino.

Entro en el apartamento, que se halla con la puerta entreabierta, y me topo con mis amigos dándose el lote en mitad del recibidor como si hubieran estado años separados.

—Por fin en casa —anuncio en un suspiro, y apoyo la espalda en la puerta tras cerrarla.

Axel se despega de los morros de Dani y ladea su cabeza hacia mí.

—Menuda escena la que montaste anoche desnudando en público a esa cantante —se mofa—. Ahora, medio planeta te odia.

Estoy enterada por los demás lapislázulis y Bruna, porque ni siquiera he tenido el valor de meterme en las redes sociales desde ayer. Solo he cogido el móvil esta mañana para contestar los mensajes de mis padres, que estaban entre preocupados y escandalizados por el dichoso salseo, y yo solo les he contestado «todo bien, no es para tanto».

—No me lo recuerdes —le digo a Axel.

—Y eso que todavía no te hemos contado la estrategia de marketing que se me ha ocurrido para calmar a ambos bandos —interviene Dani mirando al otro con el semblante repleto de diversión, y se lleva un dedo a la sien—. Mente empresarial.

Su novio levanta las cejas, intrigado.

—Estrategia de marketing que no se llevará a cabo porque me opondré —le contesto a mi amigo muy segura de mi decisión; después, cojo mi maleta del asa y me la llevo a mi cuarto, esquivando por el pasillo al robot aspirador con Taylor, la gata calva, montada en él.

Dejo el equipaje en un rincón, deseando que se deshaga por arte de magia, y me tiro en la cama, bocarriba, sin desprenderme de las gafas de sol. Cierro los ojos, con la intención de no moverme hasta pasado mañana, como mínimo, pero enseguida los abro y me incorporo sobre el colchón.

Tengo que cotillear a la pava del tutú para saber a lo que me enfrento.

Saco mi móvil del bolsillo de mis vaqueros, con todas las notificaciones desactivadas, me quito las gafas y escribo en el buscador de YouTube «Gabrielle Leroux». Clico en el primer vídeo que me sale, de una canción titulada *Étoile Libre* (con la que ganó EuroStars en 2022), y lo veo tres veces. La primera, de manera superficial, sin hacerle mucho caso; la segunda, prestándole atención a la letra traducida al español porque soy una analfabeta en francés; y la tercera, para analizar la actuación en su conjunto: la música, el baile, la cantante y el mensaje que transmite.

Esta tipa se cree que es Dua Lipa o Beyoncé con los bailes que se gasta, su tutú, sus bailarines masculinos en tanga y su música popera. La canción habla sobre el empoderamiento femenino, pero no voy a decir en voz alta que me parece un tema interesante ni que la chica tiene talento ni que se mereciera ganar el festival hace dos años.

Porque Lapislázuli le da mil vueltas y nuestra música es un millón de veces mejor que la suya, como las reproducciones que pensamos alcanzar en Spotify. No hay comparación. Seguro que la francesa no es tan famosa como parece, cosa que no me apetece comprobar ahora porque el cansancio me vence.

Bah, ¿a quién quiero engañar?

Durante las siguientes horas, me dedico a investigarla como una auténtica *stalker* y descubro que tiene incontables visitas en Spotify y cinco millones de esbirros siguiéndola en Instagram; mi banda tiene trescientos mil.

Pues sí que es famosilla la pava del tutú y del brillibrilli.

Madre mía, y yo sigo sin asimilar las cifras de Lapislázuli y lo rápido que he pasado de tener trece mil seguidores en mi cuenta a más de cien mil en un par de meses.

—¿Pensando en cómo pedirle una primera cita? —me interrumpe Dani mientras cenamos los canelones de Axel unas horas después, porque me ha pillado varias veces cotilleando a la gabacha.

Yo solo le respondo enseñándole el dedo corazón sin despegar la vista de la pantalla de mi teléfono y, en cuanto me termino mi plato, me vuelvo a encerrar en mi dormitorio porque necesito un momento de paz conmigo misma.

Saco del fondo del cajón de mis bragas mi lista de cosas por hacer antes de que la vida me dé una buena hostia y me pongo cómoda en la cama para repasarla:

1. Formar una banda de rock (hecho).

2. Independizarme (hecho, pero a qué precio).

3. Conservar a mis amigos de toda la vida (de momento, ellos me aguantan y yo los aguanto, así que se podría decir que lo he cumplido).

4. Mejorar la relación con mis padres (estoy en ello, ¿vale?).

5. Participar en EuroStars (esa es la intención, si no nos echan del festival antes de tiempo por formar un escándalo público).

6. Dedicarme a la música sin morirme de hambre.

7. Si triunfo, que la fama no se me suba a la cabeza. Si se me sube, que alguien me pegue un tiro, por favor y gracias.

8. Hacer sacrificios por Lapislázuli.

9. No caer en las drogas.

10. Dejar de ser la espectadora de mi vida y empezar a ser la protagonista.

11. Hacer que Pol se sienta orgulloso de mí.

12. No tener una relación tan tóxica con el alcohol.

13. Quedarme tan pillada por alguien que me haga replantearme mi futuro sola, rodeada de botellines de cerveza.

14. Cuidar de Pau.

15. No perderme a mí misma por el camino.

16. Sobrevivir a los veintisiete.

Este papelucho lo guardo bajo llave desde los diecisiete años y nadie sabe de su existencia, aunque por aquel entonces la lista era más corta; los siete últimos puntos los añadí hace cinco años.

En este instante, me llama la atención el número ocho: «Hacer sacrificios por Lapislázuli».

Joder, cuando lo escribí, ni de coña imaginaba que uno de esos esfuerzos sería el de fingir una relación con una gabacha; más bien serían los típicos de despedirme de mi vida personal si nos hacíamos famosos o poner por delante a Lapislázuli frente a todo lo demás.

Aunque, ahora que lo pienso, el romance falso va de la mano con los otros dos.

Si acepto, soy capaz de perderme a mí misma durante el proceso.

Y no estoy dispuesta a tal cosa.

# 4. Gabrielle

Voy a colapsar.

Han pasado tres días desde que sucedió el desastre mediático y las masas continúan con esta guerra tan absurda.

Al final, no publiqué ningún comunicado en mi cuenta de Instagram; era una tontería que no iba a servir para nada. Lo único que he hecho ha sido tomarme un descanso de las redes sociales, que se han vuelto insoportables y parece que la gente no tiene vida, porque está pegada a una pantalla las veinticuatro horas del día. Como Lucien, que se ha apalancado en la mesa del salón de mi chalet de Barcelona con el portátil, para planear con ilusión las citas de la supuesta relación que (no) voy a tener con la rubia y perdiendo su valioso tiempo.

El portero automático suena y me interrumpe mi quinto café del día, que me lo estaba bebiendo mientras miraba a un punto infinito de mi jardín, a través de la cristalera del salón.

¿Quién será? No espero a nadie ni quiero saber nada de ningún ser humano. Sigo autoconfinada en mi refugio por voluntad propia; incluso les he dado unos días de vacaciones al servicio doméstico.

Me doy la vuelta e intento intercambiar una breve mirada con mi amigo, con el ceño fruncido, pero él continúa dándole a la tecla sin parar.

—Abre —me ordena sin levantar la vista del ordenador—. Tenemos visita.

—¿Visita? —inquiero, extrañada—. ¿De quién?

El interfono vuelve a sonar.

—Abre y no preguntes.

Dejo mi taza en la mesa donde está adherido con pegamento mi amigo y me encamino hacia el recibidor en pijama. En la pantalla del telefonillo, advierto quién es nuestra «visita», que de visita no tiene nada, y regreso al salón para cantarle las cuarenta a Lucien. Me coloco frente a él y le bajo con brusquedad la tapa del portátil, de casi cuatro mil euros, para que se tropiece con mi semblante malhumorado. Entonces suspira, se recoloca sus gafas de ver y alza la mirada hacia mí.

—Tienes que empezar a tomar menos cafés al día; no te sientan bien, cari.

—¡¿Por qué nuestra visita es un mensajero con un ramo de amapolas blancas que me ha enviado Gaston?!

—Porque tenemos que solucionar… —Reflexiona unos segundos, con el entrecejo arrugado, y yo pongo los brazos en jarras, en actitud defensiva—. Espera… ¿Un mensajero? Esa no es nuestra visita. —Se tapa la boca con la mano, anonadado—. Con las amapolas blancas te está deseando el descanso eterno. Nunca me dejará de sorprender ese chico.

De nuevo, el portero automático nos molesta.

—Echa a ese repartidor de aquí y no cojas las flores —exijo, y hago un ademán con la cabeza hacia el pasillo.

Sé que ese transportista solo hace su trabajo y no tiene la culpa, pero me he cabreado cuando le he preguntado por el remitente de las flores y me ha respondido «Gaston Moreau».

Lucien vuelve a levantar la tapa del portátil como si nada y se pone a teclear.

—Soy tu representante, no tu criado. Buena suerte y ten cuidado con los periodistas de ahí fuera.

—¡Estoy en pijama!

—Y yo, trabajando.

Suelto un bufido y doy un golpetazo en la mesa con las dos palmas. Mi amigo comenta «ay, pero qué desquiciada está esta chica últimamente» y salgo escopetada y descalza hacia la cancela de mi casa, donde sigue el repartidor con el ramo de flores. Nada más plantarme delante de él, echo un vistazo a nuestro alrededor y descubro a un par de paparazis escondidos tras unos matorrales;

después, centro mi mirada en el pobre chico y dibujo la mejor de mis sonrisas, como siempre que hay cámaras cerca.

—Muchas gracias —le contesto cogiendo las amapolas, y le doy un billete de veinte euros como propina—. Ten.

Ya que se ha molestado en venir, que no se vaya con las manos vacías.

—Gracias a usted. Que tenga un buen día. —Se marcha hacia su furgo y desaparece para continuar repartiendo pedidos.

En cuanto a las flores… Las tiraré a la basura o se las regalaré a Lucien. No pienso quedármelas, porque sé lo que Gaston pretende. Que se vaya con la *influencer* de dieciocho años con la que se lio hace unas semanas y que le regale las amapolas de la muerte a ella.

Como dirían los españoles: me quedé flipando en colores en cuanto me enteré.

Éramos la pareja de moda. Protagonizábamos las portadas de las revistas francesas, generábamos muchísima envidia y nuestros fans se morían de ternura con nuestras fotos; soñaban con tener una relación como la nuestra. Hasta que se filtró una foto de Gaston morreándose con una *influencer* española en una playa de Marbella. La gente no se lo podía creer y, más de una vez, he leído el comentario «chicas, he dejado de creer en el amor. Si Gaston le ha puesto los cuernos a nuestra Gabby, ¿qué nos queda a las demás?».

Abro la notita que está colgada en el ramo y la leo:

*Espero que no te marques un Shakira-Piqué y lo cuentes todo en una canción.*

Tarde. La escribí al día siguiente en un chute de inspiración. Bueno, no escribí una, sino diez, y ya tendría para un álbum.

Las mujeres ya no lloran; las mujeres facturan.

Mis pensamientos los interrumpe una música escandalosa proveniente de un vehículo que circula por la carretera como si estuviera compitiendo en los coches de choque. Al intentar aparcar, se sube al borde de la acera y la parte delantera se detiene a escasos centímetros de una farola.

No me es muy difícil descubrir quiénes han sido los artífices de ese casi atropello.

La música roquera cesa y los cuatro artistas y la mánager se apean del monovolumen de ocho plazas, de color azul lapislázuli y con el nombre del grupo ocupando las puertas, pintado con *spray* negro. El tal Daniel, que era el que conducía como un loco, recibe una regañina de la rubia; el melenudo saluda y les lanza besos a los paparazis no tan camuflados; la choni del *eyeliner* no para de reírse (vive descojonándose de la risa) y la representante se esfuerza en poner orden sin ningún éxito.

¿Qué hacen esos orangutanes delante de mi casa?

Lucien, que tenía la oreja puesta detrás de la puerta mientras atendía al repartidor, se coloca a mi lado, sonriendo con complacencia.

—Ahí están nuestras visitas tan esperadas, *ma chérie.*

—Tus visitas, querrás decir —lo corrijo.

Mis adorables huéspedes se aproximan a nosotros sin dejar de hacer el simio, pero la rubia y el tal Daniel se quedan atrás discutiendo sobre las dotes de conductor de este último, que se acaba de sacar el carnet de conducir, y el miedo a la muerte que tiene ella a los veintisiete años.

Candela, la choni, es la primera en hablar, con los ojos posados en mí y su boca formando una sonrisa:

—¿Sabes lo que me acaba de susurrar Iris? Que esas flores tienen competencia hoy, porque ninguna es más bonita que tú. Pero no le digas que te lo he contado, eh. —Se lleva el dedo índice a los labios, en señal de silencio—. Será nuestro secreto.

Su representante y el melenudo ahogan una risita y yo miro por el rabillo del ojo a Lucien, incómoda, esperando a que responda algo en mi nombre, que para eso es mi sombra.

—Qué bonito —es lo único que comenta, llevándose una mano al pecho, emocionado.

Yo exhalo con brusquedad y me doy media vuelta para adentrarme en mi casa, mi templo, el sitio donde debería estar tranquila, pero hasta aquí me persiguen los esbirros de la prensa y los roqueros endemoniados.

Me quedo en pie en el salón, de brazos cruzados, al lado de la mesa grande de cristal donde estaba trabajando Lucien, y aguardo a esa pandilla de vampiros, que aparecen poco después y analizan lo que tienen a su alrededor.

—Menudo casoplón tiene tu parienta —le dice el melenudo a la rubia, dándole un codazo—. Has dado un tangazo en vez de un braguetazo.

¿Tangazo?

—Cierra el pico, Roberto —le espeta ella.

Es mi casa, pero no pienso hacer de anfitriona; ni siquiera seré la encargada de traerles un vaso de agua del grifo. Que lo haga Lucien, que para eso los ha invitado.

—Luci, ven un momento a la cocina —le pido a mi amigo en francés para que los demás no se enteren de mis palabras, con una estupenda sonrisa simulada—. Tenemos que hablar muy seriamente.

Él hace todo lo posible por llamar la atención de los demás para avisarlos de que vamos a preparar algo para picar, pero ellos siguen a lo suyo y como si estuvieran en su propia casa: la rubia se ha sentado en una de las sillas que rodean la mesa, con expresión de aburrimiento y entreteniéndose con el móvil; el melenudo se ha puesto cómodo en mi sofá morado de terciopelo de seda; la choni camina por el salón, observando cada rincón y pasando el dedo índice por cada superficie que se encuentra; y el otro está tirado en el suelo, intentando hacerse amigo de Bartolamiau, que no para de bufarle, arrinconada en una esquina con las orejas agachadas (por lo menos alguien en esta casa tiene criterio y sabe que no son de fiar). La mánager, como se ha fijado en que nadie le ha hecho caso a mi amigo, da una palmada escandalosa con la que no entiendo cómo no se le han descompuesto los dedos de las manos.

—¡Atended, coño! —les grita a sus niños de parvulario.

Los lapislázulis dan un brinco y ladean sus cabezas hacia nosotros de manera automática.

—Gracias por tu ayuda, Bruna —le dice Lucien, y vuelve a dirigir la vista hacia cada integrante de esa banda; luego carraspea y agrega, sonriendo con educación—: Nos ausentamos un momento para preparar café, queridos. Enseguida volvemos.

—Para mí una cerveza —le pide Iris levantando la mano.

—No tenemos. Lo siento —le responde Lucien.

Entrelazo mi brazo con el de mi amigo y abandonamos el salón, aunque yo, con cada paso que doy, miro hacia atrás porque temo por mi casa y no me fío nada de esos cinco, que pueden generar un cataclismo en nuestra ausencia.

Ya en la cocina, tiro el ramo de amapolas a la basura y, conforme Lucien prepara dos bandejas (una, con siete tazas de café y la otra, con cruasanes), le repito por enésima vez que no voy a ser la novia de mentira de nadie, que no cuente conmigo para este plan demencial y que se haga él mismo pareja de la rubia si tanto le interesa. Todo, en francés y con la puerta cerrada para que ninguno de los invitados escuche nuestra conversación.

Mi amigo deja de hacer lo que está haciendo y me agarra de las manos para mirarme a los ojos y manipularme con su palabrería.

—Escúchame, este plan demencial te va a traer más fama —me dice pronunciando «plan demencial» con retintín.

—Me sobra la fama; no quiero más.

Él respira hondo.

—¿Y de qué te sirve si la mitad de Europa y parte del mundo te odia por lo que ocurrió la otra noche con esa chica? —es una pregunta de la que no obtiene respuesta, porque no sé qué contestar, ya que, en parte, lleva algo de razón, pero no se la pienso dar—. Este paripé nos ayudará a lanzar tu nuevo álbum con éxito después de la ruptura con ese Gaston. Por no hablar del gran daño que le provocarás a él y a su ego de machito en cuanto se entere de que te has enamorado de una chica y ya lo has olvidado.

—No estoy enamorada de nadie —replico.

—A ojos de los demás, sí. No te costará convencerlos de eso, porque también tienes experiencia en la actuación.

Nada de lo que me está contando tiene sentido. ¿Quién le ha comido el cerebro a mi amigo? O mejor dicho, ¿quién lo ha sobornado? ¿No tiene suficiente dinero con el sueldo tan generoso que le pago yo?

Y también tiene razón en lo de mi experiencia actuando: con doce semanas de nacida, protagonicé un anuncio de pañales y, a

medida que iba creciendo, publicité otros productos; hace seis meses, nos contactaron a Gaston y a mí para grabar uno de perfumes y, hace un par de años, participé en una serie muy famosa en Francia, donde interpretaba el típico papel de la chica mala del instituto que salía con el futbolista popular. Después aparecía la chica buena y él se enamoraba de ella, dejando a mi pobre personaje en la inmundicia amorosa; luego, yo me vengaba y mataba a la pareja de amantes para que no fueran felices nunca.

Nadie se esperó ese final.

Pero dejando de lado mis dotes de actuación, mi profesión verdadera es la de estrella del pop.

Aunque eso de que humillaré el ego de Gaston si me ve con otra persona y me servirá para el marketing de mi nuevo disco no suena tan mal.

Cuando se acabe este teatro, me cogeré unas largas vacaciones y me iré a mi pueblo de Francia con mi familia, que me las habré ganado.

Espera… ¿De verdad me lo estoy pensando? ¡Si es un disparate!

—Serán solo tres meses. —Lucien me saca de mis cavilaciones y me suelta las manos para cogerme del mentón—. Así que dale paso a tu Gabrielle Leroux resplandeciente e interpreta el mejor papel de la historia. —Y recorre mi atuendo con una mirada asqueada—. Pero primero quítate ese pijama y vístete como una estrella.

—Solo tres meses —le advierto señalándolo con el dedo índice —. Ni un día más ni un día menos.

—Te lo prometo por mi colección enterita de trajes. —Se lleva los dedos a la boca y se los besa.

—Bien. Si no, te los quemo.

Él abre la boca, ofendidísimo, porque sus trajes son lo que más quiere en este mundo, antes que a él mismo, incluso.

Abandono la cocina con sigilo para que los gorrones no se asomen y subo a mi habitación para arreglarme, oyendo de fondo las risas y voces escandalosas de esa gentuza.

Tres meses que me darán una buena trama para escribir un par de capítulos más de mi libro autobiográfico. Debo pensar en positivo; claro que sí.

Señoras y señores, bienvenidos al mejor *show* de mi vida.

# 5. Iris

Los dos franceses terminan de parlotear en la cocina y aparecen en el salón, sujetando unas bandejas con cafés y algunos dulces, que las colocan en la mesa de cristal donde estoy sentada. Bruna les ordena a los demás que tomen asiento y ellos obedecen para no perderse el salseo.

El tal Lucien se encarga de repartir las tazas humeantes y le propone a la gabacha, que se ha quitado su horrendo pijama de seda para vestirse de diva, que ocupe la silla libre de mi lado, en un extremo de la mesa, porque dice que las dos somos las protagonistas; en el otro extremo se sientan los dos representantes para presidir la reunión, no sin antes plantarnos unos papeles grapados a cada artista.

Es el contrato del circo y el *planning* de los próximos meses. Fabuloso.

Durante una hora que se me pasa lentísima, Lucien, paseándose por nuestro alrededor porque no puede estarse quieto, nos explica una a una las millones de cláusulas que están escritas en los dichosos papeles, como si fuéramos tontos y estuviéramos en un juicio, ya que afirma que es abogado y le debemos hacer caso. Varios bostezan por el aburrimiento y, para no dormirse, se hinchan a cruasanes (la francesa y yo no probamos ni un bocado y solo le damos pequeños sorbos a nuestro café); en cambio, Bruna se queda frita con los brazos cruzados y da unas cuantas cabezadas.

En resumen: Gabrielle y yo tenemos que fingir ser la pareja más envidiable frente a las cámaras, publicar fotos en las redes sociales, asistir como novias a los eventos donde nos inviten y pasar tiempo juntas para que esto sea creíble. Los otros lapislázulis tampoco se

libran de las normas: ser discretos y no contarle nada de esta mentira a nadie, y mucho menos a la prensa cuando les hagan preguntas para obtener información valiosa sobre nosotras. Además, la francesa y yo tenemos prohibido quedar con otras personas (romántica y sexualmente hablando) hasta el último día del contrato: el uno de junio de 2024, dos semanas después de la celebración del festival de EuroStars y del lanzamiento del disco de la gabacha, que será cuando anunciemos nuestra ruptura mediante un comunicado en Instagram.

—Pobrecita, tiene que practicar el celibato y todo —comenta Candela refiriéndose a mí—. Su Satisfyer de once velocidades echará humo y le pedirá unas merecidas vacaciones cuando esto se termine.

—Se sacrificará por el éxito de Lapislázuli —interviene Rober—. Es su deber.

—Yo intentaré no hacer ruido en casa con Axel para que no sienta envidia —se une Dani.

Los tres interactúan entre ellos en tono jocoso, como si yo no estuviera presente. ¿No estaban medio dormidos? Ha sido sacar este tema y abrir los ojos como unos búhos. Qué cabrones son.

—Me vais a deber una muy gorda con esto que voy a hacer por la banda —digo mirándolos a los tres con seriedad.

La pava de mi lado no dice ni pío porque está concentrada en leerse con detenimiento el contrato, por si hay alguna cláusula tramposa, algo imposible, puesto que lo ha redactado su querido mánager con Bruna.

—Dicho esto… —sigue hablando Lucien, que da una fuerte palmada en el lado de la mesa de Bruna para que se despierte, y ella da un respingo—. Vamos a proceder a hacer una votación.

—Ah, sí —suelta Bruna con voz adormilada—. Quien esté de acuerdo con este teatro, que levante la mano. —Y es la primera en alzar la suya.

Dani, Rober y Candela la imitan sin despeinarse siquiera, igual que Lucien, y cinco pares de ojos se detienen en nosotras. Tras unos segundos de intriga, Gabrielle levanta la mano, esbozando una sonrisa.

¿Qué? ¿Cómo que le parece bien?

No entiendo a esta tía; pensaba que le hacía la misma gracia que a mí participar en este espectáculo. ¿Lo hace por más dinero y más fama? ¡Si su carrera musical está más que consolidada!

Ahora, los presentes me miran solo a mí, esperando alguna reacción por mi parte.

—Votos en contra —suelto, y alzo la mano, molesta—. Yo.

No va a servir de nada, pero lo importante aquí es que sepan que no estoy de acuerdo en sacrificarme por ellos como si fuera Jesucristo o un pavo de Navidad, y mucho menos tirarme tres meses sin sexo como una monja de clausura.

—Perfecto. —Lucien aplaude, superfeliz—. Seis contra una. Ganamos por mayoría.

—Venga, firmad ya, que no tenemos todo el día —nos ordena Bruna.

Todos dibujan su autógrafo en el contrato sin rechistar, incluida la francesa, y a mí no me queda más remedio que hacer lo mismo, resignada. Después, abandonamos nuestros asientos y Gabrielle extiende su brazo hacia mí, sin borrar su falsa sonrisa.

—Será un placer ser tu novia de mentira —manifiesta, y yo permanezco con el rostro inexpresivo.

—Una lástima que yo no pueda decir lo mismo.

Y nos estrechamos las manos.

—¿Nos hacemos la primera foto para empezar a generar expectación?

Acepto a regañadientes y Gabrielle coge su móvil, protegido por una funda de peluche con el diseño de la piel de un leopardo. Nos juntamos más de lo necesario y estira el brazo para que la cámara capte nuestras caras; ella, de lo más sonriente y yo, intentando forzar una estúpida sonrisa con la que parece que me estoy aguantando un apretón, mientras escucho de fondo las risitas de los demás.

—¡Vivan las novias! —exclama la capulla de Candela.

—¡Vivan! —gritan los demás al unísono.

Yo les muestro el dedo corazón y les respondo que se vayan a tomar por culo.



La incansable vibración de un móvil me despierta y se me escapa una maldición. Sin abrir los ojos, extiendo el brazo derecho para localizar el dichoso aparato, pero mi mano solo palpa el cuerpo de una persona humana y su cabello rizado.

Esto no es mi teléfono, sino la tía de ayer.

Estiro el otro brazo hacia mi izquierda y doy con la mesita de noche. Cojo mi móvil, que continúa vibrando, y me fijo, con la mirada entrecerrada, en que me está llamando Bruna.

¿Qué quiere esta mujer ahora? ¿Y por qué no puse el teléfono en silencio?

Descuelgo la llamada y me llevo el aparato a la oreja.

—¿Qué pasa ya? —le contesto con voz pastosa, sin ganas.

—Recuerda que, dentro de una hora, tienes tu primera cita romántica con Gabrielle Leroux.

¡Hostias! ¿Ya es miércoles?

—¡Ahí va! —Me incorporo de repente sobre el colchón; la tía de mi lado, que no me acuerdo de cómo se llama, ni se inmuta.

—Espero que te estés preparando y no estés tirada en la cama con alguna chica —me habla Bruna con voz neutra pero conociéndome a la perfección—. Es bastante probable que haya prensa; no te pueden ver en público con otra persona que no sea Gabrielle ni saliendo de casas ajenas. Cuidado con lo que haces.

Mis neuronas se acaban de poner en estado de alerta.

—¿Por quién me tomas? —me hago la ofendida—. Te prometí que me iba a tomar este paripé en serio. Por Lapislázuli.

—Más te vale que a las nueve y veintinueve estés entrando por la puerta de la cafetería donde has quedado, si no, te las verás conmigo. —Tras esa sutil amenaza, me cuelga para volver a dormirse, porque su tono de voz sonaba más bajo de lo habitual y le faltaba la energía de Rottweiler que la caracteriza.

Compruebo la hora en la pantalla y descubro que son casi las ocho y media, por lo que me faltan cincuenta y nueve minutos para la «cita» y ni siquiera estoy en mi casa; lo sé, porque esta habitación en la que me he despertado, con las paredes pintadas de color salmón y muebles de estilo *vintage*, no es la mía.

Salgo con sigilo de esta cama para no despertar a mi ligue de anoche, que está en pelotas, como yo, y rebusco mi ropa entre las prendas que hay tiradas en el suelo. Con mis pertenencias en las manos, camino de puntillas hacia la puerta del dormitorio.

Está bastante feo que me vaya sin despedirme de la chica con la que he tenido sexo, pero tengo prisa y respeto el sueño de la gente. Yo, si estuviera en su lugar, me cabrearía si una desconocida a la que solo he visto una vez me despertase.

Y si lo hiciera un conocido, también. Para qué voy a mentir.

Sin embargo, para no sentirme como una mierda y evitar que piense que soy una cabrona cuando regrese del quinto sueño, aborto mi huida durante los segundos que tardo en coger de su cómoda uno de los tiques del Ikea y un bolígrafo y escribirle que lo siento, pero que me ha surgido un imprevisto, y que nos veremos otro día, lo cual es mentira, porque no hemos intercambiado nuestros números. En el pasillo, me visto todo lo rápido que puedo y desaparezco de este apartamento y este bloque de pisos.

Reconozco la zona de Barcelona donde estoy (demasiado lejos de mi casa), así que, con mis gafas de sol puestas, dos trencitas y la capucha del abrigo tapándome la cabeza, corro hasta la parada de metro. Como el tren está a punto de irse sin mí, me cuelo en él cuando falta poco más de lo que mide mi cuerpo de ancho para que se cierren las puertas.

He estado a punto de morir espachurrada. Menuda muerte más trágica hubiera sido.

Ninguno de los viajeros se me queda mirando más de lo debido (supongo que les habrá generado interés que una loca se haya metido en el metro de esa forma) y deduzco que no me han reconocido con mis pintas de incógnito. Me sujeto a la barra, deseando pasar desapercibida durante el resto del trayecto, e ignoro el mensaje que me ha enviado Bruna para saber cómo lo llevo.

Aguardo a que este cacharro se detenga en la parada más próxima donde se encuentra el edificio donde viven Candela y Rober, porque no tengo tiempo para ir a mi casa ni a la de mis padres para adecentarme; la que me pilla más cerca es la de mis amigos.

Cuando el tren se para en mi destino, entro por el portal abierto y subo las escaleras de dos en dos. Me planto frente a la puerta y la aporreo con la mano abierta varias veces para que alguno de los dos, que estarán roncando, me abra.

—Hija, ¿de dónde sacas tanta fuerza a estas horas de la mañana? —Candela es la que viene a mi rescate, recién despierta, en bragas y vestida con una camiseta de Gerard que usa para dormir.

—Aparta, tía. —Me cuelo entre el diminuto hueco que ha dejado entre la puerta y ella, como si fuera un ninja, y voy directa al baño —. Rebusca en tu armario algo que me pueda servir. Date prisa, que me voy a duchar.

—Buenos días y todo eso, corazón —es lo único que me dice, somnolienta.

No puedo perder el tiempo. Me quedan cuarenta minutos para la «cita».

Conforme me doy una ducha rápida, los dos hermanos entran en el servicio (Candela, con la ropa que me va a prestar y el otro, para unirse al cotilleo) y quieren saber dónde he pasado la noche, porque estoy la mar de estresada. Les cuento que he follado con una chica que conocí ayer en un bar, que me quedé frita en su casa, que se me ha echado el tiempo encima y que ni siquiera me acordaba del teatro con la franchuta.

—No habéis tenido ni la primera cita y ya le estás poniendo los cuernos a la pobre gabacha —comenta Rober fingiendo decepción—. Eso está fatal.

—¿Vas a ver más veces a la del bar? —interviene Candela; yo los estoy escuchando con la mampara de la bañera de por medio—. Porque ya sabes que te esperan tres largos meses de no verte con nadie y de celibato.

—O no. —A Rober se le escapa una carcajada—. No sabemos si la farsa con la del tutú acabará en otra cosa. Dicen que el roce hace

el cariño, ¿no? Yo he hecho una apuesta con Bruna y Dan; ella ha votado que no acabarán juntas y Dan y yo, que sí. Doscientos euros cada uno, por si os interesa apuntaros.

¿Cómo que una apuesta?

—¿Y por qué no estoy participando yo? —suelta la otra.

—Si quieres apostar, tienes que darle los doscientos euros a Axel, que es el más responsable, para que los guarde en una caja con candado.

Ten amigos para esto…

Cierro el grifo y rodeo mi cuerpo con una toalla, desde el pecho hasta las rodillas, y salgo de la bañera para plantarles cara a estos sinvergüenzas.

—Los que habéis votado que vamos a acabar liadas vais a perder doscientos euros por la cara —le espeto a Rober dándome palmaditas en la mejilla derecha.

—¿Quieres apuntarte tú también? —me pregunta con una sonrisilla chulesca—. Como estás tan segura…

Candela se echa a reír.

—No —respondo, tajante, y hago un ademán con la mano hacia la puerta—. Y largaos de aquí, que me tengo que vestir.

Los dos se esfuman del servicio y, quince minutos más tarde, ya estoy lista: un jersey rojo y una falda corta y plisada de cuero de Candela, y mis botines y mi abrigo.

Me despido de mis amigos (Candela se ha vuelto a meter en la cama y Rober está asomado al balcón, en calzoncillos y mirando a la gente pasar) y me prometen que estarán atentos a las redes sociales por si se llenan de fotos mías con la francesa en nuestra ridícula cita. Antes de marcharme, miro las llaves que hay en el mueble del recibidor y me debato conmigo misma sobre en qué vehículo ir: si en el coche de Candela o en la moto del otro.

Frunzo los labios. Con el coche tardaría más y me comería algún que otro atasco; la moto es más veloz y se puede adelantar a cualquiera con facilidad, pero es más peligrosa y demasiado grande para mí.

Rober no podía haberse comprado una *scooter* normal y corriente, no; tenía que pillarse una Harley gigante.

Y, como si se hubiera percatado de mis intenciones, el aludido aparece en el recibidor, totalmente vestido.

Bueno, no es que haya tardado mil años en ponerse cuatro trapos viejos.

—¿A dónde vas? —le pregunto poniéndole ojitos mientras atrapa su melenaza en una coleta—. ¿Vas a coger la moto? ¿Te importa acercarme a mi cita de mentira? Voy con la hora pegada al culo.

—Voy al gimnasio, pero ya que me lo propones, voy a llevarte a tu cita para marujear y mostrarte mi apoyo para que esta relación funcione —me responde con una amplia sonrisa.

—Pues vamos.

Espero que tenga cuidado conduciendo ese cacharro y no sea como el tonto de Dani, que se ha sacado el carnet hace poco y casi nos estampa contra una farola el otro día. No tuvimos que llevar el coche de Lapislázuli al taller de milagro.

En menos de diez minutos llegamos a la cafetería y solo quedan cinco para que el reloj marque las nueve y media. Me bajo de la moto, me quito el casco y analizo mi entorno por si veo a la francesa, a algún paparazi o a alguien que pueda reconocerme. Sin embargo, a estas horas de la mañana, todo el mundo va a su bola; algunos irán de camino a sus trabajos y otros, de llevar a sus hijos al colegio.

Rober, que también se ha bajado de la Harley, me da un codazo y hace un ademán con la cabeza hacia la carretera.

—Ahí están Pili y Mili.

Miro hacia donde me señala y advierto, en el aparcamiento reservado para los camiones que descargan mercancía, un pedazo de Lamborguini morado. Lucien, vestido con un escandaloso traje amarillo pollo que contrasta con su piel morena, se apea del asiento del conductor y da la vuelta al coche para abrirle la puerta a la otra, que está ocupando el del copiloto; nosotros aún estamos parados en los estacionamientos de las motos.

—¿Han venido en el coche de la Barbie? —le susurro a Rober sin apartar la vista de ellos, y él ahoga una risita.

—Menudo cuadro de mamarrachos.

Ella lleva una americana celeste con una blusa blanca debajo, vaqueros, taconazos de aguja y una boina de estilo francés adornando su cabeza. La guinda del pastel son las gafas de sol con forma de corazón pegadas a la cara.

¿Hasta para comprar el pan se vestirá tan elegante?

Los periodistas no van a tardar en brotar de entre las piedras, porque esos Maripilis son de todo menos discretos.

—Me voy a la matanza. —Le devuelvo a mi amigo el casco y me pongo de puntillas para plantarle un beso en la mejilla—. Gracias por traerme.

—Mucha mierda.

Suspiro, con la vista clavada en esos dos, y me armo de valor para comenzar a caminar hacia la entrada de la cafetería.

Son solo tres putos meses y podré tachar la mayoría de puntos de mi lista.

Paciencia.

# 6. Gabrielle

En cuanto me apeo de mi coche, echo un vistazo a lo que me rodea por si diviso a esa rubia, y la encuentro a unos metros de distancia, dirigiéndose a la entrada de la cafetería tras despedirse del melenudo en los aparcamientos de las motos.

—Vendré a recogerte dentro de una hora, *ma chérie* —me dice Lucien, y me da una abrazo—. Diviértete.

¿Divertirme?

Me río, sarcástica.

—Muy gracioso.

Me lo voy a pasar pipa con una novia de mentira a la que apenas conozco y con la que tendré cero cosas en común.

Dejo atrás a mi amigo y, ahora sí, respiro hondo y me encamino hacia la cafetería, donde la rubia me espera con la espalda apoyada en la fachada, de brazos cruzados.

—Buenos días, querida —la saludo con una sonrisa simulada cuando me detengo delante de ella, pero agacho un poco la cabeza para mirarla, ya que con los tacones soy unos centímetros más alta y nunca he salido con nadie que mida menos que yo—. Ay, qué mona, con trencitas. —Me tomo las confianzas para coger una, que la tenía descansando en el lado izquierdo del pecho, y lanzársela a la cara—. ¿Entramos? Me muero de hambre.

Ella cierra los ojos al recibir el trenzazo y toma aire; yo soy la primera en adentrarme en el establecimiento.

—Va, venga, acabemos con esta mierda cuanto antes —oigo su voz detrás de mí, y suelta todo el aire con hartazgo.

Con las tremendas ganas de vivir que tiene esta mujer, va a ser complicadísimo que nuestra relación sea creíble.

Me quito mis gafas de sol con forma de corazón y me paro en seco para estudiar el interior de la cafetería y buscar el mejor sitio; Iris se choca contra mi espalda y escupe una maldición.

Según los consejos que me ha dado Lucien, tenemos que sentarnos en una mesa alejada de los demás, pero al lado de una ventana, donde se nos vea perfectamente desde la calle y llamemos la atención de los viandantes y de algún paparazi desesperado, buscando una víctima a la que fotografiar para dar la primicia.

—¿Qué tal allí? —Le señalo una esquina en la que hay una mesa libre, al lado de la cristalera que da a la calle—. Estaremos visibles para todo el mundo.

Ella desvía la mirada hacia donde le digo y se encoge de hombros, indicándome que le da igual. A continuación, nos paseamos por media cafetería hasta llegar a esa mesa y, por el rabillo del ojo, advierto unas cuantas cabezas girarse hacia nosotras para mirarnos, pero no sé si es porque nos han reconocido, porque somos un dúo bastante peculiar o por ambas razones.

Tomamos asiento, la una enfrente de la de la otra. Ella cuelga su abrigo en el respaldo de la silla y yo hago lo mismo con mi americana; el bolso lo coloco a un lado para que no nos estorbe.

—¿Y ahora qué hacemos? —inquiere Iris con una mano apoyada en una mejilla y el codo en la mesa, como si le aburriera nuestra cita.

Enarco una ceja, anonadada.

—¿Cómo que qué hacemos? —le espeto, sentada con la espalda superrecta y las manos posadas sobre la mesa para fingir interés y seguridad—. ¿No te has mirado el guion que ha preparado Lucien para la cita de hoy?

—¿Tú te crees que yo tengo tiempo para estudiarme esa gilipollez con la cantidad de cosas que tengo que hacer?

Dudo que tenga más cosas que hacer que yo. Ella solo se dedica a aporrear una guitarra; yo, a cantar, bailar y escribir mi biografía.

Una camarera se acerca a nosotras y nos interrumpe para tomarnos nota; yo me pido un café con leche y nata montada, un zumo de naranja recién exprimido y un cruasán; e Iris, un chocolate caliente con un gofre de Nutella.

—¿Con la cantidad de cosas que tienes que hacer te refieres a tener sexo esporádico con alguien? —le pregunto con algo de inquina cuando la camarera nos deja a solas.

Y eso que una de las cláusulas es la de no quedar con otras personas durante estos meses de relación por si alguien nos ve. Por muy discretas que seamos, siempre hay algún paparazi acechando o un fan escondido.

Iris se echa a reír.

—¿Qué dices? Yo no he…

—Tienes un chupetón del tamaño de una pelota de baloncesto en el cuello. —Apunto con mi dedo la zona que menciono y ella se la tapa con la mano al instante, avergonzada—. ¿O me vas a decir que te ha picado una viuda negra?

—No, es cierto. He pasado la noche con una chica.

Le dedico una sonrisa falsa.

—Sabes que has infringido una de las normas más importantes, ¿verdad?

A mí me da igual lo que haga en su vida privada, pero si hemos puesto unas reglas, hay que cumplirlas, que este plan no solo me incumbe a mí, sino a ella y a su banda.

—Nadie tiene por qué enterarse —me dice—. Tú también puedes hacer lo que te dé la gana con tu vida. Somos adultas.

Inhalo y exhalo con brusquedad, porque esta chica aún no ha entendido por qué no nos podemos ver con otras personas. Sin embargo, no voy a enfadarme con ella, porque debo mantener mi actitud alegre ante las miradas curiosas.

La camarera, que no pasará de los dieciocho años, regresa con nuestro desayuno, pero se equivoca al colocarlo; a mí me pone el chocolate caliente de la rubia y a ella, mi preciado café. En lugar de marcharse, se nos queda mirando con el ceño fruncido y, segundos después, nos reconoce.

—¡Vosotras sois las que os peleasteis en público el otro día! —exclama, ilusionada por haberse encontrado con las dos famosas del momento—. Ya decía yo que me sonaban vuestras caras.

—Sí, somos nosotras —soy yo la que le responde de lo más sonriente, e Iris suelta otro suspiro.

—¡Ay, qué ilusión! Soy muy fan de las dos y me reí muchísimo con la escena de la otra noche. Fue épica.

Por culpa de ese maldito episodio y de la rubia que tengo sentada enfrente, estamos aquí. Si no hubiera sido yo una de las implicadas, también me habría reído, porque debo admitir que fue muy cómico.

—Ya ves —interviene Iris mirando a la camarera para agregar, marcándose un chiste que a mí no me causa ninguna gracia—: Estaba deseando dejarla en bragas, pero no era el sitio adecuado delante de tanta peña. Esas cosas hay que hacerlas en privado. —Ladea la cabeza hacia mí y posa una mano sobre la mía, en la mesa, para acariciarme el dorso—. ¿Verdad?

La camarera considera divertido lo que ha dicho y se ríe a carcajadas. A mí me visita el reflejo de apartar la mano porque no me esperaba este gesto, pero obligo a mi cerebro a ignorarlo y permanezco como una estatua.

—Eh, claro —logro contestar, acompañada de una risita nerviosa.

Tendríamos que haber ensayado estas muestras de afecto antes para que no me hubiesen pillado por sorpresa.

—Os pediría una foto —vuelve a hablar la chica—, pero no tengo el móvil a mano; está prohibido usarlo en horas de trabajo. —Y bajando la voz para que nadie la oiga, añade—: Mi jefe es un marimandón.

Tras eso, nos dice «que aproveche» y se marcha para continuar trabajando, porque tampoco puede estar de cháchara con los clientes.

Recupero mi mano con rapidez e intercambio el chocolate caliente por mi café.

¿Cuándo se me ha visto pedir algo que no sea café? Si esa chica era tan fan mía, hubiera sabido que era para mí y no se habría equivocado.

Lo achacaré a sus nervios.

Iris carraspea, removiendo su chocolate con una cucharilla, y suelta, con un deje de ironía en su tono de voz y sin mirarme:

—Lo de cogerte de la mano lo he hecho para que no pienses que no me lo estoy tomando en serio, cariñito mío.

—La próxima vez que te pongas cariñosa, avísame para que me prepare mentalmente. —Le dedico otra sonrisa artificial cuando alza su vista hacia mí y le da un sorbo a su chocolate.

Mis palabras le resultan ingeniosas porque casi escupe el contenido en la taza al intentar reírse. Después, damos paso a nuestra interpretación, siguiendo el guion que me he aprendido de memoria, aunque explicándole lo que tenemos que hacer, porque leerse cuatro frases es demasiado trabajo para ella.

Le hago una foto a nuestros desayunos, otra a Iris comiéndose su gofre «sin que se dé cuenta» y una última con nuestras manos entrelazadas sobre la mesa; la mía, con unas uñas postizas moradas larguísimas y la suya, con las uñas cortas pintadas de negro.

Tenemos vetado echar un vistazo a la calle, pero ella se salta esa norma para mirar varias veces por la cristalera sin disimulo e informarme de que no ve a ningún paparazi, aunque yo le respondo que estarán escondidos.

El siguiente paso del teatro es hacer que el tiempo transcurra mientras seguimos desayunando y fingimos que hablamos de trivialidades. Lucien nos ha recomendado que nos inventemos algún tema de conversación que nos interese a las dos para conocernos más, pero yo no sé cuál proponerle a esta chica, porque siento que no tengo nada en común con ella, aparte de que las dos somos mujeres que se dedican a la música.

Y tampoco es que ella esté muy por la labor de charlar, por su expresión apática conforme le da vueltas con la cuchara a lo que queda de su bebida.

Carraspeo.

—Bueno… —Repiqueteo con las uñas en la mesa y sus ojos grises se centran en mí—. Tendremos que hablar de algo y conocernos la una a la otra hasta que sea la hora de irnos, ¿no?

—Empieza tú con el monólogo. Te escucho. —Hace un ademán con la mano, animándome—. Yo soy muy poco habladora si todavía no he pillado confianza y si no estoy borracha.

—¿Es mi impresión o tienes una pequeña obsesión con el alcohol? Porque aquella noche ibas un poco… —Hago memoria para intentar recordar algún término que usen los españoles y me aventuro a decir, dudosa—: *¿Pipiri?*

Se le escapa una carcajada.

—Piripi, mendruga. Menudo acento tienes. —Niega con la cabeza y murmura para sus adentros—: *Pipigi*, dice la gabacha.

¿Se está riendo de mi manera de hablar la españolita alcohólica?

Le dedico otra sonrisa falsa.

—Yo, por lo menos, sé idiomas, no como los españoles, que no sabéis comunicaros ni en el vuestro.

Iris suelta la cucharilla en la taza, provocando un sonido ensordecedor, y me contempla con tranquilidad para contraatacar, hablándome en catalán. Yo no tengo ni idea de lo que dice, pese a que esa lengua se parezca a la mía, y le contesto en francés que eso que acaba de soltar lo será ella, por si acaso es un insulto, pero se vuelve a reír.

—Sácate la patata de la boca, anda, que no se te entiende —se burla de mí, ya en español.

Vuelvo a respirar hondo para no discutir con ella, porque estamos «enamoradísimas», cosa muy poco creíble, ya que no me fijaría nunca en una chica como Iris.

—Te estamparía algo contra la cabeza —declaro, supersonriente —, pero tus fans me apedrearían y este paripé no serviría para nada.

—No sabía que los franceses erais tan agresivos.

—La agresividad nos la habéis pegado los españoles —replico, y nuestras miradas se lanzan navajas la una a la otra, pero las comisuras de nuestros labios continúan curvadas hacia arriba.

Y nos enzarzamos en una pelea, aunque esta vez no sea física, sino dialéctica: ella critica a los franceses, afirmando que somos arrogantes, estirados, aburridos, maleducados, más serios que los empleados de las funerarias, que estamos todo el día zampando cruasanes, que nuestra comida es una mierda, que nuestro idioma es horroroso e impronunciable, que le tenemos miedo al aire acondicionado y que no nos duchamos; yo enumero los comportamientos que me ponen nerviosa de los españoles, como

que siempre hablan a gritos, son desordenados, vagos e impuntuales, siempre están de fiesta y echándose la siesta, que están obsesionados con las sevillanas y los toros, que no respetan el espacio personal y que los catalanes, como ella, son unos tacaños.

Otro día le enseñaré lo equivocada que está con todo lo que ha vomitado sobre mis paisanos.

Mientras parloteamos con tanta pasión, nos interrumpen varios clientes de la cafetería y viandantes que nos han visto por la ventana para hacerse una foto con nosotras. Cuando desaparecen, continuamos con nuestra batalla hasta que recibo un mensaje de Lucien, avisándome de que lleva quince minutos esperando fuera para recogerme y de que ha visto a la prensa.

—Es la hora de irnos —le digo a la rubia.

—Por fin. —Suspira por enésima vez, poniendo los ojos en blanco—. Se me ha hecho eterno este desayuno.

Pagamos cada una nuestra consumición (yo me pido otro café, pero para llevar) y terminamos nuestra cita con un selfi de las dos juntas para subirlo a Instagram dentro de un rato. Por último, nos despedimos en la salida con un frío abrazo de tres segundos que me produce incomodidad, pero antes de que cada una se vaya por su lado, una manada de paparazis nos aborda con sus micrófonos y nosotras nos separamos para atenderlos, cogidas del brazo.

—¿Pueden dedicarnos unos minutos?

—¿Qué hacen juntas? ¿Son amigas?

—¿Ya han arreglado el asunto de la otra noche?

—¿Ha olvidado a Gaston Moreau? —me pregunta un periodista solo a mí.

—Tenemos entendido que Iris es lesbiana y Gabrielle, bisexual. ¿Ha nacido el amor entre vosotras?

—¿Os gustan los macarrones con tomate?

—¿Eres rubia natural o de bote? —le pregunta otro a Iris.

Estoy a punto de decir algo cuando «mi chica» se me adelanta:

—Rubia de bote y chocho morenote. —Y les guiña un ojo.

Algunos paparazis se ríen y otros se quedan patidifusos ante esa respuesta. Le doy a Iris un puntapié con disimulo, y ambas

sonreímos tanto que parece que nos hemos puesto un alambre en la boca.

—¿No ha pensado en teñírselo también? —quiere saber una periodista extendiéndole el micro a Iris.

—¡Oiga, por favor! —exclamo yo, porque mi acompañante es capaz de seguirle el juego—. ¿Qué clase de pregunta es esa?

—¿Son ciertos los rumores que acaban de salir de que sois pareja? —inquiere otra garrapata.

Qué pronto hacen sus suposiciones… ¡Si solo nos han visto una hora juntas!

—No vamos a hacer declaraciones —les contesto, alisándome un mechón lateral con la mano para hacerme la interesante mientras Iris sigue enseñándoles los dientes—. Nos tenemos que ir, que nos está esperando nuestro chófer. ¿Nos dejáis pasar? Gracias.

Los paparazis se quitan del medio y las dos avanzamos por la acera agarradas del brazo, aunque Iris despidiéndose de ellos con la mano libre sin dejar de mostrar su dentadura.

—¿Quieres dejar de sonreír así, que pareces la novia de Chucky? —le susurro.

Rubia, con su estatura y esa sonrisa de muñeca del terror, sería perfecta para protagonizar esa película.

—Mejor me guardo a quién te pareces tú, que no quiero ofenderte. —Se suelta de mí cuando llegamos hasta mi coche, con Lucien aguardando dentro—. Me voy con Rober, que está esperándome con la Harley. Nos vemos en nuestra próxima función, amor mío.

Desvío mi vista hacia los aparcamientos de las motos y, efectivamente, está ese melenas allí, mirándonos. Nos saluda con la mano y con una sonrisa, pero la de él se asemeja a la del propio Chucky.

—Chao, querida —le digo.

Iris se aleja, pero empeñada en decirles adiós con la mano a los reporteros sin borrar esa sonrisa de Tiffany Valentine.

Qué desastre de cita.

—Se os veía muy cómodas —suelta Lucien en cuanto me meto en el coche—. ¿Os habéis jurado amor eterno ya?

—¿Quieres una bajada de sueldo? —inquiero, estresada.

Mi amigo se pasa una cremallera invisible por los labios y arranca el vehículo.

# 7. Iris

—¿Te has quedado aquí cotilleando la hora entera? —le pregunto a Rober una vez que me despido de la francesa—. ¿No se suponía que te ibas al gimnasio?

Menudo suplicio soportar a esa franchuta. Ha sido la hora más larga de mi vida.

La hora y quince minutos, para ser exactos. Se nos ha ido el santo al cielo discutiendo y defendiendo cada una a nuestro país, como buenas patriotas, y no nos hemos percatado de que se nos había hecho tarde. Pero eso sí, ese cuarto de hora de más lo voy a descontar de nuestra próxima «cita», que mi tiempo es oro y no he firmado ese estúpido contrato para hacer minutos extra que nadie me pagará.

—Y he ido. —Mi amigo me da el casco—. No ha sido necesario quedarse aquí para seguir vuestra cita; lo he hecho a través de las redes entre serie y serie y he decidido venir a recogerte para encerrarte lo más rápido posible en tu casa, porque no es normal la que hay montada en Instagram, TikTok y Twitter. —Hace una breve pausa frunciendo los labios; yo aguardo a que deje de hablar, con el casco puesto y de brazos cruzados, deseando que nos larguemos ya y huir de esos paparazis, que no paran de sacarnos fotos—. Bueno, en X. Sigo sin acostumbrarme a ese nombre.

—¿Nos vamos o qué?

—Ah, sí, venga —me responde como si se hubiera olvidado de que nos tenemos que ir—. No vaya a ser que esas sanguijuelas se acerquen a ti otra vez para sonsacarte cosas.

Menos mal que el móvil se me ha quedado sin batería mientras desayunaba, así no me entero de la que se ha liado hasta que llegue

a casa y lo ponga a cargar, porque mi siguiente obligación es la de subir las puñeteras historias con las fotos de hoy.

Yo, que soy la más discreta del grupo y jamás he publicado nada sobre mi vida privada.

Cuando Rober me deja frente a mi bloque, no se digna a marcharse, sino que sube conmigo a mi piso (él, por el ascensor y yo, por las escaleras) para no perderse las noticias; también, para hacerme compañía en este momento tan duro y «echarme una mano para gestionar tanta fama», porque Axel está trabajando y Dani, ayudando a su padrastro a montarle una caseta a su perro Pocholo.

—Voy a poner el programa de Ana Rosana, que seguro que sois primicia. —Rober se hace con el mando a distancia y se acomoda en el sofá con Señorita Rottenmeier como si estuviera en su piso—. Me lo ha soplado mi abuela, que lo ve todas las mañanas.

Suspiro, poniendo los ojos en blanco.

Con lo a gusto que estaba yo siendo una persona anónima, que no me conocían ni en mi propia casa…

Ocupo el otro sofá y pongo mi móvil a cargar. No me apetece, pero debo hacerlo y enfrentarme a mis responsabilidades.

Primero me meto en Instagram, donde subo un par de fotos que me ha pasado Gabrielle y la etiqueto. Por supuesto, no miro ninguna notificación ni leo ningún comentario ni mensaje directo. Después, me conecto al WhatsApp para avisarla de que ya he publicado las *stories* y me meto en el grupo que tengo con mis amigos, llamado «Lapislázulis y acoplados».

Y no sé para qué entro, porque han estado de lo más entretenidos comentando la cita como si fuera un partido de fútbol y pasándose las fotos y memes que se han encontrado en las redes.

Algunos de los mensajes que no tienen desperdicio son:

**Candela:** «Se han cogido de la mano. Qué bonito. Al final acabará en boda. Tendré que empezar a mirar vestidos para ser la dama de honor»

**Dani:** «¿Qué coño hace Iris riéndose a carcajada limpia? ¿La han abducido los extraterrestres?»

**Axel:** «Está limando asperezas con la francesa, que no se parece en nada a Taylor Swift, aunque la comparen con ella. La gente ya no respeta a las grandes»

**Gerard:** «Joder, 632 mensajes. Sí que habláis, cabrones. Me lo he perdido todo. Resumen??»

**Rober:** «¿Alguien más quiere apuntarse a la apuesta?»

**Candela:** «Pero ¿cómo se le ocurre decir lo del chocho morenote? Qué poca clase»

**Dani:** «Se nota que atender a la prensa no es lo suyo»

**Rober:** «Parece que le está entrando un apretón»

**Bruna:** «El hashtag #Gabiris se ha hecho viral en todas las redes y ya han publicado una noticia en una de las revistillas más importantes de prensa rosa de internet. Os paso el enlace»

Con solo apreciar la vista previa de lo que ha enviado nuestra mánager, necesito tirarme de los pelos como hizo Gabrielle la otra noche conmigo, porque va a empujar a la gente a clicar en el enlace para enterarse. Lo peor es el título tan absurdo y llamativo con el que los periodistas han bautizado la noticia, acompañado de una foto borrosa hecha desde lejos en la que se ven dos siluetas.

***¡Cazadas en plena cita romántica! Las dos divas de la música que revolucionarán nuestros corazones y dejarán al mundo entero suspirando entre algodones de azúcar.***

*La primavera está a la vuelta de la esquina y ya conocemos ese refrán tan popular de «la primavera, la sangre altera». Y si no, que se lo digan a las dos artistas que han sido captadas por nuestras cámaras en una de las cafeterías más coquetas del centro de Barcelona. Nadie daba crédito, y mucho menos después del encontronazo que tuvieron al salir del evento de celebridades que se celebró el pasado sábado, en Madrid, donde una de ellas casi deja en bolas a la otra en público.*

*¿Estáis preparadas para saber quién es la nueva pareja del momento?*

*Redoble de tambores…*

*¡Sí, amigas, nos estamos refiriendo a Gabrielle Leroux e Iris Llorens!*

*Como todos sabéis (y si no, no entendemos lo que hacéis con vuestras vidas), Gabrielle Leroux es una cantante, bailarina y actriz que ganó el festival de EuroStars en 2022. Hace poco se compró una casa en Barcelona porque está enamorada de nuestro país (y nosotras de ella) y ha estado saliendo con el modelo francés Gaston Moreau, pero su relación no cuajó porque a él lo descubrimos, hace unas semanas, en una playa de Marbella muy acaramelado con la guapísima y jovencísima influencer Paulova Putalova. Parece que la estrella del pop francés se está tomando muy en serio ese otro dicho popular de «un clavo saca a otro clavo».*

*De Iris solo sabemos que es la integrante más misteriosa de la banda de rock Lapislázuli, formada por el sexy Rober Guerrero, la carismática Candela Guerrero y el cautivador Daniel Domènech, que representará a nuestro país en EuroStars este año.*

*Nuestra segunda protagonista del momento es la más discreta de los cuatro roqueros y no comparte nada sobre su vida privada en las redes, pero nosotras la queremos igual, ¿verdad? Jamás la hemos pillado infraganti… Hasta esta mañana, mientras disfrutaba de un buen desayuno con Gabrielle.*

*Como era de esperar, las redes se han vuelto a incendiar y los fans de ambas artistas y los haters no han tardado en manifestarse y en inventarse todo tipo de rumores acerca de esta supuesta historia de amor. Además, Gabrielle, como es bastante activa en Instagram, ha querido compartir en sus historias algunas fotos de su cita con la guitarrista.*

Madre del amor hermoso, menuda basura de noticia. Los periodistas han añadido las fotos que nos han hecho, donde se ve claramente que somos nosotras en el interior de la cafetería, algunas que nos han sacado al salir (es cierto lo que han comentado mis amigos de que parece que me estoy aguantando las ganas de cagar) y las que ha publicado Gabrielle en su cuenta: la de nuestras manos juntas sobre la mesa, otra en la que aparezco yo comiéndome el gofre y el selfi que nos hemos hecho al salir.

Necesito vomitar. ¿En serio hay gente que lee estas barbaridades? Qué vidas más vacías deben de tener.

Continúo leyendo la porquería:

*Las suposiciones de este nuevo salseo tan salseante no paran de crecer. ¿Será una estrategia de marketing? ¿Nos estarán engañando a los fans para que España o Francia se lleven el premio del festival y todo el protagonismo, dejando a los demás países a un lado, como meros espectadores? ¿Gabrielle Leroux y Lapislázuli colaborarán juntos para regalarnos un temazo con sus estilos tan diferentes? ¿Estarán detrás de todo esto Pedro Sánchez y Emmanuel Macron, los presis del gobierno de cada país? ¿Estarán fingiendo una relación para calmar la guerra que se formó hace unos días? ¿O de verdad están enamoradas y se convertirán en la pareja del año?*

*Ninguna de las dos ha confirmado nada (solo Iris, que ha confesado que es rubia de bote y tiene su zona íntima morena). Pero tras esta cita enigmática, sabemos que algo se está cociendo, y no son los macarrones venenosos que te está preparando tu suegra para almorzar.*

*Nuestros reporteros continuarán investigando para traeros más novedades sobre este affaire más musical de la historia de la farándula.*

*No olvidéis comentar en todas las redes sociales vuestras impresiones con el hashtag #Gabiris.*

*Gracias por vuestra atención,*

*Firmado: Fina Segura.*

En cuanto termino de leer, me paso una mano por la cara, harta de la vida, y abandono el móvil en el sofá para que se cargue y no me explote en la mano.

—Oye, ¿qué es mejor? ¿Ser el más sexy o el más cautivador de la banda? —me habla Rober, que también se acaba de leer el truño de noticia y he estado escuchando sus carcajadas un buen rato—. No entiendo por qué han etiquetado a Dan como «el cautivador», si eso debería serlo yo. Rober, el sexy y cautivador, y Dani, el simpaticote, que le pega más.

—Los pesados —le espeto—. Tendrían que haberos llamado «los pesados».

Rober me ignora y desvía la vista hacia la tele, porque algo ha llamado su atención en el programa: la presentadora anunciando una «noticia jugosa de última hora».

—Anda, mira, vais a salir ahora.

Me levanto para robarle el mando y apago la caja tonta, a pesar de las protestas de mi amigo.

—A tomar por culo. Se acabaron los cotilleos en esta casa.

La canción *Rehab* de Amy Winehouse, que la tengo como tono de llamada, comienza a sonar desde mi móvil y yo me maldigo a mí misma porque le habré dado sin querer al altavoz.

Es mi madre. Como no le he contestado a los mensajes que me ha dejado, le ha parecido buena idea llamarme; supongo que estará viendo el programa de Ana Rosana, que Rober ha vuelto a poner, o le habrá salido la noticia en Facebook.

—Dime, mamá —le respondo al descolgar, porque si no lo hago, es capaz de presentarse aquí con la chancla en la mano, y me preparo mentalmente para su reprimenda.

—¿Tú por qué no me cuentas que estás saliendo con esa cantante? Que soy tu madre y te he dado la vida —comienza con su soliloquio, superindignada, y yo me acomodo en el sofá porque esto va para largo—. ¿Así me lo pagas? El día que yo falte, no sé qué vais a hacer sin mí. A ver quién va ser la que te va a preparar los táperes llenos de comida, eh. Para pedirme cosas y ocupar el garaje con tus amigos para tocar vuestras canciones ruidosas como si fuera una sala de ensayo sí que vienes corriendo, pero para contarme que tienes novia te lo tienes que pensar. Me he tenido que enterar antes por el Facebook que por mi propia hija. Ya lo lamentarás, ya.

—Perdón, mamá.

—Shh, no interrumpas a tu madre, que te estoy hablando —me regaña, y puedo imaginarme cómo está sacando el dedo índice mientras parlotea—. Bueno, acabo de venir de comprar las pastillas del azúcar de tu padre, en la farmacia de la madre de tu amigo Dani, y hemos estado comentando la noticia. Dice que hacéis muy buena pareja. —Hace una pausa para suspirar—. En fin… Vas a traer a esa

muchacha este domingo para que pruebe mi paella y la conozcamos, que se tiene que alimentar con comida de verdad, que está muy delgada y seguro que en Francia pasa mucha hambre con esos refinamientos que preparan.

No me jodas.

—Solo nos estamos conociendo —le contesto a toda hostia para que deje de hacerse ilusiones con una nuera—. Todavía no hay nada serio. Ya sabes que los periodistas se inventan muchas mierdas.

—Si os han visto desayunando juntas, algo habrá ahí. Tú te la traes este domingo y ya está.

No puedo evitar agobiarme.

¿Qué hago para librarme de esta situación? ¿En nuestro *planning* están incluidas las comidas familiares?

—Tengo un montón de cosas que hacer con la banda, y ella estará ocupada también. —Y agrego, como con miedo—: ¿Te parece bien si te aviso cuando las dos podamos?

—Si no es este domingo, el siguiente, pero dímelo con tiempo para comprar las cosas y limpiar la casa de arriba abajo, que siempre lo ensuciáis todo. Igual hasta pintamos las paredes, que tenemos que causarle buena impresión a esa chica.

Le prometo que la avisaré en unos días y me contesta que, si no lo hago, se creará una cuenta de Instagram, expresamente para mandarle un mensaje privado a Gabrielle e invitarla ella misma.

Cuando cuelgo, me doy cuenta de que cierta francesa me ha escrito por WhatsApp y de que Rober se está partiendo el culo de risa porque lo ha escuchado todo, de modo que le lanzo un cojín a mi amigo y abro el mensaje de la otra.

**Gabacha:** «He estado mirando mis apuntes y, en nuestra tercera cita de mentira, después de la del mercado benéfico, nos tienen que pillar besándonos. ¿Quieres que quedemos en privado para ensayar? Yo recomiendo prepararnos de antemano para que no nos coja por sorpresa y alguna acabe haciéndole la cobra a la otra en público»

**Iris:** «No. Prefiero que nuestro primer beso sea en esa cita, sin anestesia ni nada. Para darnos un piquito no hace falta estudiar»

**Gabacha:** «No estoy de acuerdo. Se nota que solo aporreas una guitarra y desconoces el mundo de la actuación»

**Iris:** «Me importa un pimiento que no estés de acuerdo. No hay ensayo y punto»

Cuanto menos tiempo pase con esa, mejor.

Me envía el emoji del pulgar hacia arriba y el último mensaje:

**Gabacha:** «Nos vemos en el mercadillo benéfico de este viernes»

**Iris:** «Qué plan más divertido»

Mercadillo benéfico es sinónimo de auténtico coñazo donde reinará la hipocresía de la gente.

Qué ganazas más locas de ir a ese evento con mi chica.



Mi único plan para el cutre mercadillo benéfico que han montado en Gràcia es el de sobrevivir mientras fuerzo sonrisas, aguanto a la francesa, compro cosas que no me importan y dono algún que otro céntimo que se supone que irá dirigido a los pobres, a las protectoras de animales y a los pingüinos de la Antártida.

La plaza del Sol está atestada de gente que ha venido a visitar los puestos donde se venden tonterías artesanales: piezas de cerámica, velas, jabones, ropa, postres, bisutería… Y Gabrielle siente la necesidad de detenerse en cada uno para curiosear cada detalle y comprar algo que acabará encasquetándoselo a sus guardaespaldas, que nos persiguen de incógnito, para que se lo lleven, cosa que ha ocurrido con unas velas con aroma a «islas afrodisiacas» (según la dependienta) y una bufanda hecha a mano por una abuela.

Por ahora, nos han reconocido un par de personas y no hay ni rastro de la prensa, pero no tardará en correrse la voz de que la

pareja del momento está paseando por el mercadillo.

—Ay, Iris, mira qué preciosidad —me dice Gabrielle al pararse en un puesto de cerámica, y coge una pieza; la encargada no nos quita el ojo de encima.

—Es solo un jarrón normal y corriente. No le veo el misterio.

La francesa ladea la cabeza hacia mí como si la hubiera insultado.

—¿Qué dices? Es una pieza única y hecha a mano por una artesana.

Vuelvo a centrar mi mirada en el producto, con la ceja enarcada.

—Sigue siendo un jarrón que servirá para llenarse de polvo en tu casa o para que te lo tire tu gato.

Pone los ojos en blanco y le pide a la dependienta que se lo meta en una bolsa porque se lo lleva, que le parece «muy bonito» para decorar el salón de su chalet.

—Deberías colaborar un poco —me susurra Gabrielle cuando dejamos atrás el *stand* de cerámica, y se agarra a mi brazo, algo que me produce incomodidad, mientras avanzamos por el mercadillo.

—¿Te refieres a que compre algo?

Tiene razón. Ella ya se ha llevado varias chorradas y ha donado dinero para no sé qué movida del cambio climático; yo no he hecho nada.

—A comportarte de una manera menos antipática, que somos pareja. Pero, ya que sacas el tema, deberías colaborar también aportando tu granito de arena para los más desfavorecidos. La gente va a pensar que eres una egoísta y Lucien nos va a echar la bronca.

Suelto un bufido, pasándome una mano por la cara.

—Está bien. Colaboraré si te hace tanta ilusión.

El siguiente puesto al que nos acercamos se centra en los pingüinos de la Antártida.

¿Los pingüinos también son seres desfavorecidos, no? Pues, ale, a ayudarlos, aunque no sepa lo que tengo que comprar exactamente, porque en la mesa solo advierto un montón de fotos de esos animales y peluches.

—¿Queréis apadrinar un pingüino? —nos pregunta el encargado, que rondará los veinte años, dedicándonos una sonrisa educada—.

Es gratis, pero estos animalitos os agradecerán si les hacéis una generosa donación para poder cuidarlos.

Una generosa donación. ¿A qué cifra se refiere con exactitud?

—Ah… Entonces, gratis, lo que se dice gratis… No es —le respondo lo primero que se me pasa por la cabeza.

Gabrielle me regala un codazo y le devuelve la sonrisa al chaval.

—Yo sí quiero apadrinar un pingüino, por favor.

¿Esta tía hace estas cosas porque en realidad es buena persona o para aparentarlo? Todavía no lo tengo muy claro.

A continuación, el chico le pregunta por el nombre que desea ponerle y Gabrielle le responde «Croissant», que se lo tiene que deletrear para que el otro no escriba la versión española. Después, le entrega a la gabacha un papel donde figura su nombre (también deletreado), el del pingüino y una foto de este último, y ella dona un billetaco de cincuenta euros sin romperse una uña postiza.

Madre mía, cincuenta euros por un pingüino que ni existirá.

—¿Y tú? —inquiere el chico mirándome a mí—. Así os lleváis la parejita para enseñársela a vuestros fans.

Suspiro con pesadez.

—Venga, vale —acepto a regañadientes—. Ponle Pingu.

—¿Pingu? —se mete la francesa, y se le escapa una carcajada—. El nombre más original para un pingüino —añade con ironía, y me aplaude—. Sí, señora.

—¿Es que en Francia no existía la serie *Pingu* cuando eras pequeña? —inquiero, y me atrevo a cantar la canción de la cabecera de esos dibujos—: *Pi, pi, pi; pi, pi, pi; Pingu, Pingu.*

Muy bien; haciendo el ridículo. Espero que ningún paparazi me haya grabado.

Gabrielle me mira en completo silencio, con una expresión con la que adivino que se está aguantando la risa, pero finalmente estalla en carcajadas; el dependiente también hace lo mismo, pero algo incómodo.

¿Es la primera vez que la hago reír? Si es que soy un partidazo de novia, y eso que solo estamos en nuestra segunda cita.

Cuando el chico me da mi certificado de adopción de Pingu, que no tengo ni idea de si tendrá validez legal, meto en la hucha de

donaciones unas cuantas monedas de céntimos que están muertas de risa en mi monedero desde hace tiempo.

—Cómo se nota que eres catalana —interviene ella—. Menuda tacaña. ¿No te dan lástima esos pobres pingüinos desamparados?

Ya está Pepito Grillo dándome por saco.

—No tengo suelto, guapa —le espeto, y el chico escucha ensimismado nuestra discusión—. Yo pago siempre con tarjeta o con el móvil.

—También puedes donar mediante Bizum o transferencia bancaria —suelta el chico, que parece que no puede estarse callado, y señala un cartel de la mesa donde se puede apreciar el número de teléfono y el de la cuenta del banco.

—Eso, eso —se une Gabrielle metiendo cizaña—. Cuenta en un banco sí tendrás.

Hoy hay dos por uno en pelucas: la del pelo de esta tía y la del chaval, que lleva un peinado que se parece a una cacerola.

Resoplo por enésima vez y les mando cincuenta euros por Bizum a los pingüinos bajo la atenta mirada de la francesa para asegurarse de que no estoy de farol. Por último, nos despedimos del chico, que nos da las gracias y se hace una foto con nosotras y nuestros certificados de apadrinamiento para fardar en las redes, y continuamos nuestro paseo.

—He donado más que tú —le digo a Gabrielle—. Cincuenta euros con treinta y cinco céntimos. —Le hago una pedorreta—. Chúpate esa.

—Tu pingüino Pingu te lo agradecerá desde la Antártida, querida. —Esboza una sonrisa de arrogancia.

Espero que esos cincuenta euros con treinta y cinco céntimos perdidos me los devuelva Lapislázuli, que yo no he firmado este contrato para gastarme el dinero a lo tonto.

Que pague la empresa el apadrinamiento del pingüino de las narices.

# 8. Gabrielle

La visita al mercadillo benéfico está siendo una mezcla de emociones de lo más variopinta, además de un pelín desastrosa porque me muero de la vergüenza cada vez que Iris abre la boca en algún puesto. Primero ha sido en el del jarrón; después, en el de la asociación para ayudar a los pingüinos… Y ahora, en un *stand* de postres caseros, donde le ha preguntado a la señora por uno de ellos. Por no hablar de que una niña me ha confundido con Lily Collins y me ha dicho que se ha visto todas mis series y pelis.

—Es un bizcocho borracho —le responde la mujer a Iris con una amplia sonrisa; yo me centro en darle un sorbito al cuarto café que me acabo de comprar.

—Ah, qué guay. —Mi novia de mentira finge que está interesadísima—. ¿Y qué lleva?

La mujer hace una mueca con los labios, tratando de recordar los ingredientes.

—Lo típico: huevos, azúcar, mantequilla, harina de trigo, vainilla… Y el chorrito de ron que no le falte.

—¿Y no hay de cerveza?

—Iris, por favor —intervengo golpeándome la frente con la mano libre, y la mujer se ríe, pero creo que lo hace por educación.

—Era una broma. —Iris también se echa a reír y se dirige a la señora—. Ponme unos cuantos de estos, porfa. —Y apunta con su dedo los bizcochos borrachos.

—Ahora mismo, muchacha.

Yo me decido por unas galletas con pepitas de chocolate, porque no puedo irme con las manos vacías, y la mujer se despide de nosotras diciéndonos «que los disfrutemos».

—¿Crees que nos habrá visto algún paparazi? —le pregunto a Iris a medida que caminamos, la una al lado de la otra.

—Esos siempre están donde menos te los esperas.

Le doy otro sorbo a mi café, pero, antes de tragar, Iris suelta un «ostras» y nos paramos en seco, lo que significa que se avecinan problemas. Sigo con mi mirada el recorrido de la suya y diviso, a unos quince metros, a un grupo de unos veinte o treinta adolescentes (quizá más) que avanzan hacia nosotras, con euforia y gritando nuestros nombres, mientras esquivan a los demás visitantes del mercadillo.

—Sígueme —me dice.

—¿Qué? ¿No los vamos a atender?

Iris me coge del brazo y me obliga a darme la vuelta con ella con la intención de huir de esos chicos, pero nos quedamos acorraladas porque unos paparazis, desde la misma distancia que los otros pero desde el lado contrario, se acercan con sus cámaras y micrófonos y pidiéndonos, a voces, que les respondamos unas preguntas.

—¡No jodas! —exclama mi novia, agobiada, y rebusca por nuestro alrededor alguna escapatoria—. ¡Por ahí! ¡Corre! —Señala nuestra derecha, donde hay una salida con unos escalones, y me sujeta de la mano con firmeza para llevarme a rastras hacia quién sabe dónde.

—¡Iris! ¡Que voy con tacones!

—Bah, estás acostumbrada a saltar con ellos puestos. Esto no es nada comparado con los bailecitos que te gastas.

¿Se ha visto mis vídeos?

Bajamos las escaleras a toda prisa e Iris se encarga de guiarme por el camino, aunque, en un par de ocasiones, nos chocamos con varias personas que nos sugieren mirar por dónde vamos.

—¿Eres consciente de que huir de la prensa y de los fans es lo peor que se te ha ocurrido? —le espeto, haciendo todo lo posible por no tropezarme y por sortear a la gente a medida que corremos—. ¡Nos van a poner a cocido!

A Iris se le escapa una carcajada que retumba en toda Barcelona.

—¿Qué dices de cocido? ¡Se dice «a caldo», mendruga! Además, ¿no te parece divertido?

¿Qué diantres significa «mendruga»? ¿Eso no es un pan?

—La verdad es que sí. Nunca he huido de la prensa.

Ella aminora el paso y echa un vistazo hacia atrás por si alguien continúa persiguiéndonos; yo hago lo mismo.

—Creo que ya no nos sigue nadie —me indica, y nos volvemos a girar hacia el frente para andar a paso normal sin que parezca que la policía nos busca—. Compórtate como una persona del montón y no como si fueras famosa para no llamar la atención.

Hasta los guardaespaldas nos han perdido la pista. Qué fuerte. Espero que no nos secuestren ni nos atraquen.

—Lo voy a intentar, pero… —Ladeo la cabeza hacia ella; nuestras manos permanecen unidas todavía—. ¿Qué vamos a hacer?

Iris también me mira.

—¿Te apetece ver una peli? —Me sonríe y me guiña un ojo.

Frunzo el entrecejo ante su idea tan alocada.

—¿Disculpa?

—Disculpada.

En un establecimiento repleto de gente siempre habrá alguien que nos reconozca, a pesar de que la sala se encuentre a oscuras durante la sesión.

Entramos en unos multicines y yo, tras depositar mi vaso de café vacío en una papelera, intento ir hacia la cartelera para elegir la película; sin embargo, Iris tira de mi brazo porque querrá hacer cola para comprar las entradas o las palomitas. Pero, para mi sorpresa, me susurra que le siga el rollo y que no pregunte. Nos unimos a un grupo de gente que está entrando a la zona de las salas y, entre la multitud… Nos colamos en una con la peli ya empezada y todo a oscuras, sin nadie vigilando.

—¿Qué estamos haciendo? —exijo saber en voz bajita mientras deambulamos por uno de los pasillos laterales de la sala.

—Cállate —me ordena Iris de la misma manera.

Nos acomodamos en dos asientos vacíos de la última fila; ella, supercalmada y yo, muerta de la vergüenza.

—Qué bochorno. —Me tapo el rostro con la mano por si me ha visto alguien, aunque estén las luces apagadas, e Iris se echa a reír.

—No te quejes, que por lo menos te he invitado al cine.

—Perdona, bonita, pero nos hemos colado, algo bastante diferente, además de ilegal. —Centro la mirada en la gran pantalla—. Y encima para ver *Kung Fu Panda* ya empezada. —Vuelvo a desviar la vista hacia ella para apuntarla con el dedo—. Como nos descubran y nos metan en la cárcel, te las verás conmigo.

Se encoge de hombros en actitud jovial.

—La intención es lo que cuenta, ¿no?

Suspiro, apoyando la cabeza en el asiento.

—Lo peor es que no tenemos palomitas, y ver una peli sin palomitas es un sacrilegio.

—Pero tenemos mis bizcochos piripis. —Agita la bolsa de papel con esos pasteles en su interior—. Y tus galletas de chocolate.

Me arranca una sonrisa con la que se me olvida que puedo acabar entre rejas por entrar en un cine sin pagar.

—Está bien; compartamos nuestros postres benéficos.

Conforme vemos lo que queda de la película de dibujos animados, devoramos los dulces que hemos comprado y ambas coincidimos en que están riquísimos. Mi móvil nos interrumpe varias veces, pero yo rechazo todas las llamadas al instante porque varias personas de la sala protestan por el sonido y no pienso contestar, que se me lanzarían al cuello.

Por lo que veo, Lucien, los guardaespaldas y ¿Bruna? ya se han dado cuenta de que he desaparecido.

—Tía, apágalo —me susurra Iris.

—¿Y a ti por qué no te llama nadie? —le pregunto poniendo mi teléfono en modo avión—. ¿Todavía no han denunciado tu desaparición?

—Vivo con el móvil en silencio desde que mis padres me compraron el primero con diez años: un Nokia indestructible.

Resoplo ante lo relajada que se toma la vida esta mujer y guardo el *smartphone* en el bolso; después la miro, con solo la luz de la pantalla iluminándonos.

—Te recuerdo que en la cita del domingo nos tenemos que besar y no hemos ensayado nada.

—¿Te apetece que ensayemos ahora? —Iris me sonríe, juguetona, y yo la contemplo sin creerme su propuesta.

—¿Se te han emborrachado las neuronas con esos bizcochos?

—No. —Me da un manotazo en el brazo, riéndose—. Aquí estamos a oscuras y no nos ve nadie. Es un buen momento.

Hago una mueca con los labios, pensativa.

—Está bien. Practiquemos.

—A la de tres, acercamos nuestra boca a la de la otra —me indica, y de mi garganta se escapa un sonidito de afirmación—. Una, dos y… Tres.

Cuando estamos a punto de rozar nuestros labios, las luces de la sala se encienden de repente. Nosotras nos separamos a la velocidad de un relámpago, tapándonos las caras con las manos, y cada una suelta un taco en su idioma natal.

Nos quedamos escondidas en nuestras butacas, esperando a que la gente se esfume, y nos colocamos nuestras gafas de sol. Una vez que la sala se vacía, salimos con calma, aunque yo la finjo porque tengo miedo de que esté la policía aguardando fuera por habernos colado sin pagar las entradas.

La función se ha acabado y, con ello, nuestra libertad, porque pedimos un taxi para que nos lleve de vuelta a nuestra respectiva casa. Durante el trayecto, tranquilizo a Lucien mediante una llamada porque está histérico perdido.

—Al final, no hemos hecho lo que deberíamos haber hecho —le digo a Iris cuando el taxi se detiene frente a su bloque de pisos.

He soltado este trabalenguas para que el conductor, de unos sesenta años, no se entere de nuestra relación falsa, por si suma dos más dos y nos reconoce.

—Ya lo haremos cuando lo tengamos que hacer. —Mi novia de mentira se apea del vehículo tras pagar su parte y se asoma a la ventanilla abierta cuando cierra la puerta, esbozando una sonrisa diabólica—. A ver, repite «tres tristes tigres tragaban trigo en un trigal, en tres tristes trastos, tragaban trigo tres tristes tigres».

Mi cerebro cortocircuita unos segundos.

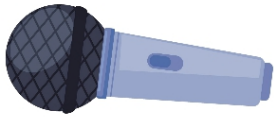
—¿Te estás intentando reír de mí, Tiffany?

Ella frunce el ceño.

—¿Tiffany?

—Tiffany Valentine, la novia de Chucky. —Le lanzo un beso con la mano—. Nos vemos. Chaooo. —Y cierro la ventanilla.

Cuando el taxi comienza a circular por la carretera, veo a Tiffany enseñarme el dedo corazón de cada mano y sonrío.



—Vais a ensayar ese primer beso como que me llamo Lucien —me dice mi amigo mientras conduce hacia el lugar donde vive mi novia de mentira, con la vista clavada en la carretera y gesticulando con una mano, porque con la otra está sujetando el volante y le tengo que dar las gracias de que no lo haya soltado—. A mí me da igual que ella no quiera, porque la pienso sacar de su cama agarrándola del pelo.

—¿Y era tan necesario levantarse a las siete de la mañana de un domingo? —inquiero con la frente pegada en la ventanilla—. No sé tú, pero mi plan era despertarme un poquito más tarde y pasarme la mañana entera mimándome, no trabajando.

Lucien ladea la cabeza hacia mí.

—Tenéis la tercera cita esta tarde después de que la segunda haya sido un verdadero desastre; os saltasteis mi guion y os dio por huir en pleno mercadillo benéfico como si os estuviera persiguiendo Hacienda —me recuerda, aunque para mí no fue una catástrofe—. Hoy os tienen que fotografiar besándoos como si llevarais siglos haciéndolo. Para eso debéis practicar: para que no quede ningún caco suelto.

—Se dice «cabo suelto» —lo corrijo—. «Caco» es un ladrón. Tienes que practicar más tu español.

Lo que no comprendo es por qué estamos hablando en castellano ahora; siempre que estamos solos, sin ningún español de

por medio, nos comunicamos en francés.

Creo que estamos pasando demasiado tiempo en este país y se nos va a olvidar nuestro idioma materno.

—Como sea. —Hace un ademán con la mano—. La que debe practicar lengua española hoy eres tú, pero con la rubia.

—¿Y tú crees que nos va a abrir la puerta? Estará durmiendo. No son ni las nueve.

Lucien me manda callar y se concentra en buscar aparcamiento, si es que acaso queda alguno, porque todo está atestado de coches en este barrio.

—¿Por qué no hay ningún sitio libre? —se queja—. Odio esto.

Preveo que vamos a tener que dar media vuelta para volvernos a mi casa, porque ni siquiera hemos avisado a Iris de este plan improvisado. Es más, ni yo sabía nada hasta hace un rato, cuando me ha despertado Lucien con la excusa de que debía abandonar la cama para hacer algo de vital importancia.

Y yo no tengo ni idea de si este teatro está funcionando. Con el desayuno de nuestra primera cita del miércoles y la excursión en el mercadillo del viernes, la gente no para de hablar de nosotras en redes ni de inventar rumores. Lo bueno es que la mayoría de fans de Lapislázuli ya no entran a mi Instagram para insultarme, sino para preguntarme por lo que tengo con una de sus integrantes. Mis seguidores hacen prácticamente lo mismo: ya no comentan lo guapa que estoy o que soy una reina; ahora solo quieren saber si estoy saliendo con Iris. Sin embargo, Lucien me ha contado que las reproducciones de mis canciones en Spotify han aumentado y que, en Francia, soy la protagonista de los cotilleos; de hecho, mi familia me ha enviado un montón de noticias y también me ha preguntado si estoy con la rubia, pero les he prometido que se lo contaría todo en persona, cuando coja un vuelo y vaya a visitarlos.

—Ya hemos llegado —anuncia Lucien al estacionar mi coche—. Nos toca andar cinco minutos, pero llegar, hemos llegado.

Antes de salir, me saco el pequeño espejo que siempre llevo en el bolso y me repaso el pintalabios rosa para estar presentable. Luego, mi mánager y yo damos un pequeño paseo hasta el bloque de pisos de Iris, sin apenas cruzarnos con nadie.

Normal, ¿quién va a haber en la calle a estas horas del último día de la semana? Pero no me extrañaría que hubiera algún paparazi oculto debajo de una piedra, que me habrá seguido o habrá acampado delante del edificio en cuestión por si captura con su cámara alguna escena jugosa.

Cuando nos detenemos frente al portal, que se encuentra cerrado, Lucien pulsa uno de los botones del telefonillo, que imagino que será el del piso de la rubia y no de uno aleatorio, y esperamos unos segundos a que alguien conteste.

—¿Quién es? —responde una voz masculina.

Por un instante, pienso que de verdad Lucien le ha dado al primer botón que ha pillado.

—Buenos días —le habla mi amigo con educación—. Soy Lucien, el mánager de Gabrielle Leroux, que la tengo aquí, a mi lado. Hemos venido para terminar unas gestiones pendientes con Iris Llorens. ¿Nos puede abrir, por favor?

—Esperad un momento. —Y nos cuelga, dejándonos en la calle.

—¿Perdón? —suelto mirando a Lucien, anonadada.

¿Cómo que «esperad un momento»? ¿Desde cuándo yo tengo que esperar para entrar a un sitio?

—Calma esos humos, *ma chérie* —me aconseja mi amigo haciendo un gesto con la palma—, que no eres la reina de Inglaterra.

—Del pop francés, sí.

—Antes no tenías la fama tan subidita.

Dejo escapar una exhalación y me pongo a dar vueltas de un lado a otro de la acera, ahogándome por la impaciencia, hasta que una vecina de edad avanzada, que ha sacado a pasear en bata a su diminuto perro, abre el portal con su llave y Lucien y yo entramos detrás; ella no para de girarse hacia nosotros cada vez que da un par de pasos con su mascota en brazos para recorrernos con su mirada, que es una mezcla entre curiosidad y desconfianza.

Parece ser la típica vecina española cotilla.

Como se marcha escaleras arriba, la perdemos de vista y nos metemos en el ascensor tan enano, que me da claustrofobia en cuanto pongo un pie en él. Me tapo la nariz, porque apesta a pis de

humano, y procuro no tocar nada ni moverme demasiado, aguantando la respiración.

El viaje hasta la planta de Iris se me hace interminable y, cuando la caja de cerillas se detiene en nuestro destino, soy la primera en salir y en llenar de aire mis pulmones. Si hubiera esperado un milisegundo más, habría muerto asfixiada.

—Ay, hija, no aguantas nada —me dice Lucien en tono jocoso.

Nos paramos delante de la puerta que nos interesa y escuchamos jaleo en el interior del piso; reconozco la voz de Iris, que le ordena a alguien que no nos permita entrar. Bueno, en realidad, dice «ni se te ocurra dejar pasar a esos ridículos», y Lucien los interrumpe, llamando al timbre.

Un chico, que mide alrededor de dos metros y que será el que nos ha hablado por el portero automático, nos abre.

Mi amigo se sorprende al verlo y suelta «Dios mío, ¿y este bombón de dónde ha salido?», en francés; yo rezo para que el otro no lo haya entendido para no morirme de la vergüenza.

—Ah, hola —nos saluda el chico sonriéndonos con simpatía, y detrás de él oigo a la otra preguntar «¿cómo demonios han entrado?»—. Pasad, pasad. —Y se hace a un lado.

Lucien y yo nos adentramos en este apartamento, y lo primero con lo que nos encontramos es con la rubia, que está de brazos cruzados y mirándonos de tal forma que me entran escalofríos por el miedo que da. Por su expresión de malhumor y de cansancio, por su pijama tan calentito con dibujos de tortugas y por su cabello despeinado, adivino que la acabamos de despertar. El chico alto se ha marchado y nos ha dejado a los tres a solas en el recibidor.

—Buenos dí…

Lucien no termina el saludo porque Iris se lo impide:

—¿Me podéis explicar qué hacéis aquí, en mi casa, cuando yo no os he invitado y, sobre todo, tan temprano? Que yo sepa, la jodida cita es esta tarde.

—A mí no me mires, que yo no sé nada. —Levanto las manos en son de paz para que sepa que yo no tengo la culpa; preferiría estar en mi hogar, descansando—. Díselo a Lucien.

—Y a Bruna —agrega el aludido—, que está ahora en su casa, durmiendo, ajena a todo.

Habla más con esa mujer que conmigo.

—¿Habéis adelantado la hora de la cita o qué? —quiere saber Iris.

Lucien le responde que no y, a continuación, le explica que nos hemos presentado a estas horas para que ensayemos el «esperado beso» con el que sueñan nuestros fans y los paparazis, y para que nada salga mal esta tarde. También insiste en que le ha pedido permiso a Bruna, que le ha respondido que no la molestemos en todo el domingo y que hagamos con Iris lo que queramos mientras beneficie a Lapislázuli.

La rubia, como es evidente, muestra su desacuerdo, pero no le queda otra que acatar las órdenes de los mánagers.

—Esos imbéciles me van a deber la vida cuando esto acabe —murmura para sus adentros y negando con la cabeza. Antes de darse media vuelta y desaparecer en alguna habitación, añade—: En fin… Voy a disfrazarme de persona humana funcional y a chutarme un café. No tardo, Maripilis.

¿Nos va a dejar aquí? Qué poca consideración.

—¿Maripilis? —me pregunta mi amigo arrugando el entrecejo—. ¿Qué es eso?

—Algún apodo despectivo, seguramente.

Mientras Lucien y yo aguardamos de pie, en mitad del recibidor, porque esta gente ni siquiera nos ha invitado a pasar, el chico de antes vuelve a aparecer y nos entrega una tarjeta a cada uno.

—Me llamo Axel de la Rosa y soy el fisioterapeuta de confianza de Lapislázuli —nos dice esbozando una sonrisa—. Si alguna vez necesitáis a alguien que os cure las contracturas, podéis venir a mi clínica. La primera sesión es gratis.

Lucien, con toda la poca vergüenza que tiene cuando ve a un tío con un físico agradable, comenta, con la mano apoyada en el pecho y sin apartar la vista del tal Axel:

—Ay, cariño, con esos brazos me puedes hacer lo que te apetezca.

Y esta vez lo ha dicho en español para que el otro lo entienda.

Le doy un codazo nada disimulado, y Axel se echa a reír y nos pide que pasemos al salón, donde está el tal Daniel tirado en uno de los sofás con el móvil. Desvía los ojos hacia nosotros para saludarnos con un «hey, ¿qué pasa?» y vuelve a centrarse en la pantalla. Axel nos señala el sofá vacío para que tomemos asiento en lo que esperamos a su compañera de piso, que confío en que no sea como yo y no tarde casi dos horas en arreglarse.

—Siéntate bien, Dani, que tenemos invitados —oigo susurrar a Axel, quitando las piernas de su novio de un extremo del sofá para poder acomodarse a su lado.

Daniel, en vez de hacerle caso, le pasa un pie por la cara entera, sin calcetín, y el otro se lo muerde con ganas.

No sé qué me da más angustia: que alguien pasee su pie con olor a queso roquefort por mi rostro, donde me hago el *skincare* a diario, o llevármelo a la boca.

Lucien y yo intercambiamos una mirada, asqueados.

—Qué cavernícolas —me dice mi amigo en voz bajita y en francés, y yo le doy la razón a la vez que ese par se pelea a patadas y a mordiscos.

Tengo la sensación de que en este grupito son todos así de salvajes, hasta las dos gatas que viven en esta casa: la de raza esfinge, que se pasea por el salón montada en el robot aspirador, vestida con un jersey azul para proteger su piel pellejuda del frío; y la otra, una atigrada de pelo largo, que no para de olisquearme los zapatos porque huelo a Bartolamiau.

—Ya estoy. —Iris hace acto de presencia con su vestimenta de persona funcional: una sudadera violeta y unas mallas negras; el cabello lo luce suelto y ligeramente húmedo. Nos mira a cada uno, con los brazos en jarras, y su vista se detiene en mí—. ¿Empezamos con el ensayo ya? Espero que, por lo menos, hayas tenido la decencia de lavarte los dientes, porque como lo hagas con la misma frecuencia con la que los franceses se bañan, mal vamos.

Todos se quedan en silencio ante la tensión que se acaba de formar. Hasta el robot aspirador se ha detenido.

Vaya, vaya… Con lo simpática que estuvo en el cine y lo arisca que está hoy…

Seguro que los causantes de su personalidad agradable fueron los bizcochos borrachos.

Me pongo en pie con la cabeza bien alta y me echo un mechón de pelo hacia atrás, con altanería, para contraatacar:

—Y yo espero que el aliento no te huela ni a alcohol, ni a tabaco, ni a sustancias peores. —Le muestro mi dentadura blanquecina y limpia en una sonrisa falsísima—. Por eso que dicen de que los músicos de rock os metéis de todo en el cuerpo, bonita.

Ella me contempla con ansias de dejarme más calva que la gata esfinge, pero no lo hace porque Lucien corta nuestra discusión, colocándose entre las dos con los brazos extendidos, como si fuera un pacifista.

La españolita: un punto.

La francesa: un punto.

A ver cómo desempatamos.

# 9. Iris

El mánager de Gabrielle, o también conocido como «su lameculo», nos explica, con una energía envidiable y como si fuera un director de cine, lo que debemos hacer en nuestra tercera cita, con mis compañeros de piso como actores, que se han ofrecido como voluntarios para imitarnos. Hasta se han puesto pelucas para que la escena luzca más creíble, que no sé de dónde las han sacado y prefiero no preguntar. Axel ha elegido una melena morena para fingir ser la francesa y Dani, una rubia para convertirse en mí; los dos idiotas se lo están pasando de lo lindo.

¿No tienen nada mejor que hacer hoy? Que se vayan a dar un paseo romántico dominguero.

—Perfecto, chicos. —Lucien aplaude a los actores cuando se dan el esperado beso, sentado cada uno en un cojín, en el suelo, como si fuera la playa; después, se gira hacia nosotras, que estamos viendo el espectáculo desde el sofá—. ¿Habéis entendido lo que tenéis que hacer?

—Por supuesto —interviene Gabrielle, presumida, levantándose de repente, y su mánager nos avisa de que es nuestro turno; yo también me pongo en pie, desganada.

¿En serio los famosos que simulan tener una relación frente a la prensa deben hacer estas absurdeces? Creo que me he equivocado de profesión. Me tendría que haber metido en alguna ingeniería; ahora mismo estaría cobrando una pasta en algún país extranjero, sin ser un personaje público y no pagando un precio tan alto por dedicarme a la música.

—Estoy harta de la vida —suelta Dani, con expresión de gruñón porque sigue interpretando mi papel—. Quiero una cerveza y

emborracharme.

—Clavadito a mí, vamos. —Le arrebato la peluca rubia con brusquedad y se la estampo contra el pecho para que deje de hacer el imbécil.

—*Oh, là, là, puturrú de fuá* —suelta Axel imitando a la francesa, ya sin su peluca. Ella lo mira con cara de estreñida y Lucien les ríe la gracieta a ambos.

Que tiemblen los cómicos actuales, porque esos dos les van a quitar el puesto y serán los próximos mejores comediantes de la historia.

Gabrielle y yo nos ponemos cada una al lado de la otra, frente al director de este circo, y mis amigos se acomodan en el sofá que hemos ocupado nosotras segundos atrás.

—Quítate los tacones, *ma chérie* —le pide Lucien a mi acompañante, señalando los zapatos con el tubo improvisado que ha formado con unos papeles enrollados—. Debéis estar a la misma altura. —Hace una breve pausa, frunciendo los labios, mientras su vista nos recorre a cada una—. O casi casi a la misma altura.

—¿Estás queriendo decir que no voy a llevar estos taconazos a la cita? —exige saber la francesa con una mano posada en su pecho, patidifusa—. Son unos Louboutin.

—Vais a caminar por la playa, cariño, así que lo que menos te recomiendo es destrozar esa maravilla de mil euros con la arena.

Por poco me atraganto con mi propia saliva al intentar reírme y la francesa me dedica una mirada amenazadora.

—¿Mil euros? Pero si he visto tacones como esos en los mercadillos de Barcelona y en Shein cien veces más baratos —le digo, divertida, para meter cizaña—. Hasta yo tengo unos parecidísimos.

—No es lo mismo. Los míos son de calidad —me espeta, nada modesta.

Para que no nos enzarcemos en otra discusión sin sentido, Lucien le vuelve pedir, esta vez en una orden, que se descalce; ella se sujeta a mi brazo, primero con una mano y luego con la otra, haciendo presión en mi piel con sus uñas postizas kilométricas pintadas de azul, para mantener el equilibrio y no caerse al

desprenderse de sus tacones. A continuación, los coloca con cuidado en el suelo, no vaya a ser que se rompan si los revolea de cualquier manera, y se queda con los pies al aire libre. Deduzco, por su semblante repleto de repulsión y el análisis que le está haciendo a las baldosas, que no le entusiasma no llevar zapatos por si sus plantas se ensucian de absolutamente nada, porque el robot aspirador sigue paseándose por el apartamento con el testículo depilado encima.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta la señorita—. ¿Nos sentamos en los cojines?

—No, quiero ver cómo os desplazáis cogidas de la mano —le contesta Lucien, y yo enarco una ceja porque no sabía que también había que sacarse una carrera para pasear agarrada de la mano de una persona, algo que ya hicimos antes de ayer conforme nos escapábamos—. Porque, antes de adentraros en la playa, debéis caminar por el paseo, como hacen todas las parejas.

—Todas, todas, no —interviene el mamón de Dani, que siempre se tiene que meter en todo aunque no le incumba, y centramos nuestras miradas en él—. Que yo voy por la calle agarrado al *brazopolla* de Axel, no de su mano. —Y le da un par de palmadas al brazo del aludido, que se echa a reír.

—*¿Brazoqué?* —inquiere la francesa.

No pienso ser yo la que le explique el significado de ese término que se ha inventado mi amigo.

Lucien les ordena al par de teleñecos que mantengan la boca cerrada y que no se les ocurra interrumpir nuestra actuación, y nos indica a Gabrielle y a mí que andemos de un lado a otro del salón sin soltarnos las manos, como si estuviéramos haciendo un pase de modelos.

Qué cruz. Jamás había imaginado que me caerían tan mal unos franceses.

Gabrielle extiende su brazo hacia mí, sonriéndome de oreja a oreja; yo dejo escapar un suspiro de fastidio y le tiendo mi mano para entrelazarla con la suya. Comenzamos a caminar por el pequeño hueco libre que hay entre el mueble de la tele y la mesita de centro sin ninguna sincronización, pasamos por detrás de un sofá

y damos tres vueltas al salón. Como las pisadas de la francesa son más rápidas y grandes, a pesar de que va descalza, me lleva casi a rastras, como si la estuviera persiguiendo un clan de asesinos en serie.

—Tronca, ¿a dónde vas con tanta prisa? —me quejo. Por el rabillo del ojo, advierto que Dani nos está apuntando con la cámara de su móvil porque está en una videollamada con Rober y Candela para que no se pierdan esta mierda—. Me vas a tirar.

Me siento estúpida haciendo esto.

—Iris tiene razón —declara Lucien. Gabrielle detiene sus zancadas de una manera tan abrupta que me choco contra su cuerpo—. Debéis pasear con calma, la una pegada a la otra, intercambiando sonrisitas y hablando entre vosotras, no como si estuvierais huyendo de unos fans alocados, como hicisteis el viernes. Además, con la cantidad de gente que habrá a esas horas, si vais escopetadas, os estrellaréis con más de una persona. —Y, gesticulando con las manos sin soltar el puñado de papeles enrollados, añade—: Saldrán titulares parecidos a «las dos estrellas de la música empujan a una pobre abuela que paseaba con su andador por el paseo de la Barceloneta». Volved a intentarlo.

Las dos bufamos al unísono y Gabrielle le contesta a su mánager que hubiera descrito mejor lo que teníamos que hacer, pero yo, por joder, comento que lo ha explicado bastante bien con los otros dos como actores, a pesar de que no los haya atendido porque estaba jugando a un juego en el móvil y solo levantaba la cabeza cuando Lucien preguntaba «¿lo habéis entendido?».

Cuando repetimos la escena, recorremos el salón más tranquilas mientras mantenemos una conversación superficial sobre la última peli que hemos visto; ella desconoce la que menciono sobre alienígenas, y a mí tampoco me suena la suya, que es francesa y de género romántico.

Como Lucien no se queda contento con nuestra interpretación porque asegura que parecemos dos robots y no nos hemos mirado ni sonreído, lo intentamos varias veces más. Cinco, para ser exactos, con el mismo tema de conversación, y acabo harta del argumento de la maldita película francesa y con cero ganas de verla, porque ni

siquiera está doblada al español y no me gusta estar pendiente de los subtítulos. El lameculo nos deja como un caso perdido, escupe la típica frase española de «que sea lo que Dios quiera» y nos ordena que nos sentemos en los cojines del suelo, la playa improvisada.

Y, claro, los lapislázulis y Axel han estado descojonándose de la risa desde el sofá y la pantalla del móvil de Dani.

—Chicos, atención —interviene Dani—. Ahora viene la escena del beso.

—Ay, qué nerviosa estoy —oigo a Candela.

Le pido a Dani que me apunte con la cámara para que todos me vean y él me obedece. Les regalo una peineta y les suelto que se van a enterar cuando los pille.

Gabrielle y yo plantamos nuestro culo en un cojín como si fuera la arena y, con nuestros brazos rozándose, me preparo mentalmente para lo que viene ahora.

Nunca he planificado un puto beso. ¿Dónde se ha visto eso? Se supone que tienen que darse de forma espontánea, por sorpresa o en el momento adecuado. No es que sea yo la más romántica del mundo, pero estas tonterías son obvias.

Nos lo tendríamos que haber dado en el cine, así no estaría yo aquí hoy haciendo de marioneta. Pero se tuvieron que encender las putas luces…

Lucien interrumpe mis cavilaciones para soltar, con el rollo de folios señalando hacia nosotras:

—Preparadas, listas… ¡Acción!

La una ladea la cabeza hacia la otra con la nariz arrugada, acercamos nuestros rostros, cerramos los ojos… Y nos damos un pico fugaz, sin sentimiento.

—¡Fataaaaal! —exclama el insoportable francés pataleando—. ¡Parece que os están torturando!

Los mirones se ríen. Dani comenta que somos peor que dos niñas pequeñas jugando a los matrimonios; Axel, que hasta él les da mejores besos a sus gatas; Candela, que ha sido estafada; y Rober, que parece que estamos besando el ojete sin limpiar de un gorila.

—Podemos estar aquí toda la mañana, si queréis —vuelve a hablar Lucien abanicándose con los papeles—. A mí me da igual; no

tengo nada más importante que hacer.

El panoli de Rober toma la palabra:

—Yo creo que, en realidad, quieren pasar más tiempo juntas, por eso fingen ser unas inútiles.

—Por eso se escaparon el viernes —añade Candela.

—¿Alguien puede echar a esos de aquí? —se queja Gabrielle con su acentaco de francesita—. ¿Por favor?

Axel, el único decente del grupo (o casi decente, porque también tiene lo suyo), les ordena a los demás, mediante el chantaje emocional, que se porten bien si quieren que a Lapislázuli le vaya bien en EuroStars y en la vida en general para que, dentro de unos meses, no se olviden de nosotros y acabemos pidiendo limosna en la puerta de un supermercado o de la iglesia.

Y sus palabras surten efecto, porque se quedan mudos durante el ensayo de los siguientes besos que me doy con Gabrielle: otros dos picos de menos de un segundo que no convencen a Lucien.

—Vamos a tomárnoslo en serio ya, que no tenemos cinco años —le digo a la francesa.

—¡Pero si eres tú la que se aparta! —me grita, superofendida, y se echa la melena hacia atrás en un gesto brusco con la mano—. Y la niña de cinco años lo serás tú. Yo soy una mujer adulta de casi veintisiete primaveras.

Otra cómica.

—¿Qué dices, petarda? —Enarco una ceja—. ¿Adulta? ¿Tú? —Se me escapa una carcajada—. Qué buen chiste. Además, la que se aleja corriendo eres tú.

Nos mantenemos la mirada la una a la otra como si estuviéramos en una competición.

—No puedo más con tanto estrés. Las dos sois igual de maduras que un bebé. Al final, voy a tener que pedirme la baja laboral —murmura Lucien suspirando—. Vamos a hacer un descanso de diez minutos; necesito tomarme un viscoelástico.

—Piscolabis —lo corrige Rober desde la pantalla del móvil—. Viscoelásticos son los colchones.

—¿Me estás llamando mentirosa? —me espeta Gabrielle, ignorando la explotación laboral a la que tiene sometido a su pobre

lameculo.

—Qué bien que lo hayas pillado. —La aplaudo sin interés—. Bravo.

Por un instante, pienso que se está preparando para abalanzarse sobre mí con la intención de enganchar sus uñas de Eduarda Manostijeras en mi pelo. Sin embargo, lo que de verdad hace es atrapar mi rostro entre sus manos para que yo no tenga escapatoria, aproximar su cara a la mía y juntar nuestros labios de una forma tan directa e intensa que me parece una salvajada. Yo me obligo a cerrar los ojos y a seguirle el beso, solo para no ganarme otra regañina de Lucien, que confío en que se quede satisfecho ya para terminar con este espectáculo cuanto antes.

Nuestro público permanece callado durante el milenio en el que la francesa y yo actuamos. Cuando nos despegamos de la boca de la otra, sin mirarnos siquiera y con las mejillas ardiendo, posamos nuestra vista en Lucien para descubrir su sonrisa de orgullo, aunque continúa sin estar contento porque le pone un «pero» a nuestro beso.

—Muy bien, chicas, pero procurad hacerlo menos apasionado, por favor. Os aconsejo que sea más suave, que tampoco queremos que los periodistas os manden a un hotel. —Y dibuja unas comillas en el aire para agregar—: «Las dos estrellas de la música, a punto de practicar escenas indebidas en un sitio público».

Joder, siempre está poniendo pegas. Es imposible complacer a este hombre. Todo le parece mal.

Por último, se gira hacia nuestro público, formado por teleñecos, y suelta:

—¿A quién le tengo que pagar los doscientos euros para la apuesta?

# 10. Gabrielle

Iris y yo estamos paseando por la playa de la Barceloneta, a unos minutos de su edificio, en nuestra tercera cita romántica de mentira. Cuando hemos terminado de ensayar esta mañana, sus compañeros de piso nos han invitado a Lucien y a mí a comer los canelones que ha preparado el tal Axel, que estaban riquísimos, aunque a la rubia no le ha gustado que nos quedásemos. Aparte, su amigo fisio ha tenido que firmar el contrato de confidencialidad para que no le cuente nada a nadie sobre el tema de nuestra relación falsa.

Después de la comida, hemos descansado viendo una peli en el salón hasta las seis de la tarde, la hora en la que empezaba nuestra función frente a la prensa. Lucien me ha dejado sola ante el peligro y se ha marchado a mi casa con mi coche para hacer «gestiones de mánager». Entonces, Iris y yo hemos bajado al paseo para caminar como hemos practicado, agarradas de la mano, sonriéndonos, charlando y vestidas de incógnito: ella, con la ropa con la que ha estado hoy y yo, para no llamar la atención, con un pantalón de chándal azul, una sudadera del mismo color y unas zapatillas de deporte blancas; todo esto lo uso para hacer ejercicio en mi rutina y Lucien lo ha cogido de mi armario, expresamente para hoy. Además, las dos hemos añadido a nuestros modelitos un abrigo para protegernos del fresco, una gorra y unas gafas de sol, pero yo he tenido que cambiar mis preferidas con forma de corazón por unas normales.

Nos acomodamos en la arena, a unos metros de la orilla y la una junto a la otra, frente al mar. A estas horas de la tarde corre algo de viento, pero se nota que falta poco para que llegue la primavera, mi estación favorita.

Nos desprendemos de la gorra y de las gafas de sol para que se note que somos nosotras, y las dejamos a nuestra vera. Para no actuar de una manera tan precipitada y dejar a la prensa expectante, hacemos tiempo hablando entre nosotras; el primer tema que se me ocurre es mi próximo viaje a Francia.

—Mañana me tienes que acompañar al aeropuerto. Me marcho unos días a París para trabajar en mi álbum y ver a mi familia.

Seguir trabajando, más bien, porque esta pantomima también se considera trabajo.

Iris me mira con el entrecejo arrugado.

—¿No puedes ir sola? Que te acompañe tu lameculo. ¿Por qué tengo que ir yo y perder el tiempo?

Suspiro con pesadez.

—¿Para despedirte de mí, tal vez? —le respondo con ironía—. Se supone que somos pareja y que no nos vamos a ver en varios días. Nos echaremos de menos y tal.

—Ya… Pero tampoco podemos estar siempre pegadas, que nos van a apodar «las siamesas». —Dibuja una nota musical con sus dedos en la arena—. ¿A qué hora tienes que estar en el aeropuerto?

Había olvidado que no ha usado el *planning* ni para limpiarse el trasero como si fuera papel higiénico.

—Sigues sin leerte el guion, ¿verdad? —quiero saber con la vista fija en ella, y solo me responde «ajá» sin mirarme—. A las siete de la mañana debo estar allí. Tienes que quedarte en mi casa a dormir.

En cuanto menciono lo de pasar la noche en mi chalet, ladea la cabeza hacia mí y le entra un ataque de risa.

—Estás de coña, ¿no?

Me echo a reír yo también para que los paparazis o nuestros fans no sospechen.

—Ojalá, pero no. No me apetece que invadas mi espacio personal y mi casa.

Iris esboza una sonrisa chulesca.

—No me digas eso, que me rompes el corazón —se burla de mí y de esta situación, y acerca su mano a mi rostro para acariciarme la mejilla—. Ahora nos toca el beso, *mon amour.*

Dios mío, menuda pronunciación más espantosa.

—Vale, que tenemos que contentar a nuestros fans y provocar a los *haters.*

Estoy hasta nerviosa. Espero que no me entre la risa tonta.

Tras unos segundos preparándonos para la escena más esperada, Iris, con su mano plantada en mi mejilla, rompe la distancia que nos separa y junta nuestros labios.

Nos besamos como nos ha recomendado Lucien: ni de una forma tan apasionada que nos produzca excitación (que lo dudo, porque la rubia no me pone nada y estamos actuando) ni con tan poco sentimiento, porque no parecería creíble, y durante un tiempo prudente para que las cámaras consigan capturar diferentes tomas, que hemos visto un par de paparazis siguiéndonos con disimulo.

Y no sé por qué, pero dejo de prestar atención al Lucien que habita en mi cerebro dándome instrucciones y me concentro en aprender lengua española de verdad. Por un instante, me olvido de que esto está pactado y de que estoy actuando, y disfruto del tierno beso con esta chica sacada de los infiernos.

Iris es la que se encarga de despegarse de mí con calma, dejándome con ganas de seguir descubriendo su lengua.

—Estoy deseando llegar a tu casa para continuar con esto —suelta con voz melosa, y recorre mi brazo con sus dedos con sensualidad.

Yo me río porque me ha resultado cómica su frase, no por aparentar.

—No nos han puesto micros para espiar lo que decimos, así que no tienes por qué fingir en nuestras conversaciones privadas.

—Quién sabe. —Se encoge de hombros, despreocupada, y es la primera en levantarse de la arena.

Yo la imito y, con nuestras respectivas gorras y gafas de sol puestas, abandonamos la playa con las manos entrelazadas y en silencio, para coger su equipaje. Cuando llegamos a su casa, se encuentra vacía porque sus compañeros de piso habrán salido, e Iris me indica que la espere en el salón, por lo que me siento en un sofá y me entretengo con las dos gatas, aunque supongo que se demorará, ya que se ha enterado hoy mismo de que tiene que dormir fuera y tendrá que hacer la maleta.

—Ya estoy —anuncia cuando transcurren solo cinco minutos, y yo me asombro por lo rápida que ha sido—. Vámonos ya.

Dejo de jugar con Señorita Rottenmeier y Taylor con una cuerda roñosa y me pongo en pie. Echo un vistazo a Iris, que solo lleva una mochila colgada a la espalda, y ahora entiendo por qué no ha tardado nada, si habrá cogido unas cuantas prendas y las habrá metido de cualquier manera en ese macuto.

Yo, aunque pase un día fuera de mi casa, siempre me llevo un par de maletas con lo imprescindible, porque nunca se sabe lo que puedo necesitar.

—¿Solo te llevas eso? —pregunto refiriéndome a su equipaje—. ¿Estás segura de que no se te ha olvidado nada?

—¿Qué más quieres que me lleve? Solo es una noche, no tres meses. Mañana, gracias a Dios, te perderé de vista.

—Por unos días, bonita. —Me pongo con los brazos en jarras, con la cabeza bien alta, para repetirlo—: Por unos días.

—Menuda pesadilla. —Se le escapa un profundo suspiro.

Dejamos atrás al apartamento para ponernos rumbo a mi chalet en un coche, que estaba aparcado en una plaza de garaje de su edificio. Para mi sorpresa, esta chica conduce con total normalidad, de lo más atenta a la carretera, respetando cada norma de circulación y sin adelantar a nadie. Pensaba que sería de las típicas personas que se creen que están jugando a las carreras o a los coches de choque de la feria; hasta me he agarrado al cinturón de seguridad tan fuerte que me he clavado las uñas postizas en las palmas de las manos y me he tatuado varias medias lunas por si teníamos un accidente.

Y me causa muchísima gracia que el asiento del conductor lo haya pegado al volante, porque no llega a los pedales.

De pronto, me doy cuenta de que estoy sonriendo mientras la miro, y no entiendo por qué. Sacudo la cabeza, me pongo seria de inmediato y desvío la vista hacia la ventanilla para no perderme el paisaje. Por suerte, Iris está tan concentrada en la conducción que ni se ha inmutado.

Ya en mi casa, abro el portón automático mediante una aplicación que tengo instalada en el móvil y le digo a mi novia de

mentira que aparque su chatarra delante de mi garaje.

—Atrévete a decirle eso a Axel a la cara, que es su coche y va a durar más años que el tuyo tan exclusivo —contraataca tras apearnos—. Estoy segura de que le soplo y se descompone.

—A ver si el que se descompone va a ser este. —Cierro la puerta del asiento del copiloto con un sonoro portazo, pero esta cascarria ni siquiera tiembla.

—Uy, sí, lo has destrozado. —Suelta una risotada—. Payasa.

Giro sobre mis talones, con el mal genio apoderándose de mí por culpa de esa chalada del tamaño de Baby Yoda, y me encamino hacia la puerta principal de mi hogar, con ella persiguiéndome. Una vez dentro, colgamos nuestros abrigos en el perchero de la pared del recibidor y aviso a Lucien de que ya hemos llegado. Como no obtengo respuesta, nos vamos al salón para buscarlo y advierto una nota, escrita en francés, en la gran mesa de cristal.

*Voy a salir un rato para desestresarme, que me tienes explotado. Os he dejado la cena preparada en la nevera.*

*Pasadlo bien.*

*Besitos,*

*Tu Luci.*

¿Explotado? ¡Si el que se explota es él mismo ideando este paripé!

La que necesita desestresarse soy yo, no él, que me ha salido la primera cana de mi vida y no estoy dispuesta a que aparezcan más.

—¿La habitación de invitados? —interrumpe Iris el asesinato mental que le estoy haciendo a Lucien—. ¿O vamos a tener que dormir juntas también?

Suelto la nota de mi amigo y miro a la rubia.

Por supuesto, Lucien ha añadido a su guion que debemos compartir cama, pese a que yo no esté de acuerdo.

—En nuestro *planning* pone que debemos dormir en la misma cama cuando una de las dos se quede en casa de la otra —le explico —. Pero ese paso nos lo podemos saltar. No nos va a ver nadie, a no

ser que las cámaras de los paparazis estén diseñadas para ver a través de las paredes.

Ella se tapa la boca, simulando ofenderse.

—No me jodas; yo estaba deseando acostarme contigo. —Niega con la cabeza—. Menuda decepción.

Permanezco mirándola con el semblante inexpresivo y decido cambiar de tema, fingiendo una sonrisa:

—Voy a enseñarte la casa y la habitación de invitados. —Y agrego, haciendo un gesto con la mano para que me siga—: *Allez, allez.*

—¿Qué? —Iris arruga la frente porque no ha entendido una de las expresiones más básicas en francés.

—Que vengas conmigo.

—Ah, claro.

Salimos del salón, que ya lo conoce a la perfección de cuando se presentó aquí con su banda para firmar el contrato de nuestra relación falsa, y la guío por la planta baja para mostrarle la cocina, uno de los baños y mi coqueto jardín con piscina. La llevo a la planta de arriba y le enseño el otro servicio (que lo usa Lucien), mi habitación con mi propio baño, la de mi amigo y la de Bartolamiau, con su arenero automático, sus juguetes tirados por el suelo y su montón de camas que no usa porque prefiere dormir conmigo. Por último, nos adentramos en el que será su cuarto.

—*Et voilà!* —exclamo extendiendo los brazos—. Esta es tu habitación.

Iris, curiosa, recorre con su mirada la estancia, que no tiene nada del otro mundo porque es un dormitorio de lo más impersonal, con las paredes pintadas de blanco, una amplia ventana con cortinas moradas, una cómoda, un armario espacioso y una cama doble en el centro, vestida con una colcha, también morada, con un par de cojines y Bartolamiau durmiendo encima.

—Muy chula —comenta, y se deshace de la mochila para depositarla sobre el colchón; yo corro las cortinas, no vaya a ser que se asome algún paparazi volador y nos descubra durmiendo en cuartos separados—. Está guay este peluche de gato.

Al escuchar eso, me giro hacia ella y la veo acariciando a mi gata, que se despierta de su siesta, pero no se asusta ni se marcha, sino que se pone a ronronear, lo cual me resulta extraño porque puede ser el ser más arisco del mundo; a Lucien no lo soporta.

—Se llama Bartolamiau.

Iris ladea la cabeza hacia mí y me mira como si me hubiera poseído un demonio, sin apartar su mano del pelaje blanco de mi gata.

—¿Bartola?

—No. —Alzo el dedo índice para corregirla—: Bartolamiau.

Ahoga una risita.

—Es tan ridículo ese nombre como tú.

Como soy una señorita con modales, opto por no batallar contra ella.

—Ponte cómoda y siéntete como si estuvieras en tu casa —le digo como una buena anfitriona—. Cuando estés lista, baja a cenar lo que nos ha preparado Lucien con todo su cariño. —Y me marcho de la habitación, dando zancadas con estas zapatillas de deporte.

—A saber qué experimento francés ha cocinado el de los trajes cutres —la oigo murmurar.

Ella sí que es cutre con los uniformes robados de la familia Addams con los que se viste para tocar su música escandalosa con su banda, que me produce unos dolores de cabeza que no se curan ni con una caja entera de analgésicos.

Un rato más tarde, cada una con su pijama (el suyo, uno gordo de invierno con dibujos de guitarras eléctricas y el mío, de seda), cotilleamos lo que ha subido la gente en redes sociales sobre nuestra quedada de esta tarde mientras picoteamos la cena española que nos ha dejado mi amigo: tortilla de patatas (sin cebolla), jamón ibérico, trozos de queso, pan con tomate, una cerveza bien fría para Iris y una copa de vino para mí.

Algunos de nuestros fans han montado *collages* con nuestras fotos; hasta les han añadido corazones y han incluido las imágenes que nos han hecho hoy los paparazis besándonos.

—Qué pesada mi mánager mandando noticias y *posts* donde aparecemos —se queja—. Qué asco da el mundo de la farándula,

sobre todo la revista Superfan, que dio la primicia el otro día y hoy ha sido la primera en filtrar nuestro morreo en la playa.

Le pido que me pase el enlace de esa noticia por WhatsApp, porque no conozco esa revista, y la leo con una sonrisa dibujada en el rostro.

***¡El beso entre las dos estrellas de la música que todo el mundo estaba esperando!***

*Si con la cita mañanera del pasado miércoles para desayunar y la visita al mercadillo benéfico del viernes, donde adoptaron dos pingüinos juntas, nos asaltaron miles de dudas sobre su supuesta relación, con el paseo romántico en la playa de la Barceloneta, admirando el precioso atardecer de hoy, se ha hecho realidad uno de los rumores que han incendiado las redes durante estos días.*

*Gabrielle Leroux e Iris Llorens han sido capturadas por nuestras cámaras, protagonizando el beso más deseado del mundo.*

A continuación, salimos Iris y yo sentadas en la arena, con los labios pegados a los de la otra, en varias fotos. Adivino que ese paparazi estaría escondido detrás de algún arbusto o vestido de incógnito en el paseo y ha usado el *zoom.*

Sigo leyendo lo que queda de noticia:

*Con estas imágenes, resulta evidente que las dos artistas han empezado una relación sentimental y están muy enamoradas la una de la otra. Hacen una bonita pareja, ¿verdad, chicas? A nosotras nos encanta y esperamos que más adelante anuncien que se van a vivir juntas o una futura boda.*

*Os traeremos muy pronto nuevos cotilleos de #Gabiris, porque no les vamos a quitar el ojo de encima a estas reinas de la música. ¡Que tiemblen Beyoncé, Lady Gaga y Taylor Swift!*

Me encanta.

Abandono la noticia e Iris rompe el silencio que se ha formado al ver los trozos de tocino que he dejado:

—No entiendo cómo te puedes comer el jamón sin su tocino.

—Y yo no entiendo cómo te lo puedes comer con tocino —replico al levantar la vista de la pantalla de mi móvil y posarla en ella.

—Qué mal gusto tienes; se nota que no eres española.

—Mal gusto tendría si estuviera saliendo contigo en serio, querida —le devuelvo el ataque con dignidad.

Me contempla con las comisuras de sus labios curvadas hacia arriba, formando una sonrisa divertida, aunque no se defiende; en su lugar, se levanta y recoge sus platos sucios. Yo sigo sus pasos con la mirada, esperando algún ataque de su parte.

—Me voy a la cama, que estoy cansadísima. —Finge un bostezo —. Mañana toca madrugón para llevar a mi amada novia al aeropuerto y perderla de vista por fin. Buenas noches. —Me lanza un beso por el aire y se esfuma del salón.

¿He sido yo la ganadora en esta batalla dialéctica?

# 11. Iris

Unos insoportables y estridentes golpes metálicos me despiertan y me incorporo sobre esta cama desconocida, sobresaltada.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —Miro a mi alrededor por si es cierto que los extraterrestres han decidido invadir nuestro planeta.

Pero no; todavía queda mucho para que ocurra eso. Quizá nunca lo hagan, porque aquí no hay nada interesante.

La francesa, fresca como una lechuga, acaba de entrar en la habitación que estoy usando como invitada, aporreando una cacerola con una cuchara de metal con tanto ritmo que hasta podría sustituir a Candela como baterista cuando se ponga enferma.

—¡Llevo llamando a tu puerta diez minutos! —exclama—. ¡Se nos va a hacer tarde y voy a perder el avión por tu culpa!

¡Ostras, me he quedado dormida! Ni siquiera he escuchado la alarma, y eso que anoche programé un montón para que sonaran cada cinco minutos. Se habrá quedado mi móvil sin batería o habré confundido la aplicación del reloj con la de la calculadora, cosa que me ha ocurrido mil veces.

—Pero ¿qué hora es? —pregunto restregándome un ojo con la mano.

—¡Las cinco!

—¿De la tarde? —Me sorprendo.

Sí que he dormido, sí. Un poco más y viene el cura a rezar por mi alma con un crucifijo y un médico para certificar mi muerte.

Y a los veintisiete.

Menos mal que ha entrado la chalada de la cacerola para despertarme.

—¡De la mañana! —Sus gritos me destrozan los tímpanos y provocan que mi cabeza se queje.

—¿Cómo de la mañana? —Arrugo el entrecejo y extiendo el brazo hacia la mesita de noche para coger mi teléfono y comprobar por mí misma la hora—. No me jodas. —Me dejo caer en el colchón, bocarriba, y me quedo mirando el techo, reflexionando sobre mi vida en una crisis existencial de madrugada.

Había puesto las alarmas a las seis de la mañana porque a las seis y cuarto íbamos a salir hacia el aeropuerto, ya que lo máximo que suelo tardar en arreglarme son quince minutos. Tampoco tenía pensado desayunar; lo iba a hacer cuando me despidiera de la francesa.

Sí, prefiero dormir un rato más que levantarme antes para desayunar.

Pero ahora me va a sobrar más de una hora. Qué injusticia.

—¡No te vuelvas a dormir, eh! —Gabrielle acompaña sus ladridos de chihuahua con el ruido de los cacerolazos—. ¡Vamos, vamos! *Allez, allez!* —Y se marcha del dormitorio, pero continúa dando golpes por el pasillo para despertar a las musarañas, porque no hay nadie más en esta casa, a excepción de sus dos mascotas: su lameculo y su gata Bartola.

Joder, esto parece la cárcel.

No, es peor que la cárcel, porque allí gozaría de más libertad y no tendría que fingir una relación con ninguna presa.

Exhalo con brusquedad, cuento hasta tres y me pongo en pie, desganada. Si me quedo en la cama un segundo más, esta tía es capaz de volver a entrar y estamparme la cacerola en la cabeza.

Saco la ropa que metí ayer en la mochila y me encamino hacia el baño de la planta baja, que es el que usamos los plebeyos. Justo cuando voy a meterme en el servicio, me encuentro a Lucien, que no habrá pasado la noche en esta casa, entrando por la puerta, vestido de persona normal y no con uno de sus trajes cutres, e igual de fresco que la otra.

¿Qué se chuta esta gente de madrugada? Parece que los dos llevan horas despiertos; yo también quiero de esa droga.

Bueno, mejor no, que mi sueño no es pasar a mejor vida a causa de una sobredosis y seguir alimentando el estereotipo de que los roqueros son unos drogadictos.

—Buenos días, *femme fatale* —me saluda con voz cantarina el lameculo, de lo más sonriente.

Yo, como no tengo ni idea de lo que me acaba de llamar y solo he entendido «buenos días», hago un gesto con la cabeza, a modo de saludo, y me adentro en el baño sin usar las cuerdas vocales, que es demasiado pronto y aún no soy una señora funcional.

Me ducho, me visto en cero coma y aparezco en la cocina unos minutos después por si alguien ha hecho café para soportar con menos dolor este madrugón. Gabrielle está de pie, apoyada en la encimera, sosteniendo una taza con una mano y el móvil con la otra; sus ojos, pegados a la pantalla.

Y su ropa ni siquiera es la adecuada para estar metida en un avión, aunque sea para un viaje de poca distancia. Se ha puesto un vestido *beige* corto con medias oscuras y botines negros; el pelo lo lleva suelto y más liso que un papel, y ha empleado un gran porcentaje de su tiempo en maquillarse.

Tiene que ir siempre divina, hasta para pasear por el bosque para que se la coman los osos. ¿A qué hora se habrá levantado para hacer todo eso? ¿Habrá dormido?

En cuanto se da cuenta de mi presencia, despega su vista del teléfono y me mira.

—Buenos días. —Me dedica una sonrisa y apunta con su taza hacia la cafetera, en una esquina de la encimera—. Ahí tienes café recién hecho. Las tazas están guardadas en el armario de arriba. —Luego, señala la mesa—. Y ahí he puesto los cruasanes. También tengo cacao en polvo, galletas o zumos, por si sueles desayunar otra cosa.

—Café está bien —le respondo sin más, acercándome a la cafetera.

Gabrielle se vuelve a concentrar en su desayuno y en su móvil; yo me hago con una taza del armario, me sirvo café, le echo leche fría y me siento a la mesa para bebérmelo tranquila, en silencio y sin

hablar con nadie. Sin embargo, Lucien irrumpe en la cocina como un huracán y vuelve a soltar el dichoso «buenos días».

Estoy hasta el mejillón de esa frase a estas horas, que no están puestas ni las calles. Para colmo, cuando el mánager se sirve su café, parece que los dos se han levantado con ganas de mantener una conversación y chismorrear, pero no en español, sino en francés, como si yo no estuviera delante. Deduzco que están marujeando, porque él le está contando algo, gesticulando con las manos con una exageración que me deja cucú, mientras ella, de vez en cuando, le hace preguntas (lo sé, por la entonación), y ambos se ríen varias veces.

Yo permanezco mirándolos desde la mesa, embobada y con la mandíbula tan abierta que hasta el trozo de cruasán que me había metido en la boca se ha precipitado hacia la taza, provocando que gotitas de café me salpicaran en la cara. Encima, parlotean tan rápido que me cuesta creer que respiran entre frase y frase.

Qué maleducados son estos franceses. ¿De qué estarán hablando?

Vuelvo al mundo real, me limpio las gotas de café con una servilleta y continúo desayunando a la vez que oigo de fondo los cacareos ininteligibles de esos dos.

Tengo que volver a descargarme la aplicación de idiomas con ese búho verde tóxico para aprender francés.

Me atrevo a interrumpir con un carraspeo su conversación interesantísima, porque me están poniendo la cabeza como un bombo, y la pareja de Maripilis desvía sus ojos hacia mí.

—A ver si con tanta cháchara vamos a llegar tarde —les digo con recelo.

—¡Es verdad! —exclama Lucien en español, y se da un golpe en la frente con la palma—. ¿Qué hora es? —Mira el reloj de su muñeca y luego a nosotras—. ¿Estáis listas? En nada salimos.

Los tres apuramos lo que nos queda de desayuno, terminamos de prepararnos y, cuando me quiero dar cuenta, ya estoy metida en el coche de Axel, conduciendo en dirección al aeropuerto para llevar a Pili y Mili, con el maletero y los asientos traseros atestados de

equipaje. Gabrielle se ha acomodado en el del copiloto y Lucien, detrás, casi enterrado en maletas.

¿Cuánto tiempo se van? Me da la sensación de que están haciendo una mudanza con tantos bártulos.

Conforme avanzamos por la carretera, los franceses me informan sobre lo que tengo que hacer durante la ausencia de mi novia de mentira: ir a su chalet y comprobar que su gata está bien, a pesar de que cada mañana vaya la mujer de la limpieza para echar un vistazo y dejar la casa reluciente.

—¿Por qué tengo que ir yo si ya va alguien? Es absurdo.

—Porque sois pareja y confiáis la una en la otra tanto que no te importa cuidar de la mascota de Gabby —me explica el mánager, y me detengo en un semáforo en rojo—. Y tienes que hacerte fotos con Bartolamiau para publicarlas en tus *stories*.

No soy mucho de gatos, aunque conviva con dos. Me dan algo de respeto desde pequeña, cuando se coló el de la vecina en mi casa y lo intenté coger; acabé con los brazos y media mejilla arañados.

—Jodeeeer. —Me doy cabezazos contra el volante.

Una vez que llegamos al aeropuerto, aguardo durante diez años bisiestos a que los dos facturen sus doscientas mil maletas. A continuación, nos toca hacer otro teatro en la despedida, que no sé para qué va a servir, si los paparazis estarán roncando en sus camas a estas horas.

—Buen viaje —le digo a Gabrielle, y esbozo una sonrisa artificial —. A ver si os perdéis por el camino y el avión aterriza en Marte.

Ella también se esfuerza en fingir una sonrisa que parezca verdadera, pero sé que por dentro está deseando tirarme de los pelos.

—Espero que me eches mucho de menos, cariño —me responde.

Rodeamos con nuestros brazos a la otra y nos besamos de una manera suave y apasionada, como si no nos fuéramos a ver en años.

Todo pactado de antemano, claro.

El bullicio del aeropuerto desaparece mientras mis labios permanecen pegados a los de Gabrielle y nuestras lenguas bailan entre ellas, siguiendo una perfecta coreografía. El olor de su perfume me embriaga y me olvido de dónde estamos a medida que nuestro beso se vuelve más intenso.

Hasta que el carraspeo exagerado de Lucien, que se ha quedado a nuestro lado, nos corta el rollo.

—Ejem… Chochos, siento interrumpiros, pero tenemos que irnos.

La francesa y yo nos separamos y nos miramos durante unos segundos; ella, con las mejillas sonrosadas (no por el colorete que se ha echado) y los labios tan hinchados que parece que se los ha operado, y yo, con la cara ardiendo.

—Espero que cuides muy bien de mi Bartolamiau —rompe el silencio entre ambas, sonriendo—. Chaooo, Tiffany. —Se despide de mí con un gesto de la mano y se da la vuelta para marcharse con su lameculo antes de que me dé tiempo a contestarle algo decente.

Y, siendo sincera, tampoco he podido articular palabra, porque me he quedado atontada.

Lo achacaré a que es demasiado temprano.



—Qué ganas tengo de que sea junio para que se acabe esta jodida pesadilla —me quejo acomodada en el sofá del garaje de la casa de mis padres, con cerveza en mano y las piernas estiradas hacia Dani; Candela y Rober están sentados en el suelo.

Hoy hemos venido a ensayar aquí, como en los viejos tiempos, porque necesitábamos un ambiente relajado y tranquilo para desconectar de tanto ajetreo, de las cámaras y de la seriedad que desprenden los estudios de grabación y las salas de ensayo profesionales de Barcelona.

—Ay, pobrecita, lo que está sufriendo con esto —suelta Candela en tono divertido, y su hermano le ríe la gracieta.

Desvío la mirada hacia los dos y me río con sarcasmo.

—En verdad es una putada enorme lo que está haciendo Iris por el grupo y no lo estamos valorando —interviene Dani, y mis ojos viajan hacia él por si también se ha tragado a un cómico, pero no; lo está diciendo en serio, algo que me extraña, porque él es el que tuvo esta grandiosa idea—. Si no estabas de acuerdo con esta ida de olla, te tendrías que haber seguido negando y no hubieras firmado nada, aunque entiendo que te estábamos presionando entre todos.

—Tienes razón, Dan —le responde Rober—. Hubiéramos hecho una colaboración con la francesa para calmar a ambos bandos y ya estaría.

—O solo fingir una amistad —agrega Candela—. Es que somos unos payasos y lo hemos hecho por las risas sin pensar, pero es un sacrificio enorme por parte de Iris.

Suelto un suspiro.

—Ya da igual. Es poco tiempo, y tres meses pasan volando. —Ya queda algo menos de tres meses, por suerte—. No lo estoy pasando tan mal, eh, que estáis contando la película como si yo estuviera encerrada en un matadero. Lo importante es que lo estoy haciendo por Lapislázuli, porque sois mi vida, y para que media Europa no nos odie y quedemos en el último puesto en EuroStars por haber dejado en bragas a la gabacha.

¿Qué tengo que hacer? ¿Darme cuatro besitos tontos en público con esa Maripili y aguantarla durante unas pocas semanas? Bah, no es nada. Después, seré libre.

—Que se nos pone sentimental la gruñona —comenta Dani, ahora sí, con tono de mofa, y los otros dos se descojonan.

Yo, como sigo con los pies apoyados en su regazo, pero descalzos, le estampo el talón en la entrepierna con mala leche; a él se le escapa un quejido de dolor y me llama «cabrona».

—Además, no soy yo la única que se está sacrificando. Vosotros también, con la censura de algunas partes de nuestra canción para EuroStars.

Todavía sigo de mala leche con ese tema.

Hace unos días, nos reunimos con la jefa de la delegación española de EuroStars (apodada por nosotros como «Cruella de Vil» o «Rista Nosjode»), que representa a nuestro país ante la organización del concurso y se encarga de darnos órdenes sobre los ensayos, el vestuario, nuestra imagen, la puesta en escena de la actuación y la letra de la canción, para que cumplamos con las normas del festival.

Y la tipa, con su gran papo, nos exigió que cambiáramos las expresiones malsonantes y las palabrotas de nuestro tema por algunas «un poco más suaves» o directamente eliminarlas si eran prescindibles, porque el programa se emite en *prime time* y hay personas de todas las edades viéndolo, y porque tampoco quieren que España dé una imagen vulgar. Pero eso no fue lo peor; también nos pidió que las partes en catalán las tradujéramos al inglés (la canción está escrita entera en español, pero con algunos versos en catalán), para que la letra la pudiera entender todo el mundo y porque, según ella, quedaba mejor.

Con esas modificaciones, *Somos ruido* está quedando destrozada. Se supone que trata sobre cumplir nuestro sueño de dedicarnos al rock sin renunciar a nuestra identidad... Y ahora parece una versión sin alma, comercial y con la que no me siento identificada.

En ese momento me entró una rabia por el cuerpo con la que estuve a punto de mandar a tomar por culo el festival, porque esa canción la hemos compuesto entre los cuatro, en este garaje, dedicándole un montón de horas para que quedara perfecta, con ojeras, cansancio y discusiones absurdas.

Y hemos acabado aceptando que nos censuren, aunque yo sigo sin estar de acuerdo.

—Buah, no me lo recuerdes —interviene Rober—. Menuda mierda de canción vamos a tocar.

—Menuda «caca» —lo corrige su hermana—. Acuérdate de que no podemos decir palabrotas.

—Hasta la canción de *Shin Chan* es más atrevida —se une Dani —. ¿Si enseño la trompa como él nos descalificarán?

Y es entonces cuando mi madre invade la cochera, con la excusa de traernos la merienda.

—Niña, ¿le has dicho a tu novia lo de la invitación para comer paella? —me pregunta, y deja una bandeja repleta de galletas y bollería industrial en la mesa.

Yo me doy cabezazos contra el brazo del sillón.

—Mamá, no le voy a decir nada porque no tenemos nada serio.

Los tres tarados ahogan una risita y mi madre coloca los brazos en jarras, pero sosteniendo con una mano su teléfono.

—Pues para no tener nada serio, menudo morreo os disteis ayer en la playa y esta mañana en el aeropuerto, que os ha visto todo el mundo. Hasta tu prima, la que vive en Escocia, se ha enterado y me ha mandado una captura de pantalla por WhatsApp —me cuenta, gesticulando con su mano libre, como si me importara—. Ah, por cierto, se ha echado un novio escocés que se viste con una falda de cuadros. Es muy guapo; igual lo trae en Navidad. Yo le he dicho que tú vas a traer a la cantante francesa.

Me incorporo de golpe.

Al final, voy a tener que confesarle a esta mujer que mi relación es un paripé para que no se ilusione, pero lo tengo prohibido, porque seguro que se iría de la lengua con la gente del barrio.

—Mamá, te juro que es solo un rollo sin importancia.

—De todas formas, ya me he hecho un Instagram. Me llamo «soypurilamadredeiris». Seguidme —parlotea, ignorándome por completo y enseñándome su móvil—. Dime cómo se llama la chica, que me voy a hacer su amiga.

—Gabrielle Leroux —se me adelanta Rober, que pronuncia su nombre con un acentaco francés que parece nativo, concentrado en su *smartphone*—. Yo ya te he seguido, Puri.

Ahora me doy un manotazo en la frente.

—A ver, ¿cómo es? —murmura mi madre mirando la pantalla del teléfono—. Ge, erre, a…

—No —interviene Dani—. Ge, a, be, erre…

Candela interrumpe el deletreo de nuestro amigo y se levanta de golpe del suelo para ayudar a mi madre.

—Déjame que te la busque yo, anda.

—Ay, gracias, guapa. —Mi madre le entrega su móvil y la tira del moflete.

Cuando Candela le encuentra a la francesa, mi madre le da las gracias otra vez y se marcha supercontenta de la cochera, no sin antes apuntarnos con el dedo, en clara señal de amenaza, para recordarnos que la sigamos.

—¿No vais muy deprisa? —se mofa Rober—. Comidita con la suegra y todo.

—Cállate. —Me quito una zapatilla y se la revoleo, pero la coge al vuelo. Como Dani y Candela se están aguantando la risa, me deshago de mi otra deportiva para lanzársela a ella y darle un empujón a él—. Mamones.

Al llegar el momento de abandonar el garaje, cada uno se va a su casa menos yo, que cojo el metro, vestida de incógnito, para completar mis deberes del día: pasarme por el chalet de la francesa y echarle un vistazo a su gata.

Esta situación es para descojonarse viva. Que yo tenga que ir a cuidarle la mascota a mi novia gabacha de mentira es absurdo. Se supone que esos bichos son más independientes que los perros, por eso de que no hay que sacarlos a pasear porque hacen sus necesidades en una caja de arena.

Ridículo.

¿Y esa tía confía en mí para que me cuele en su mansión vacía? Si yo no fuera alguien de fiar, podría robarle algo valioso; apenas nos conocemos la una a la otra. ¿Y si en mi tiempo libre me gustara practicar la cleptomanía? Yo, sinceramente, no permitiría que una desconocida entrara en mi casa sin estar yo presente, porque a saber lo que puede hacer.

No hay que confiar ni en nuestra propia sombra.

En cuanto me bajo del tren y llego al barrio donde se encuentra el chalet de Gabrielle, abro el portón con la llave que me ha dado y, después, hago lo mismo con la puerta de la entrada. Enciendo las luces, porque ya ha oscurecido y no veo una mierda, y compruebo mi alrededor.

Toda la estancia se halla en completo silencio y me da pavor. Como se cuele un ladrón mientras estoy aquí, me va a dar un

infarto.

Más le vale a la francesa disponer de buenos cuchillos afilados.

Me paseo por el interminable castillo, buscando a esa gata, y rezo para que no se haya escapado.

—¡Bartola! —la llamo—. Ps, ps, ps.

No está ni en el salón, ni en la cocina, ni en ningún rincón de la planta baja, de modo que subo al piso superior.

¿Para qué quiere esta mujer una casa tan grande? Para una sola persona, lo mejor hubiera sido comprarse un zulo de treinta metros cuadrados en el centro, no este laberinto. Pero, claro, como ella no lo limpia…

—Bartola —sigo insistiendo—. Miau, miau.

Tiene que estar en algún lado, que estos bichos son unos expertos en esconderse. Más de una vez, Dani y Axel se han puesto a llorar buscando a alguna de sus gatas, y resulta que estaban durmiendo tan tranquilas encima de la nevera o dentro de la lavadora.

Entro en el majestuoso cuarto de la francesa, con la cama extragrande con sábanas moradas de seda, unos ventanales inmensos, un tocador con un montón de maquillaje, un vestidor infinito…

Qué agobio de habitación. Ser minimalista no es su gran pasión, y seguro que ni utilizará la mayoría de tonterías que tiene.

—¡Bartola!

Y recibo un «miau» como respuesta. Segundos después, me llama la atención un bulto tapado con las sábanas, moviéndose por la cama, y frunzo el ceño hasta que sale al exterior.

—Hola —saludo a la gata con sequedad.

Me doy vergüenza ajena hablando con un animal; es como cuando te comunicas con un bebé. No sé qué decir ni qué clase de voz usar, porque ni muerta me comunicaría con un tono agudo.

Le digo a la gata, en tono autoritario, que venga conmigo porque le voy a dar de comer, y me largo del dormitorio, esperando que me persiga y no tenga que repetírselo. Cuando estoy bajando las escaleras, una pelusa gigante blanca se cuela entre mis piernas y

me adelanta, provocando que casi pierda el equilibrio de no ser porque me agarro con fuerza a la barandilla.

Joder, mi asesina iba a ser una gata. Menuda cara pondría Gabrielle cuando volviera del viaje y se encontrara mi cadáver a los pies de esta escalera o a mi esqueleto tras ser devorada por ese animal.

Me concentro en bajar con cuidado, escalón a escalón y bien sujeta a la barandilla, y me encamino hacia la cocina, donde está esa gata del demonio aguardando su comida, delante de su cuenco y mirándome con cara de inocente.

—Te voy a hacer picadillo.

La gordinflona me contesta con un maullido lastimero de muerta de hambre y le sirvo pienso y una lata de paté de gatos que apesta. Le hago una foto mientras devora lo que le he puesto y la subo a las *stories* con el texto «cuidando de la gata de mi chica» para que quede constancia.

Deberes hechos.

# 12. Gabrielle

Están siendo unos días agotadores. Desde que he regresado a Francia, no he parado de trabajar. Entre preparar el nuevo álbum, aprenderme las coreografías de las canciones, escribir en mis ratos muertos el libro y asistir a entrevistas en los medios franceses, donde una de las preguntas más repetidas ha sido la de si tengo una relación con Iris, casi ni he tenido tiempo para ver a mi familia.

Me duele el cuerpo, desde el último pelo de la cabeza hasta la uña de los meñiques de los pies, y necesito dormir durante un día entero, que llevo toda la semana levantándome a las seis y aumentando mi dosis diaria de café.

Lo peor es que mañana regreso a España, pero no para relajarme en mi casa de Barcelona, sino para asistir a otro evento en Madrid con los participantes de EuroStars de este año, por lo que tendré que seguir haciendo el paripé con Iris y que nos entrevisten. Los paparazis no se van a quedar tranquilos hasta que nos pillen a las dos juntas otra vez para hacernos un interrogatorio, así que repasaré la chuleta que me ha preparado Lucien con las posibles preguntas y respuestas, y espero que la otra haga lo mismo y no se presente a la fiesta sin haber estudiado, porque no se vale improvisar.

—Gabrielle Leroux —la voz de Lucien se cuela por mis oídos, y abro los ojos para mirar su cara de resignación y a los demás técnicos de sonido a través de la cristalera del estudio de grabación que nos separa—. En serio, ¿otra vez te has equivocado en la letra y has desafinado? Llevas todo el día ida de este mundo y yo me voy a acabar tirando por la ventana —me echa la bronca gesticulando con las manos—. Es la última canción que nos queda por grabar.

Céntrate, por favor, que a este paso no vamos a tener el álbum listo ni para Navidad del año que viene.

—Perdón —me disculpo juntando las dos manos—. Es que estoy muy cansada.

—Más cansado estoy yo de ser tu mánager y no me quejo.

—Sí que lo haces.

—Lo que tú digas. —Lucien hace un ademán con la mano—. Continuemos.

Y grabo, sin ninguna interrupción, lo que queda de la canción, que trata sobre el tema de las segundas oportunidades en el amor tras haber salido de una relación desastrosa con un modelo. La rubia acapara mi mente en varias estrofas, no sé por qué, y me imagino ese nuevo comienzo con ella, que es justo lo que ocurrirá cuando la gente escuche esta composición y piense que he pasado página con Gaston al encontrar a Iris.

Al terminar, Lucien me felicita, con cierto sarcasmo, por lo bien que lo he hecho durante estos últimos minutos, y me da permiso para pedir un taxi e irme a descansar hasta mañana.

Un rato después, en mi piso de París, me doy una ducha de agua bien caliente, ceno una ensalada y me pongo cómoda en la cama con otro café para echarles un vistazo a mis redes sociales. Regalo unos cuantos «me gusta» a mis seguidores y respondo algunos comentarios, ya que estos días solo he tenido tiempo para subir un par de publicaciones; siento que no les he hecho caso a mis fans y los tengo olvidados. Cotilleo los mensajes directos que me han dejado en Instagram; algunos, con la pregunta de moda «¿de verdad estás saliendo con la guitarrista de Lapislázuli?», que no contesto.

Hasta que me topo con uno de una persona que dice ser la madre de Iris:

**Soypurilamadredeiris:** «hola bonica, me llamo Purificación y soy la mamá de tu novia la Iris.Queria invitarte a comer en mi casa,una paella muy rica q hago yo,algún domingo que tengais libre……. Yo sé q las dos tenéis mucho trabajo,pero tambien debéis descansar y comer sano que seguro que os estáis alimentando con

porkerias. Y ya de paso nos conocemos querida nuera….. Un beso de tu suegra hasta luego….»

Lo primero que pienso es que es una cuenta falsa de algún gracioso haciéndose pasar por esta mujer. Al entrar en su perfil, continúo con el mismo pensamiento porque no tiene foto (parece un *bot*) y tampoco ha publicado ningún *post* ni ha completado su biografía; solo tiene puesto «soy la mamá de Iris de Lápiz laszulí. Seguirme todos». Después, me percato de que los cuatro integrantes de ese grupo, la cuenta oficial de Lapislázuli, la mánager, el tal Axel y alguien que se llama Gerard la siguen, por lo que puede que sea la madre verdadera de la rubia. A continuación, husmeo a los que sigue, que son un montón de famosos: Chayanne, Chris Hemsworth, Brad Pitt y actores turcos.

Le hago una captura de pantalla al mensaje de esa mujer y se la paso a Iris por WhatsApp para preguntarle si es su madre.

Son casi las nueve de la noche; no sé si me contestará ahora o lo dejará para mañana, porque también ha estado estos días ajetreada con su banda. Solo me he comunicado con ella para saber si ha ido a ver a Bartolamiau. Conociéndola, tenía la certeza de que no iba a ir, sobre todo porque ha estado ocupada, pero al final no ha faltado ni un día y me ha enviado fotos con ella; incluso ha subido algunas a su Instagram.

El móvil me vibra en la mano y me doy cuenta de que Iris me acaba de contestar.

**Tiffany:** «Sí, es mi madre. Te pido disculpas en su nombre, que no sabe lo que hace y piensa que nuestra relación es real. Verás tú el disgusto que se llevará cuando le diga que nuestro amor es más falso que un billete de tres euros»

**Gabrielle:** «No pasa nada. Me ha parecido gracioso su mensaje. ¿Qué le respondo? No quiero romperle el corazón negándome»

Una de mis comidas españolas favoritas es la paella y me han entrado ganas de comerla. Apuesto a que a esa mujer le sale

deliciosa.

**Tiffany:** «Dile que no puedes, que estás muy ocupada y ya está. O no le respondas. Como tienes muchos seguidores, se creerá que no tienes tiempo ni para leer los mensajes»

**Gabrielle:** «Las dos opciones suenan muy frías. Lo consultaré mañana con Lucien, que estará de acuerdo en que vaya a una comida familiar con mi chica»

Lo conozco tanto que ya me sé su respuesta, pese a que las reuniones familiares estén añadidas en su *planning* para más adelante.

**Tiffany:** «Olvídate. Paso de comidas familiares»

**Gabrielle:** «Pues comeré yo sola con tu madre, que la veo con muchas ganas de conocerme. No le puedo hacer ese feo a mi suegra, aunque sea de mentira»

Pero para esa mujer es real esta relación ficticia.

**Tiffany:** «¿Sabéis contar? Pues conmigo no contéis»

**Tiffany:** «Por cierto, toma la foto de hoy de tu gata»

Me manda una en la que sale con mi Bartolamiau; las dos, con sus ojos claros deslumbrando la imagen, aunque los de Iris están pintados de negro.

**Gabrielle:** «Muy guapas. Yo estoy en mi casa de París descansando»

Me hago un selfi poniendo morritos para enviárselo.

Tengo la cara recién lavada porque me he desmaquillado hace una hora, pero me da igual que me vea con las imperfecciones de mi piel.

**Tiffany:** «Buah, tía, menudas ojeras tienes»

**Gabrielle:** «Lo sé; estoy agotada con la grabación del disco»

**Tiffany:** «Joder, pues vete a dormir ya. No sé qué cojones haces despierta todavía si mañana vuelves para otro coñazo de evento»

Esta chica tiene la costumbre de expresarse con muchos tacos. Jamás he visto los términos «joder», «cojones» y «coñazo» juntos en la misma frase.

**Gabrielle:** «Eso iba a hacer antes de leer el mensaje de mi suegra»

**Tiffany:** «Mensaje que vas a ignorar»

**Gabrielle:** «Eso ya lo veremos»

**Gabrielle:** «Me voy a dormir. Mañana nos vemos en el hotel, que cojo directamente un vuelo hacia Madrid. Repásate los apuntes»

**Tiffany:** «Uff… Mañana, a soportarte otra vez. Qué feliz he estado estos días sin ti»

**Gabrielle:** «Lo mismo digo, bonita. Chaoooo»

Me manda el emoji bostezando, y no sé si significa que también está muerta de sueño, como yo, o que la aburro.

Me salgo de WhatsApp, vuelvo a entrar en Instagram para responderle el mensaje a su madre, sin consultarlo con Lucien antes, y pulso el botón de «seguir».

**Gabrielle:** «Hola, Purificación. Encantada de conocerla. Su hija y yo estamos tan atareadas que no tenemos tiempo para nada, pero le prometo que sacaremos un hueco pronto para comer con usted. Estoy deseando probar esa paella; es mi comida favorita. Un beso»

Enviado. Me prepararé para que Iris me estrangule.

Regreso al chat de la rubia porque me he quedado con la duda del significado de ese emoticono bostezando.

**Gabrielle:** «¿Qué quieres decir con eso? ¿Que tienes sueño o que te aburres hablando conmigo?»

No tarda en responderme.

**Tiffany:** «Que eres tan siesa y francesa que me aburres»

Otra vez con los malditos estereotipos. ¡Si yo soy una chica divertidísima!

Se va a enterar.

Me bajo el tirante de la camiseta de mi pijama y le hago una foto a mi hombro desnudo, que queda de lo más erótico, y se la envío. Como sigue conectada, la ve al instante porque se han puesto las dos rayas azules y, esta vez, su contestación tarda más de lo que me esperaba: dos minutos con los que me da la sensación de que me deja en visto.

**Tiffany:** «Hasta mandando nudes eres un MUERMO»

Abro la boca, ofendida. ¿Cómo se atreve?

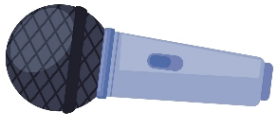
Mientras proceso el apuñalamiento que le acaba de hacer a mi ego con esas palabras, recibo un vídeo donde aparece ella en su dormitorio, llevándose a los labios los dedos índice y corazón separados en forma de uve, para introducir la lengua entre ellos y moverla, sonriendo; después, se desternilla de la risa.

**Gabrielle:** «Te vas a enterar en Madrid»

**Tiffany:** «¿Me vas a producir somnolencia?»

**Gabrielle:** «Todo lo contrario, Iris Llorens. TODO LO CONTRARIO»

De nuevo, me envía el emoji bostezando y yo le escribo «buenas noches», con punto final, para que sepa que sigo molesta.



Los taxis nos dejan a mi equipo y a mí frente al hotel donde me alojaré estos días. Se han venido conmigo, desde Francia, mis estilistas, mi maquilladora, mi peluquero de confianza, mis bailarines, mis coreógrafos, mi entrenadora de voz, los técnicos de sonido, mis guardaespaldas y, por supuesto, mi brazo derecho, Lucien.

Nada más entrar, sosteniendo mi café con una mano, me encuentro a los lapislázulis en la recepción, que habrán llegado hace unos minutos.

—Corre a saludar a tu querida —me anima Lucien, y yo pongo los ojos en blanco.

Allá vamos con la pantomima una vez más.

Camino hacia ese grupo de rock del inframundo con una falsa sonrisa de ilusión asomada a mi cara. Ninguno se entera de mi llegada, pero cuando los ojos del melenudo se cruzan con los míos, le da un codazo a Iris, que está distraída hablando con Candela y Daniel, para avisarla. La rubia ladea la cabeza hacia mí de manera automática y finge una sonrisa más falsa que nuestra relación.

Cuando me detengo ante ella, nos abrazamos y juntamos nuestros labios como si hubiéramos estado separadas una eternidad. Los otros tres lapislázulis marujean a susurros para que no los escuche la gente; yo los oigo porque estoy al lado.

—Hasta se morrean con total naturalidad —oigo comentar a Candela.

—Todas las gruñonas caen al final —habla Daniel.

—Vamos a ganar esta apuesta, ya lo veréis —interviene Rober.

¿A qué apuesta se refiere?

En cuanto Iris se despega de mis labios, se dirige hacia sus amigos.

—Que sepáis que no se considera apuesta si todos habéis apostado por lo mismo —les dice en voz alta, carcajeándose—. ¿Qué gracia tiene eso?

—Si tan segura estás, apuesta tú por la otra opción. —Daniel la reta con la mirada—. ¿O tienes miedo de enamorarte y perder doscientos euros?

Candela les pide que bajen el volumen y sean más discretos, porque los va a oír alguien que pueda descubrir el plan de la relación falsa.

—¿De qué apuesta estáis hablando? —quiero saber, porque yo necesito enterarme, que el otro día Lucien mencionó algo sobre ese tema y me muero de curiosidad.

—Estos cenutrios. —Iris señala con la cabeza a sus compañeros de banda—. Han apostado doscientos euros a que nosotras, con la tontería del paripé y de los magreos, vamos a acabar enamoradas de verdad —las últimas tres palabras las pronuncia de manera burlona—. Todos han apostado a favor y nadie en contra. Yo no sé qué mierda de apuesta es esa.

Oh, suena interesante.

—Bruna ha apostado en contra —suelta Rober.

—Y Axel —interviene Daniel—, pero solo para llevarme la contraria. Por gilipollas, va a perder doscientos euros que se ha ganado religiosamente aporreando espaldas.

—El que los va a perder vas a ser tú —le espeta Iris—. Parece mentira que me conozcas desde parvulitos.

—Por eso mismo. —Daniel le sonríe con chulería—. Las más duras sois las que caéis primero.

A la rubia por poco le sale la vena violenta de no ser porque Candela vuelve a llamarles la atención, pidiéndoles que no se peleen en público y que se esperen a la habitación para matarse; entonces, les indico que se acerquen a mí para que formemos un corrillo entre todos.

—¿Puedo participar yo, aunque sea una de las protagonistas? —les susurro.

Iris exhala con brusquedad y suelta un «agh»; Candela y Rober me dicen que sí puedo y el cotilla de Daniel me pregunta si voy a apostar a favor de nuestra relación o en contra.

—Ya os lo diré —les respondo, y me echo un mechón de pelo hacia atrás, presumida, cuando nos separamos.

Candela me apunta con su dedo índice, con la uña pintada de negro con estrellas azules.

—Me caes bien. Tú y yo vamos a ser grandes amigas. —Asiente con la cabeza, muy convencida de sus palabras.

—Lo que me faltaba ya —murmura Iris por lo bajo.

Nuestros mánagers interrumpen la cháchara y nos dan las tarjetas que abren nuestras respectivas habitaciones para que subamos a dejar nuestro equipaje y descansemos un poco.

—Por fin —le respondo a Lucien—. Qué ganas tengo de relajarme.

Creo notar que mi amigo ahoga una risita ante lo que he dicho, pero no entiendo qué tiene de divertido. Después, les pide a los botones, con educación, que suban mis maletas y nos encaminamos hacia uno de los ascensores, acompañados de los lapislázulis, que llevan cada uno su equipaje. Cuando subimos a la planta que nos corresponde, que es la misma, y caminamos por el pasillo, Iris se extraña cuando abro mi puerta con mi tarjeta y dejo pasar a los empleados del hotel.

—Oye, oye, oye —brama con cara de mosqueo—. ¿Qué te crees que estás haciendo? Esta es mi habitación.

—¿Qué dices? Es la mía. —Le enseño la tarjeta con el número seiscientos sesenta y nueve escrito y señalo el de la estancia, que es igualito—. ¿Ves?

—Debe de haber sido un error. —Me muestra su tarjeta, también con ese número.

Lucien se aproxima a nosotras rapidísimo y con una sonrisita de no haber roto un plato en su vida ante el escándalo que estamos formando, porque los botones nos han mirado un par de veces, desconcertados.

—¿Qué os pasa, chicas? ¿Peleíta de enamoradas?

Los otros tres lapislázulis y Bruna nos contemplan desde sus puertas; a Iris se le escapa una carcajada y se pone a aplaudir, como si ya supiera de qué va esto.

—Se han equivocado con alguna de las dos tarjetas, Luci —le explico a mi mánager, y me río nerviosa—. Nos han dado la misma.

—Claro, bombón; vais a compartir habitación —me responde como si fuera tonta, y agita las manos delante de mi cara—. ¿Hola?

Sois pareja. —Y agrega en un susurro—: Seguid fingiendo, que hay gente.

—¿Qué? —inquiero llevándome una mano al pecho, asombrada, y ladeo la cabeza hacia Iris.

¿Con eso está queriendo decir que voy a tener que compartir habitación con la rubia?

—Yo estoy flipando. —Ella niega de lado a lado sin dejar de reírse y se da la vuelta para adentrarse en MI HABITACIÓN con su equipaje, esquivando mis maletas.

Respiro hondo varias veces y le estampo a Lucien en el pecho mi vaso de cartón vacío.

—Necesito otro café bien cargado, por favor. —Lo miro con expresión dura, pero él sigue sonriendo con inocencia—. Ahora. —Y me giro sobre mis talones para entrar en el infierno.

Deseo con toda mi alma que haya camas separadas, porque no pienso dormir pegada a la novia de Chucky ni por todo el oro del mundo.

# 13. Iris

Me lo veía venir. Ya me parecía raro que en una relación falsa no se compartiera cama en algún momento.

Si es que parezco la puñetera prota de una novela de comedia romántica de las que se lee mi madre en una tarde.

—Joder, tía, no se puede pasar por ningún lado con tus trastos —le espeto a la francesa intentando esquivar sus maletas sin tropezarme.

Gabrielle cierra la puerta de la habitación tras darles las gracias a los pobres botones y pedirle a su lameculo que le traiga otro café.

Se supone que soy una integrante más de Lapislázuli y, por ende, tendría que estar pegada a ellos, no a esta petarda, aunque a ojos de los demás seamos novias. ¿Qué soy? ¿La última mona en ese grupo?

Seguro que estarán los tres descojonándose a mi costa a través de la otra pared. Como si los estuviera viendo.

—¿Dónde dormirá cada una? —me pregunta Gabrielle al darse cuenta de que solo hay un colchón en el centro de esta habitación—. Hay una cama y un sofá. ¿Lo echamos a suertes?

Ah, claro. Se refiere al sofá que hay en una esquina, que tiene pinta de ser de lo más incómodo, incluso más que el suelo o la bañera.

Suelto mi macuto en la alfombra y me tumbo en la cama, de lado, para mirar a la francesa con mi mano apoyada en mi cabeza, en actitud seductora.

—¿Qué te pasa? ¿Te da miedo compartir cama conmigo o qué? —inquiero en tono burlón, y doy varios golpecitos con la palma en

las sábanas—. ¿No me dijiste ayer por WhatsApp que me iba a enterar cuando llegásemos a Madrid?

Gabrielle me contempla con los brazos en jarras y la boca muy abierta, ojiplática.

Muy valiente detrás de una pantalla, pero a la hora de la verdad, se caga en las bragas.

O en el tanga.

O en lo que tenga puesto, si es que acaso lleva algo.

—Por supuesto. A mí nadie me llama *muerma*, porque no lo soy.

Me echo a reír sin creérmelo y me incorporo, sentándome con las piernas cruzadas, para ponerla a prueba:

—¿A que no eres capaz de ir sin bragas al evento?

Ella enarca una ceja, divertida, sin dejar de mirarme. Sin embargo, en vez de negarse, lo que hace es deshacerse de las bragas que lleva, sin ningún esfuerzo porque se ha puesto un vestido corto de margaritas. Las deja caer a sus pies y se agacha para recogerlas y mostrármelas.

—Hecho —me responde sujetándolas con el pulgar y el índice de una mano—. Y es un tanga, por cierto. —Y me lo lanza con una puntería que consigue que el trapo se me quede colgando de la cabeza.

Dejo escapar una carcajada y me quito su prenda para formar una pelotita y devolvérsela; Gabrielle la coge al vuelo.

—¿Y qué reto vas a ponerme tú a mí? —Finjo que la miro con interés—. Sorpréndeme.

Gabrielle me sonríe de medio lado y, sin pensarse su respuesta, suelta:

—Intentar no caer en mis provocaciones, porque te lo haré pasar *pantuflas.*

¿Mi contestación? Sufrir un ataque de risa, tirada en la cama, mientras le pego manotazos al colchón de la gracia que me ha hecho.

—Canutas, analfabeta.

—Tú ríete, que nadie puede resistirse a mis encantos franceses. —La muy mema se echa la melena hacia atrás—. Quien ríe el primero, ríe mejor.

Yo me desternillo aún más.

—Quien ríe el último, no el primero —la corrijo.

Alguien nos interrumpe, tocando en la puerta de la habitación un par de veces.

—¡Ya era hora de que llegara mi café! —exclama ella haciendo aspavientos con los brazos, y se dirige a abrirle a su lameculo.

Yo continúo meándome de risa, pero tanto tanto que hasta tengo miedo de que me exploten los pulmones y se me escape el pis.

Sus encantos franceses, dice la cómica.



—¿Cómo se formó Lapislázuli? —nos pregunta una periodista a mi banda y a mí, que nos ha pillado para hacernos una pequeña entrevista tras nuestra sesión de fotos.

El evento es mañana por la noche y hoy disfrutaremos de una fiesta informal con la prensa, los fans y los demás artistas de EuroStars para que nos conozcamos mejor. Gabrielle, como es una antigua ganadora, ha sido invitada también.

Dani es el que se adelanta para responder una de las preguntas más importantes, como siempre, porque se cree el líder, aunque a mí me da igual, ya que no sé expresarme delante de las cámaras y a él le sale de manera natural.

—Iris y yo nos conocemos desde parvulitos y, a los diez años, nos apuntamos juntos a clases de guitarra —explica hablándole al micro, muy sonriente y señalándonos uno a uno cuando nos menciona; los demás estamos a su alrededor—. En el instituto, se unió Candela a nuestro grupo de amigos. Como a los tres nos apasionaba la música, tocábamos de vez en cuando en el garaje de Iris como si estuviéramos dando un concierto, pero no fue hasta bachillerato cuando decidimos formar una banda. Ahí, a lo loco.

Aunque sentíamos que necesitábamos un cuarto integrante que supiera tocar el bajo.

—Y entonces aparecí yo con mi inocencia —Rober le corta el monólogo al otro, y la periodista coloca el micro delante de él—, pero acabaron corrompiéndome.

—Te enchufó tu hermana; las cosas como son —Dani se mete con Rober, y el micro vuelve a su cara—. Yo iba a proponer hacer un *casting,* porque quería otra chica y así me llevaba yo el protagonismo como único chico de la banda.

La periodista se ríe; Candela y yo ponemos los ojos en blanco.

—¿Y os lleváis bien en el día a día o hay alguna discusión entre vosotros?

Ahora Candela es la que toma la palabra:

—Nos pasa como en todas las familias; a veces tenemos alguna discusión sin importancia cuando compartimos demasiadas horas juntos; pero, en el fondo, nos queremos mucho y no dudaríamos en sacrificarnos los unos por los otros como si fuéramos pavos en Navidad.

—Sobre todo sacrificarnos, ¿verdad, Iris? —inquiere Dani dándome un codazo.

Dios mío, este tío es TONTÍSIMO.

Rober, que está junto a él, le da un puntapié porque no he sido la única que se ha percatado de esa metedura de pata.

Y que a estas alturas no podamos despedir a Dani y sacarlo de la banda por bocazas.

Yo, que hasta ahora he permanecido callada, me atrevo a hablar:

—Claro, os donaría mis dos brazos y mi preciada guitarra si algún día os hicieran falta.

—Ay, qué bonito, por favor —comenta Candela—. Yo haría lo mismo por vosotros.

La periodista se aburre de tantas palabras empalagosas, porque esto no genera salseo, y se centra en mí para sonsacarme información sobre el tema del momento.

—¿Qué tal con Gabrielle Leroux? Tenéis a las redes sociales revolucionadas con vuestra relación. —Por poco me estampa el

micro en la boca al acercarlo a mí.

—Muy bien, muy bien —le contesto esbozando una sonrisa falsa sin saber qué decir, porque no me he preparado ningún guion—. Nos va genial y estamos de maravilla, sí. —Me quedo cortada, pensando en mis próximas palabras y sintiéndome un fraude durante unos segundos.

¿Qué más me invento? No sirvo para estas cosas.

—Son adorablemente insoportables —interviene Dani salvándome de seguir haciendo el ridículo, y el micrófono viaja hacia él—. Pero hacen muy buena pareja. Estamos encantados con Gabrielle; es como una más de Lapislázuli.

Por fin, la periodista nos da las gracias por haberle regalado estos minutos y nos despedimos de ella para que siga torturando a otros artistas.

—De nada —me dice Dani rodeándome el cuello con su brazo cuando nos alejamos de la prensa.

—No entiendo por qué estas sanguijuelas tienen que preguntar sobre mi supuesta vida privada. ¿Qué les importa?

—El drama vende.

Rober nos avisa de que «mi enamorada» se encuentra en el *photocall*, ya que es su turno de hacerse una sesión de fotos, y la señala con su dedo. Los cuatro nos detenemos para analizarla de arriba abajo mientras las cámaras le lanzan *flashes.*

—Hay que reconocer que la muchacha es monísima —comenta Candela—. Parece una princesita.

—¿Sabéis si está soltera? —nos pregunta Rober, y todos lo miramos—. En la vida real, quiero decir. No en la ficticia.

Dani le da un pequeño empujón en la cabeza con su mano y Candela le ordena que no vaya a provocar un triángulo amoroso en la banda. Yo los ignoro, porque a veces me ponen de los nervios, y recorro con la mirada a Gabrielle otra vez, que posa ante las cámaras con una sonrisa enorme y naturalidad. Se ha puesto un top plateado ajustado con unas lentejuelas que me producen ceguera; una falda plisada, de color rosa palo, que le llega hasta las pantorrillas, y unos taconazos plateados. El cabello lo lleva echado hacia atrás y liso para que luzca los hombros y el escote.

Y yo me pregunto si habrá añadido algo debajo de esa falda, que se mueve con cada uno de sus movimientos.

Sus ojos marrones se tropiezan con los míos y caigo en la cuenta de que me he quedado observándola más de lo necesario, así que sacudo la cabeza. Ella me dedica una sonrisa y me saluda con la mano, megasimpática; los fotógrafos dirigen sus vistas y cámaras hacia mí y me piden que me acerque para posar con ella.

Mierda. Me tendría que haber escondido detrás de algo, que en mi caso no es muy difícil pasar desapercibida.

—Corre con tu amada —suelta Dani con sorna.

Me pongo recta, carraspeo y, con la mejor de mis sonrisas, camino hacia la alfombra roja para modelar junto a la francesa; las dos, rodeándonos la cintura mutuamente.

Menudo cuadro somos. Ella, vestida como una delicada Barbie y yo, con mis pintas de roquera: cazadora de cuero, camiseta con el logotipo de Nirvana y vaqueros rotos negros; también me he puesto unas botas con plataforma, así no parezco tan bajita a su lado, pese a que solo me saque unos diez centímetros.

—¿Te has puesto bragas? —inquiero entre dientes sin dejar de sonreírles a las cámaras.

—Claro que no, cariño.

—No te creo nada.

—¿Quieres comprobarlo? —contraataca enseñándoles la dentadura a los fotógrafos.

Se me escapa una risotada y ella, para no dejarme con el culo al aire, también se ríe.

—¡Queremos una foto dándoos un beso! —exclama alguien.

Para hacer realidad sus deseos y los de los fans, juntamos nuestros labios y una ráfaga de *flashes* nos envuelve. A continuación, nos despedimos de las cámaras y abandonamos la alfombra roja cogidas de la mano porque es el turno de otro artista. Regreso con mis compañeros, que no dudan en saludar a Gabrielle con un abrazo y dos besos (se han hecho amiguísimos del alma), y nos volvemos a separar de la francesa para atender a los fans, firmarles autógrafos y hacernos fotos con ellos; también

participamos en más entrevistas cansinas de otros medios, repitiendo las mismas respuestas que antes.

Y, durante el resto de la noche, asistimos a la fiesta para mezclarnos con los demás famosos. Gabrielle se me acerca en varias ocasiones, con unas cuantas copas de más, para que bailemos juntas y nos besemos, acaparando las miradas de cada uno de los presentes; me vuelve a preguntar si quiero descubrir lo que esconde debajo de la falda, pero yo solo me río como si estuviera atontada porque también he bebido.

—¿Quieres que lo averigüe aquí mismo?

Gabrielle se aproxima a mi oído para susurrarme:

—Mejor en la habitación, ¿no? Que aquí nos van a hacer fotos. —Su voz me produce un cosquilleo que me recorre el cuerpo entero y termina con un calambre en el coño.

—No pienso caer en tus provocaciones —le respondo, convencidísima, negando con la cabeza—. De eso nada, monada.

¿Monada?

Estoy dando vergüenza ajena; lo sé yo, lo sabe Gabrielle y lo sabe hasta Kurt Cobain.

Creo que ninguna de las dos va a estar fresca mañana, sobre todo yo, que tengo que ensayar con la banda y tocar la canción de EuroStars delante de todo Madrid. Ella lo tiene peor porque, en teoría, debe cuidar su voz para cantar y su cuerpo, para moverse como una serpiente venenosa por el escenario; yo solo me dedico a aporrear cuerdas, que lo hago hasta dormida.

Una vez que nos echan del local y regresamos a nuestro hotel en un taxi (yo, con mi banda en uno y ella, con su lameculo y Bruna en otro), intento respirar hondo para no marearme con el viaje.

—No se te ha visto el pelo en la fiesta —me dice Candela en el asiento de atrás; yo estoy sentada entre ella y Dani, y Rober se encuentra en el del copiloto—. Has estado todo el rato pegada a la francesa. Esto ya se está volviendo serio.

—Ha sido ella, que es una pesada y se ha pegado a mí; yo solo he estado tan borracha que no he sabido lo que hacía —me defiendo, aunque sea mentira.

Para eso existe el alcohol: para echarle las culpas cada vez que haces algo que sí quieres hacer.

—Pues el que va a representar a Italia ha intentado ligar conmigo —interviene Dani, y advierto en su tono que está ofendido —. No paraba de llamarme «bambino» con ese acento tan sensual que tienen los italianos. Le he repetido varias veces que tengo pareja, y el muy descarado me dice que, si estoy en otra ciudad, no se consideran cuernos. Me han entrado ganas de ponerme violento y bañarlo con mi copa.

—Hostia, Dan, menos mal que no lo has hecho, si no, provocáis una guerra en las redes y tenéis que fingir una relación —se mete Rober en la conversación, que hasta hace un segundo estaba con los ojos pegados al móvil, y yo le doy una patada a su asiento porque no me ha hecho ni pizca de gracia.

—Te voy a depilar con cera ese cabezón que tienes —le espeto.

—Que haya paz; no destrocéis el taxi del pobre taxista, que es muy tarde y tengo sueño —nos pide la mediadora de Candela, y el pobre hombre suspira mientras conduce, porque estará harto de lidiar con personajes como nosotros y peores.

Cuando llegamos a la puerta del hotel, me aproximo al taxi que ha aparcado detrás de nosotros y le abro la puerta a Gabrielle para que salga, siguiendo con el teatro, pero por dentro me estoy riendo.

Y por fuera también, igual que ella, porque es el gesto más ridículo que he hecho con una novia.

—Gracias, *mon amour* —me dice, y me da un pico.

Entramos al hotel agarradas del brazo y subimos a nuestra planta en el ascensor, acompañadas de mi banda y de nuestros niñeros; todos, agotados. Luego, cada uno se mete en su respectiva habitación y a mí me falta tiempo para tirarme en plancha sobre la única cama que hay, ocupándola casi entera con cada una de mis extremidades estiradas.

—¿Me ayudas a quitarme la falda, que yo no puedo? —me pide Gabrielle con voz melosa y su acento francés, que ahora me parece sexi y no sé por qué—. Tú ya tienes experiencia quitándomela, y así descubres que no te miento.

Giro la cabeza hacia ella y me percato de que me está mirando con expresión juguetona. Me incorporo a toda prisa sobre el colchón y le enseño la palma de la mano para que se detenga.

—Vale, vale, te creo. No es necesario que me obligues a pasar por esa tortura.

Gabrielle enarca una ceja y me dedica una sonrisa triunfal.

—¿Quién es la *muerma* ahora? —Se pone de lado y se desabrocha poco a poco la cremallera lateral de esa falda del demonio, dejando la piel de su cadera a la vista y sin ninguna otra tela encima, lo que me confirma que no lleva nada debajo—. Esta noche he ganado yo.

No comprendo por qué, pero mi mente alcoholizada está deseando que se quite ese trapo y las demás prendas.

—Qué va, flipada. No he caído en tus absurdos encantos franceses, así que quedamos en empate.

Ella, sin eliminar esa sonrisa de «no ganadora», se vuelve a subir la cremallera de la falda.

—Te juro por el último grano de café del mundo que no vas a abandonar Madrid sin que caigas. —Se da media vuelta, acompañada de un ligero movimiento de melena, y se encamina hacia la puerta de la habitación mientras oye de fondo mis carcajadas—. Voy a salir a por un café. —Se gira de nuevo para lanzarme un beso por el aire—. Chaoooo.

A ver si se pierde por el hotel y me deja la cama para mí sola.

O que alguien la rapte para pedir un rescate.

Bueno, mejor no, que los secuestradores no la aguantarían y me la devolverían a los cinco minutos por lo insoportable que es.

Mejor que coja una barquita y se pierda por el Retiro. Con suerte, los patos del estanque estarán tan hambrientos que no dudarán en atacarla para zampársela.

# 14. Gabrielle

—¿Quién entra primero en la ducha? —me pregunta Iris cinco minutos después de que la alarma de su móvil nos haya despertado.

Anoche se me olvidó poner a cargar el mío y mi amigo ni siquiera ha tenido la decencia de venir a sacarme de las sábanas sabiendo la hora a la que me levanto.

—Yo, que voy tardísimo y Lucien no ha venido a despertarme. —Abandono la cama de un salto para adelantar a Iris, que la veo capaz de colarse en el baño, a pesar de que siga abrazada a la almohada que hemos puesto entre las dos, con los ojos cerrados.

Son casi las siete y media de la mañana y tenemos que bajar a desayunar a las nueve para comenzar este día tan ajetreado. No me va a dar tiempo de arreglarme.

—¿También te tiene que despertar tu lameculo? ¿No puedes hacerlo tú solita? —se cachondea de mí—. Además, eres francesa, y los franceses no pisáis la ducha nunca.

Suelto un bufido y entro corriendo en el baño, dejando a esa rubia tirada en la cama. Tras media hora debajo de la alcachofa y achicharrándome con el agua caliente, me envuelvo el cuerpo en una toalla y salgo, rodeada de vapor. Iris todavía está acostada pero entretenida con el móvil y, en cuanto se percata de mi presencia, desvía la vista hacia mí.

—Ya era hora, tía. Casi me duermo otra vez —me dice, y arruga el entrecejo al recorrerme con su mirada—. Se te ha puesto la piel rojísima. ¿Qué vienes? ¿De una sauna?

—¿Puedes desaparecer? Necesito vestirme.

—Ahora, espera. —Bosteza y se vuelve a centrar en su teléfono sin moverse de la cama.

Suspiro, poniendo los ojos en blanco, y le echo un vistazo a mi móvil, que lo he dejado cargándose en la mesita de noche antes de meterme en el servicio, para contactar con Lucien, que no se conecta al WhatsApp desde las tres de la mañana.

Este se ha quedado dormido. Menudo profesional.

Como no le veo a Iris la intención de levantarse por su propio pie y a mí me urge vestirme, vuelvo a colocar mi móvil donde estaba y dejo caer al suelo la toalla que llevo, provocando que mi cuerpo se quede al descubierto.

Ella se lo ha buscado. No iba a comenzar tan pronto con mis provocaciones, pero no he tenido otra opción.

—¿Te importa si me visto delante de ti? —inquiero fingiendo voz de inocencia pura.

—No —me responde con sus ojos clavados en la pantalla mientras teclea.

Me echo mi larga melena húmeda hacia atrás y coloco los brazos en jarras.

—¿Estás segura?

—Clar… —Despega su vista del maldito teléfono y la posa en mí sin terminar de pronunciar esa palabra, porque no se esperaba tropezarse con mi cuerpo desnudo. Entonces, se pone en estado de alerta y sus iris se pasean por cada rincón de mi piel—. Hostia, tía. —Y los aparta de mi figura de inmediato para cubrírselos con las manos mientras se ríe—. Estás jugando muy sucio. —Se levanta de la cama como un resorte y se marca una pedazo de maratón hacia el baño sin destaparse los ojos, con mis carcajadas malévolas sonando de fondo, aunque se choca con una de mis maletas.

He vuelto a ganar.

En lo que Iris se ducha, me centro en vestirme con algo sencillo y, cuando ya estamos arregladas de una manera decente, abandonamos nuestra estancia.

—Voy a ver a estos —me dice en el pasillo, refiriéndose a su banda.

—Y yo voy a comprobar si Lucien está vivo. Nos vemos en el desayuno. —Me acerco a sus labios con raudeza y le robo un beso—.

Chaooo. —Me despido de ella con la mano y me encamino hacia la habitación de mi mánager.

Ella me contesta que la tengo harta y toca varias veces en la habitación de los lapislázulis; yo hago lo mismo con la de mi amigo. Son los demás los que le abren a Iris primero, y ella se cuela en el interior cerrando con un sonoro portazo. Al cabo de un par de minutos en los que me he dedicado a golpear con los nudillos la puerta sin parar, preocupadísima, Lucien da señales de vida.

Al parecer, lo he interrumpido en la ducha, porque solo lleva una toalla rodeándole la cintura y ni se ha secado; aún tiene gotas de agua adornando su torso.

—¿Dónde te metes? —Lo aparto a un lado para autoinvitarme a pasar—. Pensaba que te habías muerto.

—Perdón, *ma chérie*; me he quedado dormido. Dame cinco minutos para que me vista. —Junta las manos a modo de disculpa y se vuelve a meter en el servicio.

—Aquí te espero, eh.

Me siento en un extremo de su cama, que sigue deshecha, y me entretengo curioseando mis redes sociales y lo que la prensa y los fans han publicado sobre mí. Algunos artistas me han etiquetado en las imágenes que han subido a sus *stories,* donde aparezco yo, y una revista rosa ha compartido las fotos que nos hicieron a Iris y a mí en el *photocall*, en las que salimos divinas, así que me las guardo y se las paso a la susodicha por WhatsApp. Luego, levanto la vista del móvil para cotillear la habitación de Lucien, que se asemeja a la que comparto con la rubia, y mis ojos se detienen en algo negro que hay olvidado en el colchón.

Parece una pulsera.

Estiro el brazo para cogerla y comprobarlo y, efectivamente, se trata de una pulsera.

De cuero negro, decorada con tachuelas y con el nombre de dicha banda grabado en una tipografía de grafiti.

El nombre de Lapislázuli.

Y esta misma pulsera la llevan todos los integrantes de ese grupo del demonio; lo sé, porque se la he visto a Iris.

Ay, mi pobre Lucien… Me tiene que poner al día. Con lo inocente que es, alguno de esos me lo está corrompiendo.

—Ya estoy, bombón. —Mi amigo sale del baño, vestido con un traje naranja adornado con un estampado de dibujos de soles—. ¿Nos vamos?

No le respondo nada y, todavía sentada en la cama, le muestro la pulsera, sosteniéndola en el aire con una ceja enarcada. Lucien la contempla con el ceño fruncido.

—¿Por qué me enseñas eso?

—Estaba tirada en tu cama.

—Ah, ¿sí? —cuestiona con extrañeza, como si me lo estuviera inventando, y me arrebata el complemento de las manos para esconderlo en el bolsillo interior de su chaqueta; supongo que para devolvérselo a su dueño—. Qué raro. —Y decide cambiar de tema, dando una palmada—: ¿Desayunamos? Me muero de hambre.

Me pongo en pie y lo miro, molesta.

—O sea, que no me lo vas a contar.

—¿El qué? —Él continúa haciéndose el tonto.

—Lo del dueño de esa pulsera.

—¿Qué pulsera? —Su rostro se mantiene serio—. Yo no veo ninguna pulsera, *ma chérie*. —Se lleva un dedo a la sien—. Definitivamente, la cafeína te está afectando.

¿Por qué tanto secretismo? No le veo ningún sentido cuando siempre me ha relatado su historia con cada una de sus conquistas. ¿Porque ha sido con una figura pública? ¿O porque el otro le ha pedido ser discreto? ¡Venga ya!

—Ya te vale —le recrimino, y me giro sobre mis talones para esfumarme de esta habitación, que la ha invadido el pecado roquero.

En el restaurante del hotel, nos reunimos con Iris y compañía. Como hay bufé libre, me sirvo un delicioso café con leche y tres cruasanes, pese a que no me fascinen tanto los que fabrican en España; prefiero los franceses, que están más ricos.

Mi amigo y yo nos sentamos en la misma mesa que Lapislázuli (porque, según nuestros mánagers, tenemos que planear *cosas*) y me acomodo al lado de mi querida novia de mentira.

—La gente en redes está pidiendo que toquéis una canción juntos —suelta Bruna a bote pronto—. Esta noche.

Todos los presentes en esta mesa casi nos atragantamos con el desayuno, excepto Candela, que le ha entrado un ataque de risa y se ha puesto a aplaudir ella sola; yo me percato de la pulsera que descansa sobre su muñeca.

No sé para qué me fijo en ella, si desde el minuto uno estaba descartada como posible amante de Lucien.

—¿Cómo que juntos? ¿Lapislázuli con esta? —interviene Iris señalándome con asco—. ¿Y sin preparación ni nada?

—Tenéis la tarde entera para ensayar un tema —habla Lucien haciendo aspavientos con las manos—. Alguno habrá que os sepáis. La gente necesita veros; a vosotros y a Gabrielle Leroux. Juntos.

Pero ¿solo existimos nosotros o qué? ¿Y los demás artistas?

—Si tenemos estilos muy diferentes —le responde Daniel, que lo tengo enfrente—. No entiendo el experimento que quieren que hagamos.

—Habrá que contentar a nuestros fans —Ahora es Rober el que toma la palabra—. ¿Votos a favor? —Y alza el brazo izquierdo, sacando a relucir su pulsera de Lapislázuli y produciendo que mi única opción se vaya al traste, porque toda mi confianza estaba puesta en ese melenudo.

Solo me quedan dos candidatos como su presunto amante: Daniel e Iris, y dudo mucho que sea esta última, porque ni ella ni mi amigo se han cambiado de acera mágicamente.

—Qué remedio. Habrá que hacer un esfuerzo. —Cojo el brazo de Iris, con su pulserita a juego con las de los demás, para levantarlo junto al mío y votar a favor, aunque ella se zafa de mi agarre con brusquedad.

—Ni de coña. No voy a permitir que mi banda sea una copia de One Direction.

—Cuidadito con lo que dices de One Direction, que estás al lado de una *directioner* —le advierto.

—Venga, tía —Daniel intenta convencerla, y yo estudio sus dos muñecas, que contienen un montón de pulseras, incluida la de la vergüenza en la derecha—. A mí tampoco me hace demasiada

gracia, pero hay que hacerlo para que nos voten en el festi y podamos ganar.

—Podríais tocar alguna canción de Katy Perry o Lady Gaga —propone Lucien—. Beyoncé, Taylor Swift…

Los roqueros de la mesa arrugan la nariz como si estuvieran oliendo heces de caballo y, mientras desayunan y debaten sobre la canción que podríamos interpretar, mi mano viaja hacia el muslo casi desnudo de Iris, gracias a sus *shorts* cortísimos, y se lo acaricio con sutileza. Ella da un respingo en cuanto mi palma entra en contacto con su piel y gira la cabeza hacia mí para lanzarme una miradita de advertencia sin que nadie se dé cuenta.

—A ver cuánto aguantas —le susurro al acercar mis labios a su oído, y noto cómo se estremece.

—Cabrona —me insulta en voz baja.

Yo vuelvo a mirar hacia el frente para proponer canciones a la vez que sigo paseando mi mano con delicadeza por su muslo, incluida la cara interna, una de las zonas más sensibles. También vigilo mi alrededor por si alguien se fija en lo que estoy haciendo, pero todos están distraídos discutiendo sobre el plan de nuestra canción improvisada.

En los primeros minutos de mi tortura, Iris no luce tan incómoda; sin embargo, durante los siguientes, no para de removerse en su asiento. Cierra las piernas un par de veces, causando que mi mano se quede atrapada entre sus muslos, y se obliga a respirar hondo conforme devora su crepe de chocolate. Luego, me atrevo a ir más allá, ascendiendo mi palma, y percibo la calidez que nace de su entrepierna. Deslizo los dedos por encima de la tela que cubre su sexo, haciendo una ligera presión, y disimulo dándole un sorbo a mi café.

Me está dando mucho morbo esta escena. No imaginaba que provocar en público a esta mujer me excitaría tanto. Ella está aguantando mis manoseos con estoicismo, pero sé que por dentro está deseando arrancarme la cabeza.

O la ropa. Quién sabe.

Cuando todo el mundo termina de desayunar y se levanta de la mesa para comenzar con las tareas del día (una es pasear de forma

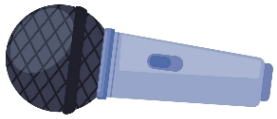
romántica en una barca del Retiro), aparto mi mano de la entrepierna de Iris y ambas también nos ponemos en pie.

—Yo tengo que ir al baño antes de que nos vayamos —nos dice la rubia con el semblante repleto de sufrimiento—. Me estoy meando a chorros. Esperadme fuera.

—¿No has podido hacer pis antes de salir de la habitación, cariño? —le pregunto con ternura pero con un toque divertido.

Ella me regala una última mirada amenazadora y leo en sus ojos que me está dedicando un sinfín de insultos españoles en su mente. Por último, sale del restaurante para encaminarse hacia los baños del hotel.

Otra victoria más para Gabrielle Leroux.



—Ni se os ocurra empujaros la una a la otra al estanque ni desaparezcáis con la barca hacia el País de Nunca Jamás, que os conozco —nos ordena Lucien, apuntándonos con su dedo índice cuando estamos a punto de montarnos en uno de los botes del Retiro—. Y tampoco hagáis manitas en público, que menudo espectáculo habéis montado cuando estábamos desayunando. —Se santigua—. Jesús, la vergüenza que he pasado no es normal.

¿Cómo? ¿Se ha dado cuenta?

Iris y yo intercambiamos una breve mirada.

—No sé de qué estás hablando —le respondo a mi amigo haciéndome la despistada, y él me contempla sin creérselo.

—No sabéis disimular. Pero, tranquila, que nadie más se ha enterado.

¡Si yo he sido muy disimulada! Lo que pasa es que el listo de Lucien tiene ojos en todas partes y estaba sentado a mi lado, así que no es raro que nos haya visto.

—¿Nos subimos a la dichosa barca ya o qué? —Iris interrumpe nuestra conversación mirándose las uñas—. Se nos va a hacer tarde,

Maripilis.

Lucien me sujeta de los hombros, me obliga a girarme hacia la barquita que hemos alquilado y nos desea buen viaje. Después, se marcha a saber dónde y nos deja a solas, porque los demás lapislázulis y Bruna se han ido a dar una vuelta por el parque.

Yo soy la primera en montar en la barca como si fuera algo que hago cada día, aun llevando tacones. Cuando le toca a Iris, se queda parada unos segundos sin saber qué hacer ni qué pie poner en primer lugar, y eso que calza unas deportivas.

—¿Es para hoy, cariño? —le pregunto con los brazos cruzados, impaciente—. ¿Nunca has venido al Retiro a subirte a una barquita?

—Pues no, la verdad. Me parece un plan demasiado moñas.

Extiendo el brazo hacia ella, ofreciéndole mi mano con una sonrisa enorme adornando mi rostro. Iris me mira con una ceja enarcada, pero al final acepta mi ayuda y junta su palma con la mía. Primero mete el pie derecho y luego el izquierdo; todo, a cámara superlenta, con muchísimo cuidado y siendo consciente de cada uno de sus movimientos con miedo. Al notar que la barca tiembla ligeramente, se le escapa un pequeño chillido y se abraza a mi brazo.

—Dios mío, voy a ser el hazmerreír de los salseos de los paparazis.

—Tampoco es para tanto —me burlo de ella—. ¿No sabes nadar?

—Sí, pero mi intención no es caerme al agua y morir devorada por los patos o algún ser extraño que viva en el fondo de este estanque.

Me echo a reír ante sus ocurrencias.

No sabía que a esta mujer, tan dura por fuera, le daba pánico hacer cosas tan simples.

—Vamos a sentarnos.

—Vale, porque me estoy mareando con la puñetera barca tambaleándose, que parece que estoy borracha sin haber bebido ni una gota. Además, ¿has visto el número que nos ha tocado? —Me mira con los ojos muy abiertos, como si estuviera poseída—. ¡El trece! ¿Y sabes lo que pasa con ese? ¡Que da mala suerte!

Aprieto los labios para evitar reírme otra vez y que esta chica me empuje al agua, porque de verdad lo está pasando fatal con esta actividad.

Le echo una mano a la pobre para que tome asiento y yo me coloco enfrente de ella para encargarme de remar.

—¿Aquí no hay cinturón de seguridad? ¿Y tú sabes llevar este trasto? ¿Es necesario algún tipo de carnet?

—No a todo.

—¡¿Qué?! —exclama, y hace el amago de levantarse con ganas de huir de la barquita, que se tambalea aún más—. Joder.

Pero yo he empezado a remar conforme hacía esas preguntas, así que ya nos hemos alejado unos metros de la ribera y no tiene escapatoria, a no ser que quiera lanzarse al agua.

Iris, al percatarse de que estamos en movimiento, vuelve a su posición, se pone más recta que una modelo y se agarra a su asiento con una fuerza con la que va a acabar haciéndole agujeros a la madera: cinco en cada lado.

—Relájate; son solo cuarenta y cinco minutos, exagerada.

Me lanza una mirada casi letal y yo le sonrío con malicia mientras continúo remando.

—Ojalá aparezca un tiburón y te coma.

—Aquí no hay tiburones. —Al descubrir que soy la única de las dos que está sonriendo y que ella está con el cuerpo y la mandíbula tensos, añado—: ¿Puedes sonreír para parecer que estás disfrutando de la cita? Con esa cara, van a pensar que estamos peleadas o que te estoy torturando.

Me estoy imaginando a Lucien escondido detrás de un árbol, sin quitarnos el ojo de encima y con una úlcera, viendo nuestra interacción nada romántica.

—Si desde que he llegado a Madrid no has parado de torturarme.

—Y lo que te queda, querida.

Una barca interrumpe nuestra conversación y se detiene al lado de la nuestra; Iris y yo desviamos la vista hacia ella.

Son los lapislázulis con Lucien; Candela es la que está remando.

—A ver si sonreímos un poquito —comenta mi amigo mirando a Iris, y curva los labios hacia arriba para enseñarle cómo se hace—. ¿Ves? No es tan difícil.

—Pedirle a esa que sonría es como cuando alguien me pide que le comparta mi yogur de galleta —interviene Dani—. Ni de coña.

—O a mí cortarme el pelo —suelta Rober.

—O a mí que no me haga el *eyeliner* —se les une Candela.

La rubia se esfuerza en respirar hondo con los ojos cerrados.

—Gabrielle, te ruego que arranques la dichosa barquita, porque si no, voy a acabar ahogando a las Supernenas.

—Las Supernenas eran tres, no cuatro —la corrige Lucien.

Iris abre los párpados y dirige su mirada hacia mi amigo con hostilidad.

—Tú eres la Supernena bastarda, tío cutre, que más feo no puede ser ese traje que te has puesto, que pareces una zanahoria.

Él apoya la mano en su pecho, dolido, y yo me pongo a remar de nuevo para alejarnos de ellos y que esta situación no acabe en tragedia, con Iris abalanzándose sobre Lucien y los dos precipitándose al estanque mientras miles de *flashes* capturan el momento.

—¿Sabes lo que me gustaría? —inquiero para hablar sobre algún tema de interés mutuo, porque es evidente que la rubia no está por la labor por andar practicando la meditación para no caerse al agua —. Tener una cita como la del cine, pero sin prensa ni fans persiguiéndonos, y sin tener que adherirnos a ningún *planning* ni publicar nada en las redes. Que seamos solo tú y yo, Iris y Gabrielle a secas.

—Ah, qué bonito —me responde ella, que ha vuelto a cerrar los ojos, y advierto en su voz la ironía—. ¿En plan amiguitas? ¿O como algo más porque ya te has enamorado de mí?

—Como amigas —especifico—. Me lo pasé genial ese día improvisando contigo. Por no hablar de lo simpática que estabas… Eras otra Iris durante un ratito.

—La culpa fue de los bizcochos borrachos.

Suspiro, exasperada.

—Tú siempre echándole las culpas al alcohol.

—¿Y a qué ha venido lo que has montado durante el desayuno?

Dejo los remos dentro del bote para hacer una pausa y nos quedamos flotando en el agua. Como Iris no es capaz de abrir los ojos, me aventuro a desplazarme hasta su banco con cuidado para no provocar una catástrofe acuática, y la barca se balancea con suavidad. Me siento a su lado y ella da un brinco.

—¿Qué haces, loca? —pregunta, y echa un vistazo al bote, descubriendo lo que acabo de hacer—. Nos podríamos haber volcado.

Me coloco un mechón de pelo detrás de la oreja y la miro, aleteando mis pestañas.

—Llevamos un rato subidas aquí y no hemos hecho nada de novias. —Hago una mueca con los labios, pensativa—. Bueno, sí que lo hemos hecho: discutir como si lleváramos cincuenta años casadas.

Iris alza una ceja.

—¿Qué quieres? ¿Que nos lo montemos en esta barca?

Esbozo una sonrisa juguetona y acerco mis labios a su oído para susurrarle con voz sensual:

—Te puedo hacer lo mismo que te he hecho en el desayuno. ¿No te da morbo que te excite delante de todos los visitantes del Retiro?

Ella vuelve a cerrar los ojos y toma aire; imagino que para no acabar arrancándome la sonrisa con sus propias manos.

—Joder, con la maldita francesa —murmura para sus adentros.

Apoyo mi palma sobre su muslo para comenzar con mi tortura, pero ella se sobresalta y huye de mí con la intención de acomodarse en el asiento que he ocupado yo. Sin embargo, a causa de sus movimientos tan bruscos, la barca se balancea de una manera agresiva y no sé en qué momento acabamos las dos perdiendo el equilibrio y dándonos un buen baño en el estanque con los patos.

—¡Mira lo que has conseguido con tus provocaciones francesas! —me grita Iris chapoteando, y a mí me entra un ataque de risa mientras nado para agarrarme a la barca.

—¡No haberme llamado aburrida!

Vamos a batir el récord del mayor número de citas desastrosas de la historia de las citas.

# 15. Iris

Qué vergüenza siento por ver en lo que se ha transformado mi banda por culpa de la aparición de Pili y Mili en nuestras vidas, con sus colorines horteras y el brillibrilli de los cojones.

Desde que hemos vuelto de nuestra trágica cita en el Retiro, estamos metidos en una sala de ensayo, preparando la maldita actuación que nuestros fans han exigido, que ya les vale por pedir algo así. ¿Son masoquistas? Vamos a desgraciar el rock con el estilo popero de la francesa.

Para elegir la canción, cada uno ha propuesto una (yo, de Nirvana); hemos escrito el título en un papel, y la que ha salido mediante la mano no tan inocente de Lucien ha sido la mía, por sorprendente que parezca. Sin embargo, como la señorita gabacha no se la sabía (no la ha escuchado en su vida y me parece un sacrilegio), hemos repetido el proceso y la que finalmente vamos a interpretar es *I Kissed a Girl*, de Katy Perry, sugerida por ella.

Estoy segura de que la ha propuesto con segundas intenciones.

Por suerte, mi banda y yo nos la sabemos; nos la aprendimos en nuestros primeros años para tocarla en locales en versión roquera y gay, aunque ha pasado ya mucho tiempo desde que la ensayamos por última vez y hemos necesitado refrescarla. Pero con la payasa se va a convertir en un desastre, porque llenará el escenario de purpurina, tutús y arcoíris, y la reputación de Lapislázuli se irá a tomar viento.

Como si no tuviéramos bastante con tocar nuestra propia canción para EuroStars, que para eso hemos venido al dichoso evento.

Lo peor es que la francesa no ha parado de provocarme desde que se ha levantado. Cuando ha salido de la ducha, se ha desprendido de la toalla y se ha quedado en bolas en la habitación; yo me he obligado a mirarla lo menos posible y me he tapado los ojos a toda pastilla. Mientras desayunábamos en el restaurante del hotel, me ha metido mano delante de todos y me ha restregado sus dedos por el coño, con mis *shorts* como barrera; he aguantado como una campeona y he sabido disimular lo mejor que he podido, hasta que he salido disparada hacia el baño para limpiarme, porque la muy cabrona me ha dejado las bragas chorreando.

En el Retiro, la veía capaz de hacer exactamente lo mismo, pero el chapuzón que nos hemos dado en el estanque me ha salvado. Aunque menudo ha sido el numerito que hemos montado: nos hemos vuelto a subir a la barca, Gabrielle ha remado hasta la orilla y los trabajadores se han acercado a nosotras para traernos toallas; todo, bajo las miradas curiosas y los móviles de los turistas, de las cámaras de la prensa, de las risas de mi banda y de Lucien hiperventilando con una bolsa de plástico. Luego hemos regresado al hotel para cambiarnos, he apagado el teléfono porque no quería saber nada del mundo y hemos comido en el restaurante de esta mañana, ya sin tocamientos de la franchuta.

Y por la tarde, ha sacado a relucir otra vez sus inexistentes encantos franceses. Ensayando la canción de Katy Perry, no ha parado de acercarse a mí para robarme besos (según ella, para hacer el paripé, aunque solo nos vieran los lapislázulis, Bruna y su lameculo) y, en los descansos, se ha sentado en mi regazo y no me ha dejado en paz; he tenido que usar mi autocontrol para no revolearla por los aires.

Me estoy sintiendo hasta acosada por esta mujer. Socorro.

—Me gustaría proponer una cosita —anuncia Gabrielle, entusiasmada, cuando nos preparamos en el escenario para ensayar la canción por última vez; Bruna y Lucien se encuentran delante de nosotros para darnos órdenes—. Mientras canto, podría besar a Iris, como he hecho durante los ensayos de hoy, y podría bailar pegada a ella en el estribillo, por ejemplo. Así, nuestra relación será mucho más creíble y la gente del público se pondrá eufórica.

—O nos abuchearán… —murmuro—. Y nos tirarán tomates pochos.

—Qué grandísima idea has tenido, *ma chérie*. —Su lameculo la aplaude feliz, como siempre, y yo suspiro; después nos mira a ambas—. Pero debéis sonreíros con complicidad, sobre todo tú, Iris —continúa hablando, dirigiéndose a mí—. Has estado poniendo cara de culo cada vez que Gabby se acercaba a ti y te besaba. Eso no lo puede ver la gente, que van a empezar a especular.

¿Y qué cara quiere que ponga? No me sale otra. Bastante tengo ya con aguantarme las ganas de atizarle con la guitarra a la francesa, pero me esfuerzo en contenerme porque la aprecio.

A la guitarra, no a la pesada. Por si había alguna duda.

—¿Y por qué no se restriega contra Dani, que los dos son los vocalistas? —Apunto con el dedo a esos dos y los aludidos me miran con las cejas enarcadas—. No lo entiendo. Yo quiero estar tocando a gusto mi guitarra; no necesito que venga una cansina a molestarme durante la canción.

—La cansina eres tú —me responde Lucien—, que siempre estás quejándote con esa cara de pescado caducado que tienes.

¿Qué me ha llamado el de los trajes cutres?

—Mejor me tranquilizo y me callo porque, aunque parezca mentira, no me gusta la violencia, ni física ni verbal —suelto tras respirar hondo para calmarme—, y no quiero herir los sentimientos de nadie.

Oigo que Gabrielle disimula una risita y yo ladeo la cabeza hacia ella para convertirla en papilla con mi mirada.

—Perdón —se disculpa—. Me picaba la garganta.

—A ver, tampoco nos insultemos. —Rober se coloca delante de nosotros, con los brazos extendidos, para dar por finalizada esta absurda discusión—. Son solo tres minutos de canción; no montéis tanto drama por esa tontería.

—¡¿Tontería?! —La Iris verdulera se apodera de mí—. ¡Que se restriegue contra ti, a ver si te va a parecer una tontería!

—Si ella quiere, no se lo voy a impedir. —Rober se encoge de hombros con inocencia.

Gabrielle desvía sus ojos hacia él, con la nariz arrugada.

—No eres mi tipo, cariño. —Se echa la melena hacia atrás, una expresión de estirada que ya me pone de los nervios—. Me van más las rubias gruñonas.

—Una pena. —Él le sonríe y finge quitarse una lágrima—. Te podría hacer la mujer más feliz del mundo.

Bruna da una fuerte palmada para poner orden y la gabacha, Rober y yo damos un respingo.

—Ya está bien de tantas peleas de niños pequeños —nos regaña —. Poneos a ensayar la canción. —Dirige su vista hacia Dani y Candela, que están a lo suyo con sus móviles, y lo señala a él con el índice—. Tú, deja de mandarle mensajes a tu maromo, que se os va a romper el amor de tanto usarlo. Y tú —añade, apuntando ahora a Candela—, deja de hacerte fotitos, que tus seguidores están hartos de ver tu careto.

Los dos la contemplan, ofendidos, y terminan obedeciéndola, pero Dani se atreve a mostrar su desacuerdo con una parte de la canción:

—¿Y si cuando me toque decir en el estribillo *I kissed a girl and I like it,* lo cambio por *I kissed a boy*? Es que no me siento representado con esa frase tan sáfica y la voy a cantar sin sentimiento, porque me gustó entre cero y nada la experiencia de besar a una chica.

La francesa y el cutre contemplan a Dani, atónitos.

—¿Has besado a una chica? —quiere saber ella.

—A esas dos cuando éramos adolescentes. —Dani nos señala a Candela y a mí con una mueca de asco—. Fue traumático.

—Tranquilo, que el trauma fue mutuo —le espeto, y Candela me da la razón.

—Yo no he besado a ninguna chica, pero te entiendo, *bro* — interviene Lucien todo españolizado, dándole una palmada en el hombro a Dani como si fueran colegas de toda la vida.

—Entonces, ¿puedo cambiar esa frase?

—No —le contesta el lameculo, tajante, y da una fuerte palmada —. Todos a sus puestos.

A continuación, cada uno ocupa su lugar: Candela, al fondo, con la batería; Rober, en el extremo izquierdo, con su bajo; yo, en el

derecho, con mi guitarra eléctrica; y Dani y Gabrielle en el centro, con sus micrófonos.

Yo soy la encargada de romper el silencio tocando los primeros acordes, para luego unirse la voz de Dani en la primera estrofa y los demás instrumentos, y la voz de Gabrielle en la segunda.

Todo va viento en popa hasta que los dos cantan juntos el estribillo y comienza mi tortura. La francesa viene hacia mí contoneando su culo, marcado a la perfección por esos *leggins* celestes, y revolotea por mi alrededor, bailando con sensualidad como si fuera una avispa y me quisiera clavar su aguijón venenoso. Yo intento no prestar atención a la letra, porque tampoco ayuda, y me esfuerzo en concentrarme en la melodía que sale de mis dedos, pero no surte efecto porque, hace un rato, Gabrielle se ha deshecho de su jersey y se ha quedado con un top ajustado con el que se le marcan los pezones, ya que parece que también ha decidido prescindir del sujetador.

Maldita la hora en la que le dije que no llevara bragas.

Ella me rodea el cuello con el brazo y se balancea pegada a mi espalda mientras canta, con su boca prácticamente rozándome la oreja. Noto sus pezones deslizándose por mi piel, porque llevo una camiseta de tirantes con la tela demasiado fina y debería haber elegido un traje de astronauta.

Voy a tener que rezar alguna oración digna de catequesis para que se esfumen los pensamientos impuros que estoy teniendo.

Una vez que el estribillo finaliza, la tipa me da un poco de tregua y se separa de mí para cantar las siguientes estrofas junto a Dani; yo me obligo a mantener la vista alejada de ella, de su trasero, de sus pezones y de sus malditos movimientos, porque me estoy poniendo malísima, y aporreo mi guitarra con la mente en blanco, pero no lo logro porque solo se cuelan imágenes de ella.

Son los tres minutos más interminables que he vivido nunca.

Gabrielle regresa junto a mí para repetir lo mismo que hace unos segundos y, en los momentos en los que no le toca cantar, me come la oreja y me roba un par de besos. Tras un minuto más de martirio, por fin, ¡por fin!, la canción concluye y por poco lloro de

alegría, aunque la francesa, en vez de despegarse de mí, me susurra al oído:

—¿No te han entrado ganas de tocarme como si yo fuera esa guitarra?

Lloriqueo en mi interior, pero decido no contestarle, y se separa de mí con una sonrisa victoriosa.

—Muy bien; lo vais a bordar esta noche —nos felicita Lucien, y su mirada viaja hacia nosotras—. Y vosotras, procurad que esto no parezca tan… —Hace una pausa para pensar las palabras adecuadas mediante una mueca—. Pornográfico. No queremos que esta escena acabe subida en páginas de contenido adulto. Gracias.

—Yo tengo que ir al baño —suelto de sopetón—. Ahora vengo.

—Estás hoy muy meona, ¿no? —inquiere Candela.

—Ay, normal —interviene Lucien—. Si con lo pequeñita que es, tendrá la vejiga del tamaño de un guisante y se le llenará con una diminuta gota.

Tras enseñarles mis dos dedos corazones, dejo la guitarra en el suelo del escenario con cuidado y huyo hacia los baños del recinto. Por suerte, no hay nadie en su interior y aprovecho para echarme agua en la cara y por la nuca para intentar que se me pase el calentón, que llevo todo el puñetero día cachonda y no entiendo cómo sigo viva.

Gabrielle entra detrás de mí, con su asquerosa sonrisa triunfal estampada en la cara, y yo la miro con ganas de estamparla a ella contra la pared.

—¿Cuándo te vas a dar por vencida? —me pregunta sin dejar de sonreír.

Esa sonrisa se la pienso quitar ahora mismo.

No le respondo con palabras, tan solo la agarro del brazo con brusquedad sin que se lo espere, y a ella se le escapa un ridículo chillido de sorpresa, pero no se resiste. La arrastro conmigo hacia uno de los habitáculos y nos encierro con pestillo para después aprisionarla entre la pared y mi cuerpo, y devorarle la boca como si estuviera hambrienta de comida francesa.

Como se ha puesto unas zapatillas de deporte y no sus preciados zapatos con tacones de medio metro, estamos casi a la

misma altura, así que ninguna tiene que encorvarse ni ponerse de puntillas para llegar a los labios de la otra.

Entre tanta desesperación besándonos, porque parece que estábamos deseando hacerlo en privado y sin mirones, la una acaricia el cuerpo de la otra y cuelo mi mano por la cinturilla de sus *leggins* para ir directa a su coño, que lo noto empapado.

¿No quería convertirse en mi guitarra? Pues que se prepare, porque soy la mejor tocándola.

Mis dedos se apoderan de su clítoris y comienzan a rozarlo como si tuvieran vida propia; Gabrielle gimotea en mi boca y yo me siento poderosa por tenerla en estas circunstancias, donde no hay ni rastro de la diva francesa, estirada y creída.

Me encargo de devorarle el cuello y de repartirle besos por el hombro, embriagándome con el aroma de su perfume conforme le dibujo círculos con mis yemas. Ella consigue conectar un par de neuronas entre tanto placer, me desabrocha el botón de los *shorts* y me baja la cremallera, mordiéndose el labio inferior para aguantarse los jadeos.

Cuando la descubro con las intenciones de meterme mano, pauso el ajetreo de su entrepierna para decirle, en tono jocoso:

—¿Con esas uñas de Eduarda Manostijeras? —Esbozo una sonrisa traviesa—. Voy a acabar con el coño en carne viva.

Gabrielle me mira, sonriendo con coquetería, y en sus ojos puedo leer la excitación.

—Sé usar mis manos bastante bien; no te preocupes.

—Va, venga. La que se corra antes, pierde.

Nos retamos con nuestras miradas, y ella cuela sus tijeras en mis pantalones a la vez que reanudo los movimientos. Sin embargo, cuando me restriega las yemas de los dedos por los labios de la vulva y hace presión en el clítoris, una corriente eléctrica me recorre el cuerpo entero.

Como no me ayude mi poca fuerza de voluntad, me voy a correr en un santiamén por lo caliente que he estado durante las últimas horas con sus provocaciones.

Pero debo ser fuerte, que necesito ganar.

Ambas nos volvemos a besar con desesperación y nos acariciamos mutuamente con más ímpetu, haciendo un esfuerzo sobrehumano por mantenernos en pie, porque siento que las piernas me flaquean. Gabrielle introduce su otra mano por debajo de mi camiseta para pasearla sobre la piel de mi cintura y tocarme un pecho por encima del sujetador; yo me concentro en meterle y sacarle mis dedos índice y corazón para continuar deslizándolos por su clítoris. Se le escapan varios gemidos, con su boca pegada a la mía, y me regala movimientos circulares más intensos y salvajes con los que me está costando un mundo no estallar.

Con nuestras respiraciones entrecortadas y aguantándonos las ganas de llegar al final para no perder, nos enzarzamos en la competición más placentera de la historia, pero yo me cago en los franceses, en la Torre Eiffel, en la tortilla francesa y en Gabrielle Leroux, porque soy la primera en correrse gracias a esas garras.

Cuando experimento las últimas sacudidas del orgasmo sin dejar de masturbarla, noto que su cuerpo también se tensa, llegando al clímax, y admiro su expresión mientras mis dedos se quedan atrapados en su interior con cada una de sus contracciones.

—Te dije que no ibas a irte de Madrid sin haber caído rendida a mis encantos franceses —me dice, con la voz entrecortada y dedicándome otra sonrisa victoriosa.

Reprimo una risita y saco la mano de sus *leggins*; ella hace lo mismo con la suya.

—Tus encantos franceses… —me cachondeo de ella, y me alejo unos centímetros porque no soporto que estemos tan cerca—. Lo que pasa es que eres una tramposa que no ha sabido jugar limpio.

—Te aconsejo que aprendas a perder. Tenlo en cuenta para el día en el que concurses en EuroStars con tu banda. —Con sus ojos cafés clavados en los míos, se chupa los dedos que ha usado para torturarme y da un par de pasos hacia la puerta del cubículo para abrirla; pero, antes de irse, se despide de mí con esa misma mano, sin borrar su sonrisa de ganadora insoportable—. Chaoo.

—Chaoo —la imito haciendo muecas de burla cuando desaparece de mi vista—. Francesita ridícula.

# 16. Gabrielle

Estoy en el avión de vuelta a Barcelona para pasar un par de días de relax antes de continuar con la preparación del álbum en Francia. Me encuentro rodeada de los lapislázulis; a mi izquierda, tengo a doña Gruñona; a mi derecha, a Candela; y detrás, a Rober, Daniel, Lucien y Bruna.

A decir verdad, me lo he pasado genial en el evento de Madrid; la gente es muy simpática y cercana, y he hecho buenas migas con algunos artistas. La actuación improvisada con los lapislázulis salió de maravilla, pese al poco tiempo que habíamos tenido para ensayar. Al público le ha encantado, y lo que más han compartido en redes han sido fotos donde aparezco yo, vestida con la misma falda de tul violeta que me rompió la rubia (pero ya arreglada), cantando y pegada a Iris, mientras ella tocaba su guitarra eléctrica roja, ataviada con su característica ropa roquera negra; ambas sonriendo y disfrutando de nuestra música, aunque estoy convencida de que la rubia estaba fingiendo.

En cuanto a lo que ocurrió en el baño… Ninguna ha sacado el tema ni yo he vuelto a molestarla con mis encantos franceses, porque me he salido con la mía y he abandonado Madrid con ella rendida a mis pies con las uñas pintadas de violeta. Lo más gracioso es que anoche puso otra vez la almohada entre las dos cuando nos fuimos a dormir para que no siguiera provocándola.

—Ay, tía, me encanta el estilazo que tienes —me habla Candela, que no se ha callado desde que se ha sentado a mi lado en el avión; me ha estado contando las últimas prendas que se ha comprado en Shein y me ha recomendado varios productos de maquillaje—. Me

flipan tus uñas. —Me coge una mano y mira con detenimiento mi manicura con dibujos de *cupcakes.*

—Me las hice en París, antes de venir a Madrid —le respondo mostrándoselas y dedicándole una sonrisa.

—¿Cómo os pueden gustar esas uñas de Eduarda Manostijeras? —se entromete Iris—. Me parecen incomodísimas.

Se me viene a la mente lo poco incómodas que le parecieron en ese habitáculo del baño del recinto y vuelvo a sonreír, acercándole mi mano a la mejilla para arañársela con suavidad, pero ella me regala un manotazo para que aparte mis garras de su piel con su semblante de amargada.

—No me toques, pesada.

—Ayer no opinabas lo mismo, querida.

Me acomodo en mi sitio y, mientras hacemos tiempo para que despegue el avión, me entretengo con el móvil. Candela sigue cotorreando a mi lado, pero esta vez le está mandando un audio (o un pódcast, más bien) a un tal Gerardo. Cuando termina, se vuelve a dirigir a mí porque parece que no puede permanecer en silencio.

—Te tengo que presentar a Gerard, que aún no lo conoces. Es el tío más gracioso que te puedes encontrar —me dice.

—¿Es tu chico? —me intereso como la típica maruja española.

Candela se echa a reír como si le hubiera soltado un chiste absurdo.

—¿Qué dices? No, no, no. —Niega en rotundo—. Solo es un amigo del grupo.

—Por ahora —Daniel interrumpe la conversación, asomando su cabeza entre el hueco de los dos asientos porque estaba con la oreja puesta; las dos damos un brinco y nos giramos hacia atrás. Después, me mira solo a mí para añadir—: Llevan pillados el uno por la otra toda la vida; lo que pasa es que son tan tontos que no se dan cuenta. Tú hazme caso, que yo tengo experiencia en este tema.

—Oh. —Me tapo la boca con la mano, impresionada—. Qué romántico.

Candela le atiza un manotazo en la cabeza a su amigo y le dice que tiene suerte de que no la dejen montar con su navaja de Hello Kitty, porque ya le habría cortado los huevos y se los habría puesto

de corbata. El otro se queja del dolor y se masajea el lugar donde ha recibido el golpe; yo escucho a Iris murmurar que tiene ganas de tirarse del avión sin paracaídas para no aguantarnos, aunque tenga que morirse a los veintisiete.

—Pero qué salvajes, *mon dieu* —comenta Lucien con la mano posada en el pecho, anonadado.

—Para salvaje tú con tu Torre Eiffel —le contesta Rober con algo parecido a la sorna. Como está sentado junto a mi amigo, le palmea un par de veces el muslo.

Lucien carraspea y se remueve en el asiento, abochornado; yo frunzo el ceño.

¿Qué Torre Eiffel?

—i¿Qué quiere esta mujer ahora, que va a despegar el puñetero avión y no voy a poder usar el móvil?! —exclama Iris, malhumorada y hablando sola.

Ladeo la cabeza hacia ella para averiguar lo que sucede y me percato de que alguien la está llamando por teléfono. Descuelga la llamada y yo, de nuevo, me pongo cómoda en mi asiento para no perderme la conversación con su madre, que he leído en su pantalla «mamá».

Dios, ¿desde cuándo cotilleo con tanta indiscreción? El ambiente de España me está cambiando; en Francia somos más disimulados.

No obstante, en cuanto Iris comienza la discusión con su madre, chasqueo la lengua porque se está comunicando con ella en catalán.

Estoy convencida de que está usando ese idioma a propósito para que no me entere de la cháchara.

Aprender esa lengua es mi asignatura pendiente. Tengo que apuntarme a alguna academia, que en este momento es de vital importancia por si le está hablando a esa mujer de mí.

Los demás enmudecen para prestar atención a Iris y yo intento retener alguna palabreja, pero mi esfuerzo es en vano; solo logro capturar varias veces la palabra «no» y deduzco que la rubia está molesta con su madre, porque suspira en un par de ocasiones, se pone nerviosa, aprieta los dientes o le levanta el tono para ser tajante.

—La que te espera —me susurra Candela agitando la mano, como avisándome de que me prepare para algo, pero yo sigo sin comprender nada.

O sea, que el tema de conversación entre madre e hija soy yo y me lo estoy perdiendo. Fabuloso.

Cuando llegue a casa, le pediré a Lucien que me busque una academia *online* o un profesor particular para que me enseñe catalán con urgencia.

Una vez que Iris corta la llamada con su característica mala leche, se pasa una mano por la cara y suelta *no puc més*, que eso sí lo he entendido.

¿Por qué no puede más?

—¿Todo bien? —pregunto como quien no quiere la cosa.

Ella gira la cabeza hacia mí como si fuera la niña de *El exorcista.*

—¡Claro que no! —grita taladrándome con sus ojos grises—. Mi madre te ha invitado a comer paella en mi casa. Hoy, a las dos de la tarde. Le he repetido una y otra vez que no podíamos, pero se ha hecho la loca. —Hace un ademán con la mano—. No hace falta que vengas; iré yo representando a las dos.

Me tomo unos segundos para procesar la información.

¿Hoy? ¿Tan precipitado? No sé si estoy preparada para conocer a mi suegra de mentira.

Pero no le puedo decir que no a una paella.

Me doy la vuelta hacia Lucien para preguntarle si teníamos planes para hoy, con la intención de que los cancele de inmediato, y él, con total tranquilidad, me contesta que a las dos de la tarde tengo planeada una comida con la familia de Iris, que se le ha olvidado mencionármelo, porque resulta que la madre se puso en contacto con él hace unos días para proponerle ese plan a espaldas de las dos.

Y yo sin saberlo.

Qué fuerte.

Es cierto que, desde que esa mujer me siguió en Instagram, me ha estado mandando los típicos mensajes de «¿cómo estás, guapa?» o «¿cuándo tienes un ratito libre para que te conozca?», y yo le respondía que cuando estuviera menos ocupada.

Pues, al parecer, se ha cansado de esperar y se ha puesto seria contactando con mi mánager.

—Insisto en que no hace falta que vengas, eh —se esfuerza Iris en convencerme, pero no surte efecto.

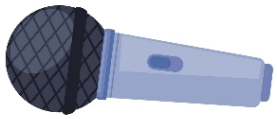
—Recógeme en la puerta de mi casa a la una y media —le indico con el semblante repleto de seriedad para demostrarle que no estoy de broma—. ¿O prefieres que te recoja yo en tu bloque?

—Agh, no me jodas. —Se da cabezazos contra el reposacabezas.

Yo esbozo una sonrisa socarrona y me tapo los ojos con el antifaz, que el avión está a punto de despegar y voy a aprovechar para descansar lo que queda de viaje; Iris también, que se coloca los cascos y les reza a todos los dioses que existen para que no nos caigamos al vacío. Sin embargo, se queda frita en menos de lo que canta una gallina.

¿O era un gallo?

Ay, estos españoles y sus expresiones extrañas, que no sé cómo se las inventan.



—¿Qué vino debería llevar a la comida? —le pregunto a Lucien mostrándole las dos botellas que he colocado sobre la mesa del salón—. ¿Chardonnay o Bordeaux?

Él frunce los labios y les echa un vistazo.

—Cualquiera estaría bien. Ya sabes que son mis favoritos. —Suelta una risita—. Espero que esa gente tenga buen paladar.

Hago una mueca con la boca, en actitud pensativa.

¿Y si les llevo los dos? Total, no me cuesta nada y no puedo presentarme en una casa de desconocidos con las manos vacías.

—¿Y qué tal voy vestida? —Giro sobre mí misma para que aprecie el modelito que he elegido para la ocasión—. ¿Demasiado elegante? ¿Poco formal?

—Perfecta, como siempre, *ma chérie* —me responde mi amigo, aunque tuerce el morro—. Pero quizá hubiera sido mejor que eligieras un atuendo más cómodo; es una comida familiar, no una boda.

Desciendo la mirada hacia mi *outfit*, uno de los más básicos que tengo: un vestido corto azul con estampado floral, mangas abullonadas y hombros descubiertos, y unas sandalias blancas de tacón medio.

—¿Tú crees? Es un *look* normal —defiendo mi ropa—. Solo soy una chica que necesita sentirse coqueta.

—Te han invitado a comer en la casa de una familia típica española, donde cada uno de sus miembros te recibirá con la bata, el pijama por debajo, las pantuflas y los rulos puestos.

—¿Me estás sugiriendo que vaya en pijama? —inquiero abriendo mucho la boca, con la palma apoyada en el pecho con dramatismo —. Qué vergüenza.

El sonido insistente de un claxon interrumpe nuestra conversación.

—Ahí está tu novia; ya no te da tiempo de ponerte el pijama —me dice Lucien alzando la voz para que lo escuche por encima de los pitidos, y hace un ademán con la mano—. Corre, vete; no la hagas esperar y no te olvides de documentar con fotos esa comida para subirlas a las redes.

Dejo escapar un bufido y meto con cuidado las dos botellas de vino en mi bolso enorme, tipo cesta, porque no puedo decantarme por una. Me despido de Bartolamiau y miro a Lucien para apuntarlo con el dedo índice.

—Todavía me tienes que contar tu romance con uno de los lapislázulis, que no se me ha olvidado.

Lucien me observa con una sonrisa malvada asomada a su rostro.

—Tú tampoco me has contado lo que hiciste con la rubia en el baño del recinto después de uno de los ensayos —contraataca—. Saliste de allí con una cara de orgásmica que me causó una envidia…

Lo contemplo con la mandíbula a punto de que se me caiga al suelo; de fondo, lo único que suena es el ruido del claxon, que no cesa.

¿Cómo se ha dado cuenta mi amigo de que hicimos algo?

—*Touché* —es lo único que le contesto, y doy media vuelta para encaminarme hacia la puerta, con la espalda bien recta y sujetando mi dignidad con fuerza para que no se me escape.

En cuanto hago acto de presencia en la calle, los pitidos molestos desaparecen. Camino hacia el coche que me está esperando y saludo, con una sonrisa feliz, a la conductora a través de la ventanilla. Ella pone los ojos en blanco y yo abro la puerta para acomodar mi trasero en el asiento del copiloto y mi bolso, sobre mi regazo.

—¿Por qué te vistes así si solo vamos a la casa de mis padres? —me pregunta al analizar mi ropa con la frente arrugada—. ¿Tienes que ir siempre divina de la muerte?

Yo también recorro con mi mirada lo que se ha puesto: una sudadera *oversize* gris con capucha, unas mallas negras, unas Vans, y ha recogido su pelo en un moño alto y despeinado; ni siquiera se ha maquillado los ojos como un mapache.

—Debo causarles buena impresión a mis suegros.

—No son tus suegros —replica, y arranca el coche que le ha prestado el tal Axel; yo echo un vistazo a mi casa y descubro a Lucien con la cabeza asomada en una de las ventanas—. Y me siento fatal, porque mi madre se está haciendo falsas ilusiones con este paripé. ¿Cómo le digo que es una farsa? No quiero que se lleve más disgustos.

Vuelvo a dirigir la mirada hacia Iris.

—No tenemos por qué decirle que nuestra relación es de mentira. Ya pensaremos en algo cuando llegue el momento de «romper» —le respondo, dibujando unas comillas con los dedos en el aire cuando pronuncio la última palabra.

Ella murmura por lo bajo «joder», pasándose una mano por la cara, y me pide que mantenga la boca cerrada durante el trayecto porque quiere estar atenta a la carretera para no morirse con la

edad maldita de las estrellas del rock. Ni siquiera se anima a poner música para que esto deje de parecer un velatorio.

Sí que se toma en serio la famosa maldición del Club de los Veintisiete. Si está sana, conduce como una tortuguita y no toma drogas; solo bebe alcohol de vez en cuando. No le va a pasar nada tan joven.

Como no quiero aburrirme durante el viaje, me meto en Instagram para regalar unos cuantos «me gusta» a los comentarios que me han dejado mis seguidores; también le hago una foto a Iris conduciendo sin que se percate y la publico en mis *stories* con el texto «de camino a casa de mis queridos suegros para comer paella». Cuando nos adentramos en un barrio residencial donde reina la tranquilidad, guardo el teléfono y la rubia estaciona el coche delante del garaje de la casa de sus padres, que desde fuera parece bastante acogedora.

—Ya estoy más que preparada para echar la pota durante las próximas horas —comenta mirando hacia el frente y respirando hondo, y deja de agarrar con fuerza el volante para desconectar las llaves; después, se apea del vehículo, cerrando con un sonoro portazo, y yo la imito (a excepción del portazo, que no quiero destrozarle el coche al pobre Axel).

—Qué exagerada eres. Seguro que tu madre es un amor de persona.

Ella levanta el dedo índice, en señal de advertencia, para avisarme de lo que se me viene encima:

—Antes de que entremos: todo lo que te cuente esa mujer sobre mí es mentira, así que no le hagas mucho caso. Lo mismo te digo de mi padre y sus chistes rancios de cuñado en la barra del bar. Los únicos que se salvan son la perra y mi hermano pequeño, aunque a veces son un coñazo porque no me gustan ni los perros ni los niños.

Mmm… ¿Hermano pequeño? ¿Qué edad tienen sus padres? No sé por qué, pero siempre he pensado que Iris era hija única.

En cuanto nos plantamos delante de la puerta, ella vuelve a tomar aire y pulsa el timbre, mentalizándose para esta entrañable reunión familiar que me tiene intrigada.

—¿Lista para entrar en el matadero? —quiere saber, y yo asiento con la cabeza sin dudar.

Estoy más que lista.

# 17. Iris

Como vuelva a escuchar a mi madre decir lo guapa que es Gabrielle, me arranco las orejas.

Al abrirnos la puerta, lo primero que ha soltado, supersorprendida, ha sido «qué chica más guapa» y, cuando se la he presentado, ha repetido lo mismo. En este momento seguimos las tres de pie, en el recibidor, y yo me estoy desquiciando, porque la mujer que me trajo al mundo no para de alabar a la francesa y de sacarle los colores mientras la otra le devuelve los cumplidos. Yo permanezco de brazos cruzados, contemplando al dúo suegra-nuera de mentira, a punto de potar.

Que es más guapa y más alta en persona (claro, porque la tele empequeñece a la gente).

Que es muy elegante (es una francesita estirada; lo raro sería que no).

Que habla español como si fuera nativa (¿en serio?).

Que es guapísima (otra vez).

Que parece una princesa (me está dando grima).

Que adora su pelo tan largo (más champú gasta y más tarda en peinarse).

Que es guapísima (ya me he enterado).

Que tiene un acento muy bonito (no, de bonito nada, que da la impresión de que habla con un polvorón metido en la boca).

—Ya era hora de que mi hija me presentara a una novia de manera seria —comenta mi madre, que no ha parado de sonreír desde que hemos entrado por la puerta y parece que va hasta las cejas de alguna droga de la felicidad.

Y eso que ha dicho de «novia de manera seria»… Si ella supiera…

—¿No me diga, Purificación? —le responde Gabrielle, patidifusa, y agrega, luchando por ser graciosa—: ¿Siempre le ha presentado a novias de mentira?

Como se le ocurra meter la pata, la echo de esta casa sin ningún miramiento.

—Ay, niña, puedes llamarme Puri, que estamos en confianza —le contesta mi madre, y decide contarle mis cosas como si yo no estuviera presente—: Mi hija ha traído algunas amiguitas a casa, pero nunca he sabido si eran solo amiguitas o algo más que amiguitas. Siempre he tenido mis dudas con esa Candela, que es muy alta y también es muy guapa.

Al final, me canso de ser la protagonista de sus cotilleos y le digo en catalán que deje de contarle mi vida a una desconocida. Sin embargo, a mi madre no le hace ni pizca de gracia que use ese idioma; lo sé, por la chancla invisible que me lanza con su mirada. Gabrielle ahoga una risita; yo desisto de batallar y me encamino hacia el salón, indignadísima, porque no voy a poder hablar en mi lengua materna en mi propia casa.

Como cuando doña Gabacha se comunica en francés con su lameculo, que me quedo con cara de tonta porque no entiendo una mierda y me da muchísima rabia.

Le he dado de su propia medicina.

Por detrás, oigo a mi madre soltarle a Gabrielle:

—Perdónala, tiene un poco de mal genio a veces, pero en el fondo es un amor de niña. Bueno, ¿qué te voy a decir yo a ti?, si ya lo sabes; por eso te habrás enamorado de ella.

Sí, enamoradita la tengo. Y ella, a mí… Puff… No existe ningún número para cuantificar el amor que siento hacia Gabrielle Leroux.

Me adentro en el salón, con las otras dos persiguiéndome, y veo a mi padre sentado en el sofá, viendo un partido de tenis en la tele con el mando a distancia descansando en lo alto de su barriga cervecera, que es igualita a la de un embarazo de nueve meses; Francisca, la perra de casi veinte años, se halla tumbada a su lado, durmiendo.

—Pepe, levántate a saludar a tu nuera y deja la tele un rato —le ordena mi madre señalando a Gabrielle—. Mira lo guapa que es.

Tengo que sacar unos vasos de chupito. Por cada vez que Purificación mencione la guapura de la francesa, me tomaré uno. Seguro que acabo con más litros de alcohol en mi cuerpo que de sangre. ¿Lo malo? Que me he traído el coche de Axel y debo conducir de vuelta a mi piso, porque mi amigo quiere que le devuelva su vehículo intacto y no me apetece tener un accidente, y mucho menos que me pille la Guardia Civil, me multe y estalle otro escándalo público.

Mi padre despega su cuerpo del sofá como puede, acompañado de quejidos de señor de casi sesenta años, y se aproxima a Gabrielle; esta lo mira con una sonrisa educada asomada a los labios.

—Encantada, Pepe. —Ella le planta un beso en cada mejilla—. Soy Gabrielle, pero me puedes llamar Gabby.

Él le da la razón a mi madre diciendo que la francesa es muy guapa y yo solo deseo que el tiempo pase rápido para largarme lo antes posible de aquí. Ni diez minutos llevo y mi nivel de tolerancia ha descendido veinte mil pisos.

A continuación, mi padre le presenta a Francisca, que solo levanta la cabeza con curiosidad para ver a esa extraña que le ha empezado a hablar con voz de boba.

—Hola, Francisca. Qué buena eres.

—No te oye; es sorda —la informo—. Está muy vieja ya.

—Ay, pobrecita —comenta acariciándole la cabeza, y deja que la perra siga descansando tranquila en su vejez. Después, se saca de su bolso gigante dos botellas de vino y las coloca sobre la mesa, que ya se encuentra con el mantel, los cubiertos y los platos puestos—. Os he traído un detalle. Son los vinos más exquisitos de Francia. Espero que os gusten.

Mis padres se quedan anonadados, estudiando las dos botellas a la vez.

—No hacía falta que trajeras nada, guapísima, pero muchas gracias —le responde mi madre.

—Estos son de los buenos buenos, eh —opina mi padre como si fuera un experto en vinos.

Bien, por lo menos ha traído alcohol. Un punto a favor.

Pero también ha empezado a ganarse a mis padres y no tengo ni idea de si se trata de algo positivo o negativo. No quiero que le cojan cariño tan pronto, porque esto es algo temporal.

—Voy a traer el sacacorchos para estrenar alguna de esas —les digo señalando con la cabeza los dos vinos, y me escabullo hacia la cocina yo sola, aunque solo sea durante unos segundos.

Son unos segundos de calma, sin querer vomitar arcoíris, y eso se agradece.

Pero mi ilusión se desvanece al descubrir que mi madre viene detrás de mí, abandonando en el salón a la invitada con mi padre, que ha comenzado a contarle sus chistes malos para romper el hielo.

—Oye, qué mona es, ¿no? —susurra Purificación para que la otra no la oiga desde el salón; yo exhalo con brusquedad al volver a escuchar eso y cojo del cajón de la encimera el sacacorchos—. Y simpática. Para ser francesa, no parece tan siesa; pensaba que iba a ser la típica gabacha que mira con cara de asco. —Chasquea la lengua y, como tiene que ser, se pone a despotricar a la invitada—. Aún es pronto para evaluarla; esta ha sido solo la primera impresión. A lo mejor es más aburrida que una enciclopedia sin dibujos. —Me apunta con el dedo índice—. Pero como no se coma mi paella sagrada, no la vayas a traer más a casa. Ya sabes que, si no le gusta, no aprobaré esta relación. Si no se come la paella de la suegra, no habrá bendición.

Tampoco es necesario que acepte nuestro romance si le encanta la paella y no deja ni un grano de arroz en la paellera. Que no se sienta obligada.

—Ya, mamá; no te preocupes. Gabby es una chica divertida y campechana; la vas a adorar —le respondo, por decir algo.

Mentira, sobre todo lo de divertida, pero debo fingir que es la mujer de mi vida y que estoy ciega de amor por ella.

Já. Me descojono yo sola con esta telenovela.

El timbre de casa interrumpe nuestra conversación madre e hija.

—Corre, ábrele a tu hermano, que se había ido a jugar con el vecino. —Agarra por las asas la gran paellera de la vitrocerámica, que está a reventar de arroz y sería perfecta para alimentar al vecindario si no fuera porque me voy a llevar unos cuantos táperes a mi piso con lo que sobre y les pondré candado para que no se lo coman los neandertales que viven conmigo—. Voy a llevar la paella al salón mientras tanto y a salvar a esa pobre chica de los chistes de tu padre.

Con el sacacorchos en la mano, dejo atrás la cocina y me dirijo hacia la puerta de la entrada, oyendo a mi padre de fondo contar uno de sus chistes estrella:

—Aunque no estemos en el mes de las brujas, debes tener mucho cuidado con la suegra, eh. Quien avisa no es traidor.

—¡Pepe, hoy vas a dormir en la casa de tu hermana! —lo regaña mi madre—. Deja de asustar a la chiquilla.

Creo que Gabrielle suelta una risita por compromiso y no porque de verdad le ha causado gracia que haya comparado a Purificación con una bruja.

En cuanto le abro a Pau, mi hermano de diez años, se abalanza sobre mí, se abraza a mis piernas y por poco me tira de espaldas al suelo, porque cada vez está más grande.

Sí, mis padres tuvieron otro hijo con cuarenta y siete años (con mi madre a las puertas de la menopausia), cuando ya nos tenían más que criados a Pol y a mí. Fue un penalti en toda regla y algo extraño, porque convertirme en la hermana mediana con casi dieciocho años no entraba en mis planes.

—Eh, ten cuidado, piojo.

—¡Iris! —exclama repleto de felicidad por verme, y sus ojos grises viajan hacia mí—. Ya me ha contado mamá que tienes una novia muy guapa y famosa. ¿Ha venido contigo?

—Sí, está en el salón. —Le dedico una sonrisa y le revuelvo el pelo con cariño.

Al oír eso, Pau se despega de mí y sale disparado por el pasillo para empezar a molestar a su cuñada de mentira.

Espero que ese niño tampoco se encariñe con ella, porque él sí que sufriría cuando nos separemos.

Me reúno con los demás en el salón y mi hermano ya está incordiando a la francesa con sus preguntas incómodas de niño («¿me vais a dar un sobrinito o sobrinita para que juguemos juntos?»); ella le contesta, con una paciencia infinita y sin dejar de sonreír, que todavía es pronto para pensar en eso, pero que espera tener hijos algún día conmigo.

Yo me muerdo la lengua para no meterme en la conversación y contestarle de mala manera que ni de coña; solo me concentro en destapar la primera botella de vino que he cogido y servirme en una copa para hacer los honores, como tiene que ser, aunque solo una pizca porque tengo que conducir y ser responsable al volante.

Durante un instante, saboreo el líquido exclusivo con detenimiento y arrugando la nariz.

Sabe como a Francia.

Bah, está muchísimo mejor la cerveza. Tanta finura para nada.

Mi madre nos ordena que nos sentemos a la mesa, que se va a enfriar la comida, y la obedecemos. Gabrielle y yo nos colocamos la una al lado de la otra, y mi padre le pide a Pau que se ponga junto a él para soportar a tantas féminas; la francesa se echa a reír, y mi madre y yo ponemos los ojos en blanco.

Una lástima que no pueda escaquearme de esta situación, como cuando era adolescente y había alguna reunión familiar en casa, que fingía que estaba enferma de cualquier cosa o tenía que estudiar un montón para algún examen del insti; me encerraba en mi cuarto como una ermitaña o me iba al garaje para estar con mi música, a veces con mi hermano mayor, o me escapaba con mis amigos por ahí y no me veían el pelo en todo el día.

Pero ahora estaría bastante feo hacer algo así, porque nuestra invitada es mi supuesta novia.

Mecachis.



—Iris, ¿le enseñamos el garaje a Gabby? —me pide Pau una vez que terminamos de comer, tomándose las confianzas suficientes para llamar a la francesa por su diminutivo—. Le podemos tocar alguna canción juntos.

Me ahorro soltar un bufido porque no quiero desilusionarlo ni que Purificación me eche la bronca, pero me da mucha pereza tener que mostrarle a una desconocida mi rincón más sagrado.

—Anda, sí, enseñádselo —interviene mi madre, que apunta a Gabrielle con el dedo—. Pero no tardéis mucho, que te tienes que comer la tarta de chocolate que he preparado y te tengo que enseñar el álbum de fotos familiar para que critiquemos juntas a mi hija.

Me termino lo que me queda de mi cerveza triste sin alcohol para no escupir una burrada y la francesa suelta una carcajada.

—Estoy deseando ver ese álbum; seguro que Iris era una niña muy entrañable.

—No te creas. Siempre ha tenido esa cara de asqueada —suelta mi padre tan tranquilo—. Y una mala leche que la ha heredado de mi señora. No sé por qué Dios mete tanto mal genio en las mujeres tan bajitas. —Y se empieza a mear de risa él solo.

Bueno, solo, no, porque Gabrielle y Pau le ríen la gracieta; en cambio, mi madre le atiza una colleja y le dice que se ha quedado sin probar la tarta.

Por supuesto, mi novia de mentira se ha ganado a mi familia en tan solo unas horas: se ha seguido descojonando con los chistes casposos de mi padre; se ha hecho amiga íntima de mi hermano y ha continuado respondiendo a sus preguntas curiosas (si nos vamos a casar algún día, si ella es la que gana en las discusiones o si dormimos juntas en la misma cama todas las noches); y ha superado la prueba de la paella de la suegra, porque ha dejado su plato reluciente e incluso ha repetido. Mi madre no paraba de mirarla con adoración ni de comentar ochocientas millones de veces por milisegundo lo guapa que es mientras la otra halagaba sus dotes de chef.

Y yo, deseando darme cabezazos contra la paellera gigante, pero he preferido soportar la tortura sin rechistar.

Además, la guinda del pastel ha sido cuando TODOS, hasta la perra con un ladrido, han confesado que van a votar a la representante de Francia en EuroStars para que me gane.

Decepcionada estoy.

—¿Sabes tocar algún instrumento, Gabby? —le pregunta Pau a Gabrielle a medida que nos acercamos al garaje.

—¡Claro, un montón! La guitarra, el ukelele, el piano, la flauta, el saxofón, el violín… —Hace una mueca, pensativa, y exclama—: ¡La pandereta!

Mírala, qué chica más polifacética. Canta, baila, sabe idiomas (menos catalán), actúa, toca un porrón de instrumentos, tiene unos dedos maravillosos… ¿Hay algo que no sepa hacer?

—¡Yo también sé tocar la pandereta! —suelta mi hermano—. ¡La podemos tocar juntos en Navidad! ¿Vas a venir a cenar en Nochebuena?

Buah, que no se aventure tanto, que todavía quedan más de ocho meses para ese acontecimiento y ya nos habremos olvidado la una de la otra, con suerte.

—Me encantaría —le contesta Gabrielle, mintiéndole con todo su papo a una criatura inocente.

Abro el garaje, echando el portón ruidoso hacia arriba, y Pau es el primero en entrar como un vendaval para apalancarse en el taburete de la batería de Candela y aporrear los tambores y los platillos con las baquetas sin ton ni son. Le hago un gesto con la mano a Gabrielle, invitándola a pasar, y ella se adentra en mi guarida, analizando con apuro lo que la rodea porque deduzco que se sentirá como una intrusa.

—¡Qué bien tocas! —alaba a mi hermano cuando nos detenemos frente a él—. Eres todo un profesional.

—¡Gracias! —Él esboza una sonrisa de oreja a oreja—. Cuando sea mayor, voy a formar un grupo de música de rock, como mis hermanos, y seré más famoso que ellos. Ah, te tengo que enseñar una foto de Pol. —Se levanta de golpe y corre hacia uno de los pósteres que hay colgados en la pared, que lo señala con una de las baquetas, donde aparece Pol tocando su guitarra de la suerte en

uno de sus conciertos—. Este es nuestro hermano mayor, Gabby; ahora toca con Kurt Cobain, Jimy Hendrix y Amy Winehouse.

—¿Cómo? —Ella ladea la cabeza hacia mí con cara de circunstancias—. Pero si ellos están… —No acaba la frase porque no se atreve a pronunciar la palabra que falta.

Sé que se ha olido algo durante el día y la he visto con ganas de preguntarme sobre el tema, porque es bastante evidente que en esta familia falta alguien por los marcos de fotos que decoran la casa.

Encogiéndome de hombros y dedicándole una sonrisa ambigua, aclaro su duda:

—Es un integrante más del Club de los Veintisiete.

# 18. Gabrielle

Me he quedado de piedra con la noticia de la muerte del hermano de Iris. Ahora entiendo por qué le tiene tanto respeto a la edad maldita, por qué quiere aparentar tanta frialdad y por qué utiliza el sarcasmo y la ironía como vía de escape.

Durante la comida, ya había intuido que algo le había ocurrido a ese chico, porque he visto varias fotos de él en los muebles del salón en las que aparece con su familia. Sospechaba entre dos opciones: que no había podido asistir a la reunión familiar de hoy por motivos de trabajo (y era la que más esperaba) o que había fallecido; pero me daba reparo preguntar, y más con un niño tan pequeño delante.

Me ha costado asimilar la información cuando Iris me ha soltado a bocajarro que su hermano forma parte del Club de los Veintisiete. Al principio creía que se estaba quedando conmigo, pero luego he pensado que delante de Pau no podía bromear con un tema tan delicado. Entonces, como no sabía dónde meterme ni qué hacer en ese momento, ella se ha dado cuenta de mi incomodidad y ha salvado la escena, proponiéndole al peque tocar juntos un par de canciones; él, con la batería y ella, con una de las tantas guitarras eléctricas que hay esparcidas por el garaje junto a más instrumentos.

Y gracias a la música, la alegría se ha vuelto a apoderar del ambiente. Para mí es como una tirita: no cura las heridas ni el dolor, pero te ayuda a sobrellevarlos.

—Ay, niña, espero verte pronto por aquí otra vez —me dice Puri cuando llega la hora de despedirnos. Pau se ha quedado dormido en el sofá después de haberme enseñado el álbum de fotos con su madre, con el que hemos criticado a Iris mientras ella suspiraba y

miraba al techo con fastidio, y de haberse comido la tarta—. Tienes que probar mi puchero de garbanzos, que me sale para chuparse los dedos de las manos y los de los pies.

—Por supuesto. —Le doy dos besos en las mejillas—. Estoy deseándolo.

La paella estaba deliciosa; es la mejor que he degustado en mi vida. Lo mejor es que esta mujer me ha llenado unos cuantos táperes para que me los lleve a mi casa; lo mismo ha hecho con algunas porciones de la tarta de chocolate que ha preparado para la merienda, acompañada de una buena taza de café humeante, también exquisito.

Es una gran cocinera; una lástima que mi relación falsa con su hija tenga fecha de caducidad.

—¿Sabes cómo se dice «pañuelo» en japonés? —empieza Pepe otro de sus chistes malos para despedirse de mí.

—No —le contesto sonriéndole con cortesía.

Él no tarda en sacarme de dudas:

—*Sacamoko.*

Me echo a reír junto a mi suegro y su mujer suspira.

—Vámonos ya, por Dios —nos interrumpe Iris con impaciencia, que sostiene una bolsa de tela repleta de táperes que también le ha dado su madre.

—No os entretenemos más, que se está haciendo de noche —interviene Puri—. Conducid con cuidado.

Iris y yo abandonamos la casa de sus padres y, al meternos en el coche, escuchamos a su madre gritarnos que quiere esos táperes vacíos y limpios de vuelta.

—¡No se preocupe, que en unos días se los traeré! —le prometo.

—¡Más te vale si quieres que apruebe tu relación con mi niña!

—Qué pesadilla, Dios mío —murmura mi novia.

Ya en la carretera, con el silencio sepulcral adueñándose del vehículo porque Iris no quiere oírme ni respirar por si se despista, actualizo mis historias de Instagram con las fotos que he hecho hoy: de la comida, con mis suegros (no les importa que los suba), con la rubia, con la perra anciana, con Pau (tapándole la cara con un emoji) y en el garaje.

Su garaje. Su templo. Donde se junta con su banda para ensayar.

Y yo me he sentido como una privilegiada, porque no a todo el mundo se le invita a pasar a un lugar tan especial.

Sin embargo, no todo ha sido de color de rosa, porque de igual manera me ha visitado la sensación de estar invadiendo un rincón sagrado que no me corresponde. Lo mismo me ha sucedido en la merienda, que he estado ocupando un espacio que no es mío en esa familia tan encantadora y me ha inundado una emoción cercana a la culpabilidad. Me han cogido cariño y no es justo que los esté engañando de esta forma; no se lo merecen, sobre todo después de haber pasado por el fallecimiento de uno de sus miembros.

Soy un fraude y una impostora como persona.

—Es la primera vez que estás tan callada —comenta Iris al detenerse en un semáforo en rojo, y gira la cabeza hacia mí—. Aleluya.

—Solo estoy un poco cansada. —Fuerzo una sonrisa.

—Normal; mi familia puede ser bastante agotadora.

El semáforo se pone en verde y volvemos a quedarnos mudas durante el resto del trayecto. Cuando estaciona frente a mi casa, me percato de que las luces se hallan encendidas y distingo la figura de Lucien cotilleando a través de una de las ventanas de la planta de arriba, por el hueco de la cortina.

—Venga, ya te puedes largar —suelta ella, y hace un ademán con la mano para que me salga del coche como si yo tuviera la peste.

—¿Quieres quedarte a dormir? —le propongo con toda mi buena intención, porque tras una comida familiar, lo normal sería que una de las dos pasara la noche en la casa de la otra, no separadas—. Cenamos la paella de tu madre mientras vemos una peli, y luego cada una duerme en una habitación; o en la mía, con una almohada entre las dos.

Iris me mira como si le hubiera sugerido viajar a Marte en un globo aerostático con un montón de tarántulas.

—Pero ¿tú has pensado antes de hablar?

Me desabrocho el cinturón de seguridad.

—Es para afianzar algo más nuestro lazo.

¿Qué tiene de malo que me apetezca invitarla a mi casa? Nos podríamos convertir en grandes amigas. Estamos creando una especie de vínculo con nuestra relación falsa, y yo ya me he ganado a su familia y a su grupo; sería una verdadera pena que cada una se fuera por su lado cuando se terminara el espectáculo.

—¿Qué lazo? Si lo nuestro es estrictamente profesional. Además, le tengo que devolver el coche a Axel, que lo necesita para ir a trabajar mañana temprano, y tú estás cansadísima.

Muy buenas excusas.

—Y si no se lo tuvieras que devolver, ¿aceptarías? —decido ponerla a prueba.

—Ni de coña —escupe sin siquiera haberse detenido a pensar su respuesta, y repite el gesto con la mano, insistiendo en que me vaya —. Vete ya, que tendrás a tu lameculo preocupado detrás de esa cortina. Ya nos veremos en nuestro próximo teatro.

Me encojo de hombros y me dispongo a abrir la puerta para seguir fingiendo que no me pasa nada.

—Tú te lo pierdes. —Me apeo del vehículo, cierro y me asomo por la ventanilla bajada para agregar, mirándola fijamente—: En nuestro contrato no existe la cláusula de no tener sexo entre nosotras; podríamos haber acabado la noche enredadas en mi cama y muchísimo más cómodas que en ese baño. —Hago lo posible por esbozar una sonrisa juguetona y, antes de que Iris reaccione y logre contestarme algo decente porque se ha quedado pasmada gracias a mis encantos franceses, le digo—: Avísame cuando llegues a tu piso sana y salva. Chaooo. —Me despido con la mano y me doy la vuelta para encaminarme hacia mi chalet con mi bolso lleno de táperes.

Fin de la función.

Nada más atravesar la puerta, apoyo la espalda en ella y suelto el aire que he estado conteniendo en ese coche. Lucien viene a recibirme y, al verme en este estado, me contempla, preocupado.

—¿Tan mal ha ido la comida familiar?

—No, su familia es un amor. Me han tratado como a una más.

—¿Entonces? —Mi amigo me mira sin comprender mi comportamiento—. ¿Has vuelto a discutir con Iris? Si es que esa

chica es una pequeña bomba atómica.

—No quiero seguir con esto —escupo de golpe.

—¿A qué te refieres?

Clavo mis ojos en los suyos, manteniendo mi semblante serio para que sepa que no estoy de farol.

—A mi relación falsa con Iris. No pienso continuar con esta absurda actuación. Les estamos mintiendo a todo el mundo, incluso a gente que no se lo merece, y yo siempre he sido una persona honesta y fiel a mí misma. —Se me forma un nudo en la garganta y trago saliva—. No me reconozco, Luci. Dame ese contrato, que lo necesito quemar.

Lucien da un par de pasos hacia mí y me coge de las manos sin apartar su mirada de la mía.

—Escúchame, *ma chérie*. No sé qué es lo que te ha pasado en esa comida, pero vamos a sentarnos en el sofá ahora mismo para que me lo cuentes.

Y eso es lo que hago mientras cenamos un táper de paella y tomamos de postre una porción de la tarta de chocolate cada uno: le narro lo que hemos hecho, las sentimientos que he experimentado con ellos, la muerte del hermano mayor de Iris, que soy un timo de persona y que me estoy metiendo en una familia maravillosa que ha pasado (y sigue pasando) por un duelo.

—Pensaba que sabías lo que le sucedió al hermano —me responde Lucien masticando un trozo de pastel—. Salió en todas las noticias en 2019.

—¿Tú sabías quién era?

—Claro: Pol Llorens, una leyenda del rock español. Recuerdo que estuve comentándolo contigo cuando ocurrió.

Me tomo unos segundos para hacer memoria, formando una mueca con los labios.

Lucien y yo siempre hablamos de cuando a algún famoso le ocurre algo grave o fallece, sobre todo en circunstancias trágicas.

—Me suena que mantuvimos esa conversación hace tiempo, pero no tenía ni idea de que ese chico era el hermano de Iris. Con más razón me debo sentir culpable por mentirles a esos pobres padres y a ese pobre niño.

Mi amigo suspira, deja su plato sobre la mesita de centro y vuelve a capturar mis manos, mirándome a los ojos.

—Eres humana, Gabby, y es normal lo que estás sintiendo. Si quieres romper el contrato y acabar con esto, hablamos con Iris y lo hacemos, a pesar de las consecuencias mediáticas que pueda tener. Pero solo te pido una cosa: que te tomes unos días para pensártelo; ahora no es un buen momento para tomar decisiones precipitadas. ¿De acuerdo? —Su mano derecha viaja hasta mi barbilla para tocarla con ternura, como si fuera una niña indefensa, y yo asiento con una sonrisa forzada—. Vete a dormir.

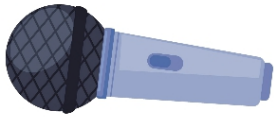
—Está bien. —Le doy un beso en la mejilla y me pongo en pie—. Descansa.

—Tú también, que lo necesitas más.

Disfruto de una ducha caliente para relajarme y, cuando me meto en la cama, me doy cuenta de que Iris me ha enviado un mensaje hace un rato, mientras me desahogaba con Lucien.

**Tiffany:** «Ya he llegado a mi piso, Eduarda. Sana y salva. Buenas noches»

**Gabrielle:** «Buenas noches, Iris»



El miércoles, llego a casa tras haber ido a la clínica de Axel, que llevaba un par de días con la espalda fatal. Me desprendo de la ropa de calle y me vuelvo a poner el pijama, porque voy a estar todo el día tirada en el sofá, con Bartolamiau, sin hacer absolutamente nada.

Bueno, sí: maratón de alguna serie, hincharme a chocolate y a café, dormir una buena siesta española y quejarme del dolor de ovarios, que hoy me ha bajado la regla. Para colmo, estoy sola, ya que Lucien se ha tomado un par de días libres; se fue el lunes a

Francia y no regresará hasta esta noche, así que esta casa tan grande y vacía se me está cayendo encima.

Estos días he estado reflexionando sobre la conversación que tuve con mi amigo el domingo y solo he llegado a la conclusión de que quiero conocer más a fondo a Iris y su historia, pero me va a costar que se abra conmigo con lo hermética que es.

Me entretengo cotilleando sus historias de Instagram, que siempre me salen las primeras porque tengo su cuenta añadida a «favoritos» para no perderme lo que sube. No por nada en especial; solo para comprobar si me menciona o publica fotos donde aparezco yo o de nuestra relación falsa.

La primera historia que ha subido es una foto que se ha hecho desde el espejo del baño de su piso, donde sale con el cepillo de dientes metido en la boca mientras sostiene con una mano su móvil; está vestida con una camiseta de tirantes negra de pijama, con el dibujo de una estrella blanca en el centro. A su lado, se encuentra ese Daniel, con los pelos revueltos y metiéndose el dedo índice en la nariz, mirando a la cámara.

Paso a la siguiente historia, en la que solo está ella con cara de cansancio, tumbada en la que supongo que será su cama, y la frase «que alguien me arranque el útero y los ovarios. Gracias». Como me pica la curiosidad por lo que le ocurre, le doy a «me gusta» y empiezo a teclear.

**Gabrielle:** «¿Por qué tan dramática?»

Suelto el teléfono en la encimera de la cocina y abro la nevera para secuestrar una tableta de chocolate negro; sin embargo, cuando cojo el envase, me doy cuenta de que se encuentra vacío.

¿Quién se lo ha comido todo y ha vuelto a meter el cartón lleno de aire en el frigorífico? ¿Lucien, antes de irse a Francia?

Permanezco de pie, con los labios fruncidos y contemplando el envase a la vez que hago memoria para descubrir al culpable.

Vale, he sido yo. Me he despertado de madrugada, medio sonámbula y con antojo, y he devorado lo que quedaba; después,

me he vuelto a meter en la cama y he dormido como un bebé las horas de sueño que me faltaban.

Suelto un bufido por la frustración y vuelvo a abandonar el envase vacío en la nevera. Tampoco me queda ningún táper con la paella de mi suegra; me los he comido casi todos y Lucien se ha zampado uno sin haberme pedido permiso, el muy sinvergüenza.

Regreso al sofá con mi móvil y leo la contestación de Iris al mensaje que le he dejado.

**Tiffany:** «La puta regla, que me tiene harta»

Vaya, qué casualidad. Estamos sincronizadas.

**Gabrielle:** «¿En serio? Yo también estoy con ella. ¿Será verdad eso que dicen de que cuando dos mujeres pasan tiempo juntas, se les sincroniza la regla?»

**Tiffany:** «Menuda estupidez»

**Gabrielle:** «Y encima se me ha acabado el chocolate… ¿Cómo voy a sobrevivir? :(»

**Tiffany:** «Qué tragedia más grande»

¿Está siendo irónica? Por mensaje es muy difícil descubrirlo. Aunque, conociéndola…

**Gabrielle:** «Creo que voy a tener que volver a salir para comprarlo. Lucien se ha ido y yo estoy sola en casa. Pero me da una flojera enorme, que ya me he puesto el pijama»

La rubia tarda unos minutos en enviarme su respuesta.

**Tiffany:** «No hace falta que salgas en esas condiciones. Te lo va a llevar un repartidor a domicilio en media hora, aproximadamente. De nada»

¿Cómo? ¿Sigue con sus bromitas o qué le pasa? A veces, esta mujer me saca de mis casitas… ¿O se decía «casillas»?

**Gabrielle:** «No me hace gracia»

**Tiffany:** «A mí, sí»

**Tiffany:** «Voy a acostarme un rato, que estoy cansadísima. Chaooooo»

Al desconectarse, yo también lo hago porque quiero descansar del móvil y espero esa media hora que me ha dicho, a pesar de que esté convencida de que se trata de una broma de mal gusto.

Cuando transcurren unos veinte minutos, el telefonillo suena y me levanto del sofá para abrir al supuesto repartidor que me trae el chocolate. Pero, en cuanto veo quién es a través de la cámara del portero automático, me tengo que pellizcar varias veces por si estoy soñando.

—¿Qué haces aquí? —quiero saber, hablándole a la pantalla.

—Soy la repartidora. Traigo un pedido para una tal Eduarda.

La dejo pasar, abriéndole la cancela, y la espero en la entrada con la puerta abierta, de brazos cruzados. Segundos después, se detiene frente a mí, sosteniendo una bolsa del súper.

—¿Es cierto que tienes la regla o Lucien te ha puesto, desde la distancia, una pistola en la cabeza para que vengas a cuidarme y te inventes que te ha bajado? —le suelto con cierta sospecha.

Iris sonríe de medio lado.

—¿Quieres comprobar con esos dedos de Eduarda Manostijeras si la tengo?

Arrugo la nariz.

—Qué asco.

Ahora se le escapa una carcajada.

—Una verdadera sáfica no teme manchar sus garras de sangre.

Con el semblante más serio que el de un moái y empeñándome en no sonreír, le arrebato la bolsa de un tirón y le cierro la puerta en las narices.

# 19. Iris

Que la gabacha me ha cerrado la puerta en toda la jeta.

Será payasa.

Encima que he querido hacerle un gesto bonito y me he sacrificado saliendo de mi piso para meterme en el Mercadona y comprarle chocolate… Y todo eso, menstruando.

Qué desagradecida es mi chica.

Aporreo la puerta con la mano con la esperanza de que me vuelva a abrir.

No pienso irme a mi casa tras haberme comido un viaje en metro donde un grupo de chavales me ha reconocido y me he tenido que hacer fotos con ellos, porque en el tren no tenía ninguna escapatoria para salir huyendo.

Me colaré por el jardín si me deja aquí como una apestada; otra opción no tengo.

—Abre, boba —insisto con un par de golpes más. Como no obtengo respuesta, añado—: ¿Sabes que hay un paparazi ahí fuera? Como se dé cuenta de que me has dejado en la calle, va a pensar cosas raras y mañana protagonizaremos las portadas de las revistas cutres del corazón con el titular «Gabrielle Leroux le prohíbe entrar en su casa a Iris Llorens. ¿Estamos ante una posible ruptura de las divas de la música?».

Como las noticias ridículas que salieron el lunes sobre la comida con mi familia; los reporteros comentaron que el romance entre las dos se estaba poniendo bastante serio y se morían de la curiosidad por saber cuándo yo conocería a mi supuesta familia política.

Deseo que nunca, que para eso tendría que viajar a Francia y me apetece menos que arrancarme un brazo; pero deduzco que no

me libraré de ese evento tan ansiado, porque el lameculo lo habrá incluido en su coñazo de *planning.*

Gabrielle me abre la puerta de sopetón, sujetando una de las tabletas de chocolate que he comprado, ya mordisqueada.

—Se pronuncia *Leguh*, no *Legoux* —me corrige con su acento de *puturrú de fuá*. Hace un ademán con la cabeza hacia el interior de su vivienda y se hace a un lado—. Entra, Tiffany.

—*Leguh, Leguh, Leguh* —repito haciendo muecas de burla, y me adentro en su palacio.

Ella, suspirando, se marcha hacia la cocina para dejar lo que he comprado; yo voy directa al salón y abandono en una de las sillas de la mesa grande de cristal la mochila que me he traído con las cuatro primeras prendas que he capturado del armario y lo imprescindible para el aseo personal, porque estoy segura de que me va a dar pereza regresar a mi apartamento más tarde.

Me apalanco en el sofá, me coloco la bolsa de agua, que todavía está caliente, sobre la barriga y me tapo hasta la barbilla con la manta enorme de corazones que hay, frente al televisor de cien mil pulgadas y con los pies apoyados en la mesita de centro.

Qué a gustito. De aquí no me va a mover nadie en todo el día.

La gata Bartola se asoma al sofá y, como ya me conoce porque vine a cuidarla unos días mientras su dueña estaba en Francia, se sube a mi regazo. Yo aparto la botella de agua a un lado para que no se queme y ella se encarga de darme un masaje con sus patitas en mi tripa, por encima de la manta.

Espero que no se le vaya la olla de repente y me descuartice, que nunca se sabe con los gatos; son muy traicioneros. El otro día casi me tira por las escaleras.

Menos mal que esta felina es blanca y no negra para no darme mala suerte con lo supersticiosa que me he vuelto a estas alturas.

—Ah, qué bien —escucho la voz entre irónica y molesta de Gabrielle, que acaba de hacer acto de presencia en el salón, y desvío la mirada hacia ella. Está de brazos cruzados, de pie, pero todavía sosteniendo la tableta de chocolate con una mano—. Vienes sin haber sido invitada y te apropias de mi sofá, de mi manta, de mi botella de agua caliente y de mi Bartolamiau.

Esbozo una sonrisa divertida.

—Las parejas comparten sus cosas, pero como sigas hablándome en ese tono, puede que te conviertas en una expareja antes de tiempo.

Ella toma asiento en el sofá que se encuentra al otro lado, con las piernas y los brazos cruzados, y le da un mordisco tan fuerte al chocolate que me extraña que no se haya dejado pegados un par de dientes en la tableta por lo irritada que está.

Cómo le ha cambiado el carácter con la regla a esta chica.

—Las parejas reales, no las ficticias —me aclara, por si no lo sabía o se me había olvidado el tema de que no somos novias de verdad—. Y siento decirte que me tendrás que aguantar hasta que la fecha estipulada en el contrato nos separe.

—¿Y después? ¿Nos haremos amiguis por siempre jamás? —pregunto con la ceja enarcada, simulando voz de ñoña, y la cambio a mi tono normal para agregar—: Ojalá que no, porque no es recomendable hacerse amiga de tu ex, aunque sea de mentira; es como si guardaras tu propio vómito en la nevera por si algún día te sirve.

Gabrielle sufre una arcada y se tapa la boca con una mano; yo me desternillo de la risa.

—Iris, que estoy comiendo.

—Anda, ven. —Palmeo el sitio libre que tengo a mi vera y me hago con mi móvil—. ¿Qué te apetece almorzar? ¿Pizza? ¿Hamburguesa? ¿Sushi? Pero pagamos a medias, eh.

Ella ni siquiera se toma su tiempo en pensar porque me responde al instante:

—La hamburguesa más grasienta y gigante que haya, patatas con kétchup y un refresco de cola.

Vaya… Estoy sumamente impresionada. Creía que iba a querer algún bodrio francés.

Me pido lo mismo que ella y, en lo que esperamos al repartidor, echamos a suertes lo que veremos en la tele durante la tarde. Ella propone las cinco películas de la saga *Crepúsculo* y yo, las de *Los Juegos del Hambre*. Nos retamos al *Piedra, papel o tijeras* y rezo en mi interior para ganarle, porque no voy a presenciar cómo unos

vampiros se convierten en árboles de Navidad con lucecitas cuando les da la luz del sol, que ya tuve bastante en mi adolescencia yendo con mis amigos al cine cada vez que se estrenaba una parte; además, el otro día, mis compañeros de piso las estuvieron viendo y me quedé frita en el salón por el aburrimiento.

Pero como soy una desgraciada que ha nacido con mala suerte, la francesa me vence con las tijeras (yo he sacado el papel), aunque decide cambiar de opinión en el último momento porque le han entrado ganas de ver las tres películas de *High School Musical*, que son incluso peores que *Crepúsculo*; se me va a poner la cabeza como un bombo con tantas canciones poperas básicas.

—¿Las has visto? —me pregunta Gabrielle—. Yo, un montón de veces; me sé las canciones de memoria.

—Sí, varias, por desgracia. Candela y Axel son megafans; el año pasado hicimos maratón mientras Dani y yo poníamos cara de culo y nos descojonábamos.

La expresión de Gabrielle se transforma en una de ofensa, pero el timbre de su casa nos interrumpe y yo me libro de la respuesta (o del golpetazo con el cojín) que me iba a dar, porque se levanta para atender al repartidor. Un minuto después, regresa al salón con la comida y el ambiente se inunda con el delicioso aroma a McDonald's.

Antes de probar bocado, me obliga a hacerme una foto con ella y el pedido, ya que la quiere subir a sus historias de Instagram con la frase «día de relax», para seguir documentando nuestra relación falsa. Luego, nos zampamos nuestras respectivas hamburguesas con patatas mientras vemos *High School Musical*; yo, haciendo muecas raras o soltando una risotada cada vez que sale una escena romántica o dicen alguna frase cursi.

Y nos tiramos la tarde entera en el sofá, la una al lado de la otra, tapadas con la manta, comiendo más porquerías (el chocolate y las palomitas que he traído, y café que ha preparado Gabrielle), y con Bartolamiau durmiendo sobre mi regazo, que quiere estar pegada a mí y no entiendo por qué.

Por increíble que parezca, consigo no dormirme gracias a que no paro de reírme y a la patada que me da la francesa por cada carcajada. Para cuando llega la hora de la cena, pedimos pizza y me

permite poner la primera peli de *Los Juegos del Hambre*, aunque con esa sí me quedo frita a la media hora, justo cuando termino de engullir mis porciones.

En cuanto aparecen los créditos en la pantalla, Gabrielle me despierta con un par de golpes en el brazo y me ordena que me vaya a la habitación de invitados si no quiero irme a mi casa tan tarde, porque ella quiere irse a su cama ya, que está muerta de sueño.

Y yo le hago caso, porque también estoy agotada.

Una vez acostada (ni me he tenido que enfundar el pijama porque he venido con él puesto debajo del abrigo), me meto en el WhatsApp, que lo he tenido olvidado, y entro en la conversación del grupo. Como hay más de cien mensajes, me voy directa al que aparezco mencionada porque no pienso leerlos todos.

**Dani:** «@Iris, espero que no te hayan raptado. ¿No vas a venir a casa? Tus padres (Axel y yo) estamos preocupados»

**Iris:** «Hoy duermo fuera»

**Candela:** «Uy, ¿con quién? ¿Con la francesa?»

**Bruna:** «Más le vale»

**Rober:** «Sí, está con ella, que lo he visto en una historia de Instagram. Han hecho fiesta de pijamas y todo»

**Axel:** «Están limando asperezas»

**Dani:** «Joder, Axel, cada vez te pareces más a tu padre. Qué repelús»

**Candela:** «Qué bonito»

**Gerard:** «Resumen????»

**Iris:** «Estoy limpiando la imagen de Lapislázuli, que no es lo mismo»

**Dani:** «Limpiando TU imagen, querrás decir»

**Iris:** «Buenas noches, que tengáis muchas pesadillas»

Abandono el móvil en la mesita de noche, poniéndolo en silencio, con los datos desconectados y en modo avión.

Si surge alguna urgencia o llega el fin del mundo, que nadie cuente conmigo.



A la mañana siguiente, abro la puerta del baño de la planta baja para ducharme, medio sobada, pero pillo a alguien en su interior, con solo unos calzoncillos puestos y meando tan tranquilo. El invitado ladea la cabeza hacia mí y me saluda con un «hey, ¿qué pasa, baby Yoda?».

—Joder, Roberto. —Aparto la mirada de golpe, aunque no sé por qué, si lo he visto mear mil veces—. Para algo existen los pestillos. —Y cierro de un portazo para esperar en el pasillo a que termine de hacer sus necesidades.

Un momento… ¿Cómo que Rober? ¿Qué demonios hace en Villa Puturrú de Fuá? ¿Estoy despierta, dormida o alucinando?

Tras unos segundos procesando esta escena que de primeras no tiene ningún sentido, se me ilumina la bombilla y enseguida la ira comienza a surcar por mis venas roqueras al descubrir el motivo por el que mi amigo está aquí, casi en pelotas.

Ese motivo es el lameculo de Gabrielle, de nombre «Lameculo» y de apellido «de Gabrielle».

Vuelvo a abrir la puerta del servicio, pero ahora con tanta mala hostia que por poco me quedo con el picaporte en la mano. Rober da un respingo y se le corta el chorro por el susto.

¿Todavía estaba meando? ¿Qué es? ¿Un caballo?

—Ya se me ha ido la inspiración por tu culpa —me dice, y se guarda la minga en los calzoncillos, chasqueando la lengua.

—¿Tú estás tonto o qué te pasa? —le espeto, y le atizo con la camiseta limpia que me voy a poner como si fuera un trapo andrajoso.

Rober intenta defenderse de mis golpes, colocando sus palmas como barrera.

—¿Y ahora por qué me insultas y me pegas?

—¿Que por qué te insulto y te pego? —repito lo que acaba de decir sin dejar de apalearlo—. Por lo que sea que tengas con el lameculo de Gabrielle.

Rober ahoga una risita.

—Solo lo recogí en el aeropuerto con la moto y lo traje aquí; luego, una cosa llevó a la otra y ya puedes imaginártelo —me explica —. El apodo le va como anillo al dedo, porque lamer culos se le da de lujo.

Me esfuerzo en borrar a toda hostia la imagen repugnante que se acaba de formar en mi cabeza y le doy con más mala leche con mi camiseta; Rober me pide que pare, riéndose, porque voy a destrozar la prenda.

—No te he pedido detalles. Gracias. —Detengo el apaleamiento y lo miro, apuntándolo con el dedo índice, en clara señal de amenaza—. Como se te ocurra formar un escándalo con ese francés y te cargues Lapislázuli, te arranco esa melena a la que le tienes tanto cariño. El año pasado, Dani casi manda a tomar por culo la banda, y este año posiblemente lo hagas tú, así que ten cuidado.

Qué hartura. Hubiera sido mejor formar un dúo con Candela.

Rober pone los brazos en jarras y esboza una sonrisa divertida.

—A ver si la que manda a tomar por culo la banda eres tú con tu relación ficticia, que últimamente estás muy pegada a la francesa.

Abro la boca, atónita.

—¡Yo solo estoy trabajando! ¡Lo hago por vosotros y porque no me queda más remedio!

—Ya, ya —me responde con sorna, y a mí me entran ganas de quitarle con otro camisetazo esa sonrisa de pánfilo—. Por eso has pasado la noche en su cama.

—En la habitación de invitados —lo corrijo, y a él se le escapa una carcajada escandalosa.

—Es verdad… Las tías os lo tomáis con calma cuando queréis rollo entre vosotras. Creo que me he equivocado en la apuesta. —Hace una mueca de fastidio—. De aquí a que os decidáis, han pasado ochenta festivales de EuroStars, ella llevará un bastón y tú, un tacataca.

Otro camisetazo. Por mendrugo.

La pareja de Maripilis baja las escaleras, alarmada por el alboroto que estamos formando. Como he dejado la puerta del baño abierta, se asoman para husmear la pelea con mi amigo.

—¿Qué pasa? —quiere saber Gabrielle, que mira a Rober, extrañada. Me fijo en que ya se ha acicalado con su elegancia francesa característica, igual que Lucien—. ¿Qué hace Sandokán en mi casa y en calzoncillos?

Esa última pregunta la formula con sus ojos clavados en mí y señalando con su mano a Rober, cuya expresión es de absoluta ofensa por haberlo llamado «Sandokán». Yo hago una mueca con los labios y me encojo de hombros como si no supiera nada; Lucien permanece callado y con los brazos cruzados. Entonces, la francesa suma dos más dos y ladea la cabeza hacia su lameculo, exigiéndole una explicación.

—¿Era él el dueño de la pulsera de Lapislázuli que había en tu cama del hotel de Madrid?

¿Cómo? Pero ¿desde cuándo están liados estos dos?

—Puede —le responde Lucien con el semblante inexpresivo.

Gabrielle suspira y murmura «no me lo puedo creer», para después darse media vuelta y esfumarse hacia algún rincón de su casa. A continuación, Lucien carraspea y se pone recto.

—Vístete y márchate —le ordena a Rober con cara de acelga podrida.

—¿Y esa frialdad? —Le atizo en el brazo con la camiseta con la que le he pegado a mi amigo; el lameculo se sobresalta y me mira, masajeándose donde ha recibido el golpe tras soltar un ridículo «ay»—. Por lo menos invítalo a desayunar, que te hizo el favor de traerte del aeropuerto, desagradecido. —Y lo apunto con el dedo—. A mi amigo lo tratas bien, no como si fuera un perro.

—Eso, eso —interviene Rober mirando a su ligue—, que bien que disfrutaste de mi cruasán anoche.

Necesito arrancarme los oídos.

Los labios de Lucien forman un amago de sonrisa.

—Vale, pero luego te vas, que tengo que trabajar —le responde, y desaparece del baño con la cabeza bien alta.

Ya solos, echo a Rober a empujones porque me tengo que duchar, aunque, antes de cerrar la puerta, suelto:

—¿El lameculo? ¿En serio?

Y él contraataca, con una sonrisa chulesca asomada a los labios:

—¿La francesa del tutú? ¿En serio?

Sin embargo, le contesto con un sonoro portazo, pero a los pocos segundos vuelvo a abrir y él se da la vuelta hacia mí porque ya se dirigía hacia las escaleras.

—Y para que lo sepas: no somos unas lentas —lo informo—. Ya nos hemos liado, Sandokán.

—¿Tan rápido? —inquiere, desconfiando de mis palabras—. No te creo.

Ahora sí, cierro la puerta, ya con un último portazo, y echo el pestillo para evitar que Rober, que se ha quedado con cara de tonto, se cuele mientras me ducho para que le cuente el salseo sáfico.

Ostras.

Ahora caigo en la cuenta de que la «cita» improvisada de ayer no fue trabajo, aunque nos hiciéramos fotos. Me presenté en esta casa porque de verdad quise.

Para estar con la francesa viendo pelis en plan romántico.

¿Qué coño…?

Me miro en el espejo del baño, frunciéndole la nariz a mi reflejo.

—¿En serio, tía? —hablo conmigo misma.

Lo achacaré a la regla.

# 20. Gabrielle

No me esperaba que Iris se presentase en mi casa, en pijama y con chocolate, para que hiciéramos una sesión de cine no planeada.

Justo cuando estoy pensando en romper nuestro contrato antes de tiempo para no encariñarme con nadie más de lo necesario ni que nadie se encariñe conmigo.

¿Lo de ayer significa que nos estamos acercando y que, quizá, con el paso de los días, Iris se deshaga de su coraza cuando estemos juntas, como cuando nos colamos en el cine?

O eso, o que Lucien tiene algo que ver con su cambio de personalidad para que sigamos fingiendo nuestra relación, que lo veo capaz.

Aunque no creo que ese haya sido el motivo… Iris no le hace caso ni a su madre, menos se lo va a hacer a mi amigo.

—¿Tú qué opinas, Bartolamiau? —le pregunto a mi gata, que está sentada en mi cama, contemplando cómo me cepillo el pelo otra vez, porque no sé qué hacer—. Nos cae bien Iris, ¿verdad?

—Miau —me responde con un maullido que sé que significa que sí.

Abandono el cepillo en la cómoda, me doy la vuelta hacia Bartolamiau y camino hacia ella para cogerla.

—Vamos a proponerle otro plan improvisado.

No creo que me diga que no, así no tiene que meterse en el transporte público con lo que detesta que la reconozcan.

Salgo de mi habitación, con Bartolamiau en brazos, y bajo las escaleras, pero cuando voy por la mitad, me cruzo con Sandokán, que continúa en calzoncillos, y le doy un repaso con mi mirada.

Roquero, melenudo y con tatuajes. No sabía que a mi Luci le gustaban los chicos con estas pintas.

—Muy chula tu casa —me dice sonriéndome, y me muestra el pulgar en señal de aprobación—. El baño es espectacular, y al servicio recibido por tu mánager le pongo un mil sobre diez.

Yo también le dedico una sonrisa.

—Me alegro de que todo haya sido de tu agrado y hayas disfrutado de tu estancia —le respondo con una simulada educación.

Menudos personajes tiene como amigos la rubia.

—Gracias, *madame.* —Me hace una reverencia.

—*Mademoiselle* —lo corrijo.

—Eso mismo. —Suelta una carcajada—. Voy a vestirme. —Y se marcha corriendo hacia la planta de arriba.

Yo suspiro, negando con la cabeza, y bajo lo que me queda de escaleras. Camino hacia la puerta del baño donde se ha metido Iris y doy un par de golpecitos.

—¿Iris?

—¿Qué quieres? —me contesta ella desde dentro—. Estaba a punto de meterme en la ducha.

—¿Te parece bien si te acerco a tu casa con mi coche? Así te libras de coger el metro.

—Ehhh… Pues… —Hace una pausa de unos segundos que se me hacen interminables—. No hace falta; me iba a ir con Rober en su moto, que tenemos ensayo en el estudio.

—Ah, vale —le hablo a la puerta sintiéndome una tonta—. Bueno, pues nada. —Me encojo de hombros, decepcionada—. Otra vez será, así aprovecho y avanzo en mi libro.

De pronto, la puerta se abre y me sobresalto al encontrarme cara a cara con Iris, con una toalla cubriendo su cuerpo.

—¿Me explicas eso de «avanzar en tu libro»? —inquiere con sumo interés.

—Estoy escribiendo mi autobiografía. —Le sonrío hinchando el pecho con orgullo—. Una editorial francesa contactó conmigo para que la escribiera y ya voy por la mitad. Estoy muy ilusionada con este proyecto.

Ella enarca una ceja.

—Pero ¿los libros de famosos no los escriben los escritores fantasma? O eso tenía entendido…

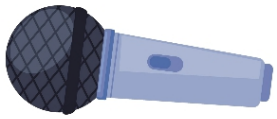
—Algunos sí, pero yo he querido escribir el mío de mi puño y letra… O de mi dedo y tecla, más bien. —Y me río yo sola ante mi chiste.

El semblante de Iris permanece serio.

—Quiero ser la primera persona en leerlo. —Y me cierra la puerta en las narices, dejándome con la palabra en la boca, justo como le hice yo ayer cuando se presentó en mi casa sin avisar.

Le acaricio la cabeza a Bartolamiau mientras le hablo, ya que es el único ser vivo que me escucha en este momento.

—Por lo menos le interesa mi autobiografía. Eso es un avance, ¿no?



Hace cuatro meses que no vengo a Londres; la última vez fue en diciembre para dar mi último concierto del año, que aproveché un par de días para recorrer las calles y visitar la ciudad.

Pero hoy he regresado para acompañar a Lapislázuli a otro evento donde los han invitado. Como novia de Iris que soy, Lucien me ha obligado a venir para estar con ella, por lo que hemos tenido que coger un avión tempranísimo para viajar hasta aquí.

No me puedo despegar de los lapislázulis ni con agua caliente. Somos como un pack de yogures, de esos que venden en el supermercado e incluyen distintos sabores; yo sería el de café e Iris… Pues no tengo ni idea. ¿Existe algún yogur con sabor a vinagre?

—¿Qué sabor tendrías si fueras un yogur? —le pregunto a la rubia en el ascensor, de camino a la habitación que debemos compartir en el hotel—. Yo, café.

Tampoco puedo separarme de esta mujer ni para disfrutar de mi privacidad, aunque no me quejo.

Iris ladea la cabeza hacia mí para mirarme como si le hubiera preguntado si le gusta comer tierra.

Como los demás integrantes de su banda también se encuentran en el ascensor (Lucien y Bruna no, porque están atendiendo una llamada en el *hall*), Dani es el primero en hablar:

—Yo sería un yogur con sabor a galleta, evidentemente.

—Yo, de chocolate —interviene Candela—. Porque soy una romántica.

—De plátano —se une Rober esbozando una sonrisa de pícaro —. No os voy a decir por qué.

Su hermana le da una colleja, Iris pone los ojos en blanco y Dani murmura «doy fe», asintiendo con la cabeza.

El ascensor se detiene en nuestra planta y mi novia falsa sale escopetada sin siquiera responderme. Nos adentramos en nuestra habitación, que contiene una enorme, cómoda y sofisticada cama doble, vestida con sábanas de algodón egipcio.

—Me voy un rato a la habitación de estos —me dice, y deja su maleta tirada de cualquier manera en el suelo.

—Contéstame a la pregunta, por lo menos.

—Luego nos vemos, cariñito mío. —Me lanza un beso por el aire, ignorándome por completo, y desaparece de nuestro nidito de «no amor».

Mejor, así aprovecho para estar un ratito a solas conmigo misma, que me lo merezco.

Como esta estancia cuenta con una máquina para hacer café, me preparo uno en cuanto saco mi ropa de la maleta y la guardo en el armario para que no se arrugue. Después, me acomodo en uno de los sofás, con la taza humeante entre las manos, y le doy el primer sorbo. Sin embargo, antes de seguir con el segundo, un par de golpes en la puerta interrumpen mi momento de paz.

Será Iris, que se le habrá olvidado la tarjeta para abrir, aunque me extraña, porque no han transcurrido ni diez minutos desde que se ha marchado.

—*Ma chérie*, soy yo —oigo a Lucien tras la puerta, y da otro par de golpes.

Coloco la taza en la mesita de centro y me levanto para abrirle a mi amigo, que sostiene con un brazo su carpeta fucsia de mánager.

—Estoy en mi momento de relax tomando un café —suelto, molesta de que me lo haya fastidiado.

—Pues tómatelo rápido, que nos ha surgido un pequeñísimo plan de urgencia —me informa, dedicándome una sonrisa inocente y haciendo el gesto de juntar los dedos índice y pulgar cuando pronuncia el término «pequeñísimo», para enfatizar la poca importancia que tendrá ese supuesto plan, pero a mí no me engaña; sé que será todo lo contrario.

Me cruzo de brazos en actitud defensiva, porque ni un mísero café me puedo tomar.

—¿De qué se trata ese «pequeñísimo» plan?

Lucien me aparta de su camino y se cuela en la habitación, mirando hacia todos lados, como si estuviera buscando a alguien.

—¿Dónde está tu novia?

—Con su grupo.

—Vale, acompáñame. —Hace un ademán con la mano para que lo siga.

Me bebo mi café casi sin respirar y persigo a mi amigo para descubrir la «sorpresa» que me tiene preparada. Se detiene en la puerta de los lapislázulis y golpea la madera con el puño.

No lo considero una sorpresa porque ya me olía que nuestro plan tenía que ver con ellos, como siempre desde que la rubia me dejó en bragas en aquella fiesta. Puede que tengamos que tocar otra canción improvisada en el evento de esta noche porque lo habrán pedido nuestros fans.

Nos abre Rober, que nos invita a pasar diciendo «entrad, Maripilis». Una vez en el interior, veo a Candela tumbada en una de las tres camas individuales con su móvil; a Daniel sentado en otra, con las piernas cruzadas, también con su teléfono; a Bruna de pie, con su cara de mánager formal; y a Iris, comiendo gusanitos y ocupando el tercer colchón, que será en el que va a dormir Sandokán, porque este se acopla junto a ella para zamparse lo que está engullendo, metiendo la mano en la bolsa para coger un puñado y llevárselo a la boca.

Bruna nos indica a la rubia y a mí que tomemos asiento en uno de los sofás, frente a las camas y alrededor de una mesita.

—¿Qué demonios pasa ahora? —pregunta Iris de mala gana, y le da al melenudo la bolsa de gusanitos para que se encargue de terminarla. Se limpia las palmas en sus vaqueros y se levanta de la cama para acomodarse junto a mí donde nos ha dicho su mánager —. Una no puede tomarse ni cinco minutos de descanso ya.

Y Lucien es el encargado de informarnos:

—Como se ha difundido la noticia de que Gabby ha viajado a Londres para acompañar a Iris, debéis asistir a un programa muy popular en la televisión inglesa dentro de unas horas. Solo vosotras dos. La pareja del momento. —Nos apunta a cada una con su bolígrafo de unicornio e Iris suelta un bufido; yo escucho con atención a mi amigo—. Os van a hacer una entrevista, así que os he preparado lo que tenéis que responder para que no cometáis ningún fallo. También suelen hacer una especie de prueba sobre cuál de las dos conoce más a la otra y os harán preguntas cotidianas, del tipo «¿cuál es el color favorito de la otra?». —Nos entrega un porrón de folios a cada una—. Tenéis que rellenar las primeras dos hojas con vuestras respuestas a esas posibles preguntas que os harán, y luego os las intercambiáis para aprendéroslas de memoria y que no sospechen, porque está claro que no os conocéis nada de nada.

Echo un vistazo a las hojas, que son diez en total, por delante y por detrás; en las dos primeras se encuentran el montón de preguntas que debo responder para que mi «novia» se las estudie, y en las restantes, las respuestas a la entrevista.

Me siento como si estuviera delante de un examen sorpresa; no me va a dar tiempo de estudiar tanto texto.

Los otros tres lapislázulis ya han empezado a reírse y a comentar el drama entre ellos.

—¡Venga ya! —exclama Iris lanzando los folios a la mesita—. Ni de coña pienso aprenderme esto. No estudiaba tanto ni cuando estaba en la carrera, menos lo voy a hacer ahora.

La miro, curiosa.

—Uy, ¿y qué estudiaste?

—No te lo pienso decir.

De pronto, Daniel se pone en pie y nos avisa de que ha quedado para tomar algo con su suegra, que vive en Londres, y que dentro de un rato estará de regreso si no lo ha secuestrado algún «guiri fanático». Pero antes de marcharse, me suelta que Iris ha estudiado Educación Infantil, «porque el sueño de su vida es ser maestra de mocosos llorones».

—¡Cabrón! —La aludida le lanza un cojín a Dani y él huye de la habitación.

Giro la cabeza hacia ella, asombrada. No me la imagino aguantando a otros niños que no sean su hermano pequeño.

—¿En serio? No te pega nada.

—Ya. —Se encoge de hombros—. Mi familia me obligó a estudiar algo para tener un plan B, por si el experimento de dedicarme a la música salía mal. Elegí Educación Infantil porque pensaba que sería una carrera fácil, pero acabé traumatizada cuando hice las prácticas en un cole, sobre todo con los niños que se cagaban y meaban encima.

Se me escapa una carcajada y Lucien corta nuestra cháchara mediante una sonora palmada.

—Parejita, basta ya de tanto hablar. Rellenad las respuestas y poneos a estudiar, que se os va a hacer tarde. Tenéis tres horas para aprenderos todo. —A continuación, imita a un reloj—: Tic, tac, tic, tac.

—¿Me puedo llevar chuletas? —pregunta la rubia, y yo pensaría que lo ha dicho de broma si no la conociera.

—¿Chuletas? —Mi amigo frunce el entrecejo—. ¿Para qué? En ese programa no se hacen barbacoas.

También pensaría que Lucien nos está tomando el pelo si no hubiera puesto una verdadera expresión de confusión.

—¿Eh? —Iris no ha entendido nada.

Rober comenta «hostia, qué hambre de chuletas me acaba de entrar» y su hermana le contesta que, cuando ganen EuroStars, harán una barbacoa para celebrarlo. Yo le explico a Lucien que «chuletas» es lo que se usa en España para copiar en los exámenes.

—Ahhh, ya entiendo. —Y centra su mirada en Iris—. Y no, no puedes llevártelas.

—¿Y pinganillo? —ella continúa dando opciones por si alguna cuela con tal de no estudiar—. Si me dejo el pelo suelto, no se nota.

—Nada de trampas, que no queremos que seáis el hazmerreír del mundo y descubran vuestra relación falsa. —Lucien coge los papeles que había lanzado la otra a la mesita, los ordena y se los coloca en el regazo—. A hincar el coño, *mademoiselle.*

—Hincar codos —lo corrijo.

—Lo he dicho bien, *ma chérie.* Me refería a que hincara el coño en el sofá y no lo despegara hasta que se lo haya aprendido todo y te conociera mejor que tú a ti misma.

Dejo escapar otra risotada porque estamos pasando demasiado tiempo con los lapislázulis y se nota.

Iris exhala con brusquedad.

—Vale, vale, estudiaré, pero tendría que ganar más dinero por hacer tonterías como estas. —Apoya los pies en la mesita y empieza a escribir sus respuestas, con las hojas posadas en sus muslos.

Yo también escribo las mías y, cuando ambas terminamos, nos las intercambiamos; ella, con cara de fastidio y yo, intrigada, porque deseo saber lo que ha respondido para conocerla un poquito más.

Les digo a los demás que me marcho a mi habitación para concentrarme mejor, aunque también invito a Iris a venirse conmigo para que podamos ayudarnos la una a la otra y darnos ánimos, ya que pienso sacar una perfecta matrícula de honor en esa entrevista.

—Yo te acompaño, pero para echarme una siesta —me dice.

Antes de salir, Lucien nos avisa de que dentro de tres horas estará golpeando nuestra puerta para que nos subamos al taxi que nos estará esperando en la entrada del hotel; también nos recuerda que nos lo tenemos que aprender absolutamente todo si no queremos convertirnos en memes con patas, y añade que nos registrará a las dos para asegurarse de que no vamos a hacer trampas.

Eso último se lo tendría que decir solo a Iris, que yo soy responsable.

—Ni de coña me vas a poner tus manazas encima —le espeta la rubia—. Ni que fueras Cara Delevingne, Maripili. —Y desaparece de nuestra vista.

—Uy, lo que me ha dicho. —Lucien se lleva una mano al pecho y yo salgo detrás de mi novia.

En cuanto regresamos a nuestra estancia, Iris se tumba en la cama, a lo largo, y yo me siento en el sillón con las piernas cruzadas y sujetando los apuntes, porque así estudio mejor que acostada.

Primero me leo las preguntas de la entrevista normal, donde Lucien se ha inventado una telenovela (porque seguro que ha sido él; no me imagino a Bruna siendo tan romántica), y luego me pongo con las respuestas de Iris, escritas con una caligrafía bonita y delicada, sobre la prueba que nos harán, que algunas me asombran bastante.

Tras treinta minutos, desvío la vista hacia la rubia para hacer un descanso y saber cómo va, pero la descubro dormida con la cara apoyada en los apuntes.

La mato.

Me levanto de un salto y me acerco a ella en un par de zancadas, enfurecida.

—¡Iris! —Le pego en el brazo con mis apuntes—. ¡Despierta!

Ella abre un ojo para mirarme, suelta un quejido y se tapa la cara con un brazo para que no la moleste; yo la vuelvo a golpear, pero esta vez en la cabeza, en el costado, en la cadera y en las piernas. Varias veces.

—Joder, tía, es que es aburridísimo —protesta en la misma posición, sin moverse—. Me recuerda a cuando iba al insti y me tenía que poner pantalones cortos para escribirme las respuestas en los muslos porque no había estudiado.

Se me acaba de ocurrir una idea maravillosa.

¿Y cómo es eso de que se hacía chuletas en los muslos? ¡Espero que no haga lo mismo en el programa!

—Te voy a ayudar a estudiar con un juego interesantísimo —le digo con voz juguetona y esbozando una sonrisa traviesa; ella se quita el brazo del rostro y se incorpora.

—¿Un juego interesantísimo? —Enarca una ceja y se sienta en posición de indio—. Viniendo de una francesa, dudo mucho que sea interesante.

Va a cambiar de opinión en cuanto conozca de qué va.

Carraspeo y, de pie, le explico el juego:

—Consiste en preguntarnos cosas que aparecen en esos apuntes para saber cuántas nos hemos aprendido. Por cada respuesta errónea o en blanco, tú debes quitarte una prenda y, si yo respondo bien, me toca quitármela a mí. Pierde la que se quede completamente desnuda. ¿Entendido?

Iris hace una mueca con los labios, pensativa.

—¿Y la ganadora qué se lleva? Si no hay premio, no tiene gracia.

Uy, pues no había pensado en eso.

—Premio sorpresa —le contesto a toda prisa, muy segura de mí misma—. Si te lo digo, pierde la magia.

De nuevo, pone la misma expresión que hace unos segundos.

—Vale, juguemos —acepta, y se encoge de hombros como si no le interesara mi juego—. Lo que sea con tal de no estudiar esta mierda.

—Bien. —Me acomodo en el colchón, en frente de ella, e intercambio sus folios por los míos.

Entre que Iris ni siquiera ha hecho el esfuerzo de leerse una línea y yo, que ya me lo sé todo de ella… No tengo ni idea de quién ganará.

# 21. Iris

—¿Cómo nos conocimos? —Gabrielle rompe el hielo con la primera pregunta; las dos estamos sentadas en la cama, la una enfrente de la otra, con las piernas cruzadas y mirándonos fijamente.

—Esa es facilísima. —Hago un ademán con la mano—. En la salida de aquella fiesta, cuando iba tan borracha que me tropecé con algo, me agarré a tu ridículo tutú y te dejé en bragas delante de la gente.

La francesa se golpea la frente con la mano.

—¡La versión real, no! ¡La que se ha inventado Lucien!

Ah, claro, que tenemos que mentir para que la peña se siga creyendo esta historia de dudoso amor.

—Ni idea. —Me encojo de hombros, mostrando indiferencia.

Y Gabrielle me narra, con una envidiable energía, que nos conocimos en su concierto de Barcelona, en septiembre del año pasado. Ella estaba cantando una de sus canciones románticas y yo la veía desde la primera fila del público con mis amigos, porque resulta que soy muy fan de la francesa desde siempre y ni siquiera lo sabía. Entonces, en una de las estrofas, nuestras miradas se encontraron y surgió la chispa (claro, muy realista el amor a primera vista; no te jode). Unas semanas después, fui yo la que dio el primer paso de seguirla en Instagram y le mandé un mensaje privado (me descojono). A partir de ahí, nos atrevimos a quedar en secreto, hasta que todo se desmadró en el incidente de aquel evento; el resto es historia.

Yo no paro de reírme conforme ella me cuenta la telenovela, pero también tengo ganas de vomitar arcoíris; parece una película mamarracha de romance, de esas que ves una tarde de domingo en

Netflix porque estás aburrida y no sabes qué poner. Menudas cosas se inventa el lameculo… ¿Cómo voy a responder eso delante del mundo entero? ¡Que tengo una reputación que mantener! Los roqueros carecemos de corazón; nuestras almas se las llevó el diablo hace tiempo.

—Deja de reírte y quítate una prenda —me ordena Gabrielle, que ha cambiado su expresión de entusiasmo a una de seriedad.

Me enjugo las lágrimas que se me han escapado a causa de las risas e intento calmarme.

—Vale. —Levanto las manos en señal de rendición—. A ti también te toca quitarte algo, que te has sabido la respuesta.

Las dos elegimos el calzado; ella se deshace de un botín blanco y yo, de una de mis Vans negras. Después, carraspea y continúa con la segunda pregunta:

—¿Quién fue la que le pidió salir a la otra?

—Tú, obviamente. Yo jamás haría algo así —respondo sin dudar, y decido especificar—: Con nadie.

Ella esboza una sonrisa chulesca.

—Respuesta incorrecta. Fuiste tú la que se declaró en lo alto de la Torre Eiffel. Me pediste ser tu novia y me dijiste que estabas muy enamorada de mí; yo acepté porque sentía lo mismo por ti.

Se me escapa una carcajada tan escandalosa que la habrán oído mis padres desde España.

¿En la Torre Eiffel? ¿En serio? ¡Jamás he subido a ese rascacielos y jamás lo haría!

Lucien iba para escritor de comedia romántica, pero se quedó en lameculo de la francesa.

Yo me quito mi otra Vans y Gabrielle, su otro botín.

—Menuda imagen tan cursi se van a llevar los telespectadores de mí —comento—. Yo, que nunca me he declarado a nadie, y encima en la Torre Eiffel… —Otra risotada—. Me meo de risa imaginándome en esa situación.

Gabrielle contempla con la ceja enarcada cómo me río y lanza la siguiente pregunta como una chismosa:

—¿Nunca has estado enamorada de nadie?

Detengo mis risas para contestarle:

—¿Esa pregunta viene en los apuntes?

—No, pero me interesa tu respuesta.

Yo no sé para qué quiere saber algo tan privado sobre mí si dentro de unas semanas nos habremos separado.

Sin embargo, decido resolverle esa duda para que no piense que ando escasa de sentimientos.

—A ver, hace años que estoy soltera y muy a gusto, pero cuando era más joven, como buena lesbiana que soy, cogía un autobús roñoso, que parecía sacado de la guerra, para ir a ver a la novia de turno, que vivía a un montón de kilómetros de mí. Si eso no era amor, no sé qué coño era.

La francesa sonríe con ternura al escuchar mi historieta.

—Qué romántico… Yo me enteré de que una exnovia de mi adolescencia llevaba una doble vida, porque mantenía una relación con otra chica de otra ciudad mientras estaba conmigo.

Para su asombro, no me burlo de lo que me acaba de contar, sino que niego con la cabeza.

—Menuda desgraciada —murmuro, y ella me da la razón.

Continuamos con las siguientes preguntas, que, según ella, son las más básicas y las que hay que saberse de manera obligatoria:

El color favorito de la otra: respondo que el suyo es el rosa porque es una empalagosa, pero me equivoco porque es el violeta; el mío, el tono más oscuro de negro que exista sobre la faz de la Tierra.

Comida favorita: suelto que le gusta «alguna mierda francesa», por decir algo, aunque en realidad es la paella, y la mía, la pizza.

Bebida preferida: menciono que la suya es el vino porque es muy estirada, pero fallo porque es el café, y ella acierta que la mía es la cerveza, pero eso lo sabe hasta la gente que no me conoce.

Cantante o grupo de música favorito: contesto con total seguridad que la suya es Taylor Swift (incorrecto, porque es One Direction), y el grupo que me encanta a mí es Nirvana (menos mal que lo ha dicho bien, porque si no, se gana un cojinazo).

Y seguimos respondiendo unas cuantas más hasta que las dos nos quedamos en bragas y sujetador; ella las ha acertado todas y yo, ni una. Aunque debo confesar que lo he hecho a posta para

quitarme prendas y provocarla, porque cuando me ha preguntado por su apellido artístico, he contestado «Pérez» en lugar de «Leroux».

—Siguiente pregunta. —Se echa un mechón de pelo hacia atrás y me mira—. ¿Cuál es mi talento oculto?

Suelto otra carcajada.

—Usar tus garras de Eduarda Manostijeras. —Le enseño mi mano y muevo los dedos en el aire, delante de ella.

Su mandíbula se abre tanto que está a punto de caerse sobre el colchón, ya que no se esperaba que dijera eso.

—Aparte de ese, tengo dos más. —Me golpea con el taco de papeles en el brazo y yo me río más—. Sé usar bastante bien la lengua, pero como comprenderás, no podemos decir eso delante de las cámaras, que además estaremos en horario infantil y nos estarán viendo niños, así que tendrás que responder que preparo los mejores cafés del planeta.

Joder, es tremenda esta francesa.

—Menuda mierda de talento, que ni siquiera es sorprendente porque todos saben que eres adicta al café. —Me llevo las manos a la espalda y me desabrocho el sujetador; después, lo dejo caer al suelo, mirándola a los ojos y dedicándole una sonrisa maliciosa—. Y lo de tu talento con la lengua lo tendrá que confirmar la otra persona, ¿no crees?

—Cuando quieras, te lo demuestro —me dice con el semblante repleto de arrogancia y la espalda recta, esforzándose por mantener su vista clavada en la mía para que no viaje unos centímetros más abajo—. Y tu talento oculto es el de ponerme de los nervios, pero Lucien me apedrearía si lo confieso delante de todos; tu otro talento no sé cuál es.

Alzo una ceja sin creérmelo.

Lo de que la pongo de los nervios sí me lo creo; lo otro, no.

¿Cómo no va a saber que mi talento oculto es el de quedarme dormida en cualquier sitio?

—Estás mintiéndome porque quieres que pierda. —Vuelvo a sonreírle, juguetona, y me arrodillo para acercarme gateando hasta

ella por la cama—. No seas tramposa, Gabby —le indico con mi rostro a escasos centímetros del suyo—. ¿Cuál es mi talento oculto?

Ella traga saliva sin despegar su mirada de la mía.

—Ya te lo he dicho: ponerme de los nervios —susurra contra mis labios—. Y muy cachonda también.

Me siento a horcajadas sobre ella y acaricio la curvatura de su cintura, desde abajo hacia arriba; sus manos se posan en mis caderas y nuestros labios se unen. Mis pechos rozan la fina tela de su sujetador y mis palmas se detienen en su espalda, justo en la zona donde se encuentra el cierre.

—Vale, te doy por buena esa respuesta —le digo, sonriéndole—. ¿A que no eres capaz de decir delante de todos que te pongo cachonda?

Se le escapa una risita que se me hace adorable.

—¿Qué pretendes? ¿Que los ingleses nos odien, nos echen de su programa y nos cancelen a ambas?

—Quizá provocaríamos el efecto contrario. —Le desabrocho el sujetador y se lo quito, pasando los tirantes por sus brazos, para revolearlo por la habitación y dejar sus bonitas tetas al descubierto con los pezones ya endurecidos—. Ahora estamos en igualdad de condiciones. —Apoyo las manos en sus caderas y vuelvo a mirarla a los ojos; ambas con una sonrisa cómplice—. Siguiente y última pregunta.

Ella se muerde el labio inferior.

—¿Cuándo es mi cumpleaños? —inquiere—. El tuyo es el trece de agosto.

—Y el tuyo, dentro de unas semanitas, Eduarda. —Las comisuras de mis labios se elevan más, formando una sonrisa ladina, y disparo—: El treinta de abril. Lo miré en la Wikipedia el otro día mientras cotilleaba tu carrera artística.

Gabrielle se queda boquiabierta porque no le entra en la cabeza haber perdido contra mí. Como las dos hemos contestado bien (lo mío ha sido un milagro), ella debe deshacerse de sus bragas y yo me dejo las mías puestas.

—Eres una tramposa —me espeta.

—Para una pregunta que me sabía… —Sostengo su rostro entre mis manos sin borrar mi sonrisa; las suyas se pasean por mi cintura con delicadeza—. ¿Cuál es mi premio?

—Yo.

Estoy a punto de capturar sus labios de nuevo cuando unos golpes en la puerta nos cortan el rollo; las dos damos un respingo y escupimos una maldición, aunque ella la suelta en francés y sé que se trata de una palabrota, porque ha sonado parecido a «mierda».

—*Ma chérie*, soy yo. —El pesado del lameculo—. Dentro de diez minutos viene el taxi. Espero que estéis listas y hayáis estudiado mucho.

¿Cómo que dentro de diez minutos? ¿Ya han transcurrido las tres horas?

—No le abras —le pido a Gabrielle, y le tapo la boca con la mano para que no le responda—. Con diez minutos tengo más que de sobra para hacer que te corras.

Ella me mira, suplicante, y de su garganta nace como un sonidito de placer. Lucien da otro par de golpes en la puerta con su puño.

—¿Os habéis muerto u os habéis quedado dormidas? ¿Por qué no contestáis? —pregunta, pero nosotras permanecemos calladas a la espera de que se canse de aporrear la madera y se largue—. Vamos a llegar tarde, algo muy típico de los españoles.

—Dile que estás enferma y que cancelen el maldito programa —le propongo a Gabrielle.

Nos reímos al unísono y el lameculo vuelve a dar por saco.

—Chicas, voy a entrar, que me estoy preocupando.

¿Cómo? ¿Tiene llaves de NUESTRA habitación? ¿Dónde se ha visto eso? ¡Ni follar tranquilas podemos!

En cuanto oímos ruidos provenientes de la cerradura de la puerta con los que deducimos que la está abriendo, me quito de encima de Gabrielle y ella se levanta como un resorte. Me acuesto en la cama, tapándome con las sábanas hasta la barbilla para que ese tío no me vea con las tetas al aire, y ella intenta vestirse a toda prisa, pero solo le da tiempo a ponerse su camiseta de tirantes con la que se le notan los pezones erectos (menos mal que aún no se

había deshecho de las bragas). Lucien hace acto de presencia en la habitación con su carpeta ridícula y, cuando se asegura de que estamos vivas, recorre con su vista la estancia, con nuestras prendas tiradas en el suelo. Por último, nos mira a su jefa y a mí sin extrañarse siquiera.

—No voy a preguntar por lo que estabais haciendo; solo espero que estas tres horas hayan sido productivas —es lo único que nos dice con el semblante inexpresivo, y yo me aguanto las ganas de contestarle que no lo han sido porque nos ha interrumpido. A continuación, centra sus ojos en Gabrielle con altanería—. Y ponte una rebequita, hija mía, que esos pobres pezones están pasando frío; los tienes más tiesos que las pirámides de Egipto.

Tras esa última frase que a las dos nos pilla desprevenidas, Gabrielle desvía su mirada hacia su delantera y se la cubre con los brazos; yo me descojono de la risa. Lucien nos recuerda que el taxi está a punto de venir y se da la vuelta para desaparecer de la habitación.

Las dos intercambiamos una mirada divertida, aunque yo todavía me estoy riendo.

—Vamos, que el jodido deber nos llama —me dice, y yo, no sé por qué, pero considero gracioso que haya pronunciado ese taco español con su acento de francesita.

Me destapo y me incorporo sobre el colchón; sus ojos me recorren entera hasta que se detienen en mi cara.

—Escúchame, *mon amour.* —La apunto con el dedo índice en clara señal de advertencia—. Esta noche continuamos donde lo hemos dejado, así que prepárate.

Pero ella solo me aconseja que practique mi pronunciación en francés.

# 22. Gabrielle

La entrevista en ese programa inglés ha salido como no me esperaba: perfecta. Yo no tenía mucha fe en la rubia y creía que metería la pata en alguna de las preguntas (por no decir en todas) y acabaríamos haciendo el ridículo, pero me alegro de que mi ayuda a la hora de estudiar le haya servido. También me ha sorprendido que no haya estado con mala cara frente a las cámaras; ambas nos hemos divertido, hemos interactuado como si fuéramos una pareja auténtica y hemos estado muy cómodas con la presentadora y los colaboradores tan simpáticos.

Justo al terminar, Lucien y Bruna nos han contado que, una vez más, #Gabiris ha sido tendencia en las redes y la mayoría de comentarios han sido positivos (como que les encantamos como pareja, que son superfans de las dos y de Lapislázuli, y que somos sus artistas favoritas), aunque ha habido algún que otro usuario que ha comentado que no se traga que seamos novias y que piensa que todo es una estrategia de marketing, que estamos gordas o delgadas, que nos hemos operado hasta las pestañas y que nos hace falta una buena polla. Yo no he tenido tiempo de mirar nada en internet porque, en cuanto hemos salido del plató del programa, nos hemos ido directas al recinto para prepararnos para el evento, del que hemos salido hace unos minutos, y ahora nos estamos haciendo fotos con la gente que hay apelotonada en la calle tras la valla.

Siento una especie de *déjà vu* de aquella noche, cuando comenzó nuestro drama en una de las fiestas de Madrid, donde Iris iba borracha y me rompió el tutú. La diferencia es que hoy no ha querido beber ni una gota de alcohol y yo tampoco; la falda de tul sí

que me la he puesto y deseo que también me la arranque, pero al llegar al hotel.

Continúo haciéndome fotos con la gente y firmando autógrafos, aunque tiritando; estoy muerta de frío y solo llevo un top de tirantes en la parte de arriba. No tengo ni idea de dónde está Lucien; se ha quedado con mi abrigo y me lo tendría que haber devuelto al finalizar.

Cuando atiendo a los fans, echo un vistazo a mi alrededor por si encuentro a mi amigo, pero no lo veo por ningún lado, por lo que sigo mi camino mientras me froto los brazos con las manos. Me reúno con Iris delante de nuestro taxi, que me estaba esperando; ella, al verme congelada, niega con la cabeza en desaprobación, se deshace de su cazadora de cuero negra y me la echa sobre los hombros.

Y yo no sé si lo hace porque de verdad ha sentido lástima por mí o por las apariencias, ya que nos está viendo todo el mundo y mañana protagonizaremos las portadas de las revistas con fotos sobre esta escena romántica tan cliché.

—¿A quién se le ocurre ir en tirantes? —suelta, y me ayuda a meter los brazos en las mangas.

—¿Te ha sobornado Lucien para que me prestes tu chaqueta?

Ahora todo cobra sentido y por eso mi querido representante me ha robado el abrigo.

Iris libera mi melena, que estaba atrapada entre mi espalda y el cuello de la chaqueta, y me hace cosquillas con sus dedos cálidos en la nuca, lo que me provoca un escalofrío.

—Ojalá, porque así no estaría haciendo esta tontería gratis —me responde, y yo me fijo en que se ha quedado con los brazos descubiertos con esa camiseta de manga corta negra de un grupo de música de rock.

—Vas a pasar frío —le digo, sintiéndome culpable.

Ella se echa a reír.

—Las chicas roqueras no tenemos frío; llevamos el infierno surcando por nuestras venas. Vamos al taxi, *mon amour.* —Me coge de la mano y frunce el entrecejo—. Joder, está helada. ¿Eres la hermana perdida de la de *Frozen* o qué?

—¿También ves pelis de dibujos? —quiero saber, impresionada —. Tampoco te pega nada.

Iris me responde que las ha visto con su hermano pequeño para entretenerlo, porque no tenía más remedio, y después tira de mi brazo para llevarme hasta el vehículo, que contiene ocho plazas y a los demás lapislázulis, a nuestros mánagers y al conductor en su interior. En el asiento del copiloto se halla Bruna; en la fila del medio se encuentra Lucien, con dos plazas vacías reservadas para nosotras; y en el fondo están Candela, Rober y Dani. Primero entro yo para acomodarme entre mi amigo e Iris.

—¿Dónde te habías metido? —le pregunto a Lucien, y el taxi comienza a circular por la carretera—. Necesitaba mi abrigo.

Él se percata de la chaqueta que llevo puesta y enarca una ceja; a mí no se me escapa que el muy caradura se ha adueñado de mi abrigo de plumas violetas calentito.

—Tú misma lo has dicho: lo necesitabas —me contesta con jocosidad, y señala con su cabeza la cazadora de Iris—. Ya no.

—Para tu próximo cumpleaños te compraré carbón del duro —le digo con voz amenazante, porque se está ganando que no le regale nada—. Tú verás lo que haces.

—Eres mala, *ma chérie.* —Se recoloca mi abrigo como una señora indignada y me aparta la mirada para posarla en la ventanilla.

Desvío la vista hacia el frente e Iris le pide al taxista, en inglés, que conduzca con precaución porque aquí dentro hay tres artistas de veintisiete años y no quiere ningún disgusto.

Me va a dar miedo cumplir esa edad por su culpa.

—¿Por qué seguís con las manos entrelazadas si ya no hay fans ni cámaras? —quiere saber Daniel, que ha inclinado su cuerpo hacia delante para asomarse entre nuestros asientos, con las manos apoyadas en ellos.

Los ojos de Iris y los míos viajan hacia nuestras manos unidas, porque ni siquiera nos habíamos dado cuenta de que las seguíamos teniendo así, y las soltamos al instante.

Bueno, miento. Cuando nos hemos puesto los cinturones de seguridad, sí que las hemos despegado, pero luego las hemos vuelto

a unir y no entiendo por qué.

La costumbre, supongo.

No se me escapa la risita ahogada de Lucien y tomo la decisión de no regalarle nada, pero ni en su cumple, ni en Navidad, ni en el día de su boda.

—Cállate, que te va a escuchar el taxista —le digo a Daniel con la mirada posada en él.

—No entiende ni papa de español —me asegura, y añade, por si acaso—: Culo, polla, coño, caca, pis.

El hombre ni se inmuta y Daniel pregunta a nadie en concreto el motivo por el que conducen al revés en «Guirilandia», que se está mareando. Iris se gira hacia él con la mayor expresión de cabreo que le he visto a una persona a lo largo de mi vida.

—¡¿Quieres dejar de hacer el imbécil de una jodida vez, sentarte bien y ponerte el maldito cinturón?! —ladra—. Me voy a cagar en todos tus muertos como te pase algo.

—¡Hala, hala, hala!, qué agresiva; pensaba que el amor te suavizaría ese carácter. —Él levanta las manos en son de paz y la obedece, sentándose como una persona normal. Después, le lanza un beso—. Yo también te quiero. —Y se abrocha el cinturón—. Ea, ya me lo he puesto, ¿contenta?

Rober y Candela comienzan a cantar al unísono una canción:

—*Ponte el cinturón, protege tu vida, tu seguridad es muy importante.* —Y se chocan las palmas.

—Madre mía, cómo está el patio —murmura Iris, y suspira, volviéndose a acomodar en su asiento—. Tendría que haberme bebido unas cuantas copas.

Una vez que llegamos a nuestra planta del hotel sin haber sufrido ningún percance durante el viaje, nos detenemos en el pasillo para despedirnos de los demás.

—Buenas noches, parejita —nos dice Rober dedicándonos una sonrisa.

—¿Por qué no os venís un rato a nuestra habitación? —nos propone Candela—. Y hacemos algo juntos.

Yo estoy a punto de responderle, pero Iris se me adelanta:

—No podemos; tenemos planes.

Todos, excepto Lucien y Rober, nos miran extrañados.

—¿Qué clase de planes? —nos pregunta Daniel—. ¿Hay algo que debamos saber y no nos estáis contando? Que en Lapislázuli está prohibido tener secretos.

—Sí, dormir —vuelve a hablar Iris con el semblante impertérrito —. Como siempre.

—Y yo también voy a dormir —me uno—. Estamos muy cansadas.

—Y yo, así que hasta mañana, que aguantaros es agotador —interviene Bruna, que se mete en su habitación sin decir nada más.

Los demás nos contemplan a Iris y a mí con recelo, como si no se creyeran que nos vamos a ir a dormir en cuanto pongamos un pie en nuestra estancia.

—Aquí está pasando algo y no me estoy enterando —vuelve a hablar Daniel con los ojos entornados.

Iris finge un bostezo.

—Uy, qué sueño tengo —comenta—. Venga, adiós. —Y se encamina directa hacia nuestra puerta.

Me despido de los demás, haciendo un gesto con la mano y esbozando una espléndida sonrisa, y desaparezco con la rubia del pasillo.

—¿Por dónde íbamos? —pregunto tras cerrar la puerta.

Iris se deshace de su camiseta negra y la revolea, quedándose en sujetador.

—Había ganado yo. —Me dedica una sonrisa pícara y se quita su falda de cuero roja, que le cae a los pies—. Y me ibas a demostrar tu talento con la lengua.

—No me queda muy claro que hayas ganado tú, eh. —Me desprendo de su cazadora, que la dejo apoyada en el perchero para que no se arrugue, y hago un esfuerzo por no sonreírle mientras se descalza sin dejar de mirarme—. No me gustan las chicas tramposas. —Me libero de mi top y también lo lanzo por la habitación. Como no me he puesto sujetador, me quedo con los pechos al aire.

Iris me recorre con su mirada y da un par de pasos hacia mí, con solo las bragas y el sujetador puestos; ambos de encaje negro.

—A ver cómo se quita esta cosa. —Se encorva para intentar bajarme la falda de tul.

—Cuando nos conocimos, no se te hizo muy difícil.

Se echa a reír y por fin encuentra la cremallera, que la baja junto con mi tanga y con calma; las dos prendas acaban en el suelo, rodeándome los pies. La rubia se incorpora y yo me quito los tacones para estar casi a la misma altura que ella. Luego, ambas cortamos la distancia que nos separa y juntamos nuestros labios. Mientras nos besamos con vehemencia, cada una acaricia el cuerpo de la otra y aprovecho para desabrocharle el sujetador. Nos separamos durante un milisegundo para que pueda quitárselo y revolearlo hacia algún rincón, y nos dedicamos sonrisas y miradas cargadas de deseo.

Reanudamos nuestros besos y nos dirigimos a la cama sin despegar nuestras bocas. Como yo estoy caminando de espaldas, mis piernas se chocan contra el filo y me dejo caer en el colchón, bocarriba, lo que provoca que Iris también pierda el equilibrio y se caiga sobre mí. Se me escapa un gritito y las dos nos reímos al unísono, pero ella vuelve a fundir nuestros labios y yo, a pasear mis manos por su cuerpo. Después, se concentra en besarme y en mordisquearme el cuello, y continúa descendiendo hasta mis pechos para juguetear con ellos, capturar un pezón con su boca y chuparlo; el otro lo aprisiona entre sus yemas, causando que un cosquilleo viaje por cada parte de mi ser y llegue hasta mi clítoris. Como se ha sentado a horcajadas sobre una de mis piernas, noto, a través de la tela de sus bragas, su entrepierna húmeda y cálida sobre mi muslo y cómo se restriega contra mi piel.

Cuando regresa a mi boca, echo a Iris hacia un lado para que intercambiemos posiciones, y ahora soy yo la que está encima. Le regalo besos y lametones a su cuello, al tatuaje de la media luna que tiene en su hombro izquierdo, a la enanísima estrella del derecho, a sus brazos (y una frase en inglés que lleva plasmada en el antebrazo derecho, que significa «si es ilegal hacer *rock and roll*, metedme en la cárcel», acompañada de una guitarra eléctrica y un pentagrama), a la constelación de Orión que lleva sobre su corazón, a sus pezones, a la llama estilizada de su abdomen… Hasta que me

detengo en sus bragas, que se las quito con cautela para encontrarme con su sexo empapado.

Y entonces sonrío, porque en realidad la que ha ganado he sido yo y no ella, puesto que la tengo a mi merced y suplicándome con su cuerpo que le dé placer.

Comienzo por lamerle el clítoris, dibujando circulitos con mi lengua, primero con calma para volverla loca, y después aumento el ritmo con movimientos más profundos. Se le escapan varios gemidos y le introduzco dos dedos (sin uñas postizas, que hoy no me las he puesto), sin dejar de chuparle ese punto exacto.

—Joder, Gabby —masculla.

Hago una breve pausa para desviar la vista hacia ella, pero sin parar de mover los dedos en su interior, y la veo con los codos apoyados en el colchón, observándome, con las mejillas y sus iris grises encendidos. Intercambiamos una mirada de excitación, aunque la suya me está pidiendo a gritos que siga, y le sonrío mordiéndome el labio inferior. Me vuelvo a centrar en su sexo, deslizando mi lengua por su clítoris, y metiendo y sacando el índice y el corazón con más intensidad mientras ella, entre jadeos y respiraciones dificultosas, me acaricia la cabeza y arquea su pelvis para marcar el ritmo.

Unos instantes después, no puede contenerse más y estalla en un sinfín de sensaciones, jadeando; yo siento las contracciones de su orgasmo en mis dedos y a mi clítoris palpitar, porque me excita verla en estas condiciones.

—Madre mía con la francesa. —Se tumba, exhausta, y se queda con la vista fija en el techo—. Y parecía tonta cuando la compramos.

Se me escapa una carcajada y gateo por la cama hacia ella para acomodarme a su lado.

—¿Tengo o no talento usando la lengua? —inquiero, traviesa; ella suspira y ladea la cabeza hacia mí.

—Lo tienes, lo tienes —me contesta, y me arranca otra risotada —. Vale, ahora me toca a mí degustar el plato estrella de Francia.

—Nunca me habían dicho algo tan bonito —le digo en tono burlón.

Iris desciende hacia mi sexo y, con su experta lengua, sus labios tan sexis y sus dedos juguetones, no tarda en hacerme llegar al clímax; yo suelto un montón de expresiones y tacos en francés.

—¿Yo también tengo ese talento oculto? —me pregunta tras besarme y acostarse junto a mí.

Yo aún estoy recomponiéndome del orgasmo y de lo trastocados que me ha dejado los sentidos.

—Ya no es tan oculto, que lo acabo de descubrir.

Ella esboza una preciosa sonrisa y deposita un tierno beso en mi hombro. Me dice «bona nit», que significa «buenas noches» en catalán (lo sé, porque lo he empezado a estudiar en una aplicación), y se da la vuelta, tumbándose de espaldas a mí y enseñándome su perfecto trasero.

—Buenas noches. —Yo también me giro hacia el lado contrario.

—Volviendo a lo del sabor del yogur, que no te lo he respondido… —suelta de repente sin que me lo espere—. ¿Cuál me pondrías tú?

Me tomo unos segundos para pensarlo, frunciendo los labios.

—Limón. Ácido al principio, pero cuando lo pruebas varias veces, acaba convirtiéndose en tu favorito.

—Yo iba a decir el yogur de cerveza, pero el de limón no está mal.

Pongo los ojos en blanco, pese a que no me vea.

—El de cerveza ni siquiera existirá; y si existe, no será comestible.

—Habrá que inventarlo y probarlo. Me haría de oro. —Suelta una risita encantadora—. Y ahora sí: buenas noches.

# 23. Iris

***El momento tan tierno de la pareja de moda que derritió nuestros corazones.***

*¿Os suena la típica escena tan cliché que aparece en las películas románticas, cuando el interés amoroso de la protagonista se quita su chaqueta y se la presta porque la ve tiritando de frío? Sí, ¿verdad? Lo hemos visto infinitas veces en la gran y pequeña pantalla, e incluso lo hemos leído en incontables libros.*

*Sin embargo, ninguna nos ha derretido tanto el corazón como lo hicieron ayer nuestras estrellas favoritas.*

*Como sabéis, anoche se celebró el evento London Stars y nuestros reporteros y yo no quisimos perdérnoslo. Pero no os escribo este artículo para contaros lo espectacular que fue, sino para traeros noticias tan frescas como tu vecina del quinto que te roba los tangas nuevos cuando los tiendes en tu balcón, patio de luces, terraza comunitaria o donde cuelgues tus trapos después de sacarlos de la lavadora, si es que acaso los lavas y no eres una cerda.*

*Tres noticias frescas, para ser más exactos.*

*En primer lugar, anoche, cuando finalizó el evento y las divas atendían a sus fans mientras se dirigían a sus taxis, nuestras cámaras capturaron la imagen que llenó de calidez el frío aire de Londres: Iris Llorens se desprendió de su cazadora de cuero y se la colocó a Gabrielle Leroux. Como la artista francesa iba en tirantes y no paraba de temblar, a la roquera misteriosa no le importó quedarse en manga corta. Un gesto que demuestra lo enamorada que está de la reina del pop y que, en el fondo, tiene su corazoncito y no es tan dura como quiere aparentar. Tampoco se nos pasaron desapercibidas las miraditas y sonrisitas de complicidad que se*

*dedicaron la una a la otra. Cada vez hacen mejor pareja y nos genera muchísima envidia, porque todo el mundo debería tener a una Iris que te preste su chaqueta cuando tienes frío.*

*La segunda noticia del día es que un pajarito nos ha chivado que una de las canciones del nuevo álbum de Gabrielle, que pronto saldrá a la luz, ha sido una colaboración con el DJ italiano Pizzarra. ¿Será la francesa la nueva Shakira y el single tratará sobre lo que le hizo su ex con aquella influencer? Ya sabéis que en esta casa apoyamos que las mujeres facturen con sus problemas, sobre todo si son de carácter examoroso. Estamos deseando escuchar sus próximos temazos.*

*Y la última noticia, y no para ello menos importante, es que tenemos ciertas sospechas sobre otro posible affaire relacionado con otro de los integrantes de Lapislázuli, pero por ahora os dejaremos con la miel en los labios.*

*Nos vemos en los próximos salseos, fieles lectoras.*

*Gracias por vuestra atención.*

*Firmado: Fina Segura.*

Gabrielle termina de leerme la porquería de noticia sobre nosotras y ese desenlace sobre otra posible pobre pareja, porque esa periodista con nombre de compresa no va a dejar títere con cabeza. Después, me enseña nuestra foto saliendo del evento y en la que aparecemos recreando esa escena tan cursi: yo, cubriendo a Gabrielle con mi chaqueta con sonrisa de pánfila.

Las dos con sonrisas de pánfilas, más bien.

¿Qué coño…? ¿Por qué sonrío de esa manera? ¿Cuándo demonios he sonreído así? ¡Jamás! Me estoy dando vergüenza ajena viéndome de esa guisa. ¿En qué momento se me pasaría por la cabeza que sería buena idea prestarle mi cazadora? Ni siquiera había bebido para hacer algo tan absurdo.

—Qué bonita foto —comenta Gabrielle, y yo desvío la mirada hacia ella, arrugando la nariz.

—Preciosísima —le respondo con ironía—. La voy a imprimir a tamaño real para colgarla en la pared de mi habitación como si fuera un póster.

Ella se vuelve a centrar en su móvil, porque está enganchada a lo que la gente dice sobre nosotras por las redes, y yo vuelvo a dirigir la vista al techo.

Y sí, seguimos acostadas en la cama del hotel de Londres y desnudas, pero con las sábanas echadas por encima. No tenemos ganas de levantarnos, a pesar de que deberíamos haberlo hecho hace media hora, cuando ha sonado la alarma en el móvil de la francesa: una llamada de su lameculo para asegurarse de que no se ha quedado dormida, ya que dentro de unas horas toca coger un avión. Ella le ha contestado en francés algo que no he entendido y, cuando ha colgado, le he preguntado, con un ojo medio cerrado, por lo que le había respondido. Me ha confesado que le ha mentido diciéndole que está casi lista y ha añadido que siguiera comiéndose a ese Rober con tranquilidad y que no se preocupara por ella; yo me he echado a reír.

—Oye —rompo el silencio sin dejar de contemplar el techo—. ¿Crees que el tercer cotilleo de ese artículo iba sobre Lucien y Rober? —Y ladeo la cabeza hacia ella.

Gabrielle hace una mueca con los labios.

—No. Lucien es muy discreto; nunca me entero de quiénes son sus ligues hasta que me lo cuenta él. Será Dani o Candela.

Chasqueo la lengua, no muy convencida, porque Rober es la indiscreción personificada.

Sea quien sea, le arrancaré la cabeza por armar escándalo, así que más le vale que se vaya preparando.

Me obligo a abandonar el sobre, porque soy capaz de quedarme dormida otra vez, y me estiro delante de Gabrielle. Ella despega los ojos de la pantalla de su *smartphone* para posarlos en mí y recorrer mi cuerpo con su mirada.

—Me tienes que contar el significado de cada tatuaje, eh. —Se incorpora sobre la cama y se sienta con las piernas cruzadas.

—¿Qué significado? —le pregunto haciéndome la tonta y arqueando una ceja. A continuación, me llevo una mano al hombro izquierdo para señalar el primero con el dedo, bajo su atenta mirada —. Esto es una media luna, que significa «media luna». —Hago lo mismo con el del hombro derecho—. Esto es una estrella, que

significa «estrella». —Ahora, con el del abdomen—. Esto es una llama, que significa «llama». —Luego le toca el turno al antebrazo derecho—. Una guitarra, un pentagrama y una frase que, si sabes leer y entiendes el inglés, pone «si es ilegal hacer rock and roll, metedme en la cárcel», que significa exactamente eso. —Poso el dedo índice sobre el antebrazo izquierdo—. Aquí pone «Lapislázuli», que no tiene demasiado misterio. —Por último, le muestro el que tengo detrás de la oreja derecha, con el pelo apartado hacia un lado —. Y un escorpión, que supongo que sabrás lo que es. Eso es todo. Fin de la explicación *tatuadoril.*

—¡Anda, el escorpión no te lo había visto! —exclama, sorprendida—. ¿Y el del corazón?

—Una constelación, sin más. —Me encojo de hombros y ella pone los ojos en blanco.

—Pero no me refería a ese tipo de significado tan literal, sino a por qué decidiste hacértelos. El motivo de cada uno. Aunque sospecho que me has estado vacilando durante tu explicación, porque los españoles sois así de cómicos.

Qué cansina es esta chica con querer mantener conversaciones profundas.

—Y los francesitos, unos aburridos —contraataco con una sonrisa chulesca, y le lanzo un beso por el aire—. Me voy a la ducha. Chaooo —la imito con su voz de diva del pop repelente, y me doy la vuelta para esconderme en el baño.

Como he ofendido a Gabrielle por llamarla por enésima vez «aburrida», se mete en el servicio cuando ya estoy en la bañera, con el grifo recién abierto, y se cuela conmigo para acorralarme entre ella y los azulejos y comerme la boca.

—Tu lameculo nos va a regañar por retrasarnos —le digo entre risas y besos.

—Que le den a mi lameculo.

Le contagio mis carcajadas y nos dejamos llevar, con el agua caliente cayendo sobre nosotras.



Tacho el dieciocho de abril en el calendario (sí, tengo un almanaque colgado en la nevera del apartamento, donde dibujo una equis roja sobre cada número todos los días) y me doy cuenta de que queda poco más de un mes para que se celebre EuroStars y finalice el paripé con la francesa.

La semana siguiente a Londres, me tocó viajar con los lapislázulis a Ámsterdam, Estocolmo e Italia para seguir promocionando la canción de EuroStars (sin Gabrielle, que tenía cosas que hacer en su país), y nuestra última parada será el veintiséis de abril en Francia, por lo que todavía tengo unos cuantos días libres para descansar del mundo de la farándula.

Debo confesar que se notó la ausencia de Gabrielle en mis tres últimos viajes. No sé por qué, pero ya me había acostumbrado a compartir habitación con ella y no con mis amigos; a dormir en la misma cama, ya sin una almohada de por medio, y no con Dani, que le da por abrazarme mientras ronca; a estar pegadas las veinticuatro horas del día; a que no pare de cacarear con su acentaco de gabacha, a su olor floral de perfume caro; a fingir ser su novia…

En resumen: quizá la haya echado *algo* de menos.

Me siento a la mesa de la cocina para chutarme un café con tres tostadas de Nutella, en pijama y despeinada; Dani se encuentra frente a mí, con su desayuno y dándoles a las gatas trocitos de jamón de york con la mano.

Un mensaje interrumpe mi siguiente sorbo.

**Eduarda:** «Bonjouuuur. Ya estoy en el aeropuerto y en unas horas aterrizaré en Barcelona. Podemos quedar, si te apetece»

Y me envía un selfi donde sale sonriendo; de fondo, veo a su lameculo mirándola por el rabillo del ojo.

Gabrielle se fue a Francia porque tenía que sacar su nuevo tema, grabado en colaboración con el DJ Pizzarra; yo no tenía ni idea de quién era ese artista hasta antes de ayer, cuando escuché la canción y vi el videoclip, que ya se ha convertido en un éxito, igual que lo hará su disco cuando lo publique en unas semanas. Al exnovio no le ha encantado tanto el sencillo, parece ser, porque trata sobre los cuernos que le puso con una *influencer*. De hecho, no se ha mantenido quieto y ha subido una historia a Instagram con el texto: «Hay que caer demasiado bajo para airear tus trapos sucios en una canción de mierda, porque ni talento tienes», sin etiquetar a nadie.

Mientras mastico un trozo de tostada, le respondo a Eduarda.

**Iris:** «Hoy es imposible. Tengo que ensayar todo el día con estos y, por la noche, me toca asistir al cumple de un amigo»

Abandono el móvil sobre la mesa y continúo desayunando, esperando su contestación. Axel entra en la cocina, preparado para irse a su clínica, y deja un anillo negro al lado de la taza que está usando Dani.

—He perdido la cuenta de las veces que me lo he encontrado entre mis cosas —le dice en tono molesto, y Dani alza la mirada hacia él—. El otro día me lo encontré en la nevera, sobre un yogur de galleta; ayer, sobre mi lado de la almohada; y hoy, metido en una de mis zapatillas de deporte, que me creía que se me había colado un bicho cuando me la he puesto. Como se te pierda, no quiero saber nada.

—No importa; tengo más. —Dani le enseña los dedos de las manos, que contienen un anillo negro cada uno, menos el anular de la mano izquierda, mientras sonríe con inocencia; yo lo contemplo, con las cejas elevadas y en silencio—. Es que tengo la sensación de que este dedo —sigue hablando, y ahora solo le muestra el anular desnudo— se ha cansado de llevar ese anillo y quiere otro.

Axel lo mira como si hubiera perdido la cabeza.

—Pues ponte otro, monigote —es lo único que le contesta, y me fijo en el tic en el ojo izquierdo de Dani por el estrés de esta

situación.

La tontura de estos dos no hay quien la aguante.

Axel nos avisa de que se marcha ya a trabajar y se despide del otro dándole un beso en los morros. Cuando desaparece de la cocina y del apartamento, Dani lo llama «gilipollas» en un murmullo y le da un mordisco a su tostada con agresividad.

—Pídeselo tú y ya está —le aconsejo, aunque nadie me haya dado permiso para inmiscuirme en esta relación de botarates.

Dani desvía los ojos hacia mí y frunce el ceño.

—¿El qué le tengo que pedir?

Me doy un tortazo en la frente con la palma y vuelvo a centrar la mirada en mi amigo.

—¿Que se case contigo, tal vez? No sé, cómprale tú el anillo, le preparas una cenita romántica y se lo plantas en el dedo en lugar de estar haciendo el idiota.

Se le escapa una carcajada escandalosamente forzada.

—Aquí nadie ha mencionado nada de casamientos ni de bodas; no entiendo de dónde te has sacado eso. —Recoge su taza y su plato de la mesa y se los lleva al fregadero lo más rápido que puede. Luego, se gira hacia mí—. Además, yo jamás me rebajaría haciendo tal cosa; debe hacerlo Axel y punto. —Y se esfuma de la cocina, dejándome aquí sentada, negando con la cabeza.

Un mensaje de Gabrielle interrumpe mi gesto de resignación.

**Eduarda:** «No pasa nada. Me avisas cuando estés libre, que debemos seguir demostrándole nuestro amor al mundo»

Estoy escribiéndole mi próximo mensaje cuando se me ocurre una idea.

¿Y si…?

Borro lo que he escrito y voy en busca de Dani, que está en el baño con la puerta abierta y echándose la pomada en el nuevo tatuaje que le ha hecho Gerard en las costillas: una línea de un electrocardiograma con un par de ondas y una mano roquera en medio, con el índice y el meñique levantados, haciendo el gesto de los cuernos.

—¿Qué quieres? —me pregunta sin mirarme, concentrado en aplicarse el potingue.

Me apoyo en el marco de la puerta, de brazos cruzados.

—¿Qué pasa si invito a Gabrielle al cumple de Gerard? —suelto, y él ahoga una risita—. Podríamos hacernos fotos y subirlas para que la gente vea que la francesa está integrada en el grupo de amigos de su novia. Sería más creíble nuestra relación falsa, ¿no?

Dani cierra el bote de crema entre risas y dirige su vista hacia mí.

—Tráetela, aunque yo no bautizaría vuestra relación como «falsa». Pero quién soy yo para juzgar —me responde con jocosidad.

Avanzo hasta él, le pellizco el brazo a modo de venganza y regreso a la cocina para proponerle el plan a la francesa.

**Iris:** «¿Quieres venirte al cumple de Gerard? Vamos mi banda y Axel, y sería una buena oportunidad para que nuestros fans sigan viendo que pasamos tiempo juntas»

Me envía su mensaje al instante.

**Eduarda:** «No sé si les parecerá bien a los demás, sobre todo al cumpleañero, que ni me ha invitado. Sería una falta de respeto y es una celebración íntima con solo los amigos más cercanos. Sois como una familia y me sentiría como una intrusa»

**Iris:** «¿Qué dices de falta de respeto? Tú vente; no te preocupes por no haber sido invitada por Gerard, que ya lo hago yo»

**Eduarda:** «Lo consultaré con mi representante»

Ah, claro. Primero le tiene que pedir permiso a su lameculo.

Recibo su siguiente mensaje diez minutos después.

**Eduarda:** «Ya lo he consultado con Lucien. Iremos juntas a ese cumple»

**Iris:** «Guay, mon amour»

Despego la vista de la pantalla del teléfono porque algo que está sobre la encimera me llama la atención: unas puñeteras tijeras abiertas, que no sé quién coño las ha dejado así, por lo que me acerco a ellas y las cierro a toda prisa, no vaya a ser que traigan la mala suerte o energías negativas a esta casa.

# 24. Gabrielle

No pensaba que me lo iba a pasar tan bien en el cumpleaños de un amigo de Iris; ha sido una celebración íntima y acogedora en el piso de Candela y Rober.

Hemos cenado pizza y croquetas de jamón, Gerard ha soplado las veintiocho velas de la tarta de queso e Iris ha comentado que ya puede respirar un poco más tranquila porque uno de sus amigos se ha despedido de la edad maldita. Después, ha llegado el turno de los regalos y yo le he dado el mío, aunque no conociera al cumpleañero y seamos unos desconocidos el uno para el otro, ya que no podía asistir a su cumple con las manos vacías. He optado por comprarle dos detallitos sin importancia: un Rolex y un perfume de Dior, y Gerard se ha quedado boquiabierto cuando los ha abierto (los demás también), además de que ha querido ligar conmigo, diciéndome que me estará esperando para cuando rompa con Iris. Yo no sé si lo ha dicho en serio o en broma, porque Candela le ha dado una colleja y le ha ordenado que dejara de soltar estupideces.

Tras los regalos, hemos preparado un karaoke improvisado en el salón con la tele y unos micrófonos. Yo me he atrevido a cantar con algunos del grupo y me noto un pelín achispada por las copas que me he tomado; la rubia también luce la mar de contenta, porque se ha bebido sus preciadas cervezas.

Ahora estoy volviendo a hacer el ridículo, pero con Axel, y hemos elegido un tema español: *Dos hombres y un destino*, de un tal David Bustamante y Àlex Casademunt, que no tengo ni idea de quiénes son. Nos estamos peleando por el amor de Iris, que nos la robamos mutuamente tirándola del brazo cada vez que a alguno le

toca cantar una estrofa. La pobre ya se encuentra mareada y los demás no paran de desternillarse de la risa desde la mesa.

En cuanto a Lucien… No le ha apetecido venirse conmigo al cumple después de la noticia que circuló hace unos días por las redes, gracias a esa periodista con nombre de compresa (como la llama Iris). Lo que ocurrió fue que alguien grabó un vídeo en el evento de Londres, donde se aprecia cómo Rober se acercaba a mi amigo por detrás y le apretaba las nalgas con las dos manos; Lucien dio un respingo, se giró hacia él, asustado, y ahora todo el planeta piensa que son pareja. Mi amigo, que ni siquiera es famoso, no quiere que lo vuelvan a ver en público junto a Sandokán, ya que no le gusta protagonizar escándalos.

—¿A cuál de los dos eliges en esta guerra del amor? —le pregunta Candela a Iris cuando Axel y yo terminamos nuestra actuación.

—A Axel —le responde la rubia sin dudar, y rodea a su amigo de dos metros con un abrazo.

Yo abro la boca y me llevo una mano al pecho, herida.

—Menuda traición, aunque solo seamos novias ante las cámaras.

Iris se separa de Axel y me sonríe, encogiéndose de hombros con inocencia.

—Ante las cámaras, dice… —oigo a Rober susurrarle a los demás, y todos se echan a reír.

—Axel es mío. —Dani le lanza a Iris una pelota que ha creado con una servilleta arrugada, que le golpea en mitad de la frente.

—No es tuyo si todavía no estás casado con él —le contesta ella como con retintín, devolviéndole el servilletazo en la cabeza.

Al final, Axel se mete entre los dos y detiene la discusión de niños de preescolar, pidiendo que no se peleen por él porque su corazón solo pertenece a Taylor Swift, y ahora el servilletazo se lo lleva él de parte de su novio. A continuación, cada uno vuelve a tomar asiento en su sitio y Rober es el que toma la palabra:

—¿Cómo va la apuesta? ¿Ya habéis pagado todos?

Axel, que es el encargado de llevarla, saca su móvil y nos informa de que la mayoría ha pagado a favor de que Iris y yo

acabaremos enamoradas, excepto Bruna y él, que han votado en contra.

—¿Todavía estáis con esa tontería? —interviene la rubia, sentada junto a mí—. Los que habéis votado a favor vais a perder.

—Tu novia está participando en la apuesta —le responde Dani—. Solo faltas tú.

—¿Qué? —Iris ladea la cabeza hacia mí sin creérselo—. ¿Es eso cierto?

Yo asiento, esbozando una sonrisa socarrona.

—Pues claro. No podía no hacerlo.

—¿Y qué has votado?

—A ti te lo voy a decir —le respondo alzando la barbilla con altanería.

Permanece en silencio durante unos segundos, frunciendo los labios, mientras reflexiona.

—Si Axel ha dicho que solo él y Bruna han votado en contra… —Su cerebro hace *click* y vuelve a desviar su vista hacia mí, atónita—. ¡Entonces tú has votado a favor!

Yo me cierro los labios con una cremallera invisible para no contestarle y ella le dice a Axel que la apunte en «esa ridícula apuesta» para votar en contra, porque está segurísima de que va a ganar, y que, cuando lleguen a casa, le dará los doscientos euros.

Continuamos cantando varias canciones más y divirtiéndonos hasta que nos encontramos lo suficientemente agotados. Rober, Candela y Gerard se quedan en este piso, y yo me voy con Iris, Dani y Axel en el coche de este último.

—¿Te llevamos a tu casa, Gabby? —me pregunta Axel, que es el que conduce.

Los amigos de Iris ya me dicen «Gabby» con total confianza. La única que me llama por mi nombre completo es la rubia; solo la he escuchado un par de veces dirigirse a mí mediante mi diminutivo.

—Se viene a dormir al piso —se me adelanta Iris, que está sentada conmigo en los asientos traseros.

Dani ahoga una risita y mi novia le pega una patada al asiento del copiloto que tiene delante.

—Oye, ten cuidado, que me vas a destrozar el coche —interviene Axel, que gira la cabeza hacia atrás durante un milisegundo para mirarla, pero ella le ordena que se centre en la carretera.

—Espero que no os importe que pase la noche en vuestro apartamento —les digo a los chicos.

—Qué va. ¿Cómo nos va a importar? —Axel me dedica una sonrisa a través del espejo retrovisor.

—Si ya eres como de la familia —añade Dani mirándome y sonriéndome también.

—Gracias.

Iris comenta que tiene ganas de vomitar, pero no porque se haya bebido ochocientas cervezas, sino porque somos unos empalagosos, y les aconseja a los chicos que no se hagan muy amiguitos de mí ni me cojan cariño, porque no quiere presenciar lloriqueos ni dramones cuando nos toque romper, que lo nuestro es efímero.

—Aplícate el cuento, guapa —le espeta Dani, e Iris vuelve a darle una patada a su asiento.

Y a mí se me encoge el corazón, porque no quiero que llegue ese momento. Me he acostumbrado a esto que tengo con Iris; a nuestra relación, aunque sea fingida; a nuestros encuentros sexuales; a su compañía; a sus amigos, pese a que les falten unos cuantos tornillos… Creo que lo voy a pasar fatal cuando todo eso desaparezca.

Una vez que llegamos al apartamento, saludo a Señorita Rottenmeier y a Taylor. La rubia, por primera vez desde que la conozco, me invita a pasar a su habitación, que se halla algo desordenada, pero no tanto como me imaginaba. Su maleta está tirada en el suelo, abierta de par en par y con ropa revuelta en su interior; en la cama doble hay una montaña de prendas, que la coge y la coloca sobre la silla del escritorio. Observo que en las paredes tiene colgados algunos pósteres de grupos de rock, fotografías de ella con sus amigos y de su banda, y un cuadro bastante peculiar de una chica en un sofá verde con un gato blanco y botellas de vino; también me percato del marco que descansa sobre su mesita de

noche, que lo cojo para curiosear la foto donde aparece Iris, con unos años menos, junto a sus dos hermanos. Lo vuelvo a dejar en su sitio, aprovechando que la rubia sigue quitando cosas del medio, y mis ojos se posan en el Satisfyer que tiene sobre la almohada. Sonrío, porque eso demuestra que lo ha usado hace poco.

Anoche, después de hablar conmigo por mensajes, tal vez, o esta mañana, al despertarse.

—Has estado bien acompañada en mi ausencia —le digo, y cojo a su amiguito.

Iris, que se está quitando sus Vans sentada en la cama, se echa a reír al verme con el aparato en la mano.

—Estabas lejos. ¿Qué querías que hiciese? —Me dedica una sonrisa pícara—. ¿Sientes celos de un aparatito, Gabby? —mi diminutivo lo pronuncia con erotismo.

Esbozo una sonrisa juguetona y me siento junto a ella en el colchón.

—Un poco, pero sé que este succionador no tiene nada que hacer contra mí. —Se lo acerco a la cara y le acaricio la mejilla con él —. Yo lo hago mejor.

—Él tiene distintas velocidades. No sé yo, eh.

—Muy graciosa.

—Oye, ¿por qué has apostado a favor? —inquiere frunciendo el ceño.

Estaba esperando esa pregunta.

—Porque ya te dije una vez que nadie puede resistirse a mis encantos franceses.

—No vamos a acabar pilladas la una de la otra —me responde muy convencida—. ¿Cómo puedes pensar que va a ocurrir semejante tontería? —Se lleva un dedo a la sien—. Te has vuelto majareta.

—Quién sabe lo que puede pasar de aquí a la finalización de nuestro contrato.

Ella me contempla como si yo de verdad estuviera loca.

—Se nota que has bebido más de la cuenta. No sabes ni lo que dices.

Puede ser que se me haya soltado la lengua por el alcohol, pero sé lo que digo y conozco la sensación que me visita cada vez que tengo a esta mujer cerca.

Y puede que tal vez me esté empezando a enamorar.



A la mañana siguiente, cuando las dos estamos duchadas y vestidas, aparecemos en la cocina para saludar a Axel y Dani, que se encuentran desayunando en la mesa. Iris me ha prestado una de sus camisetas roqueras de manga corta, porque ayer no metí una muda de ropa en el bolso y no sabía que me iba a quedar a dormir en su apartamento hasta que me lo propuso entre copa y canción. Lo que sí hice fue echar lo importante: un tanga limpio y un cepillo de dientes, algo que hago siempre por costumbre, por si las moscas, ya que nunca se sabe dónde puedo amanecer y debo ser precavida.

—Buenos días —saludo a sus compañeros de piso con educación.

Ellos me devuelven el saludo al unísono y después se dan un codazo e intercambian una mirada traviesa que no entiendo. La rubia no dice ni pío y se va directa a la nevera para tachar, con un rotulador, un día en el calendario que hay pegado en la puerta.

—Un día menos —manifiesta, y advierto cierta felicidad en su tono de voz.

—¿Para qué? —me intereso, y ella se da la vuelta hacia mí.

—Para perderte de vista, *mon amour.* —La expresión francesa la suelta con sorna.

Abro la boca, con mi ego destrozado cayéndose al subsuelo.

Nuestros dos espectadores ahogan una risita, pero Dani se atraganta con un trozo de galleta y comienza a toser. Iris coge un imán de la nevera y se lo tira a su amigo, que le da en la cabeza.

—Eso te pasa por imbécil.

—¿Os vais ya? —nos pregunta Axel al vernos arregladas mientras le da palmadas en la espalda a su novio—. ¿No desayunáis?

—Lo haremos fuera para alimentar a los paparazis —interviene Iris.

Siento la vibración de mi móvil dentro del bolso y lo saco para leer el mensaje que me acaba de enviar Lucien con el resumen de lo que tengo que hacer hoy. Dani le dice a nadie en concreto que las paredes de este piso son de papel y que anoche oyó *cosas*, por lo que se gana más lanzamientos de imanes de parte de la rubia.

—Vámonos ya, que al final voy a acabar cometiendo un asesinato en esta casa —me ordena Iris, que me agarra del brazo para sacarme de la cocina antes de que mate a los graciosos de sus amigos.

—Voy a coger mi bolso —le digo en el pasillo.

—Venga.

Me adentro en su habitación y me acerco a su cama, donde he dejado preparado mi bolso antes de meterme en la ducha. También cojo mis gafas de sol, que están sobre la mesita de noche, pero un papel que hay al lado me llama la atención, así que mi versión cotilla y española que habita dentro de mí me anima a echarle un vistazo.

De lejos, parece una lista de la compra o la letra de una canción; sin embargo, cuando mis ojos se desplazan por el folio, descubro que es una especie de listado de sueños por cumplir, al que ella le ha puesto el título de «Cosas por hacer antes de que la vida me dé una buena hostia».

Iris entra de sopetón en el dormitorio un par de minutos después y yo me sobresalto.

—¿Qué haces, que estás tardando tanto?

Ups, pillada in fraganti.

Desvío la mirada hacia ella, con mi mano sujetando la hoja en el aire. Cuando los ojos de Iris se posan en su lista, su expresión de acelga cambia a una de fastidio y avanza un par de pasos hacia mí para quitármela de manera brusca.

—Perdón —me disculpo, arrepentida, antes de que ella diga algo —. No he leído nada de esa lista. Te lo juro.

Dobla el papel por la mitad y lo esconde en el fondo del primer cajón de la mesita, atestado de bragas.

—No sabía que te gustaba meter las narices en listas ajenas. —Se me queda mirando como si estuviera descifrando mi alma; yo me siento desnuda ante esos iris grises—. ¿Cuántos puntos has leído?

—Solo el título. —Se me escapa una risita nerviosa y me muerdo el labio inferior.

Ella enarca una ceja sin creerme.

—Eduarda, que ya nos vamos conociendo.

Cierro los ojos y arrugo la nariz.

—Solo el título, de verdad. —La vuelvo a mirar—. No he podido evitarlo. Perdóname. Para mí sigues siendo una chica dura.

Mentira, nunca lo ha sido. Desde que la conocí, siempre he pensado que solo quiere aparentarlo, pero en realidad es una buenaza.

—Ya —es lo único que me responde, y se da la vuelta—. Anda, vamos.

Abandonamos su habitación y nos dirigimos al salón para coger nuestras chaquetas del respaldo del sofá que están ocupando sus compañeros de piso, que ya han terminado de desayunar y ahora están charlando entre ellos de tonterías.

—Yo también tengo una lista de cosas por hacer —le digo a Iris, y me pongo mi abrigo.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuáles son esas cosas? —quiere saber mientras se coloca su cazadora de cuero.

Sus amigos se han quedado en silencio para escuchar nuestra conversación.

—Lo típico; ya sabes. —Me encojo de hombros—. Plantar un árbol, escribir un libro y tener un hijo.

El libro ya lo estoy escribiendo, el árbol lo plantaré cuando tenga la oportunidad y, en cuanto al hijo… Ya pensaré dentro de unos años cómo me las apaño.

A Iris se le escapa una escandalosa carcajada.

—Qué cliché eres —me suelta, y centra su vista en sus amigos —. Y vosotros, ¿qué? ¿No tenéis nada mejor que hacer en lugar de estar con la oreja puesta en conversaciones ajenas?

Dani es el que toma la palabra:

—Gabby, si quieres, yo te presto mis espermatozoides para lo del hijo, como hicieron los personajes de *Aquí no hay quien viva.*

—Gracias, lo tendré en cuenta —le respondo sonriéndole con diversión.

Su novio le da un manotazo en la cabeza.

—¿Qué dices? ¿Cómo va a tener esa pobre chica un hijo tuyo? Va a nacer con cara de monigote. —Axel me mira a mí—. Yo te ofrezco mi semen, que por lo menos saldrá el crío más guapo e inteligente.

—Sí, con cara de carpeta.

Y los dos comienzan a pelearse en el sofá.

—Dios mío, en esta casa cada vez se desvaría más. —Iris suspira mirando al techo—. Conmigo no contéis para esa marcianada familiar. Hasta luego. —Y desaparece del salón para gritarme desde el pasillo—: ¡Vámonos ya, Eduarda, que me muero de hambre!

Me uno con mi chica en el recibidor. Como está lloviendo, me hago con uno de los paraguas que tiene esta gente en el paragüero de la entrada y lo abro para verificar si es tan amplio como para cubrirnos a Iris y a mí.

—¡¿Qué coño haces?! —exclama la rubia, alarmada, y me arrebata el paraguas de un tirón para cerrarlo de golpe.

Ay, es verdad. Que abrirlos en interiores da mala suerte. No me acordaba.

Me tapo la boca con la mano y la miro con arrepentimiento.

—Lo siento —me disculpo.

La supersticiosa suspira y se marcha del apartamento con el paraguas tras decir que espera que no le caiga un rayo por mi culpa.

# 25. Iris

Todo el mundo odia a los franceses. Y quien diga lo contrario, miente.

No me gusta juzgar a las personas sin conocerlas, pero me parece increíble las caras tan siesas que tienen los ciudadanos de este país. Voy por la calle y solo diviso viandantes que lucen la típica expresión de estar oliendo excrementos de caballo.

—Huele a Francia —comenta Dani olisqueando el aire.

—¿Y a qué huele Francia? —le pregunta Rober, que camina agarrado a su brazo para que los *shippeen* y mañana nos despertemos con el titular «Dos integrantes de Lapislázuli pasean su amor por París» en las noticias.

—Pues a Francia. ¿A qué va a oler si no?

Estamos dando un paseo por París con Bruna y los guardaespaldas de Gabrielle detrás (yo tengo que ir aferrada a la mano de la francesa), después de haber desayunado en una cafetería el mejor cruasán de mi vida con el que me han caído mejor los gabachos.

Esta vez no nos estamos quedando en un hotel, sino en el piso que tiene Gabrielle cerca de la Torre Eiffel. En su «pisito», como lo llama ella, que de pisito no tiene nada porque es inmenso también.

Pisito es el que comparto con Axel y Dani en Barcelona.

Y con esto me ha surgido una duda: ¿cuánta pasta tiene esta mujer en el banco? Porque para ser propietaria de un piso en una de las zonas más importantes de París y de un pedazo de chalet en Barcelona, debe cagar billetes día sí y día también. Es cierto que es famosa desde que casi era un embrión y Lapislázuli aún está en pañales en lo que al mundillo de la fama se refiere, pero, joder…

Tanta riqueza no debe de ser buena; yo me conformo con poca cosa y me dan exactamente igual los lujos.

Mi banda al completo ha viajado hasta nuestro país vecino porque, dentro de unos días, debemos acudir al cumpleaños de Gabrielle, en el que invitará a un montón de gente de la farándula francesa y a sus conocidos, ya que a esta tía le encantan las fiestas por todo lo alto y ser el centro de atención. Encima, estoy obligada a hacerle un regalo y no tengo ni idea de qué comprarle. Al ser su «novia», debo estrujarme los sesos pensando en algo que le guste y la emocione. No sirven unos calcetines cutres de mercadillo ni un sobre con un billete del Monopoly en su interior.

Por no hablar de que mañana me toca comida dominguera con su familia y me da una pereza enorme. Necesito hacerme bolita en la cama de mi habitación de la casa de mis padres o fingir una gastroenteritis para no asistir.

Entre tener que regalarle algo ñoño para su cumple e ir a conocer a su familia, estoy estresada y quiero pedirme la baja laboral. Llevo años soltera precisamente para evitar estas reuniones, que no me gustan nada. Sé que solo debo interpretar el papel de novia de la francesa, pero eso no quita que las deteste con toda mi alma.

—Me encanta la ciudad del amor —comenta Candela, risueña—. Lo malo es que estoy sin novio y vosotros ya estáis emparejados. Qué envidia. A este paso, me voy a quedar para vestir santos, y eso que no hay Nochevieja en la que no me meta debajo de la mesa.

—Lo de estar emparejados no lo dirás por nosotras también, ¿verdad? —le pregunto, refiriéndome a mi relación más falsa que una moneda de tres céntimos.

—Obvio que sí, querida —interviene Gabrielle; sus taconazos aporrean el asfalto por cada paso que da y parece que está acompañando al colegio a su hermana pequeña, sujetándola de la manita para que no se le pierda, por los centímetros que me saca en altura debido a esos tanques.

Dejo escapar un suspiro, exasperada.

—Yo también sigo soltero, eh —suelta Rober—, así que no os inventéis cotilleos sobre mí.

—¿Y qué pasa con el francés de los trajes cutres? —me intereso, aprovechando que el lameculo no se ha unido a nosotros.

Todos esperamos la respuesta de Rober, y Gabrielle defiende a su amigo y su forma de vestir, argumentando que sus trajes son chulísimos.

—Nada. —Rober se encoge de hombros de manera desinteresada.

El grupo entero finge que lo cree cuando cuatro viandantes que rondarán los veinte años se acercan para preguntarnos si pueden hacerse fotos con nosotros. Les respondemos que sí, y Bruna y el personal de seguridad de Gabrielle permanecen a un lado, sin quitarnos el ojo de encima.

Todavía no me acostumbro a esto: a que me pidan autógrafos o fotos, a que me reconozcan por la calle, a tener guardaespaldas… Me siento como si fuera alguien importante, como una política o la reina de algún país. Me meo de risa yo sola.

Una de las chicas nos dice a la francesa y a mí, en inglés porque sabe que no hablo ni papa de francés, que le encanta la pareja que hacemos y que espera que duremos mucho tiempo juntas; Gabrielle y yo le damos las gracias, pero me tengo que contener para no contestarle a la pobre muchacha que más temprano que tarde romperemos.

Por desgracia para ella, para Gabrielle y para todas las garrapatas que han apostado a favor de enamorarnos en la asquerosa apuesta.

Dejamos atrás a los fans y continuamos nuestro camino hacia nuestro destino: la Torre Eiffel.

Cuando tengo ese puto rascacielos delante de mis narices, no puedo evitar sentirme como una hormiga con enanismo, si es que eso existe, por lo enorme que es.

—Mejor os espero aquí —les digo a mis amigos y a mi chica, cagada de miedo—. Ni de coña pienso subir ahí con veintisiete años. Cuando cumpla los veintiocho, me volvéis a traer y, quizá, solo quizá, me atreva. No os prometo nada.

Mis amigos me contemplan como si yo fuera un caso perdido, pero me intentan convencer para que vaya con ellos porque ya

tienen las entradas compradas, pero no lo consiguen; en cambio, Gabrielle me dedica una sonrisa y una mirada burlonas.

—¿La integrante más chunga de Lapislázuli le tiene miedo a la Dama de Hierro?

Vuelvo a echar un vistazo a ese monumento y trago saliva. A continuación, miro a la gabacha.

—Pues sí. ¿Qué pasa? —le espeto—. Es interminable e imponente.

Se me están revolviendo las puñeteras tripas. Que alguien me ayude.

Gabrielle hace un ademán con la mano.

—Bah, tampoco es para tanto. Yo he subido miles de veces y no me ha pasado nada.

—De hecho, la gente sube todos los días y no he oído que nadie se haya muerto —interviene Candela en tono jocoso, y Gabrielle, sin tacto alguno, comenta que ha habido algunos casos, pero que no los va a contar por empatía hacia mi persona.

Estupendo. Hubiera preferido vivir en la ignorancia antes de conocer dicha información.

—A mí lo que me jode es que Axel no haya querido venirse conmigo porque tiene que trabajar un puñetero sábado. Que se hubiera pillado unas vacaciones —suelta Dani, que vive en su mundo —. Se lo habría puesto a huevo para colocarme un anillo en el dedo.

—Yo también estoy dudando si subir o no —ahora es Rober el que habla—. Ahí arriba tiene que hacer un viento de la hostia y voy a acabar despeinado.

¿Quién quiere enemigos pudiendo tener estos amigos tan entrañables?

—Sois unos cabrones —les digo a todos, hasta a la francesa, y me cruzo de brazos, enfurruñada.

Sin embargo, parece que se les ablanda el corazón y comienzan a sentir lástima por mí, porque me suplican que suba con ellos, que nos lo vamos a pasar muy bien y me cuidarán, aunque yo no necesito que nadie me cuide. También me aconsejan que cierre los ojos a medida que subamos, que no mire hacia abajo y que me agarre a ellos, pero sigo sin estar convencida.

—Debes hacerlo —me ordena Gabrielle—. En nuestro contrato pone bastante claro que, en nuestra visita a la Torre Eiffel, nos tenemos que hacer una foto desde la cima.

Me paso una mano por la cara, superagobiada.

Tendría que haberme pedido para desayunar diez wiskis bien cargados y no un café. Borracha soy invencible.

Dani se aproxima a mí y, mirándome a los ojos, me promete que hará por mí las tareas domésticas que me tocan durante un mes; yo pienso que suena tentador, pero no tanto como para arriesgar mi vida de esa manera. Luego, Gabrielle, sonriendo con maldad, pega sus labios a mi oído para susurrarme:

—Olvídate de mi lengua lamiéndote el coño si no subes.

Sí, ha dicho «coño», la señorita españolizada.

Suena más tentadora que la propuesta de Dani, pero yo no me vendo por sexo.

¿O sí?

Soy débil ante las mujeres. Y más aún, si esa mujer me vuelve loca.

Respiro hondo y, por enésima vez, recorro con la mirada la Torre Eiffel.

—Si me ocurre algo, recaerá sobre vuestras conciencias y os saldrá mi espíritu por las noches —los amenazo.

Enseñamos nuestras entradas, pasamos el control de seguridad y yo, como soy masoquista, alzo la cabeza hacia lo que tengo encima: la mismísima torre. Me recorre un escalofrío por el cuerpo y me pregunto si es posible que esa cosa se parta en pedazos de la nada y me aplaste. Mis amigos se dedican a hacerle fotos a todo lo que ven, como unos auténticos turistas y sin una pizca de miedo, y yo solo puedo permanecer agarrada con fuerza al brazo de Gabrielle. Ni siquiera me atrevo a sacar el móvil para crear recuerdos; con lo que me tiemblan las manos, se me va a caer al suelo o no será capaz de leer mi huella dactilar para desbloquearse.

El viaje en ascensor hacia la primera planta no se me hace tan dramático como me había imaginado, pero casi me da un patatús cuando piso el suelo de cristal transparente que se encuentra bajo

nuestros pies y miro hacia abajo, así que me suelto del brazo de Gabrielle y me traslado al suelo normal.

—Te podrías haber puesto unas zapatillas de deporte —le digo a la francesa, porque me da absoluto pavor que, al clavar sus taconazos, resquebraje el vidrio y se caiga al vacío.

—¿Por? —Ella me sonríe, juguetona—. ¿Te da miedo que haga esto? —Y se pasea por esa zona de cristal como si estuviera en un pase de modelos.

Yo cruzo los dedos para que no ocurra ninguna catástrofe y desvío la mirada hacia Rober y Dani, que se han puesto a bailar una sevillana juntos y a pisotear el suelo como si estuvieran en un tablao flamenco mientras Candela los graba.

Me entran los mil demonios al instante.

—¡¿Sois imbéciles?! —les grito.

Estoy haciendo turismo con un grupo de críos en una excursión escolar y yo soy su maestra, aunque mis amigos sean muchísimo PEORES que los niños.

Por suerte, los interrumpe un grupo de turistas españoles para saludarlos y pedirles fotos, porque juro que si seguían haciendo el gilipollas, hubiera acabado estrangulándolos con mis propias manos.

Después de atender a los fans, nuestra visita continúa hacia la segunda planta y, en el ascensor, me sujeto más fuerte a la francesa porque se me está descomponiendo el estómago por el vértigo que siento conforme nos elevamos, además de arrepentirme una barbaridad por no haber usado las escaleras.

Lo peor llega cuando salimos de ese cacharro y nos asomamos a la barandilla para admirar las vistas, que por poco me cago en las bragas.

Puf… Y todavía queda una planta más. No voy a salir con vida de aquí.

Candela no para de documentar cada detalle con su móvil ni de soltar «qué bonito», Rober se está peleando con su pelo y a Dani le está empezando a dar respeto la torre, porque se agarra al brazo de nuestra amiga con pánico. Yo intento prestar atención a Gabrielle, que también tiene la melena al viento (yo agradezco haberme hecho dos trenzas), cuando me señala el lugar donde se encuentra el

Louvre, el río Sena o la Estatua de la Libertad de París, que se ve diminuta desde donde estamos.

En realidad, todo se ve de ese tamaño.

No obstante, el verdadero terror aparece cuando nos toca subir a la cima, que me obligo a taparme los ojos en el ascensor porque me es imposible mantenerlos abiertos. La pobre Gabrielle aguanta como una campeona la presión que estoy ejerciendo sobre su brazo; tampoco ayuda que mis amigos comenten con miedo lo alto que estamos y que Dani finja lloriquear.

—Ya puedes destaparte los ojos —me avisa Gabrielle—. Hemos llegado a la cima, *mon amour.*

Al oírla, dejo mi vista al descubierto y me agarro a ella con las dos manos. Abandonamos el ascensor y subimos unas pocas escaleras que nos llevan a una terraza donde el viento me da en la jeta junto con la melena castaña de Gabrielle.

—Joder, estoy cagada —confieso sin parar de temblar, y nos acercamos a las rejas, aunque no demasiado porque no me fío, para apreciar París en su máximo esplendor.

—¿A que es preciosa la ciudad del amor? —me pregunta sin un atisbo de nervios, ni en su voz ni en su cuerpo.

¿Cómo puede estar tan tranquila desde lo alto de esta cosa interminable, que parece el Everest? Que no nos separan diez metros del suelo, sino más de trescientos. Flipo con esta tía.

—La verdad es que sí. Es impresionante.

Durante los siguientes minutos, la escucho explicarme con total devoción las características de los monumentos y de los sitios más importantes, que apenas se distinguen desde aquí. De tanto en tanto, aparto la vista de París para posarla en ella y en su cara rebosante de felicidad mientras habla y, cuando termina de parlotear, busco a mi banda con la mirada por si alguno se ha muerto. Rober continúa batallando con su pelo, con el que parece el hermano gemelo de Beyoncé; Candela ha cogido un telescopio y está viendo la ciudad a través de él; y Dani contempla el paisaje agarrándose con vigor a la barandilla, hecho un flan, cuando Axel se acerca a él por detrás, de manera inesperada, y le tapa los ojos con las manos, sonriendo. El otro se gira, asustado, hacia él y lo abraza.

—Qué bonita pareja hacen —comenta Gabrielle al verlos.

—A mí me generan ganas de vomitar.

La francesa se saca el móvil del bolso.

—Bueno, ¿estás lista? Ha llegado el momento de hacernos las fotos.

—Qué ilusión —le respondo con sarcasmo—. Lo estaba esperando con ansias.

Para contentar a nuestros seguidores, nos sacamos un selfi juntas y esbozando una sonrisa; en otra foto hacemos carantoñas y, en la última, aparecemos besándonos con París de fondo, aunque la tenemos que repetir un montón de veces porque el vendaval y el cabello de Gabrielle no dejan de hacer de las suyas, tapándonos las caras.

Y a mí, con sus besos, se me calman algo los nervios y las ganas de huir escaleras abajo.

Repito: solo algo.

—Ha merecido la pena sacrificarse y subir, ¿verdad? —Me dedica una sonrisa encantadora—. Has acabado enamorada de París.

—Solo lo he hecho para que no me castigaras sin tu maravillosa lengua.

No le pienso dar la razón, que tengo que seguir aparentando ser una chica dura.

# 26. Gabrielle

—¿Cuántos cafés te has metido en el cuerpo desde que estamos aquí? —me pregunta Iris al salir de uno de los quioscos de la primera planta de la Torre Eiffel—. He perdido la cuenta.

—Con este, seis —le respondo, y le doy un sorbo a mi vaso. Cuando trago, frunzo el ceño porque no estoy muy segura de la contestación que le acabo de dar—. O siete, creo… ¿U ocho? —Y me encojo de hombros, despreocupada—. No sé.

—No vas a poder dormir después. O te va a dar una sobredosis de cafeína.

Bebo otro sorbo.

—Estoy acostumbrada, *mon amour*. —Le dedico una sonrisa—. Pero gracias por preocuparte por mí.

Llevamos todo el día recorriendo la Torre Eiffel con su banda; también con Axel y Gerard, que han venido a París por sorpresa y regresarán a España tras mi cumpleaños, y con Lucien, que se ha unido a nosotros a la hora de la comida. Me he dedicado a ser la guía turística por cada planta y a contarles curiosidades mientras nos perdíamos por la Dama de Hierro. También nos hemos metido en las tiendas de *souvenirs* para comprar recuerdos y regalos; yo he cogido unos detallitos para la familia de Iris, para dárselos en cuanto pise Barcelona y los visite, que me muero de ganas por volver a verlos. A mediodía, hemos comido en uno de los bufés de la torre; a la hora de la cena, teníamos una reserva en el restaurante Madame Brasserie, cuya especialidad es la comida francesa, y hemos salido hace treinta minutos.

Ahora estamos volviendo a subir a la cima en ascensor para contemplar el anochecer y París totalmente iluminada. Iris no se ha

soltado de mi brazo en todo el día y me lo está dejando machacado. Cuando salgamos de aquí, voy a necesitar una escayola o una amputación, porque menuda fuerza tiene esta mujer del tamaño de un gnomo.

—Ya puedes destaparte los ojos —la aviso por enésima vez en cuanto el ascensor se detiene.

Ella me hace caso y, conforme abandonamos el habitáculo, mira a su alrededor.

—De noche no da tanto vértigo. —Se aferra a mí con su mano temblorosa—. Aunque me sigue dando mucho respeto estar aquí arriba.

—Pero has superado la prueba sin morir en el intento; eso es un récord.

—Todavía no se ha acabado la visita —me responde sacando a relucir a su Iris pesimista—. Puede que en el último viaje hacia abajo, el ascensor se descuelgue y nos caigamos al vacío.

—Eso es imposible.

Ascendemos por las escaleras hacia la pequeña terraza, porque desde ahí se aprecia mejor la ciudad, y nos asomamos desde las rejas metálicas para admirar la noche de mi preciosa París.

—¿No te parece romántico esto? —le pregunto a Iris, y me bebo lo que me queda de café—. La ciudad del amor.

Ella ladea la cabeza en mi dirección, arrugando la nariz.

—Prefiero Barcelona mil veces, la verdad.

—¿Me harás de guía turística algún día? Que yo he sido la tuya en la Torre Eiffel.

Frunce aún más la nariz, como si hubiera chupado un limón y saboreado su acidez, una imagen que se me hace de lo más graciosa.

—A mí se me da fatal hacer de guía turística, eh —me contesta, pero sospecho que es una excusa para no enseñarme su ciudad—. Te recomiendo que contrates a una profesional, porque conmigo te perderías; ni siquiera me sé los nombres de las calles y tengo el sentido de la orientación atrofiado.

Me echo a reír.

—No me importaría perderme contigo por Barcelona.

Si fuera humanamente posible arrugar cada rincón de nuestro rostro, Iris sería la reina, porque la expresión que adorna su cara en este momento es una mezcla entre incomodidad y repulsión exageradísima.

—Vamos a ver qué están haciendo los demás —cambia de tema, y tira de mi brazo para que nos movamos; yo no paro de reírme—. ¿Por qué te ríes tanto?

—Ay, no sé. Estoy contenta.

—Yo creo que es por tanto café, que no es bueno para la salud y ya te está pasando factura.

Nos reunimos con sus amigos, que se encuentran a un par de metros de distancia de nosotras, admirando las vistas. De pronto, me percato de que Axel, sin que Dani se entere, le hace una seña a Gerard, y este se saca el móvil del bolsillo de sus vaqueros para apuntarlos con la cámara, sonriendo.

—No jodas —murmura Iris mirando la escena—. Ya me estaba oliendo algo.

Frunzo el entrecejo.

—No estoy entendiendo nada.

Rober, Candela, Lucien y Bruna se acercan a nosotros para cotillear. Axel le da con el dedo en el hombro a su novio para que deje de contemplar París y le preste atención, y Dani se gira hacia él. El fisio le enseña una cajita de terciopelo azul lapislázuli, que la abre para mostrarle la alianza de dentro, y el otro, al verla, arquea una ceja y frunce ligeramente los labios con algo parecido a la indiferencia, como si nada de esto lo sorprendiera.

Saco mi teléfono con rapidez para inmortalizar la escena y los demás turistas también se aproximan para no perderse nada.

—Daniel Domènech, ¿quieres que te soporte toda la vida y perder en nuestras discusiones hasta que la muerte nos separe? —le pregunta Axel con las comisuras de sus labios hacia arriba, y yo temo que el otro, con la cara que ha puesto, le responda que no y lo deje en evidencia.

—¡Dile que no! —grita Iris metiendo cizaña, y yo le regalo un codazo.

Dani arruga la nariz en una mueca de asco, mirando primero el anillo y luego a Axel.

—Ya era hora de que me lo pidieras, pedazo de gilipollas —le espeta, aunque no puede contenerse más y termina sonriéndole, con el rostro rebosante de felicidad y la mano extendida hacia él—. Pero el que te va a ganar en las discusiones y el que te va a tener que aguantar de por vida voy a ser yo.

Axel se ríe y le coloca a su chico el anillo en el dedo anular de la mano izquierda. Después se abrazan y se besan, y los espectadores aplaudimos.

Justo en este instante, comienzan los cinco minutos de destellos con los que parece que la Torre Eiffel se cubre de purpurina, como si hubieran estado esperando el momento idóneo para encenderse.

—¿Por qué le ha puesto el anillo en la mano izquierda y no en la derecha? —le pregunto a Iris cuando dejo de grabar.

—En Cataluña es así. En el día de la boda, ese anillo pasa a la derecha para ponerse el de casado en la izquierda.

—No sabía este dato. —Vuelvo a desviar la vista hacia los enamorados—. Qué interesante y qué bonito. Yo también quiero que me pidan matrimonio de una manera tan romántica.

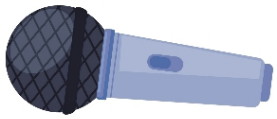
—Ah, ¿sí? Pues elige una mano.

Miro a Iris, que mantiene los dos puños extendidos hacia mí, bocabajo; yo sonrío, entre ilusionada y desconfiada, porque me espero cualquier cosa de esta mujer, y me decanto por la mano derecha. Ella enseguida saca a relucir su dedo corazón y se echa a reír. Niego con la cabeza de lado a lado y elijo su otra mano, con la que hace exactamente lo mismo: enseñarme el dedo del medio y desternillarse de la risa.

—Eres muy infantil. —Suelto un suspiro—. Ahora, por lista, no te pienso prestar mi brazo para que te agarres en nuestro último viaje en ascensor.

Iris se ríe más y yo le muestro mi dedo corazón como ha hecho ella conmigo. Atrapo una de sus trenzas, le doy un trenzazo en la cara y me alejo para brindar con los demás, con la copa de champán que me ha pedido Lucien, y felicitar a los novios.

Cuando llega la triste hora de abandonar la torre, Iris se aferra al brazo de Rober y yo, al de Lucien, porque continúo molesta con ella por haberse burlado de mí hace unos minutos. Al salir, paseamos hasta la plaza del Trocadero, donde debemos hacernos varias fotos besándonos, con la Torre Eiffel de fondo, iluminada de dorado. Luego, nos despedimos de Lucien, que se marcha a su piso en taxi, y de Axel y Dani, ya que el primero ha reservado habitación en un hotel para celebrar la pedida en la intimidad; los demás nos vamos a mi casa a descansar, que estamos agotados y mañana nos toca a Iris y a mí comida con mi familia.



—¿Qué tipo de franceses son tus padres? —quiere saber Iris.

Estamos viajando en taxi hacia mi pueblo, donde se encuentra mi casa familiar. Me siento nerviosa por presentársela a mis padres y a los demás miembros de mi familia y no entiendo por qué, si en teoría estoy interpretando un papel.

—No comprendo la pregunta —le respondo—. Son franceses normales y corrientes.

—O sea… Estirados y serios, ¿no? —Enarca una ceja, mirándome—. ¿Y en qué idioma me voy a comunicar con ellos? ¿Y por qué demonios no nos hemos preparado con antelación? —Se pasa una mano por la cara, estresada—. Dios mío, me estoy agobiando muchísimo con esta mierda.

Esbozo una sonrisa maliciosa porque me apetece asustarla un poco.

—Es solo una comida; no te preocupes. Mi padre habla español, como yo, y mi madre entiende algunas palabras; algunos de mis hermanos y un par de primos saben inglés y español, y los demás miembros, como mis tíos, otros primos y mis abuelos, solo francés.

—Pero ¿cuántos sois? ¿Los ciento y un franceses?

—En circunstancias especiales nos podemos juntar treinta y seis, pero hoy solo estarán mi padre, mi madre, mis cinco hermanos con sus parejas e hijos, y mis caballos.

Iris suspira de alivio, pero enseguida me mira, ojiplática, al conocer el número de hermanos que tengo.

—¿Sois seis hermanos? ¿Tus padres no tenían tele o no sabían que existían los condones? ¿Y tienes caballos? —De nuevo, se pasa la palma por el rostro—. Demasiadas cosas estoy descubriendo hoy sobre ti; no estoy lista para procesarlas.

Riéndome, le respondo a cada pregunta:

—Somos cuatro chicas y dos chicos; yo soy la hermana pequeña. Claro que mis padres tenían tele y sabían de la existencia de los preservativos, pero siempre han deseado tener una familia muy numerosa. Y sí, tenemos caballos y sé montar desde que era una niña. De hecho, te voy a enseñar a montar más tarde.

Iris se echa a reír; creo que porque se piensa que estoy de broma.

—Ni de coña voy a subirme a uno de esos monstruos enormes.

—Has sobrevivido a los más de trescientos metros de altura de la Torre Eiffel; un caballo no es nada.

—No me vas a convencer. —Niega con énfasis—. Por mucho que me amenaces sin regalarme orgasmos con tu lengua.

Menos mal que el taxista no entiende castellano para enterarse de las ordinarieces españolas de Iris.

—Ya veremos, querida.

Una vez que el vehículo nos deja en la puerta de la casa de mis padres, le pagamos al conductor y nos despedimos de él.

En realidad, me despido yo, diciéndole con educación que tenga un buen día, porque la rubia se apea como si estuviera muda. ¿Ni siquiera sabe decir «adiós» en francés?

—*Et voilà*… La casa de mis padres —le digo a Iris señalándole con la mano la vivienda que se alza ante nosotras.

Ella la recorre con su mirada sin ninguna pizca de emoción.

—Qué nervios; voy a conocer a mis suegros gabachos —comenta en tono sarcástico, y da un par de palmaditas con una

fingida sonrisa—. Espero que haya vino de lujo para poder emborracharme.

Al escucharla, la apunto con el dedo índice, en señal de advertencia.

—Te prohíbo que te emborraches delante de mi familia, bonita, y ni se te ocurra soltar la palabra «gabachos».

Hace un ademán con la mano, decepcionada.

—Le quitas lo divertido a la vida. Luego dices que los franceses no sois aburridos.

Ya estamos.

Decido ignorarla y le indico con mi mano que me acompañe hasta el acceso principal, donde pulso el botón del portero automático para que algún miembro de mi familia nos permita entrar. Tras unos segundos aguardando, el portón se abre y nosotras nos encaminamos hacia la puerta por un sendero de piedra. Mis padres son los primeros en salir a recibirnos y, cuando me planto delante de ellos, me dan un fuerte abrazo.

—Mamá, papá, esta es Iris —se la presento señalándola con la mano, y ladeo la cabeza hacia la rubia—. Iris, ellos son mis padres: Aurélie y Arturo.

Iris les dice «encantada de conocerles» en francés, aunque con un pésimo acento, y yo me pregunto dónde ha aprendido esa expresión y si ha estado estudiando mi idioma natal antes de venir a Francia.

Mi madre, de brazos cruzados, la mira de arriba abajo, y mi padre se acerca a ella para darle dos inesperados besos y decirle, en su impecable español, que por fin la conoce y que parece más alta en la tele. A la rubia se le escapa una carcajada escandalosa y le responde, con unos decibelios de más, que se lo suelen decir mucho. Mi madre da un respingo ante tanto ruido y también saluda a «mi novia» besándole las mejillas.

—*Soy encantado de conocerla* —intenta hablarle en español la mujer que me trajo al mundo, llevándose una mano al pecho—. *Yo espero que usted estar como en su casa y sentir cómoda.*

Sonrío al escucharla; mi padre se ríe y comenta, primero en francés y luego en español para que todas lo entendamos, que

parece un indio hablando así, pero mi madre le lanza una mirada asesina y yo lo regaño. Iris, creo que haciendo un esfuerzo por aguantarse la risa, le da las gracias a mi progenitora, también en mi idioma natal. A continuación, nos invitan a entrar en casa y, conforme avanzamos por el pasillo (nosotras, detrás de ellos), Iris me susurra:

—Qué bien habla tu padre español, ¿no? Parece nativo.

—Normal, nació en Barcelona y se vino a Francia con mis abuelos cuando era un niño —le explico como si nada, y me encojo de hombros.

Iris detiene su paso y me mira, con la boca abierta.

—¿Eres medio española? ¿Y por qué yo no sabía nada?

—¿No habías cotilleado mi página de la Wikipedia? —inquiero—. Ahí aparece.

—Perdona, pero yo solo he curioseado tu carrera artística, no tu vida personal, que no me interesa para nada.

—Si hubieras estado más atenta, te habrías fijado en mi nombre real: Gabrielle Martínez. Gabrielle Leroux es mi nombre artístico, porque decidí ponerme el apellido de mi madre, que tiene más poderío y suena más *cool*. Ya has descubierto una cosa más sobre mí. —Me echo un mechón de pelo hacia atrás, presumida—. Vamos a comer y a presentarte a los demás. —Y continúo mi camino hacia el jardín, dejando a la rubia anonadada tras descubrir que soy más española que ella.

—¡¿Cómo que «Gabrielle Martínez»?!

# 27. Iris

La francesa me está vacilando. ¿Cómo se va a llamar «Gabrielle Martínez»? Vale que tenga ocho mil hermanos y caballos, y que la mitad de sus genes sean españoles, pero ¿lo de tener un apellido tan español? Lo siento, pero no me lo creo; es demasiado. Además, «Martínez» no le pega nada. Es como si yo ahora me invento que tengo un apellido inglés o coreano, y que Iris Llorens es mi nombre artístico; sería surrealista.

No, me niego a que se apellide Martínez.

—Vamos, *mon amour* —me dice Gabrielle al darse cuenta de que no avanzo por el pasillo de la casa de sus padres, ya que mi estado de estupefacción me lo impide—. ¡Iris!

Reacciono y la persigo hasta el inmenso jardín, donde nos esperan los demás miembros de su familia con una mesa enorme atestada de comida.

¿Ya está todo listo para zampar? Si no son ni las doce y media y todavía tengo el desayuno viajando hacia mi estómago… Qué pronto almuerzan estos franceses; yo estoy acostumbrada a comer a las tres de la tarde, e incluso a las cuatro. Cuando no se me olvida, eso sí.

Los cuatro niños pequeños, de entre cinco y ocho años, que estaban correteando por el césped y serán los sobrinos, se acercan hasta los adultos para conocerme. Primero saludo a cada hermano de Gabrielle y a las parejas; algunos me generan simpatía al instante y me dicen que son muy fans de Lapislázuli y que nos votarán en EuroStars, y otros son algo siesos, como la madre, que menuda miradita me ha echado en cuanto me ha conocido. Siento que no para de juzgarme cada vez que respiro, aunque haya intentado

hablarme en español. Después, saludo a los críos, que comentan que soy muy bajita y que les gusta mucho mi pelo.

Todos los miembros me dicen sus nombres, pero yo no retengo ninguno porque son demasiados y en francés (algunos ni los entiendo cuando los pronuncian); el único que me he aprendido ha sido el de «mi suegro»: Arturo.

Espero no tener que llamar por su nombre a nadie de esta familia de ciento y un franceses para no hacer el ridículo.

—Les he traído dos regalos típicos de España —les digo en español, a pesar de que me cueste un mundo hablarles de usted porque no estoy acostumbrada, y saco de la bolsa que sostengo una botella de aceite de oliva, con la que casi he tenido que vender un riñón para pagarla, y jamón serrano envasado al vacío.

A Arturo se le ilumina la cara al ver los dos productos y los coge, contentísimo.

—Oh, muchas gracias, Iris. Qué gran detalle.

Pobre hombre; seguro que lleva años sin probar un buen trozo de jamón ibérico ni una simple gota de aceite de oliva español.

La madre de Gabrielle les echa un vistazo a los regalos.

—*Yo me encanta el jambón y el aciete de olivo* —me habla dedicándome una sonrisa—. *Mucha gracia.*

Arturo, que haría muy buenas migas con mi padre, murmura por lo bajo que su mujer sí que tiene mucha gracia comunicándose así, y Gabrielle le echa la bronca otra vez por meterse con su madre, que la pobre está haciendo un esfuerzo en hablar en mi idioma, aunque esté intentando descubrir mis secretos más íntimos, el número de riñones que tengo o si me falta algún hueso con los rayos X que tiene en sus ojos.

—De nada. —Le devuelvo la sonrisa a la mujer con cortesía—. Me alegro de que os guste.

Tras conocerlos a todos, cada uno toma asiento alrededor de la mesa; yo, al lado de Gabrielle y de una de sus hermanas. Arturo es el encargado de servirnos el vino uno por uno como si fuera un camarero, mientras los demás nos echamos los entrantes en nuestro plato.

Y a mí me sorprende que hayan preparado comida española: croquetas, jamón, tortilla de patatas, ensalada rusa, aceitunas, todo tipo de quesos, gazpacho… Así no tengo que fingir que me gustan los entrantes. Un puntito a favor para mi familia política falsa.

Lo primero que hago, antes de probar nada, es darle un sorbo al vino para ir entrando en calor; también rezo para que ninguno de los presentes me haga preguntas embarazosas, porque simularé que no las he entendido por el idioma y el acento, o decidiré hacerme la loca.

—*¿Tú* te gusta el vino, Iris? —me pregunta mi suegra, que está presidiendo la reunión junto a su marido.

Dejo la copa en la mesa.

—Soy más fan de la cerveza, pero el vino no está mal —le respondo haciéndome la graciosa, y se me escapa una risita.

Gabrielle me da un puntapié y me percato de que un par de sus cuñados y hermanos se miran entre ellos, como preguntándose «¿de dónde ha salido esta tía tan cateta?»; mi suegra me contempla incómoda durante unos segundos hasta que Arturo me salva el culo y se echa a reír; su mujer y los demás lo imitan, pero sus carcajadas son más falsas que el chándal de Adidas que me compró mi madre para Educación Física, en el mercadillo, cuando iba al cole.

—Mi chica tiene un gran sentido del humor —interviene Gabrielle, también entre risas, primero en un idioma y luego en otro.

«Su chica».

Si hubiera estado comiendo, me habría atragantado al oír esa expresión.

—¿Podemos empezar a comer ya? Me muero de hambre —suelta uno de los niños con voz lastimera.

—Espera, Renaud, que sabes que primero debemos bendecir la mesa —le responde mi suegro, y el crío lo mira con cara de desconcierto.

¿Renaud no es una marca de coche? ¿Bendecir la mesa?

Y maldita la hora en la que le doy un segundo sorbo al vino, porque se me va para otro lado y comienzo a toser. Gabrielle me da palmadas en la espalda y mi suegro se descojona de la risa.

—¡Era broma! —exclama él.

Su mujer se pasa una mano por la cara, como pidiendo a gritos el divorcio, y los demás se ríen (bueno, solo los menos siesos y los niños).

—Papá, por favor —interviene Gabrielle—. Compórtate.

—Haría buen equipo con el mío —murmuro en su oído, y a ella se le escapa una risita que se asemeja a un ladrido de chihuahua.

Después de este incidente con el que por poco expulso los dos pulmones y algún que otro órgano aleatorio, todos los que ocupamos la mesa llenamos nuestros estómagos con los entrantes, y debo reconocer que los quesos, el gazpacho y la ensalada rusa están riquísimos. Una lástima que no pueda opinar lo mismo de su jamón, que más que jamón es chóped; de sus croquetas, que no están tan deliciosas como las que prepara mi madre o la abuela de Rober y Candela; o de su tortilla de patatas SIN CEBOLLA, cosa que me parece un sacrilegio siendo el patriarca de esta familia español.

—¿En este país no le gusta a nadie la tortilla de patatas con cebolla? —le susurro a Gabrielle para que los demás no me oigan y se ofendan, aprovechando que están charlando entre ellos y nosotras hemos dejado de ser las protagonistas.

—A nadie de mi familia le gusta con cebolla —me contesta como si nada—. Menos a mi padre.

Suelto una carcajada porque no me lo creo.

—Estás de coña. —Me quedo mirándola para descubrir si se está burlando de mí, pero permanece totalmente seria—. Tienes que estar de coña.

Niega con la cabeza.

—Es verdad. Sabe fatal con cebolla y se repite mucho.

No, por esto sí que no pienso pasar. No me queda más remedio que aceptar que se apellide «Martínez», pero ¿que prefiera la tortilla de patatas sin cebolla en vez de con cebolla? Lo siento, pero esto ya es demasiado. ¿Qué será lo siguiente? ¿Que se tome el ColaCao con agua o que diga que el gazpacho es lo mismo que el salmorejo? Porque de esta tía me espero cualquier cosa a estas alturas de nuestra inverosímil relación de mentira.

Y menos mal que nuestro romance es falso, porque JAMÁS estaría con una chica a la que no le gusta la tortilla de patatas con

cebolla.

Continuamos comiendo y, después de zamparnos los entrantes, con los que casi me estalla la barriga, toca el turno de hincarle el diente a un plato francés llamado *ratatouille*, que no lo he probado en la vida y solo he oído ese nombre en el título de una película de dibujos donde uno de los personajes es una rata que cocina, que la he visto con Pau un montón de veces.

Y, por supuesto, no me libro del interrogatorio que me hace esta familia mientras comemos, porque desean conocerme más a fondo cuando a mí solo me apetece tragar. Me preguntan por lo que he estudiado, por mi banda, por mis padres, por mi vida en España y por mis planes de futuro. Por poco me vuelvo a atragantar cuando quieren saber si me gustaría tener hijos; yo les he respondido, con toda la educación del mundo porque así me han enseñado mis progenitores, que todavía es pronto para pensar en eso y que por ahora solo estoy centrada en mi música y «en disfrutar de mi relación con Gabby».

Por otro lado, ellos me cuentan cosas suyas: que uno de los hermanos es rapero, que dos hermanas se dedican al mundo de la actuación, que la otra es *influencer* de TikTok, que los cuñados tienen trabajos normales y que el hermano sobrante ayuda a sus padres en la cafetería que tienen aquí, a la que me invitan antes de marcharme a España para que pruebe los mejores cruasanes y *macarons* del mundo, según mi «suegra».

Vamos, casi toda una familia metida en el mundo del espectáculo menos los padres, un hermano y los acoplados. La vida privada en esta casa brillará por su ausencia y seguro que son la comidilla de los medios de comunicación franceses cuando protagonizan algún cotilleo.

En cuanto nos tomamos el postre (una *mousse* de chocolate deliciosa), mi batería social ha descendido hasta el subsuelo y mi cerebro es como una batidora de idiomas por lo agotado que se encuentra al hablar en español e inglés, intentar entender el francés sin ningún éxito y agudizar mi oído porque esta gente habla tan bajito que parece que está susurrando. Para colmo, cuando he ido al

servicio, he flipado cuando el váter se hallaba en una minúscula habitación aparte, separado de la bañera y el lavabo.

Sin embargo, ha sido una reunión agradable, la comida me ha gustado (menos la tortilla sin cebolla, que aún no asimilo que Gabrielle sea una rarita, *tortillísticamente* hablando) y esta familia me ha caído bien, hasta la madre con su gracioso español robótico. Pero una necesita un respiro, que no estoy acostumbrada a estos eventos y encima se nos ha hecho tardísimo y debemos regresar a París. ¿Cuándo se despide la gente en este país tras una comida familiar? Parecen españoles.

—Ven conmigo, que te voy a presentar a los caballos antes de que nos vayamos, que no te puedes ir sin que los conozcas —me dice Gabrielle, que se levanta de su asiento.

Yo la imito, deseando no tener que montarme en ninguno, y ella le explica a su familia que ahora volveremos, porque me va a enseñar el establo.

—Esperad —interviene su padre—. ¿Os vais a quedar a dormir? Para sacar mantas y preparar la habitación. Con la hora que es, mejor será que paséis la noche aquí y os vayáis mañana temprano.

—*Oui, ellas quedarse a dormir* —se une mi suegra.

«No, gracias, amables suegros; además, no me he traído ropa».

Intercambio una breve mirada con Gabrielle, aunque la mía es de pavor y la suya, creo que de ilusión o alguna emoción ñoña.

—No te importa, ¿no? —me pregunta.

Proceso la propuesta tan marciana durante una eternidad.

—Eh… ¿Cómo me va a importar? —suelto esbozando una sonrisa falsa—. Me encantaría quedarme a dormir aquí.

Dios, qué mal se me da actuar.

—Entonces, perfecto. —Gabrielle aplaude, superfeliz—. Te prestaré ropa limpia y un pijama, que seguro que tengo algo en mi cuarto que te pueda servir. Pero ahora voy a llevarte a conocer a mis caballos.

Buah, menuda nochecita me espera… Y yo que tenía la esperanza de librarme de esta tortura lo más pronto posible.

La acompaño hasta el establo y, nada más entrar, un olor a estiércol se cuela por mis fosas nasales.

La naturaleza en todo su esplendor.

Nos acercamos a los cuatro caballos (cada uno está metido en su propia cuadra) y Gabrielle me los presenta. Primero es el turno de sus yeguas: Fleur, con el pelaje blanco, y Belleza, de color marrón con una mancha blanca en la frente. A continuación, les toca a los machos: Noir, que no tiene mucho misterio porque es más negro que el carbón, y Zafiro, de un tono grisáceo y su favorito. Mientras me los enseña y me habla de ellos, me mantengo a una distancia prudente porque no me fío de aproximarme mucho a esos bichos por si alguno me da una coz o se abalanza sobre mí, a pesar de que la francesa me asegure que son muy buenos y no hacen nada, pero creo que el negro no opina lo mismo por cómo me observa, con esa mirada oscura tan seria y penetrante con la que me está diciendo que más me vale no arrimarme a él si no quiero salir de aquí con un moretón en mitad de la frente.

—Has tenido suerte: no te voy a dar clases de hípica porque ya es tarde, pero ten por seguro que vendremos otro día con más tiempo —me advierte señalándome con su uña de Eduarda Manostijeras—. No te vas a escapar tan fácilmente de mis caballos.

¿Tengo que venir más días a ver a su familia? ¡Estas noticias se avisan con antelación!

—Eso lo tendremos que discutir primero, ¿no te parece, *mon amour?* —Le dedico una sonrisa fingida y decido cambiar de tema, no vaya a ser que a esta tía le apetezca darme clases de montar a caballo en plena oscuridad—. ¿Me enseñas tu habitación de toda la vida? Deduzco que la tendrás decorada como si un unicornio hubiera vomitado dentro.

—Vale, vamos. Pero te vas a sorprender.

Dejamos atrás el establo y Gabrielle me guía por su casa familiar tras habernos despedido de sus hermanos y sobrinos y cruzado el jardín, que ya se encuentra con la mesa recogida. Subimos a la planta superior y avanzamos por el pasillo hacia la puerta del fondo a la izquierda, donde está colgada una placa de madera blanca, con el nombre de la francesa escrito en letra cursiva. Me invita a pasar a mí primero y, para mi asombro, me topo con un dormitorio de tamaño normal y no con una *suite* de hotel. Ni siquiera tiene una

cama doble, sino una individual con unas sábanas con dibujos de flores y pegada a la pared, pintada de un tono crema y decorada con fotos en las que aparece con su familia, amigos y otros artistas. También hay una cómoda de madera algo desgastada, un escritorio con marcas de lápices y un par de estanterías con libros, discos y algún que otro trofeo que ha ganado a lo largo de los años, como el de EuroStars Junior y el de EuroStars de los adultos.

—Es algo cutre para ser tú —comento lo primero que se me pasa por la cabeza al echarle un vistazo rápido a lo que nos rodea—. Me la imaginaba más despampanante, del tipo Gabrielle Leroux, no de Gabrielle Martínez.

Se lleva una mano al pecho y me mira con la boca abierta, ofendida por mi sinceridad.

—¿Acabas de llamar «cutre» a la habitación en la que he crecido?

—Así es. —Asiento, dedicándole una sonrisa sin una pizca de arrepentimiento.

—Haré como que me he quedado sorda y no he oído nada. —Se encamina hacia el armario, de morros, y coge algo de su interior—. Toma, ponte este pijama. —Se da la vuelta hacia mí y me lo intenta lanzar a la cara, pero yo lo capturo al vuelo—. Te quedará genial y estarás monísima.

Analizo con una ceja enarcada la camiseta de manga corta y el pantalón que me ha tirado.

—¿Un pijama de la Barbie? —inquiero sosteniendo el par de trapos rosas con asco—. ¿Me estás vacilando, Eduarda?

Ella se encoge de hombros, divertida.

—No tengo otra cosa para prestarte. Lo siento.

Suelto un bufido y me golpeo la frente con el pijama.

El premio a la ridiculez del año lo voy a ganar yo esta noche por ponerme este engendro.



El martes por la mañana, antes de que la francesa se despierte, salgo de la cama de su piso a hurtadillas para sacar, en silencio, su regalo de cumpleaños de mi maleta, donde lo tengo escondido.

Ayer, cuando nos levantamos, desayunamos con sus padres en el jardín y nos despedimos de ellos para regresar a París y continuar con nuestros quehaceres, pero les prometimos que les haríamos otra visita muy pronto.

Me encanta esta relación repleta de mentiras (nótese la ironía) y agradezco que no nos esté creciendo la nariz como a Pinocho. No es por ser pesimista, pero tengo la sensación de que esta mierda acabará por explotarnos en la cara más adelante.

Me vuelvo a acomodar en la cama y me siento al lado de Gabrielle con las piernas cruzadas, sosteniendo su regalo. Ella sigue dormida, con la cabeza y el cuerpo girados hacia mi lado, los labios entreabiertos y su melena castaña descansando sobre la almohada.

Quedan diez minutos para las ocho y que su alarma comience a sonar. No debería despertarla todavía, aunque creo que la ocasión lo merece. Es más, hasta lo haría golpeando una cacerola como venganza, como hizo ella en la primera noche que me quedé a dormir en su chalet, pero no he metido ninguna en mi equipaje y no tengo ganas de rebuscar en los armarios de su cocina.

Así que no me queda otra opción y carraspeo para cantarle *a cappella* y a gritos:

—*¡Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz!* —empiezo, y ella arruga ligeramente el entrecejo y los párpados—. *¡Te deseo, Eduarda, cumpleaños feliz! ¡Bieeeeeeeen!*

Gabrielle se restriega un ojo con la mano y después los abre poco a poco para mirarme y curvar sus labios hacia arriba de manera automática.

—Menos mal que no eres la vocalista de Lapislázuli y tu talento está en otra parte de tu cuerpo.

—¿En qué parte? —inquiero alzando una ceja, y ella se incorpora sobre el colchón.

—Lo sabes bastante bien. —Me lanza una mirada provocadora y señala con su cabeza el paquete que tengo en mi regazo, envuelto en papel de regalo plateado con purpurina y un lazo—. ¿Eso es para mí? —me pregunta con el semblante ilusionado.

—¿Para quién va a ser si no? —Se lo tiendo con una amplia sonrisa asomada a mis labios—. Felices veintisiete, *mon amour.* Más te vale que no te ocurra nada malo con esta edad, porque me encargaré de rematarte.

La gabacha se echa a reír y coge su regalo.

—Tendré cuidado.

Observo cómo deshace el lacito y rompe el papel con el que con tanto esfuerzo he cubierto el paquete, porque envolver regalos no es una de mis cualidades y acaban pareciendo un churro. A continuación, se encuentra con una caja de cartón negra, que la abre al instante.

—¿Unas Converse? —pregunta al sacar las zapatillas violetas del interior, sin eliminar esa sonrisa bobalicona de su rostro.

—Para que abandones tus taconazos, que algún día te vas a partir un pie y no me apetece ser la esclava que se encargue de empujar tu silla de ruedas.

Vuelve a reírse a carcajada limpia.

Las compré ayer por la tarde, aprovechando que Gabrielle estaba liada con los preparativos de su cumple. Me acompañaron los lapislázulis para ayudarme con mi decisión, aunque a ninguno de los tres les gustó mi idea por no ser tan romántica. El número de pie se lo tuve que preguntar al lameculo por WhatsApp, y espero que no me haya engañado, porque he perdido el tique y en la tienda no van a querer descambiármelas.

—Me han encantado. —Acerca sus labios a los míos y me da un beso de agradecimiento que me deja en un estado de estupefacción mañanero—. Muchísimas gracias.

—De nada, mujer.

¿Ese beso era fingido?

Mi cerebro medio adormilado no entiende por qué la francesa me ha besado así si no hay cámaras ni gente a nuestro alrededor y tampoco vamos a follar.

—Me las pondré hoy para que todo el mundo me vea con tu fantástico regalo.

—Voy a hacerme un café —suelto de sopetón, y me levanto de la cama de un salto—, que todavía me cuesta procesar ciertas cosas.

—Prepara para mí también, eh. —Gabrielle me sigue con su mirada hasta la puerta, pero sé que se ha extrañado con mi comportamiento.

Le respondo «oui, oui», abandono el dormitorio y me estampo una bofetada en la mejilla para despertarme de golpe, pero me doy tan fuerte que me hago daño y me la acaricio, maldiciendo a Francia.

# 28. Gabrielle

Hoy celebro mi cumpleaños por todo lo alto en uno de los clubs de moda de París y estoy emocionada. He invitado a mi familia, a mis amigos de mi pueblo y a un centenar de famosos franceses y algunos españoles con los que tengo relación; de entre ellos, se encuentran los lapislázulis y sus allegados, por supuesto.

También me siento algo nerviosa, porque nunca he celebrado mi cumple a lo grande, aunque parezca mentira; siempre he hecho una ceremonia íntima con las personas más cercanas. Pero tras las recomendaciones de Lucien, que me ha aconsejado que hagamos un fiestón para que sigan hablando de mí, de mi futuro álbum y de mi relación con Iris, he decidido darle la bienvenida a los veintisiete de esta manera.

Hemos contratado a fotógrafos para que inmortalicen cada momento, y asistirán los medios de comunicación para que la primera noticia con la que se tope la gente cuando se despierte mañana sea la de mi cumpleaños, ya que, estos días, la periodista con nombre de compresa y los reporteros de otras revistas solo nos han reservado un pequeño hueco en sus publicaciones, como nuestra visita a la Torre Eiffel y la comida con mi familia, porque el protagonismo se lo había llevado Daniel y su propuesta de matrimonio tan romántica. A Iris y a mí nos han dejado en un segundo plano y yo estoy ofendidísima, porque me encanta ser la que acapara los titulares, aunque me alegre un montón por la futura boda de sus amigos.

El taxi se detiene frente al local y mi Luci es el encargado de abrirme la puerta del vehículo. Me ayuda a apearme, ofreciéndome su palma, y yo me sujeto la falda de tul violeta con la otra mano

para no pisarla, porque esta vez me he puesto una que me llega hasta los pies.

—Estás divina, *ma chérie* —me halaga mi amigo, y señala mi calzado con expresión de desaprobación—. Pero no me convencen nada esas Converse; no te pegan con el modelito, aunque sean violetas. Hubiera sido mejor opción algún zapato elegante con un buen taconazo de los cincuenta mil que tienes.

—Me las ha regalado Iris para que no me ponga tacones y estemos casi a la misma altura. —Alzo unos centímetros los bajos de la falda para mostrarle las zapatillas de deporte—. Son bonitas. Voy elegante pero cómoda.

—Si te las ha regalado tu novia, puntito en boca. —Y se pasa una cremallera invisible por los labios.

¿Puntito en boca?

Me quedo mirándolo, divertida.

—¿De dónde te has sacado esa expresión tan españo…?

No acabo la pregunta porque un pellizco en la nalga derecha me interrumpe. Se me escapa un gritito, doy un respingo por culpa del susto y me giro hacia el taxi.

—¿Te puedes quitar del medio y dejar de marujear con tu lameculo, que no puedo salir? —me espeta Iris.

—Ups, perdón —me disculpo, y me hago a un lado porque estaba bloqueando la puerta trasera del vehículo con mi cuerpo.

Los demás lapislázulis vienen en otro taxi; Iris ha tenido que subirse en el mismo que yo porque debíamos aparecer juntas, ya que es obligatorio que la cumpleañera asista a su fiesta de la mano de su novia.

En cuanto la rubia sale del coche con su melena ondulada y vestida con una falda de cuero roja, una cazadora negra y unos botines militares, Lucien comenta que también está divina, que hacemos una pareja espectacular y que parecemos un ángel y un demonio.

—Gracias, tú también estás divino con ese traje tan cutre con dibujos de arcoíris —le responde Iris en tono burlón, y ahora soy yo la que le da un pellizco en el trasero—. ¿Te ha vomitado un unicornio? Aún quedan varias semanas para el mes del Orgullo.

—No sabes apreciar el arte en la moda, cateta. —Mi amigo se ajusta la chaqueta, tirando de las solapas con brusquedad, con claras evidencias de que se ha molestado—. Vamos, que os toca sesión de fotos, parejita del año.

Como no podía ser de otra manera, he ordenado que pusieran una alfombra roja en la entrada del local para que a cada invitado famoso le hagan una sesión de fotos, porque las cosas, o se hacen bien o no se hacen.

Entrelazo mi mano con la de Iris y, conforme nos dirigimos a la entrada, los fotógrafos comienzan su trabajo y nuestro alrededor se ilumina con los *flashes* de las cámaras. La primera en posar en la alfombra soy yo, a solas, pero después se une Iris a mí para que nos fotografíen juntas, cada una sujetando de la cintura a la otra y sonriendo, luego mirándonos y, por último, dándonos un beso en los labios, que ya nos sale de forma natural de tantas veces como lo hemos repetido en público.

—¡Gabrielle, enseña los zapatos que te ha regalado Iris! —me pide a gritos una de las fotógrafas, y yo le hago caso, alzando la falda para lucir con orgullo las Converse.

Saben que me las ha regalado ella porque he publicado una foto en una *storie* de mi Instagram, donde aparecen las zapatillas de deporte y la frase «regalito de mi chica».

Una vez que acaba nuestra sesión de fotos de pareja, abandono a Iris en la alfombra para que se haga una con los integrantes de su banda, que se nota que acaban de llegar porque están formando escándalo como españoles que son. Me adentro en el club para prepararme para recibir a los demás invitados cuando atraviesen la entrada y saludo a mi familia, que ya está en el interior, esperándome.

En total, asistirán cuatrocientas personas que me ha costado elegir porque no tenía ni idea de a quiénes invitar, más allá de los más cercanos. Mi equipo ha acondicionado la zona con suficientes mesitas y sofás de terciopelo dorado, una pista de baile, un escenario para las actuaciones y el karaoke, y luces de neón que van cambiando de color; también hemos contratado camareros para que se paseen por el club con bandejas con canapés y bebidas.

Un ambiente de lo más glamuroso y sofisticado con el que deseo que mis invitados se sientan como en su propia casa.

—Se te ha ido la olla celebrando tu cumple, ¿no? —Iris interrumpe mis cavilaciones y la inspección que le estoy haciendo al local con mi mirada para comprobar que todo está perfecto—. Qué nivelazo.

Me doy la vuelta hacia ella y me fijo en que ya se ha adueñado de una copa y un canapé de fuagrás.

—¿Y qué esperabas? —Me echo la melena hacia atrás—. Soy Gabrielle Leroux, una estrella del pop.

—Gabrielle Martínez —me corrige—. Una pueblerina gabacha a la que le gusta la tortilla de patatas sin cebolla.

Suspiro, poniendo los ojos en blanco.

Dios mío, qué pesadita está con ese tema. Lleva recordándome lo de la tortilla de patatas sin cebolla desde que se enteró de que no me gusta con esa hortaliza.

—Oye, ¿no hay cerveza? —Le da un sorbo al cóctel violeta y arruga cada centímetro de su cara en una mueca de asco—. Esta mierda de colorines sabe rara.

Abro la boca y me llevo una mano al pecho, indignada.

—Eso que te estás bebiendo se llama Lavender Martini y es mi cóctel favorito por excelencia.

—Perdone usted —me responde con la boca llena, porque se acaba de meter lo que le quedaba del canapé, y levanta una palma en son de paz.

Al desviar la vista hacia la entrada del club, advierto que la gente está empezando a entrar, así que ha llegado la hora de ser una buena anfitriona.

—Voy a recibir a mis invitados —le digo a Iris, y le doy un pico —. No te vayas muy lejos, ¿vale? Te tienen que ver pegada a mí en mi cumple.

Ella, dándole otro sorbo al cóctel, levanta el dedo pulgar de su mano libre.

—Y necesitas a alguien que te cuide, porque los veintisiete son bastante traicioneros, querida —ese «querida» lo pronuncia con retintín, y se señala los ojos, con los dedos índice y corazón en

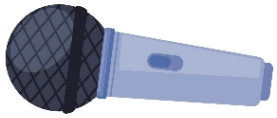
forma de uve, acompañando el gesto con una mirada de advertencia —. Te estaré vigilando hasta que cumplas los veintiocho.

¿Cómo que hasta los veintiocho? ¿No se acuerda de que nuestro contrato finaliza en unas semanas y de que está deseando deshacerse de mí? Se nota que ya se le ha subido el alcohol al cerebro, aunque haya empezado a beber ahora mismo.

No obstante, decido seguirle la corriente y le lanzo un beso a través del aire.

—Estaré encantada de que me vigiles los años que hagan falta, querida. —Me despido de ella con la mano—. Chaooo.

Y me dirijo hacia la entrada, ahora sí, para recibir a mis demás invitados.



—¿Sabéis dónde se ha metido Iris? —les pregunto a sus amigos, que se han acomodado en uno de los sofás.

Llevo diez minutos buscándola por el club y no doy con ella ni por casualidad.

Tras recibir a los invitados hace unas horas, me he vuelto a reunir con ella y hemos estado bebiendo, comiendo y bailando juntas. Le he presentado a varios amigos míos y la he vuelto a abandonar, porque quería comprobar una vez más que todo estaba en orden y seguir saludando. Hasta hace un rato, que he interpretado tres de mis canciones en el escenario y ahora es el turno de que actúen los demás.

—Se ha encerrado en el baño para escuchar sonidos de lluvia y estudiar —me informa Candela alzando la voz por encima de la música de uno de los cantantes franceses que he invitado.

Le doy las gracias y me encamino hacia el servicio con la intención de esperarla fuera, ya que no quiero molestarla ni interrumpir los rituales que hace antes de subirse a un escenario, como aislarse de la multitud para colocarse los auriculares y

escuchar sonidos de lluvia con los ojos cerrados, sentada en el suelo, como si estuviera meditando.

Cuando la pillé por primera vez de esa forma, en uno de sus ensayos, la saqué de su trance y por poco me asesina. Aunque no la juzgo: yo también tengo mis propias manías, como la de hacer sonidos extraños con la boca y ejercicios para calentar la voz; sin embargo, no entiendo por qué Candela ha dicho que está estudiando. ¿No se sabe la letra de la canción que va a tocar dentro de unos minutos con su banda? ¿O se está volviendo a aprender la partitura porque siente que se le ha olvidado? Algunos artistas hacen cosas muy extrañas.

Aguardo en la entrada del baño y un par de amigos me preguntan por lo que hago aquí a solas; yo les respondo que estoy esperando a mi chica. En cuanto Iris por fin sale de uno de los cubículos, se asombra al verme fuera y se esconde con rapidez un papel en el bolsillo de su cazadora de cuero.

—¿Qué haces aquí?

—Esperándote para desearte suerte en tu actuación, como novia tuya que soy —le respondo esbozando una sonrisa sincera, y añado, con curiosidad y haciendo un mohín—: ¿Qué había en ese papel?

—Mi testamento —escupe sin previo aviso, con el semblante impertérrito—, que a esta edad nunca se sabe lo que puede pasar.

Frunzo los labios sin creérmelo.

—¿Me lo enseñas?

No sé para qué se lo pido, si ya me sé su respuesta.

No obstante, me promete que me lo mostrará cuando termine de tocar con su banda, aunque tampoco me lo creo, porque me lo habrá dicho para que no le insista.

Dejamos atrás el baño, ella desaparece con sus amigos para coger su guitarra y prepararse, y yo me uno a Lucien en la pista, justo en primerísima fila para no perderme nada.

Los cuatro integrantes de Lapislázuli hacen acto de presencia en el escenario y se colocan en sus puestos: Candela, detrás, con la batería; Rober, en el extremo izquierdo, con el bajo; Dani, en el centro, frente al micro y con su Telecaster; e Iris, en el lado derecho, con su guitarra eléctrica.

Y debo reconocer, por milésima vez, que son unos músicos buenísimos. Cada día tengo más claro que cuentan con todas las papeletas para ganar el concurso musical más importante de Europa, no solo por la música tan magnífica que componen, sino también por la cantidad de gente que los considera sus favoritos, según las encuestas que circulan por internet.

Durante la actuación, no puedo parar de mirar a Iris, que logra hipnotizarme con sus movimientos salvajes y sensuales mientras aporrea las cuerdas de su guitarra y sacude su melena rubia; tampoco puedo quedarme quieta, porque es imposible no balancearse al ritmo de la canción roquera tan pegadiza, que te obliga a dejarte la piel bailando.

Pero, sobre todo, no puedo dejar de sentir mariposas en el estómago cada vez que ella desvía su mirada hacia mí y me sonríe o me guiña un ojo. Me está volviendo loca esta mujer con sus pintas de tipa dura con las que solo consigue generarme ternura.

Cuando Lapislázuli termina de tocar, el público aplaude e Iris se adueña del micro de Dani para robarle el protagonismo. Después, carraspea y pasea sus intensos ojos grises por cada persona hasta que los detiene en mí.

Miedo me da lo que vaya a hacer o a decir.

—Eduarda —comienza a hablarme, sonriéndome—. Soy una mujer de pocas palabras, así que no te esperes una gran demostración de amor ni un discursito romántico por tu cumple, ¿estamos?

Se me escapa una carcajada, los demás invitados se ríen y Lucien acerca los labios a mi oído para susurrarme:

—¿Por qué te ha llamado Eduarda?

—Cosas nuestras.

Iris continúa con su monólogo sin dejar de mirarme ni de sonreír:

—Como te he prometido antes, te voy a enseñar lo que tenía escrito en ese papel con el que me has pillado saliendo del baño. —Hace una mueca con los labios—. Bueno, más bien te lo voy a recitar de carrerilla sin mirarlo. —Se ríe—. En fin… Solo quería decirte que eres una tía de puta madre y espero poder estar a tu

lado cuando celebres tus siguientes cumpleaños. —Se saca algo del bolsillo de su chaqueta y se lo muestra a la audiencia. Yo me tapo la boca con las manos, conmocionada de verdad, aunque ella esté fingiendo—. Es una tontería, pero me hacía ilusión regalarte un colgante con mi púa de la suerte; jamás me subo sin ella a un escenario para que me ayude a tocar mi guitarra. Ahora quiero que la tengas tú para que también te dé suerte en tus actuaciones. Así que, si quieres, sube aquí para que te la ponga.

Todos los presentes sueltan varios «ohhh» y escucho a Lucien comentar «qué romántica es la novia de Chucky, por favor».

Sin pensármelo más, voy hasta Iris, con una pedazo de sonrisa iluminándome la cara por la felicidad, y me doy la vuelta para que me abroche el colgante mientras sostengo con mi mano la púa para admirarla.

Es cierto que es la suya. La original. Creía que había comprado otra igual en algún mercadillo o en un bazar asiático… Aunque deduzco que esto es un teatro por el día que es y que, cuando se termine nuestro contrato y rompamos, me pedirá que se la devuelva.

Mis invitados nos aplauden y nos dedican silbidos, y yo me giro hacia Iris para besarla en los labios.

—¿Cuánto te ha pagado Lucien para que hagas esto? —le pregunto en un susurro para que el micro no detecte nuestras palabras y todos se enteren de nuestra farsa.

Ella me mira, ofendida.

—Me duele que pienses que hago estas tonterías por dinero y por nuestra relación de mentira y no por ti, que en el fondo te estoy cogiendo cariño.

—Tú solo le has cogido cariño a mi lengua.

—También, también. —Se echa a reír—. Y a tus garras de Eduarda Manostijeras. ¿Para qué nos vamos a engañar?

Niego de lado a lado, sin poder dejar de sonreír, y nos volvemos a besar delante de nuestro público con los sonidos de sus aplausos de fondo. Luego, nos bajamos del escenario junto a los demás lapislázulis para continuar disfrutando de mi cumple y de la música.

Pero no todo iba a ser de color de rosa porque, en un momento de la noche, cuando me dispongo a entrar al baño para retocarme el maquillaje (traducción: para hacer pis), me tropiezo por el camino con Gaston, mi ex, que me agarra del brazo desprevenida y me gira de manera brusca hacia él.

Sí, el que me puso los cuernos con una *influencer* de dieciocho años. No sé qué demonios pinta aquí si no lo he invitado.

—Gabrielle —pronuncia mi nombre en tono autoritario, y yo me suelto de su agarre de un tirón.

—¿Qué haces aquí? —le espeto contemplándolo con rencor—. ¿Y cómo has entrado? No eres bienvenido en mi cumpleaños; sabes perfectamente que no te he invitado.

—He venido para pedirte por las buenas que borres esa canción tan ridícula que acabas de sacar en la que solo dices mentiras sobre mí, que tus fans tóxicos no paran de insultarme en redes y de desearme la muerte, y mi reputación como modelo se está viendo afectada. ¿Quién te crees que eres? ¿Shakira? Más quisieras. Esa cantante colombiana te da mil vueltas.

Me río con sarcasmo y me cruzo de brazos.

—Por supuesto, querido. Tengo que facturar.

—Tú solo eres un fraude que no sabe cantar y que usa autotune. La gente tiene el oído atrofiado y no sabe apreciar la buena música. Has llegado hasta donde estás por enseñar el culo bailando y estar medio buena.

—Perdona, pero estoy donde me merezco porque me he esforzado durante mi carrera artística, no como tú, que solo eres un modelo con una cara bonita.

Gaston se harta de mis respuestas cortantes y me mira con expresión dura, apuntándome con el dedo índice y creyéndose que me impone con esa actitud amenazante.

—Mira, Gabrielle, o borras esa puta canción y dices que todo ha sido un malentendido o…

—¿O qué? —lo corto plantándole cara.

—O todo el mundo se enterará de que tu relación con esa rubia es más falsa que la voz que usas para cantar.

# 29. Iris

—¿Quién es ese tío que está hablando con Gabrielle? —le pregunto a Candela sin parar de mirarlos a una distancia prudente—. Me ha mosqueado cómo la ha cogido del brazo.

Ese tipo ha interrumpido su camino cuando ella se dirigía hacia el baño y la ha sujetado del brazo con muy mala hostia para que se diera la vuelta hacia él. Al principio, he pensado que podría ser uno de sus infinitos invitados para saludarla, pero he descartado esa opción al descubrir cómo la francesa se ha soltado de su agarre de un tirón y se ha cruzado de brazos, en expresión defensiva.

Y yo me muero de la intriga por saber quién es. Me están entrando ganas de ir hacia allí y darle un guantazo, aunque no llegue a su cara ni poniéndome de puntillas, porque el tío rondará los dos metros y le saca como cuarenta cabezas a Gabrielle.

Candela desvía la vista hacia ellos y entrecierra los ojos.

—Es su ex, Gaston Moreau, un modelo francés superfamoso que le puso los cuernos con la *influencer* Paulova Putalova —me informa, y yo la contemplo atónita, porque no tenía ni idea de lo bien enterada que está sobre esa clase de cotilleos—. Yo la sigo en Instagram.

Vuelvo a mirar a los otros dos y supongo que estarán manteniendo una conversación no muy agradable, puesto que el tipo está amenazando a Gabrielle con el dedo; en cambio, ella sigue de brazos cruzados, pero ya con una actitud serena.

—¿Y qué hace aquí?

—Acércate y te enteras —me anima mi amiga—. Defiende a tu mujer de ese caracartón y luego nos cuentas el chisme.

Seguro que es por el lanzamiento de su nueva canción, que ha afectado a su ego.

Sin dudarlo más, recorro la distancia que nos separa a pasos agigantados y me paro delante de ellos.

—¿Hay algún problema? —les pregunto con mi mirada centrada en Gabrielle.

—No pasa nada, Iris —me contesta ella, y ladea la cabeza hacia mí, divertida—. Solo se ha colado una rata venenosa en el local, pero no te preocupes, que la estoy invitando a encerrarse en su cloaca antes de avisar a seguridad.

Alzo la vista hacia el tipo, que me observa como con animadversión, y me habla en francés, aunque yo me quedo con cara de lerda porque no entiendo nada de lo que dice. De nuevo, se dirige hacia Gabrielle y los dos reanudan su pelea, discusión, conversación o lo que sea que estén teniendo.

Me fijo en que el ex luce cabreadísimo a medida que parlotea casi sin respirar, que parece que va a sufrir una embolia de un momento a otro, y la francesa permanece tranquila y se comunica con él con muecas de burla.

Me cago en todo. Debería haber avanzado más en mis lecciones de Duolingo en francés, porque necesito enterarme de cada detalle. Que hablen en inglés, por lo menos, si el otro no sabe español, y así nadie se queda excluido de la tertulia.

Sin embargo, no me hace falta saber francés para darme cuenta de que la discusión entre ellos se vuelve más acalorada cuando él la vuelve a coger del brazo con brusquedad; a mí me entran los mil demonios y me decanto por usar el idioma universal: el de la violencia.

Por mi estatura, no llego hasta su careto para propinarle un puñetazo y girarle la cabeza, pero sí alcanzo hacia otra zona más sensible.

Sin más dilación, me armo de valor y le asesto una fuerte patada en la entrepierna con la que lo obligo a soltar el brazo de la francesa y a doblarse sobre sí mismo para proteger sus partes íntimas con las manos y quejarse de dolor. Gabrielle se tapa la boca, anonadada, apreciando cómo su ex lloriquea y me dedica todos los

insultos que existen en su idioma natal. Pero como ya voy conociendo a mi novia de mentira después de compartir tantas horas juntas, me percato de que lo que de verdad está haciendo es aguantarse la risa.

Echo un vistazo a nuestro alrededor y descubro que los invitados han dejado de bailar, beber, charlar o lo que demonios estuvieran haciendo y se han amontonado a escasos metros de nosotros para mirarnos mientras cuchichean, con la música sonando de fondo; otros nos graban y fotografían con sus móviles y Candela, como siempre, está descojonándose de la risa como si fuera una foca con asma.

El personal de seguridad que ha contratado Gabrielle brota de la nada y se lleva al ex a rastras para echarlo del local y que deje de dar por culo. Luego, Lucien se coloca delante de nuestro público para decir, en tres idiomas diferentes para que todos los asistentes lo entiendan:

—Vamos a continuar con la fiesta. Aquí no ha pasado nada.

Tras este espectáculo y las palabras del lameculo, la masa se disuelve y continúan con la celebración, pero presiento que mañana nos despertaremos con millones de titulares sobre lo sucedido y Bruna me arrancará la cabeza por haberla liado sin quererlo, dejando estéril a ese mendrugo.

Menuda racha llevo. Con lo tranquila que estaba en mi garaje tocando con mi guitarrita antes de entrar en el asqueroso y tóxico mundo de la fama…

Bah, da igual. Ese tío se merecía la patada y mucho más por haber tratado así a Gabrielle. De lo único de lo que me arrepiento es de no habérsela dado más fuerte.

—Por fin puedo ir al baño —suelta ella marcándose un bailecito para aguantarse el pis—. Espero un minuto más y me lo hago encima. Ahora vuelvo. —Y se marcha corriendo hacia los servicios.

Yo me río, negando con la cabeza, y voy tras ella para esperarla en la zona de los lavabos y aprovechar para echarme agua en la nuca, que me he estresado con la situación que acabo de vivir.

Un par de minutos después, Gabrielle sale del habitáculo y se lava las manos; yo le pido que me explique lo que ha pasado con su

ex y por qué parecía tan enfadado. Ella me responde que no sabe cómo se ha colado aquí, porque ni siquiera lo había invitado, y que ha venido para amenazarla con contar que nuestra relación es falsa como venganza por haber publicado esa canción.

—Si le pica, que se rasque. Es lo que toca cuando se sale con artistas. —Desvío la mirada hacia los cubículos por si hay alguno ocupado, pero todos se hallan vacíos; después, me vuelvo a centrar en Gabrielle y añado en un susurro—: ¿Y cómo se ha enterado de que lo nuestro es un paripé si nadie más lo sabe?

Lucien y Bruna no han sido, porque confiamos en ellos y trabajan para nosotras, y mi banda, tampoco, porque somos una familia y nos protegemos entre nosotros. Es imposible que a alguno se le haya ido la lengua si ni siquiera conocen personalmente a ese francés.

—Lo más seguro es que se lo haya inventado por si cuela, para meterme miedo. Si dice algo, nadie lo va a creer. —Esboza una sonrisa—. Y menos, tras tu declaración de amor y tu patada mortal.

Se me escapa una risotada.

—Se la merecía.

—Desde luego que sí.

Abandonamos el baño entre risas y nos volvemos a unir a la fiesta para seguir disfrutando de su cumpleaños.



***El glamuroso cumpleaños de Gabrielle Leroux y la aparición estelar de un fantasma del pasado.***

*Ayer, la estrella del pop más cotizada de Francia celebró su vigésimo séptimo cumpleaños en el Lumière Royale, uno de los clubs más exclusivos y elegantes de París, donde invitó a infinidad de caras conocidas del mundo de la farándula francesa y española.*

*Los integrantes de la banda Lapislázuli también hicieron acto de presencia: Daniel Domènech, que lucía su precioso anillo de su*

*reciente compromiso con el fisioterapeuta catalán Axel de la Rosa; Rober Guerrero, que no se acercó en toda la noche a Lucien Dupont (¿posible pelea o ruptura?); Candela Guerrero, que disfrutaba de su soltería mientras se reía de lo que sucedía a su alrededor, sin preocuparse por los dramas amorosos (en la vida, yo soy Candela); y, por supuesto, Iris Llorens, demostrándole su amor a Gabby encima del escenario al regalarle su púa de la suerte. Fue un momento tan romántico y emotivo que no pudimos evitar soltar varias lagrimillas. ¡Un aplauso para esta pareja, que está enamorada!*

*No obstante, cuando la celebración parecía ir viento en popa, un fantasma del pasado de Gabby resurgió de sus cenizas: el impresentable Gaston Moreau, su ex. Fuentes cercanas nos informan de que asistió a la fiesta para quejarse sobre la nueva canción de la estrella del pop francés, pero acabó poniéndose agresivo y nuestra Iris le paró los pies, atizándole una superpatada en su zona más sensible.*

*¡Muy bien, defendiendo a su chica! Nosotras no apoyamos la violencia, pero en este caso estamos de acuerdo en usarla. Nuestra única duda es si habrá dejado a ese esperpento estéril para que no se reproduzca jamás.*

*Para finalizar, compartimos el texto que publicó Gaston en sus stories de Instagram nada más abandonar el local, que lo hemos traducido del francés con mucho amor para vosotras, nuestras lectoras más fieles:*

*«Que sepáis que la relación entre Gabrielle y esa rubia es más FALSA que los seguidores de las dos, que son solo bots. Todo es una estrategia de marketing para llenar sus bolsillos, ganar más fama y evitar que Francia y España se odien. Y otra cosa: pienso demandar a esa españolita por agresión y a Gabrielle, por difamación. Nos veremos en los tribunales».*

*Ninguna de las artistas se ha pronunciado todavía frente a esta acusación tan grave, pero estaremos atentas a sus redes.*

*¿La verdad? No nos creemos ni una palabra del modelo francés, porque se nota que está dolido por la composición de nuestra*

*Gabby. El que se pica, ajos come, y el que podría llevarse la demanda por difamación es él.*

*Pero no os preocupéis, que tenemos Gabiris para rato y ni un tsunami las podrá separar.*

*Nos vemos en los siguientes salseos.*

*Gracias por vuestra atención.*

*Firmado: Fina Segura.*

Termino de leer la cutre noticia que salió a la luz ayer por la mañana.

Madre mía, cómo está el mundo de los cotilleos y qué ascazo le tengo. Lo bueno es que casi nadie le ha hecho caso a ese imbécil y se han puesto de nuestra parte porque piensan que lo ha hecho por venganza, así que mi relación de mentira con Gabrielle no corre ningún peligro.

Por ahora.

Me levanto del borde de la fuente central de la plaza de San Felipe Neri para irme, que ya va siendo hora porque llevo más de treinta minutos aquí sentada, con los auriculares inalámbricos puestos y vestida de incógnito, con unas gafas de sol enormes que me tapan casi media cara, una sudadera que le he cogido prestada a Axel y que me queda bastante holgada, con mi melena escondida por debajo y la capucha cubriéndome la cabeza. Nadie me ha reconocido con estas pintas, y eso que no para de aparecer gente en este lugar tan turístico de Barcelona; espero seguir pasando desapercibida hasta que llegue a la casa de mis padres.

Abandono la plaza con *My Immortal*, de Evanescence, inundándome los oídos y camino hacia la parada de metro más cercana. Cuando estoy subida en el tren, ocupando uno de los asientos, me llega un mensaje de la francesa.

**Eduarda:** «Hola, mon amour. ¿Cómo está Bartolamiau?»

Ella se ha quedado unos días más en París, trabajando, y vendrá a Barcelona el finde para reponer energías. Mi banda y yo tenemos que seguir con los prepararivos porque se acerca el festival de

EuroStars, que se celebrará en Italia, por fin, el sábado de la próxima semana, y no veo la hora para ser libre y volver a disfrutar de mi soltería como Dios manda.

Le respondo a Gabrielle al instante:

**Iris:** «En mi piso, echándose su octava siesta. Yo he salido a dar un paseo»

Sí, me toca hacer de niñera de mi hijastra de mentira otra vez (o *gatastra*, más bien) hasta que la señorita regrese a España. He decidido llevarme a ese animal a mi apartamento y no ha parado de perseguirme por cada rincón; hasta me acompaña al baño cada vez que necesito entrar para hacer mis necesidades o ducharme, y ha dormido conmigo cada noche. Me da miedo, porque no me fío ni un pelo de esa criatura, que me puede mandar al otro barrio mediante un arañazo. No entiendo por qué me ha cogido cariño si no le he dado motivos y me he esforzado en mantener las distancias con ella. Sin embargo, Bartolamiau, en lugar de captar mis señales, se empeña en pegarse a mí.

**Eduarda:** «¿En serio has salido a la calle viendo cómo están las cosas en redes? ¿Tú sola? Yo no puedo salir sin que me acosen los paparazis a cada segundo»

**Iris:** «Voy de incógnito. Nadie se ha dado cuenta todavía de que soy famosa»

A continuación, me hago un selfi donde aparezco con mis gafas extragrandes y la capucha, y se lo envío.

**Eduarda:** «Ostras, menudas gafotas; normal que no te reconozcan»

**Iris:** «Tú, como siempre vas llamando la atención con tus modelitos…»

**Eduarda:** «Siempre divina, nunca indivina»

**Eduarda:** «Te dejo, que Lucien se acaba de poner en modo marimandón»

**Iris:** «Y yo me tengo que bajar del metro, que voy a visitar a mis padres»

**Eduarda:** «Salúdalos de mi parte. Iré a verlos contigo cuando esté en España para darles los regalitos»

**Iris:** «Ok»

**Eduarda:** «Chaoooo»

Me guardo el móvil en el bolsillo de la sudadera y salgo del tren a toda prisa, esquivando a los pasajeros. Cuando llego a mi casa de toda la vida, saludo a mis padres, a Pau y a la perra, y mi madre quiere saber por qué no he traído a Gabrielle conmigo, que tiene muchas ganas de volver a verla, y que si es cierto lo que ha dicho «el franchute» sobre nuestra relación falsa. Yo le respondo que la francesa tiene mucho lío en París, que la traeré el fin de semana y que no le haga caso a las acusaciones del exnovio, por lo que la mujer que me trajo al mundo se queda más tranquila y confiesa que se emocionó cuando le regalé a Gabrielle mi púa de la suerte y que no sabía que era tan romántica. Mi padre comenta que el amor atonta a la gente porque, según él, eso mismo fue lo que le pasó cuando conoció a mi madre hace casi cuarenta años (y se gana un chanclazo de parte de ella). Después, me adentro en el garaje, porque he venido expresamente para coger una cosa importante.

Me aproximo hasta uno de los armarios de metal y saco la Telecaster que usaba mi hermano en cada concierto con su banda, del mismo color que la mía, junto a su púa favorita. Como no he tenido tiempo de relajarme tocándola durante estos meses por culpa del ajetreo que he vivido, me acomodo en el suelo para afinarla y asegurarme de que funciona a la perfección, ya que será la guitarra que me llevaré a EuroStars, que contiene un pedacito de mi hermano y sé que me traerá suerte y evitará que me dé un soponcio a causa de los nervios.

Y ayudará a Lapislázuli a ganar. O eso espero. Si no nos llevamos la terrible sorpresa de que el trofeo, una estrella de cristal, nos lo roba algún país perdido de Europa. Si eso último ocurre, nos quedaremos con caras de tontos mis amigos, Gabrielle, nuestros

mánagers y yo. A mí me jodería un montón perder después de lo que nos hemos esforzado estos meses.

Tras tocar canciones de Nirvana y ensayar el tema de Lapislázuli, considero que la guitarra está en óptimas condiciones para ayudarme a triunfar. Me pongo en pie, me planto delante del póster de la última gira mundial de mi hermano con su grupo y pienso que ojalá estuviera aquí para que viera lo que estoy consiguiendo gracias a él, por inculcarme el amor por el rock.

La vida es una grandísima cabrona.

Y el maldito número veintisiete, aún más.

# 30. Gabrielle

Tras desembarcar del avión y recoger el equipaje a las once de la noche, Lucien y yo nos encaminamos hacia la zona de llegadas del aeropuerto, donde nos espera Iris vestida de incógnito, con la capucha de su sudadera y sus gafas de sol extragrandes puestas, con la compañía de Bruna.

De incógnito para los demás, porque yo reconocería su silueta hasta a tres mil metros de distancia. Sin embargo, con todo el dolor de mi corazón, siento decir que ese disfraz no le va a servir de mucho, porque yo voy vestida como siempre y varias personas, mientras se saludan o se reencuentran con sus familiares y seres queridos, giran sus cabezas en mi dirección y me señalan con sus respectivos dedos conforme avanzo hacia mi novia arrastrando mi maleta, sonriendo, con la cabeza bien alta y haciendo ruido con las agujas de mis taconazos cada vez que tocan el suelo. Iris, al percatarse de que me han descubierto y de que no he logrado pasar desapercibida (¿acaso lo dudaba?), suspira con pesadez; yo estoy segura de que me echa un mal de ojo a través de sus cristales oscuros.

En cuanto llego hasta ella y suelto el asa de mi maleta, nos fundimos en un acordado abrazo y nos besamos como si no nos hubiéramos visto en cien años y yo hubiera regresado de una guerra; Iris, de puntillas.

—Qué manía con ponerte tacones incluso para viajar en avión —se queja al separar nuestros labios pero sin dejar de abrazarme—. No te regalé las Converse para que las llevaras solo en el día de tu cumpleaños y luego las dejaras olvidadas en el fondo de tu armario.

Sonrío aún más.

—¿Ahora vas a controlar lo que me pongo y lo que me dejo de poner? No te creía una novia tan dominante.

Iris me dedica una sonrisa pícara y se acerca a mi oído para susurrarme, sin que nadie la oiga:

—Y porque no eres mi chica de verdad, si no, te ibas a enterar.

Me arranca una carcajada que se escucha en todo el aeropuerto y un carraspeo nos obliga a girar la cabeza hacia Lucien y Bruna (esta última es la que nos ha interrumpido), que se encuentran a nuestro lado, aguardando a que dejemos de hacer «cosas de pareja».

—¿Podemos irnos ya o estáis esperando a que os echen del aeropuerto? —suelta Lucien, el más autoritario, aunque no lo parezca con ese traje celeste con dibujos de loros—. Es de mala educación comer delante del hambriento.

—Yo solo quiero irme a mi casa para continuar con la novela turca a la que me he enganchado —interviene Bruna.

—Y por si no os acordáis… —vuelve a hablar Luci—. Mañana temprano nos toca reunión seria. —Y hace un ademán con la mano hacia la salida para soltar una expresión superespañola—: Así que andando, que es gerundio.

Creo que ese Rober le está dando unas buenas clases particulares.

Antes de irnos, varios grupos de personas se interponen en nuestro camino para saludarnos y pedirnos fotos. Nosotras los atendemos con gusto, y a Iris no le queda más remedio que quitarse la capucha de la sudadera y las gafas de sol para salir de una manera decente y que la gente no comente por las redes sociales que se acaba de levantar (cosa que no me sorprendería), que va borracha (otra opción válida) o drogada (esto nos ofendería a nosotras y a Lapislázuli, porque somos artistas sanos).

Ahora sí, abandonamos el aeropuerto y Bruna nos acerca con el coche hasta el piso de Iris para recoger a Bartolamiau. Aparca en el primer hueco libre que ve y nos espera dentro del vehículo junto a Lucien. Mi amigo nos dice que no nos entretengamos mucho y nosotras subimos hasta el apartamento por las escaleras, ya que Iris le sigue teniendo un miedo irracional al ascensor. Cuando entramos,

saludamos a Dani y Axel, que están viendo una serie en la tele del salón, y metemos entre las dos a mi gata en el transportín tras varios intentos en los que se nos ha escapado y se ha escondido debajo o detrás de algún mueble. Después, la rubia coge su mochila con ropa limpia y un par de cosas que necesita, porque se va a quedar a dormir conmigo, que es obligatorio por haber estado estos días separadas.

—¿Vais a venir a nuestra boda juntas? —nos pregunta Dani cuando nos disponemos a irnos.

Iris lo contempla con la ceja enarcada y yo, ilusionada, ya que no sabía que me iban a invitar.

—Solo es para tenerlo en cuenta —añade Axel—. Para cuando tengamos que organizar las mesas y sentaros la una al lado de la otra y no separadas.

Yo no digo nada porque aún falta bastante tiempo para que llegue ese día. Nuestro contrato de novias de mentira finaliza dos semanas después de EuroStars y, con ello, el tiempo que compartimos juntas; no sabemos si vamos a seguir viéndonos de vez en cuando, como amigas o lo que sea. A mí me encantaría no perder el contacto con ella ni con ninguno de sus amigos; en estos meses se han convertido en personas importantes en mi vida.

Iris es la que les contesta a sus compañeros de piso de mala manera:

—¿Os vais a casar antes del festival? —Coloca los brazos en jarras, en expresión defensiva, pero no les permite responder porque continúa hablando sin hacer ninguna pausa—. No, ¿verdad? Pues ya sabéis la respuesta. Para cuando queráis celebrar la boda, de la que ni siquiera tenéis fecha, la francesa y yo ya habremos roto.

—O no —murmura Dani por lo bajo, y se le escapa una risita.

—El plan es hacerla en 2025 —interviene Axel—. Y de aquí a un año pueden suceder muchas cosas, sobre todo si tenemos pensado invitar también a Gabrielle, que se ha convertido en una más de Lapislázuli. —A continuación, sus ojos se dirigen a mí—. ¿Tú quieres venir? Para apuntarte en la lista de invitados.

—¡Por supuesto! —exclamo, emocionada, y me abstengo de dar palmadas de felicidad, que se me hace imposible por estar sujetando

el transportín—. Me encantaría ir.

Iris suspira, mirando al techo.

—Ea, pues solucionado —nos dice Dani—. Os sentamos en la misma mesa, por si las moscas, y ya está.

La rubia suelta un bufido.

—Haced lo que queráis —les espeta haciendo un ademán con la mano, y después me mira—. Vámonos ya, que tu lameculo estará desquiciado esperándonos.

Nos despedimos de Dani y Axel, y dejamos atrás el piso.

—¿No quieres que vayamos juntas y de la manita a la boda de tus amigos? —le pregunto en tono jocoso a medida que bajamos por las escaleras.

Ella se detiene en un peldaño y me mira con una expresión indescifrable.

—Estamos en mayo de 2024. Para cuando venga el 2025, si no me da un patatús antes, ya nos habremos olvidado la una de la otra. —Se encoge de hombros—. Eso es así y debes aceptarlo. —Y continúa su camino descendiendo escalones.

Auch. Eso que ha dicho de que nos habremos olvidado la una de la otra me ha dolido como si me hubiera dado una fuerte bofetada.

Iris y yo debemos mantener una conversación seria muy pronto, porque necesito saber lo que sucederá con nosotras después del uno de junio.

Yo no puedo vivir con esta incertidumbre y tampoco estoy dispuesta a olvidarme de ella tan fácil.

De eso nada.



—Debéis hacer un comunicado en vuestro Instagram diciendo que lo que ha dicho ese Gaston Moreau es falso —nos informa Lucien a Iris y a mí a la mañana siguiente.

Nos encontramos reunidos en la mesa del salón de mi casa. Los lapislázulis y yo estamos sentados, escuchando con atención, mientras Bruna y mi amigo permanecen de pie.

—¿Para qué? —interviene Iris—. Si nadie se ha creído la chorrada de ese mendrugo.

Dios mío, ¿es que esta mujer no cotillea las redes sociales? ¿En qué mundo vive?

—Hay mucha gente que está sospechando y especulando —le respondo yo a la rubia antes de que Lucien lo haga—. Entre ellos están los seguidores de mi ex, que no entiendo por qué sigue teniendo; algunos famosos franceses y los que simplemente se unen al odio porque no tienen otra cosa mejor que hacer, que de esos está el mundo llenísimo.

Por no hablar de que han salido noticias en otras revistas y en programas basura de la televisión donde no paran de comentar lo sucedido: que estamos fingiendo una relación por puro marketing para EuroStars y que, ahora que se han detenido a reflexionar, comenzó después de que Iris me rompiera el tutú hace unos meses y estallara la guerra entre Francia y España, por lo que les parece extraño que, tras ese incidente, saliera a la luz nuestro *affaire.*

Y llevan razón, pero no se la vamos a dar por culpa del imbécil de mi ex, que le ha parecido una genial idea inventarse eso sobre nosotras.

Iris se pasa una mano por la cara.

—Qué coñazo. Menos mal que ya queda poco tiempo.

Noto otra punzada en el corazón al oír eso, como la que sentí anoche bajando las escaleras de su edificio.

Para no perder más tiempo, Lucien nos reparte un folio a cada una para que nos aprendamos lo que tenemos que decir frente a la cámara, e Iris comenta que parece que ha regresado a su época estudiantil con tanto estudiar.

Tras veinte minutos, mi mánager, con su complejo de director de cine, nos ordena que nos sentemos en el sofá, la una pegada a la otra, y coloca mi móvil en el trípode.

—Preparadas, listas… ¡Acción! —exclama mi amigo, y da una palmada; los demás están a su lado, observándonos con diversión.

Con mi mano entrelazada a la de Iris, me expreso con seriedad para que nuestros seguidores se crean que estoy molesta con esta situación (en realidad, no tengo que simular enfado, porque estoy cabreada de verdad). Sin embargo, Iris interrumpe mi monólogo porque comienza a reírse con nerviosismo; Lucien le echa la bronca y yo la fundo con mi mirada.

—Perdón, perdón —se disculpa, y se enjuga una lágrima con su mano libre—. Ya me centro.

Lucien vuelve a darle al *play* y yo, a intentar vomitar mi monólogo por segunda y última vez, espero, con la vista clavada en la cámara.

—Hola a todos. Estamos grabando este vídeo por los bulos que están circulando por las redes sobre nosotras. Por si no os habéis enterado, mi ex se ha inventado que la relación que tenemos Iris y yo es falsa. Me duele en el alma que algunos penséis eso, porque no es cierto. Nosotras nos queremos y no hay día en el que no piense en lo afortunada que soy al tener a mi lado a una mujer como Iris.

La rubia continúa con el guion, también mirando a la cámara y jugueteando con mi mano, pero le entra la risa varias veces con lo que dice o sus amigos la obligan a reírse, por lo que debemos grabar varias tomas. Lucien confiesa que le están entrando ganas de abofetearle la cara para que se centre, pero no lo hace porque no es agresivo. En cambio, Candela sí que se atreve a hacerlo: da unas cuantas zancadas hacia nosotras y le estampa la palma a Iris en la mejilla. Todos permanecemos callados, pasmados y aguantándonos la risa, esperando la reacción de la rubia, que seguro que le devuelve el guantazo.

—Ya, nena —le dice su amiga—. Que no tenemos todo el día.

A Iris le entra otro ataque de risa; Candela respira hondo y regresa con los demás para no propinarle otra bofetada.

—Vale, ya me centro; lo prometo —dice Iris tras calmarse de sus carcajadas y masajearse la mejilla—. Joder, menudo tortazo me has dado, Candela; ni que fuera tu batería.

Mientras los demás aguardamos, la rubia inspira y espira diez veces. Cuando está lista, le muestra a Lucien el pulgar, en señal de

aprobación, y él empieza a grabar. Iris parlotea e improvisa sus palabras, sin pronunciar ni una frase que aparece en su guion:

—Ese caracartón solo sirve para inventarse mierdas porque está dolido y nos tiene envidia por vernos felices; no le hagáis caso y que le den por culo. Vosotros ya sabéis que soy una mujer de pocas palabras, así que solo diré que mi púa de la suerte no se la regalo a cualquiera. De hecho, nunca se la he dado a nadie, y Gabby se ha merecido que se la regalase. Con eso lo digo todo. Quien nos crea, estupendo; y quien no lo haga, estupendo también.

Para finalizar, nos damos un beso en los labios, sonriendo. Lucien deja de grabar y los demás nos aplauden.

—Añadiré un pitido en las palabras malsonantes para que Instagram no nos censure el vídeo —comenta mi amigo suspirando —. Sois libres hasta el lunes. Disfrutad del finde.

Y por supuesto que Iris y yo vamos a disfrutar del fin de semana. Hoy me tiene que hacer de guía turística por Barcelona, aunque se le dé fatal; mañana comeremos con su familia y el resto del tiempo lo aprovecharemos para estar juntas y a solas en mi casa.

Porque puede que sea una de las últimas veces antes de romper nuestra relación de mentira.

# 31. Iris

Si hace años alguien me hubiera contado que, durante un sábado cualquiera, iba a encargarme de ser la guía turística de mi novia de mentira, una insoportable diva del pop francés, en mi ciudad natal, habría pensado que me está vacilando.

Pero debo reconocer que tan insoportable no es y estoy gratamente sorprendida de que me esté agradando pasar tiempo con ella, algo que ni de coña imaginaba cuando firmé ese absurdo contrato de nuestra relación falsa.

—Pues, al parecer, me he vuelto a desubicar —comento con los brazos en jarras, contemplando lo que nos rodea—. Te dije que nos íbamos a perder si me usabas como tu guía.

—Y yo te respondí que no me importaba perderme contigo por Barcelona, querida —me contesta Gabrielle, dedicándome una sonrisa y aguardando a que se me ilumine la bombilla.

Parece mentira que me haya criado en Barcelona; tengo el sentido de la orientación escacharrado y, siempre que alguno de mis amigos me pregunta por la zona en la que me encuentro, le respondo «junto a un árbol grande» o «al lado de una señora de pelo morado que acaba de pasar con un carrito de la compra verde»; al final, les tengo que pasar la ubicación exacta gracias al móvil, algo que no podía hacer cuando era adolescente y le tenía que preguntar a cualquier viandante por el nombre de la calle donde estaba.

En fin… Un desastre. Ni utilizando Google Maps me entiendo.

Mis excusas son que Barcelona es una ciudad grande, que siempre he ido en coche o en transporte público a los sitios y que

nunca he hecho turisteo en mi propia ciudad; seguro que en un pueblo de la España vaciada también me perdería.

Llevamos toda la mañana dando vueltas; la he llevado a ver la Sagrada Familia, la he metido en un museo de la música, la he paseado por el Barrio Gótico y hemos hecho un pícnic en un parque porque estábamos hambrientas y nos lo merecíamos después de andar tanto. Todo, acompañadas de sus guardaespaldas, como si fuéramos personas importantes (que lo somos, si me preguntan), y parándonos en varias ocasiones para atender a los fans que nos han reconocido.

—¿Por aquí no está el teleférico de Montjuic? —inquiere la francesa con la vista clavada en la pantalla de su teléfono—. A diez minutos andando, según Google Maps. —Y me mira, ilusionada—. ¿Por qué no nos subimos y admiramos las vistas? Me encantaría; sería superromántico. Lucien estará orgulloso de mí en cuanto lo ponga al día sobre lo que hemos hecho.

Já. Esta francesita debería conocerme más que yo a mí misma tras haber estado pegada a mi trasero estos meses.

—No está por aquí; ese Google Maps no está actualizado —miento, descarada—. Ese teleférico se encuentra a dos horas andando, así que no podemos ir. —Me encojo de hombros con inocencia—. Otro día será, querida. Cuando las dos tengamos veintiocho, tal vez.

Gabrielle suspira, poniendo los ojos en blanco.

—Eres pesadita con la dichosa edad.

Sonrío, mordiéndome el labio inferior.

—Ya sabes que debo sobrevivir para no ser una integrante más de ese club, y tú deberías hacer lo mismo.

—Yo no quiero sobrevivir; yo quiero vivir. —Se echa un lado de su melena larga hacia atrás—. Así que, si no te montas conmigo en el teleférico, lo haré yo sola. —Y se da la vuelta, con la intención de dirigirse por el camino correcto hacia esos cacharros y dejándome abandonada y perdida en mitad de la calle.

Mierda. Que esta tía está hablando completamente en serio.

La persigo, marcándome una gran carrerilla, hasta que la alcanzo y me coloco a su lado.

—Ni de coña vas a subirte tú sola a ese monstruo.

Ella ladea la cabeza hacia mí, sonriendo con diversión, y entrelazamos nuestras manos de manera automática, como llevamos haciendo todo el día.

—Entonces, ¿me acompañarás?

—Sí, pero me taparé los ojos y me agarraré a tu brazo, como en la Torre Eiffel, por si esa cosa se descuelga.

No tiene mucho sentido que haga eso para salvarme si tengo la mala suerte de que la cabina se cae al vacío, pero por lo menos estaré un pelín más tranquila aferrada a la francesa.

—No se va a descolgar —me asegura Gabrielle con cierto tono de burla—. Esas cosas están preparadas para no caerse.

—Lo que tú digas, doña Perfecta.

Hacemos cola para subirnos y, por casualidad del destino, según Gabrielle (algo en lo que por supuesto no creo), no hay demasiada gente esperando para montarse, cuando los fines de semana está petado de turistas, por lo que nos toca un teleférico para las dos solas, cosa que agradezco, ya que así disfrutamos de nuestra privacidad y puedo hacer el ridículo sin desconocidos metidos en nuestro mismo cacharro, para que no piensen que me dan miedo las alturas y mi reputación de la más chunga de Lapislázuli se vaya a tomar por saco más de lo que ya está porque, con mi demostración de amor en el cumple de Eduarda, descendió veinte pisos y ahora todo el mundo piensa que soy una romántica y una empalagosa.

Cuando llega nuestro turno, nos acomodamos en un asiento de la cabina totalmente acristalada, la una junto a la otra; Gabrielle, preparada con su móvil para documentar el viaje y yo, con los ojos cerrados y agarrándome con fuerza a su brazo. Oigo que la puerta se cierra y siento cómo este cacharro comienza a flotar por el aire; entonces, aprieto más el brazo de mi acompañante.

Menudo *déjà vu* de cuando me obligaron a subir a la Torre Eiffel. Esto de sacrificarse por la banda me está afectando a la salud, tanto física como mental, y voy a tener pesadillas cuando rompa la relación de mentira con Gabrielle.

—¡Guau! Qué pequeño se ve todo —me habla, asombrada, pero yo no puedo darle la razón porque solo veo oscuridad; también

estoy temblando y el corazón me late a mil por hora—. ¿Has subido alguna vez, Iris? Seguro que de pequeña habrás venido con tu familia.

—No —le respondo sin abrir los ojos—. Me iba a montar con mis padres y mi hermano cuando tenía ocho años, pero me entró miedo y me puse a llorar.

—Qué historia tan tierna —me responde en lugar de descojonarse de mí.

No, de tierna no tiene nada; hubiera preferido que se riera de la Iris de ocho años en vez de parecerle entrañable.

A medida que pasan los minutos, Gabrielle se dedica a enumerar impresionada lo que está viendo y a hacer fotos y vídeos. Sospecho que yo no me he librado de ser inmortalizada, así que, cuando estemos en un lugar seguro, le pediré que los borre o que ni se le ocurra publicarlos si no quiere que la envenene con el café de mañana.

—¿Nos bajamos aquí? —me pregunta cuando nos detenemos en la parada del mirador.

—Si te hace ilusión, adelante.

Abandonamos el teleférico (yo, con los ojos ya abiertos), y este continúa su camino, ascendiendo por el aire. Gabrielle sigue fotografiando las vistas de la ciudad, con el rostro radiante de felicidad, y yo solo me dedico a observarla, aunque también poso junto a ella en algunas fotos. Después, nos sentamos en uno de los bancos para descansar un poco.

—¿Estás nerviosa? —me pregunta, y yo no sé a qué se refiere.

—¿Por volver a subirme a un cacharro de esos? —Arrugo el entrecejo.

Gabrielle se echa a reír.

—No, por participar en EuroStars.

Ahora lo que frunzo son los labios.

—No tanto —miento.

La verdad es que estoy hecha un flan; no puedo pensar en otra cosa. Solo he logrado olvidarme de ese tema hoy, recorriendo Barcelona con la francesa, hasta que me lo ha recordado.

Ella se me queda mirando con una ceja enarcada, como si no se creyera mis palabras.

—Iris, que ya nos vamos conociendo.

Mecachis.

—Vale, me has pillado. —Se me escapa una risita tensa—. Estoy MUY acojonada.

—Cuando estés encima de ese escenario, se te olvidará el acojone; hazme caso. —Coloca su mano sobre mi muslo, en expresión de apoyo, y a mí me resulta bastante gracioso que haya usado el término «acojone»—. Vais a triunfar en ese festival, y más ahora, que estamos juntas y mis paisanos franceses votarán a Lapislázuli.

—O no. Sobre todo después del escándalo con el caracartón de tu ex, con el que nuestra relación falsa casi se va al garete.

—Bah, nadie lo ha creído. —Hace un ademán con la mano—. Que se vaya a freír cebollas.

—Espárragos —la corrijo—. Las cebollas son las que no le echas a la tortilla de patatas, pero no te vas a librar mañana de las que prepara mi madre.

Por más que le haya dicho a esa mujer que a Gabrielle no le gusta con cebolla, ella está empeñada en preparársela así porque «la tortilla sin cebolla ni es tortilla ni es nada».

—Soy también actriz, ¿recuerdas? —me responde, presumida, y se levanta del banco para encaminarse hacia la tortura del teleférico.

—¡¿Hay algo que no sepas hacer o qué?! —La imito y la persigo, esquivando a los turistas—. ¡No pareces ni humana! Seguro que eres producto de una inteligencia artificial.

Ella se da media vuelta y se encoge de hombros, esbozando una sonrisa de inocencia. Cuando logro llegar a su lado, me susurra:

—Una inteligencia artificial no sabría hacerte gemir como lo hago yo.

Chasqueo la lengua.

—*Touché*, Eduarda.

Volvemos a ocupar una de las cabinas las dos solas y a repetir lo que hemos hecho en el primer viaje, ascendiendo hacia la última parada: el Castell de Montjuic, que lo exploramos juntas, vemos los

cañones y damos un paseo por los jardines con las manos entrelazadas, compartiendo besos falsos y siendo amable con la gente que se nos acerca. Por último, toca lo peor: regresar a la planta baja para finalizar nuestra visita, lo que significa que el teleférico debe BAJAR, que es incluso más terrorífico que subir, y yo me agarro con las dos manos al brazo de Gabrielle porque siento que estoy en una montaña rusa, aunque esta cosa vaya más lenta.

—¿Sabes que mi mayor miedo es que mi carrera musical se convierta en un fracaso? —suelta la francesa, y yo no me esperaba esa confesión, sobre todo en este lugar—. Llevo, desde que nací, metida en el mundo de la farándula y, desde los cinco años, en el de la música. Me da pavor que lo que he conseguido con tanto esfuerzo acabe destrozado; nunca se sabe, porque un día puedes estar en lo más alto de la cima y, al siguiente, puede que nadie se acuerde de ti. ¿Y si llego a un punto en el que a la gente ya no le llegan mis canciones? ¿Y si cometo algún error con el que me gane la cancelación inmediata? ¿Y si nadie viene a verme a algún concierto? Salir a un escenario para cantarle a un estadio vacío sería un tremendo golpe para mi autoestima.

¿De verdad ha elegido el peor momento para mostrarme sus debilidades? ¿Y por qué? Teniendo en cuenta que la fecha de caducidad de nuestra relación está a la vuelta de la esquina… Aunque no puedo evitar que me sorprendan sus inseguridades, porque eso no concuerda con la imagen de diva del pop y artistaza consagrada, muy segura de sí misma y rozando la perfección, que tiene todo el mundo de ella.

Hasta parece humana.

Sin embargo, mis cinco sentidos se han centrado en el monólogo de la francesa y se me ha olvidado que estamos subidas a un teleférico mientras sobrevolamos Barcelona, lo que me hace pensar que esta tía tiene la habilidad de que mi pánico a las alturas desaparezca, además de todo lo que ya sabe hacer.

—Eso no te va a pasar nunca —le digo tras abrir los ojos y posarlos en ella, que me contempla con la mirada acuosa—. Eres Gabrielle Leroux, una estrella del pop mundialmente conocida, con una gran carrera a tu espalda y millones de personas que te siguen,

a las que les llegan tus temazos; es imposible que el día de mañana nadie se acuerde de ti. —Me suelto de su brazo y le doy un puñetazo cariñoso en el hombro, riéndome, cuando agrego—: Ya has provocado que me ponga intensa.

Ella también se ríe y se enjuga una lágrima.

—Para que veas que, detrás de mi coraza de estrella, hay una chica normal y corriente y no un robot.

Frunzo los labios.

—Lo de que seas un robot lo sigo sospechando; no es normal que sepas hacer de todo —bromeo, y ella se ríe más; después, le confieso otro de mis temores, con mi mirada clavada en el asiento vacío que tengo enfrente—: Lo que has contado es lo que me pasa a mí con mi banda. La diferencia entre nosotros y tú es que nos ha llegado la fama de golpe, sin esperárnoslo, con la tontería de concursar en EuroStars. Hemos pasado de tocar en un par de locales los fines de semana y de que nos conozcan cuatro gatos a que nos escuchen millones de personas. Y eso da muchísimo vértigo; aún me cuesta asimilarlo.

A veces (y últimamente, casi a diario), hasta me da por pensar en abandonar, porque siento que ese mundo no es mi lugar ni lo que quiero para mí. Me agota; es demasiado duro. Pero luego me estampo cuatro hostias mentales y se esfuman esos pensamientos de mi cabeza, obligándome a seguir adelante, sin hablar de cómo me siento con nadie.

Gabrielle recuesta su cabeza en mi hombro y entrelaza su brazo con el mío; su larga melena me hace cosquillas en la piel.

—Habéis trabajado muy duro durante años y os merecéis todo lo bueno que os está pasando.

—¿Y cuándo te acostumbras a esta situación?

—Nunca. —Suelta una risita y aparta la cabeza de mí para ponerse recta, pero sin desprenderse de mi brazo—. Solo finges que estás acostumbrada a lidiar con la fama cuando por dentro estás hecha un *matojo* de nervios.

—No me jodas —farfullo—. Definitivamente, no voy a llegar viva a los veintiocho. Ah, y se dice «manojo de nervios», no «matojo». El matojo es el coño cuando está sin depilar.

—¿Disculpa? —suelta, ojiplática.

El viaje en teleférico se detiene, por fin, y la puerta se abre para que huyamos de aquí. Antes de levantarme, Gabrielle me atiza un tortazo en el brazo y me llama «cerda» en francés (lo sé, porque me he estudiado un montón de insultos por mi cuenta, que ninguna aplicación de aprendizaje de idiomas te los enseña), y abandono la cabina sufriendo un buen ataque de risa.

# 32. Gabrielle

Hoy toca, de nuevo, comida familiar en casa de los padres de Iris. Estaba deseando volver a verlos, que les he cogido cariño y los echaba de menos, sobre todo a los riquísimos platos de Puri, a los chistes malos de su marido, a las preguntas un pelín incómodas de Pau y a los lametones de la perra. La vez anterior, cuando regresé a mi chalet, Bartolamiau me estuvo olisqueando un buen rato y me dedicó una mirada que era una mezcla entre el desprecio y el asco, porque supongo que su superolfato habría percibido el olor a chucho.

—Os he traído más regalitos —le digo a mi familia política de mentira cuando Iris y yo pasamos al salón, y saco las cosas de mi enorme bolso, que a estas alturas parece el bolsillo mágico de Doraemon—. Espero que os gusten.

—Ay, guapísima, sabes que no tienes por qué molestarte en traer nada, que ya eres un miembro más de esta familia —me responde Puri, tan maja como siempre.

—Ya empezamos con las cursilerías. —Iris suspira, poniendo los ojos en blanco.

Ella, Puri, Pau y yo estamos rodeando la mesa donde vamos a comer; Pepe sigue apalancado en el sofá, con la perrita a su lado y el mando a distancia descansando sobre su gran barriga mientras ve un partido de tenis. Cuando he entrado, me ha saludado desde esa misma posición y me ha soltado uno de sus chistes: «¿sabes cómo se pone un mago después de comer? Magordito».

—Guau… Gabby parece uno de los Reyes Magos —interviene Pau, sorprendido—. Siempre que viene, nos trae algún regalo.

Esta vez les he traído, además de otras dos botellas de vino, unos dulces típicos de Francia, imanes para la nevera, un par de figuras para decorar de la Torre Eiffel, una camiseta de manga corta con la Dama de Hierro en medio y un perfume para mi suegro, unos pendientes y una pulsera para Puri, una pelota para la perra y un par de juguetes para Pau.

—¡Hala, qué chula! —exclama Pau con el rostro repleto de felicidad al desenvolver su guitarra eléctrica de juguete—. ¡Me encanta! Gracias, Gabby. —Se acerca a mí y yo me agacho para estar a su altura y que me dé un beso en la mejilla.

—No sé cómo te ha cabido todo esto en ese bolso —comenta Iris.

Mi suegra se vuelve a dirigir a mí para alabarme:

—Me he escuchado tus discos y me han gustado mucho todas tus canciones. Siempre me las pongo para limpiar la casa, que estos marranos ensucian mucho, y para cocinar. Son muy marchosas y me dan ganas de ponerme a bailar y a cantar con el cepillo de barrer como micrófono.

No puedo evitar que se me ilumine el rostro.

—No sabe lo feliz que me hace escuchar eso, Puri.

—Ya era hora de que apareciera una cantante normal y no los cuatro drogados que cantan reguetón que se han puesto muy de moda. —Se recoloca la bata de andar por casa, indignada—. En mi época sí que existía buena música, ¿verdad, Pepe? —Mira a su marido—. Pimpinela, Nino Bravo, Camilo Sesto, Camela… Me hinchaba a bailar en el guateque así. —Y se marca un baile muy gracioso, que se asemeja a los movimientos que hace Robocop, mientras tararea alguna canción de alguno de los artistas que ha mencionado; yo me esfuerzo en aguantarme la risa—. *Libre, como el sol cuando amanece yo soy libre…*

—Mamá, por favor —Iris se tapa la cara con la mano, abochornada—. Qué vergüenza.

Pau se echa a reír.

—Ay, Señor, llévame pronto —dice Pepe mirando al techo.

Su mujer se quita su zapatilla de andar por casa, se la lanza a la cabeza y le responde que hoy duerme en la caseta de la perra; yo

continúo esforzándome por no reírme, no vaya a ser que esta gente piense que soy una maleducada, y Puri vuelve a ponerse a bailar al mismo tiempo que canta esa canción antigua.

—Te puedes reír, eh —me dice Iris—. Sé que lo estás deseando. No te vamos a echar de aquí. De hecho, estoy pensando en echarme a mí misma, porque soportar esto es demasiado.

Y ahora que tengo la autorización de mi chica falsa, me uno a las carcajadas de Pau, y los dos bailamos junto a Puri. Por el rabillo del ojo, advierto que Iris nos contempla arrugando el rostro.

—Siento cortaros el rollo —nos interrumpe—. Pero ¿comemos o qué? Gabby se está muriendo de hambre y está deseando probar esa exquisita tortilla de patatas con cebolla.

Ladeo la cabeza hacia ella y le dedico un intento de sonrisa de asesina en serie.

Puri detiene su coreografía de Robocop y da una palmada.

—Es verdad. —Dirige su mirada hacia mí—. Te vas a chupar los dedos, hija; va a ser la mejor tortilla de patatas que has probado en tu vida.

Le sonrío con educación y no como le he sonreído a Iris, porque mi suegra es un ángel de señora y su hija, un demonio roquero.

—Seguro que será mi favorita, Puri.

Ella me tira del moflete y se marcha hacia la cocina para traer la comida; Iris aproxima sus labios a mi oído.

—Qué mentirosilla eres —me susurra, y desaparece del salón para ayudar a su madre.

Una vez que todo está listo sobre la mesa, la familia al completo tomamos asiento e Iris es la encargada de servirme un trozo enorme de tortilla en mi plato.

—Ni se te ocurra dejar nada ni dárselo a la perra a escondidas —me advierte imitando mi forma de sonreírle de hace unos minutos —. Quiero ese plato tan limpio como si acabara de salir del lavavajillas.

—Muchas gracias, querida. —Yo también le sonrío así—. Te prometo que me lo comeré todo, e incluso te pediré que me eches un segundo trozo.

A pesar de que me esté repitiendo la tortilla hasta el año que viene.

Los demás también se sirven una porción y yo cojo mi cuchillo y mi tenedor. A continuación, parto un trocito y me lo llevo a la boca; ni Puri ni Iris apartan sus ojos de mí y yo me siento más observada y juzgada en este momento que cuando me interceptan los paparazis en la calle. Mastico y saboreo con detenimiento y, no entiendo por qué, pero es la primera vez que me gusta una tortilla de patatas con cebolla y la encuentro deliciosa.

—Está riquísima, Puri —le digo alzando el pulgar de la mano izquierda, y ella me mira entre ilusionada y orgullosa—. No es por hacerte la pelota, pero es la mejor que he probado en mi vida; te lo juro.

Escucho a Iris ahogar una risita a mi lado.

—Qué buena actriz —comenta por lo bajo, y yo le doy un puntapié por debajo de la mesa, aunque los demás no la hayan oído.

—Normal, la he hecho yo —me responde Puri—. A saber qué tipo de tortillas de patatas habrás comido tú en Francia.

—Ellos tienen la tortilla francesa, mamá —le habla Pau—. Que también está muy rica, pero no tanto como la tuya de patatas.

Mi suegra le sonríe y le revuelve el pelo, y seguimos haciendo desaparecer los manjares que hay sobre la mesa.

Jolín, los voy a echar de menos, aunque solo los haya visto un par de veces. Me he encariñado con cada miembro de esta familia, incluso con la rubia que tengo al lado.



Hoy es lunes y me he venido a una de las salas profesionales de ensayos de Barcelona para ver cómo Lapislázuli hace los últimos preparativos para tocar su canción en EuroStars, en Italia, este finde. Yo también viajaré con ellos a Roma porque soy una de las invitadas para interpretar uno de mis nuevos temas, además de para

darle mi apoyo a la banda española y a la representante de Francia, una chica que está empezando en este mundillo.

—Espero no haber engordado con el montón de comida que me tragué ayer en la casa de mis padres —comenta Iris mientras se enfunda la ropa que se va a poner para su actuación—. Porque no sé cómo voy a adelgazar lo que haya ganado en unos días. —Se mira en el espejo de cuerpo entero, con los brazos en jarras y el calzado ya puesto—. ¿Cómo estoy? Te puedes reír, si quieres.

Se ha puesto un top cortísimo de color amarillo con lentejuelas, una falda de cuero negra y unos tacones amarillos tan altos que no logro ponérmelos ni yo.

No le pega nada este conjunto. Se va a matar con esos zapatos cuando se mueva por el escenario.

Carraspeo, pensando muy bien mis palabras para no sonar tan sincera.

—Estás espectacular —le digo, y me muerdo el labio inferior porque se me ha notado la «no sinceridad»—. No encaja mucho con tu estilo de roquera, pero estás guapa igualmente. Aunque me sorprende que hayas escogido el color amarillo y no el azul, como el nombre de la banda.

—Yo quería vestirme entera de negro, eh. Si cuando elegimos el nombre del grupo propuse «Almas Depresivas» y no le gustó a ninguno.

Me echo a reír porque ese nombre es muy Iris.

—Menos mal que no te hicieron caso. «Lapislázuli» es mucho más bonito, menos pesimista y os pega más.

Sus amigos, que también se han vestido de amarillo chillón, me dan la razón y ella hace muecas de burla.

—Y ahora sé sincera de verdad. No adornes tus palabras —insiste, y señala su ropa—. ¿Qué te parece este bodrio? Yo lo usaría para hacer trapos y limpiar el polvo, y los tacones para lanzárselo a alguien y dejarlo ciego, pero los mandamases del concurso nos obligan a vestirnos así de ridículos. Parece que vamos a hacer un anuncio de champán para Navidad.

—A ver… —La vuelvo a mirar de arriba abajo, procurando no deslumbrarme con ese color y las lentejuelas—. Tú estás preciosa

siempre, te pongas lo que te pongas, pero ese envoltorio no te hace justicia y me daña la vista. La Iris que yo conozco le daría una colleja a la Iris que tengo delante por vestirse así.

—Ganas me dan; no te creas. —Levanta el pie unos centímetros del suelo—. Y encima con estos taconazos con los que no puedo ni andar.

—No te preocupes, que te enseñaré a caminar y a saltar con ellos. De aquí al día del festival, te sentirás como si llevaras zapatillas de andar por casa.

—Yo no sería tan optimista.

—Pareja —nos interrumpe Candela acercándose a nosotras, ya ataviada con ropa normal—. Basta de cháchara, que Lapislázuli tiene que ensayar.

Iris se quita las aberraciones con las que la quieren vestir para que los estilistas les hagan los últimos retoques y se pone su camiseta de tirantes, sus vaqueros y sus Vans. A continuación, los lapislázulis se colocan en sus puestos y yo me acomodo en el suelo de una esquina de la sala para disfrutar del ensayo, grabándolos y haciéndoles fotos, mientras Bruna, los coreógrafos y demás personal del equipo les dan instrucciones para que quede todo perfecto este sábado.

Y me fijo en que la guitarra eléctrica que está usando Iris no es la suya roja de siempre, sino que la ha intercambiado por una que, aunque es del mismo color, contiene un montón de marcas por el paso del tiempo, que le dan un aspecto viejo y descuidado.

¿La suya se habrá estropeado en el último momento? Deseo, con todo mi corazón, que no; es muy frustrante que se te rompa tu instrumento, ese que te ha acompañado durante la mayor parte de tu carrera, justo antes de un evento importante, y tener que cambiarlo por otro que, aunque parezca igual, sabes que no es el mismo y no te conoce tan bien. Lo sé, porque el año pasado me sucedió con mi micrófono favorito y, desde entonces, me lo llevo conmigo a los conciertos, a pesar de que esté inservible, porque sé que me da suerte; gracias a él gané EuroStars en 2022.

Cuando hacen un descanso de cinco minutos, me levanto del suelo y me aproximo, preocupada, a Iris, que está bebiendo agua,

aún con ese instrumento colgado al hombro.

—¿Y esa guitarra? —le pregunto—. No es la que usas siempre.

Cierra la botella de plástico y la deja sobre la mesa.

—Es la de mi hermano Pol —me responde con la vista bajada hacia la Telecaster y agarrándola con las dos manos—. Su favorita. La que usaba en todas sus actuaciones. —Alza la mirada hacia mí—. Se va a subir al escenario conmigo en EuroStars.

No sé qué decir durante unos segundos. Solo siento una punzada en el pecho y trago saliva, porque he juzgado esa guitarra sin conocer su verdadera historia.

Observo el instrumento en silencio, pero con otros ojos, y ya no lo veo mal cuidado ni descolorido. Ahora solo advierto marcas, que son cicatrices por haber salido al escenario junto a su dueño.

—Es un gesto muy bonito —me atrevo a responderle por fin, y apoyo la mano en el mástil con sumo cuidado. A Iris se le dibuja una sonrisa en los labios—. Estoy segura de que Pol está orgulloso de ti y quiere que taches ese punto de tu lista.

Se me queda mirando con una ceja alzada al percatarse de la última frase.

—¿No leíste solo el título de ese papel, verdad?

Ups. Pillada por segunda vez.

Me río con nerviosismo, porque he metido la pata hasta el fondo, y noto que ella se pone tensa.

—Vale, lo admito. Me dio tiempo a leer la lista entera. No me eches demasiado la bronca por haber leído algo tan privado, por favor. Lo hice sin pensar.

Iris niega de lado a lado como si estuviera decepcionada conmigo.

—No sé en qué momento te parece buena idea cotillear un papel que te encuentras en una casa que no es tuya, y encima me mientes diciéndome que no la habías leído.

—Lo siento, de verdad —me disculpo, sincera y mirándola a los ojos.

—Esa lista era muy íntima, ¿sabes? La empecé a escribir cuando era una adolescente y, hasta ahora, nadie la había leído. Lo mínimo que podías haber hecho era dejarla en su sitio e ignorarla, no

mentirme. Pero no sé de qué me sorprendo… Si no respetas ni tu propia vida privada, publicando cada cosa que haces en las redes sociales, ¿cómo voy a esperar que respetes la de los demás? —Aparta su vista de la mía y vuelve a negar con la cabeza—. Eres increíble, Gabrielle. —Se da media vuelta y se aleja de mí para reanudar su ensayo.

Yo me quedo aquí, de pie, sintiéndome la peor persona del mundo por haberme tomado las confianzas que no me corresponden y haber cruzado esa fina línea con algo tan importante para ella.

# 33. Iris

En el siguiente ensayo antes de que viajemos a Roma, debo volver a probarme, ya con los retoques, el par de trapos y los tanques que me pondré para el festival, porque nos visitará otra vez la jefa de la delegación española del terror, con la intención de hacer las últimas modificaciones del estilismo, la actuación y la puesta en escena.

Y desde ya pienso que los posibles cambios no van a ser de mi agrado, teniendo en cuenta que esa tipa nos ha censurado parte de la canción y que tocaré la guitarra casi en bolas y con miedo a acabar con una torcedura de tobillo de grado tres.

Analizo mi figura en el espejo y no reconozco a la chica que me mira a través de él, con esta especie de top-sujetador amarillo de lentejuelas, con el que tengo la sensación de que se me van a salir las tetas; esta falda tan corta que parece un cinturón, con la que voy a enseñar todo el asunto; y los tacones de aguja, que aún no me los he puesto, para desafiar la gravedad y acabar poniéndome en evidencia sobre el escenario de la hostia que posiblemente me pegue.

La gente me va a ver como un objeto y no como la guitarrista de Lapislázuli.

En cuanto a Gabrielle… No he vuelto a hablar con ella. Tras enfadarme en el ensayo de hace un par de días, se despidió de nosotros y se marchó a su chalet con la excusa de que tenía cosas que hacer, porque en breves se publica su álbum.

Después de enterarme de que ha leído algo tan íntimo, no me apetece ni verla.

—Chicos. —Bruna golpea la puerta de la sala de vestuario y se invita a sí misma a pasar—. ¿Estáis listos? Ya ha llegado la prima

perdida de Risto Mejide. —Nos echa un rápido vistazo a cada uno y ahoga una risita—. Vaya cuadro. —Y hace un ademán con la cabeza —. Vamos, que tiene cara de venir calentita.

Suelto una exhalación e intercambio una mirada con mis compis, que tampoco los reconozco: Dani y Rober, sin camiseta y con unos pantalones amarillos horribles con lentejuelas; y Candela, con un conjunto igual que el mío, pero con unas botas altas que le llegan hasta el muslo, en lugar de tacones.

Menudo circo.

—Aguantemos, que no es para tanto —nos dice Dani.

Demasiado estoy soportando ya.

Un par de golpes en la puerta entreabierta que ha dejado Bruna nos interrumpe. Clara Valdivieso, alias «Rista Nosjode» o «Cruella de Vil», asoma la cabeza y se adentra en la sala sin permiso, con su aspecto de persona seria y formal: un soso traje negro e impoluto y su pelo rubio de bote recogido en una coleta alta y bien apretada.

—Buenos días —nos saluda en tono robótico, y pasea sus ojos escrutadores por cada miembro de Lapislázuli—. Voy a ver qué tal os queda el vestuario.

Nos colocamos delante de ella, hombro con hombro y alineados como si fuéramos maniquíes, aguardando su veredicto, que tiene pinta de ser cruel y despiadado; Bruna permanece a unos metros de nosotros.

Rista primero se centra en Rober, que es el que encabeza la fila, y lo mira de arriba abajo, asintiendo con aprobación, pero enseguida empieza a ponerle pegas.

—Tienes un aspecto agradable a la vista y un cuerpo trabajado, pero quizás estarías mejor si te rapamos media cabeza y te dejamos el pelo largo en la otra mitad —la tía da su opinión sin despeinarse, y luego le señala la nariz—. Ese *piercing*, fuera. Te afea el rostro.

Yo me quedo a cuadros y parece que Rober también por cómo enarca una ceja, porque antes se muere que cortarse un pelo y quitarse el *septum.*

—Claro, lo consultaré con la almohada —le responde con ironía, pero la otra ni se da cuenta de que la está vacilando.

Ahora es el turno de Candela, y también la mira con satisfacción antes de vomitarle su veneno.

—Bien. Con esas proporciones y tu altura, podrías haber sido modelo, pero has decidido permanecer sentada en una banqueta. —Hace una mueca con los labios—. Vamos a teñirte de azul eléctrico para que llames la atención; al estar tocando la batería y tus compañeros brillando delante, pasas a un segundo plano, donde nadie se fija en ti. —A continuación, apunta con su dedo hacia los pendientes sagrados que le regaló Gerard—. Quítate esos aros de barriobajera; dan mala imagen a la banda. Ah, y ya hablaremos sobre ese *eyeliner* en el momento de maquillarte.

¿Esta señora quién se ha creído que es?

El silencio y la tensión inundan el ambiente y desviamos la mirada hacia Candela, que está apretando la mandíbula y los puños tras la espalda, con ganas de propinarle un puñetazo a la tía, igual que yo. Sin embargo, le sonríe con falsedad y le responde:

—Por supuesto. —Y se dispone a desabrocharse los pendientes mientras yo la observo de hito en hito.

Después, le toca a Dani recibir la avalancha de «cumplidos», aunque lo mira con desaprobación.

—Alto y guapete de cara, pero deberías haber ido al gimnasio estos meses para aumentar la musculatura. En una semana no podemos ponerte en forma. —Su vista se dirige hacia el colgante de trébol de cuatro hojas que lleva y hacia su mano izquierda, concretamente al anillo de compromiso—. Ese collar y esa alianza, al cajón.

—¿Qué dices? —le espeta mi amigo, molesto.

—Sois una banda de rock, no un grupo de K-pop para llevar tantas florituras.

¿Y las lentejuelas no son florituras? Con ellas en la actuación no necesitaremos ni focos.

Candela, que está al lado, le da un codazo disimulado a Dani; este bufa, pero cede ante lo que le ha «aconsejado» la robot.

Puf. Rober, con media cabeza rapada y sin su *piercing* en la nariz; Candela, teñida de azul y sin los pendientes; Dani, sin su colgante ni el anillo…

Los tres, agachando la cabeza ante todo.

Estos no son mis amigos de toda la vida.

La última en recibir los supuestos halagos de esta mujer soy yo y me preparo mentalmente para escucharlos, respirando hondo, cuando se detiene frente a mí y me analiza con su mirada crítica.

—¿Qué hacemos contigo? —pregunta a nadie en particular. Después, suelta un suspiro exagerado, como si yo fuera un caso perdido, y centra su vista en mi calzado—. ¿Qué haces con esas deportivas? ¿Por qué no te has puesto los tacones sabiendo que quiero veros ensayar con vuestros conjuntos como si estuvierais tocando en el día de EuroStars?

—No pienso llevarlos —le respondo, tajante—. No sé andar con ellos, menos voy a saber dar saltos sobre el escenario con las agujas que tiene.

Ahora es Dani el que me regala un codazo a mí y Clara me sonríe con cinismo.

—Tu opinión no importa; debes obedecer lo que se te ordene y punto —me contesta, y su rostro se vuelve más serio y frío, borrando su sonrisa cínica para ordenarme—: Ponte ahora mismo los tacones y practica todo lo que puedas antes de la actuación final. Con tu estatura no debes ir con calzado plano, que tus compañeros son altos y vais a estar descompensados. —A continuación, nos mira a todos—. Vamos a la sala de ensayo, que ya hemos perdido demasiado tiempo. —Y desaparece del vestuario, acompañada del sonido de sus zapatos de tacón, no tan altos como los que me han asignado a mí.

Mi banda y yo nos reunimos durante unos segundos para criticar a esa tía y le pedimos a Bruna que haga algo para que no nos convierta en títeres, pero nuestra mánager solo dice que ella ni pincha ni corta en esta situación, porque las instrucciones vienen de los mandamases del festival. Al final, mis compis y yo no tenemos más remedio que ponernos de acuerdo en que debemos hacer esto por la banda, aunque no nos guste.

Solo es una vez.

Por Lapislázuli.

Me cambio las zapatillas de deporte por las grúas y me dirijo con mis amigos hacia la sala de ensayo, agarrada del brazo de Rober, caminando con torpeza e intentando mantener el equilibrio, como si fuese una bailarina que está aprendiendo a bailar de puntillas. Cuando cada uno se coloca en su puesto con su instrumento, Clara nos vuelve a escrutar con su mirada crítica y le solicita a Rober que sustituya su bajo marrón por uno negro, que encaja mejor con la estética de la puesta en escena. Él le hace caso sin rechistar y yo, por supuesto, no me libro de los anticonsejos de la mujer tras mirar la Telecaster de mi hermano.

—No, no, no. —Niega con la cabeza con firmeza mientras mueve el índice de un lado a otro—. ¿A dónde se supone que vas con esa guitarra? Aparte de que es roja y rompe al completo la armonía de colores, tiene marcas de desgaste y luce estropeada. Te ordeno que la tires a la basura en este momento y la cambies por una negra, que vas a dejar la reputación de Lapislázuli por el subsuelo si usas ese trasto. —Y tiene los santos ovarios de contemplar el instrumento con aversión—. Parece que la acabas de sacar de un vertedero lleno de ratas. Qué cosa más antiestética, por favor. —Mueve la mano en un gesto de rechazo—. Aparta eso de mi vista de inmediato.

Y dejo de escuchar las barbaridades que sigue soltando por esa bocaza ponzoñosa porque no puedo más; solo advierto cómo Dani me rodea el cuello con un brazo, dándome su apoyo.

Que modifiquen algunos versos de la canción: aceptable.

Que me quieran vestir como un objeto: aceptable también.

Pero que me prohíban tocar con esta guitarra que a ella le da asco y que a mí me recuerda a alguien que ya no está: por encima de mi cadáver.

Cruella de Vil chasquea los dedos delante de mi cara para que regrese al mundo real; yo poso la mirada en ella y tomo aire, sujetando la Telecaster con fuerza para no perder los nervios. Mis amigos y Bruna continúan en silencio.

—¿A qué estás esperando? —me espeta la mujer—. Deshazte de esa basura y coge otra guitarra.

—No —le respondo con voz tranquila.

Ella arruga el ceño porque no se esperaba mi contestación tan directa, acompañada de mi serenidad.

—¿Cómo?

—Que no me voy a deshacer de esta guitarra. Jamás —insisto, segura de mi decisión—. Es la que pienso llevar al festival.

—No va a pasar nada porque la chica quiera tocar con esa guitarra —interviene Bruna—. Qué más dará un color u otro cuando lo importante son ellos como banda y la canción.

Clara manda callar a nuestra mánager con un sutil movimiento de la mano y siento la tensión flotando en el ambiente. Deduzco que mis amigos se están aguantando hasta la respiración y las ganas de pestañear.

—Creo que aún no has entendido cómo funciona esto —me habla Clara sonriéndome como si yo fuera tontita, y señala la guitarra—. Eso que tienes ahí, fuera. Es innegociable.

Trago saliva y hago todo lo posible para no olvidarme de respirar.

Hasta aquí he llegado. Se acabó.

—Pues lo siento, porque si esta guitarra no va a EuroStars, yo tampoco. —Me quito el brazo de Dani de encima y me largo de esta sala con la guitarra y la cabeza bien alta, no sin antes desprenderme de los puñeteros tacones y abandonarlos en el suelo.

Me adentro en el vestuario para mandar al garete los trapos con los que me han vestido como si fuera una muñeca y me vuelvo a poner mi ropa.

Con la que soy yo misma. La Iris de siempre y no la Iris desconocida.

Unos minutos después, mis amigos y Bruna aparecen detrás de mí, preocupados. No han venido al instante porque habrán estado hablando entre ellos sobre lo sucedido.

—Vale, reunión de urgencia —suelta nuestra mánager, y da una palmada; Rober cierra la puerta.

—Esa tía se ha pasado de lo lindo —interviene Dani mirándome —. Sobre todo contigo.

—Me han entrado unas ganas de agarrarla de esa cola de caballo y revolearla por los aires como si fuera un helicóptero que no

os lo podéis ni imaginar —comenta Candela haciendo con su mano los gestos que está describiendo—. Ella sí que es una basura.

—Sabemos lo importante que es esa guitarra para ti y lo que significa. Ante todo, te apoyamos —ahora es Rober el que me habla —. Pero… —No acaba la frase porque sé que tiene miedo de mi reacción si la dice completa.

—Pero ¿qué? —le espeto.

—Quizá no pasaría nada por ceder un poco —lo ayuda Dani intentando convencerme—. Solo será un día. —Se muerde el labio, dudoso—. ¿Qué digo un día? Los tres minutos que dure la actuación en el festi. Después, podrás usar esa guitarra en nuestros próximos conciertos.

—Exacto. —Candela se pone de parte de ellos y, por cada sandez que dicen, algo dentro de mí se rompe—. Todos vamos a ceder en algo, aunque no estemos de acuerdo. Debemos hacerlo y aguantar por Lapislázuli.

No me puedo creer lo que estoy oyendo.

No sé quiénes son estas personas que están delante de mí.

—No es solo por la guitarra; eso es la gota que ha colmado el vaso. ¿De verdad estáis dispuestos a cambiar nuestra esencia y a actuar como títeres por un simple concurso musical? —declaro, perpleja—. Es cierto que participar en EuroStars ha sido nuestro sueño durante muchos años. —Mientras hablo, los miro uno por uno —. ¿Creéis que vale la pena tragar con todo y que nos conviertan en un producto comercial? Han censurado parte de nuestro tema y nos han disfrazado de peleles. ¿No puede haber palabrotas en nuestra canción, pero sí nos visten enseñando cacho? Un poco hipócritas, ¿no? —Dejo escapar un profundo suspiro—. Lo siento, pero a mí se me han quitado la ilusión y las ganas de tocar en ese festival que solo se centra en cosificarnos y no en la música.

Cuando doy por finalizado mi discurso, el silencio se vuelve a apoderar del ambiente y mis amigos me apartan sus miradas y permanecen callados.

Por primera vez en sus vidas se quedan mudos. Cuando todo se está yendo a la mierda.

—No vais a decir nada, ¿no? —inquiero sin sorprenderme siquiera, y asiento con la cabeza, decepcionada—. Muy bien. Conmigo no contéis. Os recomiendo que os busquéis otra guitarrista, porque yo abandono el barco. —Y huyo de aquí, protegiendo la Telecaster entre mis brazos.

Sin mirar atrás y sin que me detenga nadie.

Me he cansado de ser una marioneta, de sacrificarme, de mentir, de obedecer, de agachar la cabeza, de la maldita fama…

Si dedicarme a lo que más quiero significa pasar por todo eso y perderme a mí misma… Entonces no vale la pena.



—Gracias; quédese con el cambio —le digo al taxista tras pagarle el trayecto desde el estudio de ensayos hacia la misma puerta de mi casa de toda la vida, y me apeo del vehículo.

Mi padre estará trabajando; mi madre, haciendo la compra o dándose una vuelta por la ciudad; y Pau, en el colegio, por lo que nadie me molestará.

He venido en taxi y no en transporte público porque necesitaba privacidad; no tenía ganas de que la gente me reconociera, ponerles buena cara y hacerme fotos con ellos.

Anhelo ser la persona normal y corriente que vivía sumergida en el anonimato.

Cuando voy directa al garaje con la guitarra a cuestas, Pau sale escopetado de la casa, ataviado con su pijama de *Lilo & Stitch* y esbozando una sonrisa risueña.

—¡Iris!

Mierda, qué inoportuno. ¿Hoy no tiene clase?

—Ahora no, Pau. —Le indico con mi palma que no se acerque más.

La sonrisa se esfuma de su rostro en un santiamén y detiene sus pasos.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enfadada conmigo porque me he inventado que me dolía la tripa para no ir al cole? ¡Es que quería quedarme para seguir jugando con la guitarra que me regaló Gabrielle!

—No es eso; solo me apetece estar sola. Métete en casa, por favor —le ordeno haciéndole un gesto con la cabeza hacia la puerta de la entrada—. Y ya hablaremos sobre inventarse enfermedades para saltarse las clases.

Pau me responde con un «vale» desganado y se da media vuelta para entrar en nuestro hogar; yo abro el portón del garaje. Una vez dentro, lo vuelvo a cerrar para que nadie venga a buscarme y enciendo la luz. Me siento en el suelo con las piernas cruzadas, saco mi lista de cosas por hacer del bolsillo de mis vaqueros y la leo entera, pero solo me centro en cuatro puntos.

*Participar en EuroStars.*

*Que Pol esté orgulloso de mí.*

*Hacer sacrificios por Lapislázuli.*

*No perderme a mí misma por el camino.*

Ni voy a participar en ese festival (al menos, de la forma en la que todos quieren) ni voy a sacrificarme más por la banda; si lo hiciera, no cumpliría la última opción y mi hermano no se sentiría orgulloso de mí allí donde esté.

Niego con la cabeza, echándole un último vistazo a las palabras que se encuentran escritas en este papel, decepcionada conmigo misma y con Lapislázuli, porque ya carecen de sentido. En un impulso, formo una bola arrugada y la intento encestar en la papelera de la esquina, pero se cae fuera. Después, coloco el móvil con la cámara encendida en un pequeño trípode que he cogido de una de las estanterías y me vuelvo a acomodar en el suelo, en la misma posición que hace unos segundos, pero con la Telecaster sobre mi regazo.

Sé que me voy a arrepentir por lo que voy a hacer, pero debo ser sincera con el mundo.

Conmigo misma sobre todo, aunque me lleve por delante a la gente que quiero y a la que he empezado a querer.

# 34. Gabrielle

Estoy sentada en el sofá con el portátil sobre las piernas, los pies apoyados en un cojín encima de la mesita de centro y Bartolamiau a mi lado, echándose la siesta, mientras de fondo se escucha la lluvia, que ha comenzado hace unos minutos.

Hoy toca día de relax en mi casita de Barcelona, escribiendo mi autobiografía, y ha llegado el momento de redactar el capítulo de mi romance con Iris. Desde que nos conocimos hasta ahora. Y no sé por dónde empezar, a pesar de que Lucien me haya montado un resumen detallado de lo que debo desarrollar y su consejo solo haya sido «es como si estuvieras escribiendo una novela romántica sáfica entre dos artistas del mundo de la música. Échale imaginación, chocho».

¿Cómo llaman los novelistas a este proceso? ¿Miedo a la página en blanco? ¿Bloqueo de escritor? ¿Síndrome del impostor? No tengo ni idea y debo entregar el borrador del manuscrito en dos semanas, porque la editora ya está metiéndole prisa a Lucien para hacer los últimos retoques antes de las vacaciones de verano y poder publicar el libro a mediados de septiembre.

Vacaciones para la editorial, porque yo tengo la gira mundial de mi próximo álbum.

Necesito un café bien cargado.

Abandono el portátil en la mesita y me encamino hacia la cocina para poner en marcha la cafetera. Mientras aguardo de pie, apoyada en la encimera y de brazos cruzados, a que se prepare mi combustible con el delicioso aroma inundando mi alrededor, Lucien regresa de la calle y entra como un vendaval, gritando mi nombre por toda la casa, atacado de los nervios.

—¡Gabby! ¡Gabby!

Extrañada y asustada, salgo al pasillo por si ha ocurrido algo grave.

—¿Qué te pasa, Luci?

Mi amigo, que estaba buscándome en el salón, se acerca a mí y posa sus manos en mis hombros para mirarme a los ojos y soltarme lo que sea que lo tenga tan desquiciado.

—Tienes que ver el vídeo que ha publicado Iris en su cuenta de Instagram.

—¿Un vídeo? —Arrugo el entrecejo—. ¿Qué vídeo?

—Ve a verlo.

Esto me da muy mala espina.

Mi amigo y yo entramos de forma atropellada en el salón y recupero el móvil del sofá. Con el dispositivo en las manos, me meto en Instagram y la primera publicación que me aparece es el vídeo de Iris.

—Mejor será que lo veas sentada —me recomienda Lucien, y me obliga a acomodarme en el sofá; él se queda de pie, comiéndose las uñas.

Me aterra darle al *play.* Viendo el comportamiento de mi amigo, sé que no me va a gustar el contenido de ese vídeo.

Respiro hondo y cuento hasta tres con los ojos cerrados. A continuación, los abro y reproduzco ese *reel,* donde sale Iris sosteniendo la guitarra roja de su hermano, en el suelo de su garaje.

—Hola a todos —comienza a hablar, mirando a la cámara con el semblante más serio que le he visto desde que tengo el placer de conocerla—. Jamás imaginé que iba a grabar este vídeo, pero aquí estoy. —Hace una breve pausa y suspira—. La música empezó siendo un hobby, un sueño… Mi refugio. Pero ahora se ha convertido en una jaula y siento algo que nunca creí que sentiría por ella y lo que la rodea: odio. Por eso he tomado la decisión de abandonar Lapislázuli. No es porque no quiera a mi banda; al contrario, quiero a mis amigos con toda mi alma y daría mi vida por ellos si hiciera falta… En realidad es porque, desde que saltamos a la fama, siento que me estoy perdiendo a mí misma en ese mundo que no está hecho para mí. He forzado sonrisas, he tenido que ceder ante cosas

con las que no he estado de acuerdo, he obedecido otras tantas y he mentido, cuando yo no soy así y siempre voy con la verdad por delante. Y solo por el módico precio de querer dedicarme a mi pasión. Ha llegado un punto en el que me he cansado; no todo vale para ganarse un hueco en la música.

Pauso el vídeo con un nudo en la garganta porque esto es demasiado.

—¿Cómo que deja Lapislázuli? —Alzo la mirada hacia Lucien—. Pero ¿qué ha pasado?

¿Será por la discusión que tuvimos en su ensayo?

Mi amigo deja de devorar sus uñas para contestarme con cierta ironía tensa:

—Sigue viendo, cariño, que ahora viene la mejor parte.

Le hago caso y, de nuevo, le doy al *play* para seguir viendo lo que me queda de vídeo, con el corazón encogido porque sé, por la actitud y las palabras de Lucien y por el comportamiento de Iris, que voy a acabar destrozada.

—Por otro lado, también debo ser honesta con vosotros, con las personas que me habéis apoyado desde el principio y las que me habéis conocido durante estos meses. No puedo seguir mintiéndoos, porque no está bien y ser así no encaja conmigo. —Toma aire y exhala despacio—. La relación que mantengo con Gabrielle Leroux no es real. Se trata de un acuerdo entre las dos por lo que ocurrió aquella noche de finales de febrero, en la salida del evento de Madrid, cuando le rompí la falda de tul sin querer y nos peleamos en público, para calmar la guerra que se formó y no afectara a la participación de Lapislázuli en EuroStars ni al lanzamiento del nuevo álbum de Gabrielle. Fue una estrategia de marketing que no debería haber aceptado, porque me siento culpable por haberos engañado con algo que os ha hecho tanta ilusión. Perdón por haberos defraudado, traicionado y mentido, y comprenderé si os cabreáis conmigo. Me lo merezco. Solo os pido una cosa: que no os enfadéis con Gabrielle ni con Lapislázuli, que ellos no tienen la culpa de nada; yo asumiré la responsabilidad y las consecuencias de esto. Lo siento, Dani, Candela, Rober… Y Gabrielle —mi nombre lo pronuncia con la voz quebrada—. Gracias por haberme escuchado.

Y el vídeo llega a su fin.

Permanezco unos segundos contemplando la pantalla negra, sosteniendo con mis manos temblorosas el móvil y procesando lo que he visto y escuchado.

¿Qué carajos…?

No entiendo absolutamente NADA de lo que acaba de suceder. Necesito una explicación de inmediato.

Una explicación de parte de Iris.

Cara a cara.

Apago el teléfono, porque se me ha llenado de notificaciones, llamadas y mensajes en cuestión de un rato, y me levanto como un resorte del sofá.

—Salgo un momento —informo a Lucien, que ha estado callado todo el tiempo mientras yo asimilaba el vídeo.

—¿A dónde vas? —quiere saber, persiguiéndome por el pasillo—. ¿Y así vestida? ¿Te acompaño?

Llevo unas mallas, una sudadera y unas zapatillas de andar por casa; no me apetece perder minutos cambiándome de ropa porque quiero encontrar a Iris en su garaje, aunque nada me garantiza que siga allí cuando llegue o que el vídeo lo haya grabado justo antes de publicarlo; quizá lo tenía preparado de otro día y ha esperado a hoy para mostrárselo a todos.

—No —le respondo a mi amigo, cortante.

—Vale, pero no dudes en llamarme si necesitas ayuda.

Le contesto que no se preocupe, me hago con las llaves del mueblecito del recibidor y conduzco, con lluvia incluida, en dirección a la casa de los padres de Iris, que ya ni son suegros de mentira ni son nada, porque ella se ha encargado de destapar la verdad sin consultármelo.

No sé si estoy furiosa, dolida, confundida, humillada, traicionada… O siento una macedonia de esos estados emocionales.

Una vez que llego a mi destino, aparco frente a la vivienda, me apeo del vehículo y camino hacia el garaje, pisoteando los charcos y empapándome entera. Noto que también se me mojan las zapatillas, los calcetines y los pies como si los hubiera metido en el fondo del

mar, pero me da lo mismo, porque lo importante ahora es hablar con la mujer que ha puesto mi vida patas arriba.

Aporreo el portón cerrado con mi puño varias veces.

—¡Iris! —la llamo—. ¡Ábreme, que tenemos que hablar! ¡Sé que estás ahí dentro!

No soy una chica que se exprese mediante gritos como cual verdulera, pero no puedo evitarlo. La furia le gana a las demás emociones que estoy experimentando.

Como la rubia no da señales de vida, continúo vociferando su nombre y golpeando el acero sin parar, convirtiendo mi mano en papilla y maltratando mi voz.

¡Será posible!

—¿Ni siquiera te atreves a dar la cara, cobarde? —la provoco, pero como sigo sin obtener respuesta, añado—: Me da igual. Pienso quedarme aquí hasta que me abras. No sé si lo sabes, pero está cayendo un buen aguacero; si no me mata una pulmonía, lo hará un rayo, porque llevo encima el móvil encendido —miento para comprobar si se le ablanda la roca que tiene por corazón—. ¡La próxima integrante del Club de los Veintisiete voy a ser yo!

Sé que esa última frase ha sobrado y ha sonado a amenaza, pero tengo la adrenalina a tope y se me ha escapado. No obstante, parece que surte efecto, porque el portón se eleva con lentitud y me topo con Iris y su semblante neutro.

—¿Eres consciente de lo que acabas de formar? —es lo primero que le digo, todavía con las gotas de agua cayendo sobre mí—. ¿Por qué, eh?

Ella se cruza de brazos, supertranquila.

—Tenía que hacerlo. No aguantaba más.

—¿Me dejas pasar para que me lo expliques con más calma y detalladamente en lugar de contármelo aquí, mientras me empapo aún más de lo que ya estoy?

—De acuerdo. Entra. —Hace un ademán con la cabeza, indicándome que pase.

Cuando me adentro en su guarida, ella vuelve a cerrar el portón y toma asiento en el sofá de cuero, abrazando un cojín como si se

estuviera protegiendo a sí misma; yo decido quedarme en pie, con los brazos en jarras y mirándola, aguardando a que se explique.

—¿Y bien? Ya puedes empezar.

—Si es que no sé cómo. —Me aparta la mirada y se pone a juguetear con el borde del cojín—. Ese mundillo de falsedad me tenía hasta los ovarios y he llegado al límite. Estos meses he sentido que no era yo con tantas mentiras, cambios con los que no estaba cómoda y sumisión, así que hoy, con la visita de Cruella de Vil y sus ataques, ordenándome que tirara a la basura la guitarra de mi hermano porque rompía la estética en el escenario, he explotado.

Dios mío, se expresa como un robot. No atisbo ni una pizca de emoción en su cara; es como si algún ente extraño le hubiera borrado la humanidad.

—¿Y no podías haber hablado conmigo antes de tomar una decisión por tu cuenta? —le recrimino sin desviar mi vista de ella—. Me hubieras contado que estabas cansada de fingir y lo habría entendido. Podríamos haber grabado ese vídeo juntas.

—No; tenía que hacer esto yo sola.

—¿Por qué? ¡Esto también me incumbe a mí!

Suspira con pesadez.

—Porque no debería haber aceptado nuestro acuerdo de la relación falsa; me arrepiento de no haber seguido oponiéndome a ese paripé cuando nunca he estado conforme.

No me lo puedo creer. ¿Cómo puede ser tan egoísta?

—Pero ¿qué dices? —Me paso una mano por el rostro, alterada —. ¿Sabes lo que has conseguido con lo que has hecho? ¡No somos personas anónimas! ¡Ahora todo el mundo va a cancelarme por tu culpa! Justo cuando estoy a punto de sacar mi décimo álbum y quedan solo unos meses para que se publique mi autobiografía. —Me pongo a dar vueltas por el garaje, de un lado a otro—. Mis fans van a creer que los he engañado y dejarán de apoyarme; se sentirán traicionados por la artista a la que admiran. Todo lo que he alcanzado con tanto esfuerzo durante años se va a ir al traste y me hundiré en la miseria por un vídeo de dos minutos.

Ni pedirle que lo elimine serviría, porque lo habrá visto la mayor parte de nuestros seguidores (y no seguidores) y se lo habrán

descargado de manera ilegítima o habrán utilizado alguna aplicación para grabar la pantalla.

Todo lo que se publica en internet, a día de hoy, es imborrable. Y solo basta una imagen, un bulo o un vídeo de tres segundos para derrumbar tu carrera.

Iris se atreve a posar su mirada en mí y sonríe, resignada.

—¿Eso es lo único que te importa? ¿El qué dirán? —me pregunta, y me parece antinatural lo relajada que continúa estando —. ¿Tu fama? ¿Lo que piense gente que ni conoces? —Suelta una risa amarga—. ¿Por una industria que apesta y que te trata como un producto?

Paro de recorrer la minúscula cochera, porque no quiero marearme, y vuelvo a centrarme en la rubia con las manos en la cintura, en expresión desafiante.

—No es solo eso: es la manera en la que me gano la vida. Es mi pasión, aunque a veces haya tenido que ceder y soportar cosas que no me gustaban, porque no es un camino de rosas ni te regalan nada. Tienes razón en lo de que apesta, pero lo bueno compensa lo malo, ¿sabes? Que la gente disfrute de tus canciones y se sienta identificada con ellas, que te apoye, que coree tu nombre, que tararee tus letras, que venga a tus conciertos para verte expresamente a ti… —Esbozo una ligera sonrisa—. Es una sensación que no se puede explicar con palabras. —Y enseguida vuelvo a ponerme seria para agregar, apuntándola con el dedo índice—: Además de exponerme a mí públicamente, también has dejado tirados a tus amigos unos días antes del festival, y eso, en mi opinión, está bastante feo. Estoy segurísima de que a ellos tampoco les hace gracia obedecer a esa mujer, pero ahí se han quedado: aguantando. Si tú no estás dispuesta a darlo todo ni a renunciar a tus intereses para dedicarte en cuerpo y alma al rock, entonces has hecho bien en abandonar Lapislázuli, porque este mundo tan duro no es para ti.

Sin decir nada más, porque ya he vomitado lo que tenía pensado soltarle, me doy la vuelta y abro el portón dándole al botón, para después esfumarme del garaje, dejando a Iris junto a su frialdad en ese sofá, espero que reflexionando sobre mis palabras.

Me quedo sentada en mi coche unos minutos, con un nudo en la garganta y las lágrimas a punto de salir de mis cuencas, observando cómo las gotas de lluvia golpean el parabrisas y algunas se deslizan por él.

Aún mantengo la esperanza de que Iris venga corriendo hasta mí para disculparse.

Pero no lo hace, porque el portón se cierra otra vez y ella se queda en el interior del garaje.

Y yo conduzco en dirección a mi casa, con ríos recorriéndome las mejillas.

# 35. Iris

Desde ayer, no paro de darle vueltas a lo último que me ha dicho Gabrielle.

Bueno, al pedazo de discurso que se ha marcado, en general.

Pero la última frase, en particular, es la que más me ha calado.

«Si tú no estás dispuesta a darlo todo ni a renunciar a tus intereses para dedicarte en cuerpo y alma al rock, entonces has hecho bien en abandonar Lapislázuli, porque este mundo tan duro no es para ti».

Lo peor es que la tía lleva razón en cada palabra, y eso es lo que más me duele.

Piensa que no soy valiente y que no tengo el coraje suficiente para hacerme un hueco en esa secta; que les he fallado a mis amigos justo cuando deberíamos estar más unidos que nunca; que también la he traicionado a ella cuando no se lo merecía…

Yo también pienso eso de mí y puede que me haya equivocado por haber actuado en caliente.

Ahora, analizando la situación en frío y en mi habitación de la casa de mis padres, me doy cuenta de que he sido una auténtica hija de puta.

Pero debía desahogarme para que esto no acabara matándome por dentro con lentitud, aunque para eso les haya tenido que hacer daño a mi familia elegida y a la chica que ha conseguido ganarse un pequeño lugar en ese órgano con forma de patata con brotes que late dentro de mi pecho.

Me disculparé con ellos cuando tenga las fuerzas suficientes, a pesar de que tenga todas las papeletas para que me manden a la mierda.

Unos golpes en la puerta de mi cuarto interrumpen mis cavilaciones. Estoy tirada en la cama, bocarriba, con la vista fija en el techo y las manos entrelazadas sobre mi estómago.

—No estoy disponible para nadie —le respondo a quien sea que quiera invadir mi espacio personal.

Pau entra de sopetón sin hacerme caso.

—Han venido tus amigos. Están en la cocina y me han dicho que te diga que, si no apareces en menos de cinco minutos, vendrán y te sacarán de aquí entre todos como si fueras el trono de una procesión. Y toma esto, que estaba tirado en el garaje. —Deposita sobre mi mesita de noche mi lista de cosas por hacer, estirada pero arrugada—. Y Pol siempre estará orgulloso de ti. Hagas lo que hagas. —Y se va corriendo sin cerrar la puerta tras de sí, con miedo a que le eche la bronca.

Exhalo con dramatismo.

Sabía que los lapislázulis se iban a presentar aquí, pero en vez de para hacer las paces, para tirarme de los pelos entre los tres.

Me levanto de la cama, aunque no me apetezca y me pese el cuerpo entero, cojo la lista y la intento planchar con las manos, aunque sea imposible que se quede lisa. La escondo en el bolsillo de mi pantalón, doblada en cuatro mitades, y abandono mi dormitorio para enfrentarme a la realidad.

No estoy preparada para sus caras de decepción y de cabreo, pero allá voy.

Me adentro en la cocina, apática y con las manos metidas en los bolsillos de la sudadera, y me encuentro a mi banda sentada a la mesa y desayunando tan ricamente.

En teoría, ya no es mi banda porque me he ido, pero Lapislázuli siempre será mi hogar, aunque no forme parte de ella.

—Anda que tú también… —mi madre, que está de pie al lado de ellos, es la primera en decir algo, asintiendo despacio con la cabeza, en un gesto de reproche; Candela, Dani y Rober dirigen sus miradas hacia mí sin dejar de zampar—. He tenido que hacer de anfitriona con tus invitados y prepararles el desayuno como ofrenda de paz mientras tú estabas con la mente en otro planeta.

—Estos solo han venido a gorronear —le respondo señalando con la barbilla el bufet libre que hay sobre la mesa con todo tipo de alimentos.

—Pero por lo menos hablaréis para arreglar lo que ha ocurrido, ¿no? —Mi madre se recoloca la bata de andar por casa y me mira solo a mí—. Con Gabrielle deberías hacer lo mismo, que menudos gritos dio ayer. Para ser francesa, parece que se ha criado en España. —Suelta un suspiro—. Lo buena pareja que hacíais y era mentira.

Mis amigos continúan callados, cotilleando la conversación entre mi madre y yo.

—Ya… Lo siento; sé que estabas muy ilusionada.

—¿Yo? Qué va, hija. —Hace un ademán con la mano, quitándole importancia—. Si ya lo sabía.

—¿Cómo que ya lo sabías? —Frunzo el entrecejo e intercambio una breve mirada con los invitados por si se han ido de la lengua sin querer, pero ellos se encogen de hombros como si no supieran nada.

—A una madre no le puedes tomar el pelo de esa manera —vuelve a hablar la mujer que me parió—. Además, Gabrielle vino a escondidas al día siguiente de nuestra primera comida familiar y me contó la verdad. La muchacha se sentía muy culpable por engañarme y me hizo prometerle que no se lo contara a nadie, que este sería nuestro secreto entre nuera y suegra de mentira.

Permanezco mirándola, ojiplática.

—Estoy flipando.

Mi madre me contesta que «no flipe tanto, tronqui» (palabras textuales) y me ordena que me siente para desayunar, porque desde ayer no le meto comida decente a mis tripas; después, les dice a los demás «que aproveche» y se marcha de la cocina para llevar al colegio a Pau.

Echo un vistazo a mis amigos. Candela está untando Nutella en una tostada; Rober, dándole un sorbo a lo que sea que se esté bebiendo y Dani, comiéndose a mordiscos una napolitana de chocolate, mirando a nadie en concreto.

Ahora que se ha ido mi madre, no sé cómo comportarme con ellos ni qué decirles.

Carraspeo y ocupo la silla libre que queda para hacerme un ColaCao frío con grumos, porque el café me va a poner más nerviosa de lo que ya estoy, aunque no lo parezca.

Ayer, durante la visita de Gabrielle, aparentaba estar tranquila, pero en realidad sentía un volcán en mi interior a punto de estallar.

Carraspeo, dándole vueltas con la cuchara a mi ColaCao.

—La he cagado mucho, ¿no?

—Suponemos que no te has metido en internet —interviene Dani con la boca llena—. Porque te han dicho de todo menos bonita.

—A ti y a Gabrielle —añade Candela, que deja el cuchillo en su plato y yo agradezco que sea de punta redonda, porque es capaz de lanzármelo a la cara sin ningún miramiento—. Casi todo el mundo os está cancelando, vuestros últimos *posts* de Instagram se están llenando de insultos y la periodista con nombre de compresa no ha tardado en escribir un artículo bastante jugoso.

Artículo que ni he leído ni pienso leer.

Rober, que lo tengo al lado, posa su mano en mi brazo, en expresión de apoyo para preguntarme:

—Ahora lo importante: ¿tú cómo estás?

Dejo de marear el ColaCao y alzo la vista hacia ellos.

—Fatal, gracias. —Me encojo de hombros, intentando mostrar indiferencia—. Podría estar peor. ¿Y vosotros? ¿Ya habéis hecho el equipaje para el viaje a Roma? —Me meto una cucharada en la boca con unos grumos enormes.

—No vamos a participar en EuroStars —suelta Dani de sopetón, lo que provoca que los polvos del cacao se me vayan para otro lado y me atragante.

—¿Cómo? —me esfuerzo en decir entre toses, y Rober me da palmaditas en la espalda—. Ya me podéis explicar lo que ha pasado.

Por un instante, siento verdadero terror de que les hayan prohibido participar por culpa de haberla liado con mi vídeo.

Mientras terminamos el desayuno, entre los tres me cuentan lo sucedido, que no tiene ningún desperdicio: tras mi huida del ensayo y sacar los trapos sucios en el *reel*, Cruella de Vil les aconsejó buscar otra persona para tocar la guitarra eléctrica en el festival (una que no diera tantos problemas como yo) o prescindir de un cuarto

integrante y que Dani, además de ser el vocalista, también fuera el guitarrista principal, pero ellos se negaron en rotundo y le respondieron que Lapislázuli lo formamos los cuatro, que no necesitaba una sustituta y que, sin mí ni la Telecaster de mi hermano, la banda no tocaría en EuroStars ni en ningún otro sitio.

O los cuatro o nada.

—¿Cómo que no vamos a participar? —inquiero, pero enseguida me corrijo, sacudiendo la cabeza—: ¿Cómo que no *vais* a participar? Es nuestro sueño desde hace años. —De nuevo, rectifico—: *Vuestro* sueño.

—Nena, deja de hablar de esa forma, que me estás poniendo nerviosa. —Candela, que se encuentra a mi derecha, me regala un ligero empujón en el hombro—. Si no vamos los cuatro de la manita, no va ninguno. Y punto.

—No vamos a permitir que abandones la banda, aunque te hayas empeñado en hacerlo —interviene Dani.

Me masajeo las sienes, agobiada.

—Sois idiotas y me estáis jodiendo con esta decisión absurda.

No voy a consentir que dejen pasar esta oportunidad tan valiosa.

Vamos, por encima de mi cadáver.

Me pongo en pie, arrastrando la silla hacia atrás, y apoyo las palmas en la mesa, mirándolos uno a uno porque se me ha ocurrido la idea del siglo.

—Escuchadme con mucha atención: Lapislázuli va a participar el sábado en EuroStars y va a ganar el trofeo con la estrella de cristal como que me llamo Iris Llorens Castro. ¿Estamos? Y si para eso tengo que estrangular a esa Cruella de Vil para que no nos trate como marionetas ni nos toree, la estrangulo con mis propias manos y se acabó.

—¿Vas a renunciar a tocar con la guitarra de tu hermano por Lapislázuli? —me pregunta Rober con curiosidad.

—No he dicho eso, como tampoco he mencionado que le tengamos que hacer caso a esa mujer en todo lo que nos ordene.

—Ya sé por dónde vas —suelta Candela con una sonrisa maliciosa, porque sabe a la perfección por dónde voy.

—Yo creo que también —vuelve a intervenir Rober.

—Pues yo no me he enterado de nada —admite Dani, confundido, y los demás ponemos los ojos en blanco—. ¿Quién me lo quiere explicar con peras y manzanas?



Y llegó el gran día.

Estamos en nuestro camerino del Palacio de los Deportes de Roma, esperando a que empiece el festival tras haber ensayado la semana entera en este lugar con los representantes de los demás países.

Para no acabar al borde de un ataque de nervios, cada integrante de Lapislázuli está perdiendo el tiempo en algo: Rober engulle gusanitos como si no hubiera un mañana y yo no entiendo cómo puede comer en estos momentos; Dani se mensajea con Axel a la vez que camina de una punta a otra, cosa que me pone más histérica de lo que ya estoy; Candela se mete en el baño a toda hostia para atascar el váter; y yo me acomodo en un rincón del suelo, con las piernas cruzadas, el móvil y los auriculares puestos, para intentar relajarme con sonidos de lluvia.

No nos han vetado del concurso, porque el día que mis amigos se presentaron en mi casa para desayunar y hablar conmigo para aclarar las cosas, nos reunimos con Cruella de Vil y nos disculpamos con ella, aludiendo a que nos dio «una pataleta de artistas a causa de la tensión por concursar en el festival»; también le hemos prometido que seguiríamos sus recomendaciones a rajatabla, fingiendo ser los mejores títeres de este circo musical.

En cuanto al vídeo del mal… Ya no existe. Por lo menos en mi perfil de Instagram, ya que decidí borrarlo nada más hablar con mi banda; no ha hecho falta que Cruella de Vil, Bruna o Lucien me pusieran una pistola en la cabeza cada uno. Sin embargo, lo que es inevitable es que a la gente no se le ha olvidado todavía lo que he

hecho, pero mantengo la esperanza de que, con el paso de los días, nadie se acuerde y empiecen a odiar a otro famoso. Aunque eso sí: sigo sin visitar las redes sociales, porque no me apetece desanimarme. El único momento en el que me metí fue para publicar una *storie* para disculparme con los fans, comunicarles que regresaba a la banda y que todo había sido un malentendido, porque inventarme que me habían *hackeado* la cuenta y habían subido un *reel* manipulado no iba a colar.

Y con Gabrielle aún no me he atrevido a hablar, a pesar de que mis amigos me estén animando para que le envíe un simple mensaje por WhatsApp. Sé que está pasándolo peor que yo con el tema de que haya sacado a la luz nuestra relación falsa y que la mayor parte del planeta la deteste, como a mí; hasta ha desactivado su cuenta de Instagram (esto me lo ha contado Rober, que sigue intimando con el lameculo de la francesa y se ponen a cotillear como los marujos que son).

No sé cuánto tiempo transcurre desde que me sumerjo en mis pensamientos hasta que Dani me arrebata uno de los cascos para informarme de que nos tenemos que ir dentro de diez minutos.

¿Ya? ¿Tan rápido? Se me ha pasado este rato volando y no tengo ni idea de si me he tranquilizado, porque noto el estómago más revuelto y las manos más sudadas que antes.

Alguien llama a la puerta y Rober es el que decide abrir.

Será Bruna, supongo.

—¡Anda, la gabacha! —exclama mi amigo, y mis ojos se dirigen hacia ellos de manera automática—. Pasa, pasa.

Gabrielle se adentra en nuestro camerino, y Dani y Candela la saludan, sonrientes; yo mantengo mi mirada en ella durante un milisegundo y me levanto del suelo sin decir nada.

Ha asistido al festival porque es una de las artistas invitadas para promocionar su nuevo disco, que se publicará el lunes, y espero que el público la respete cuando salga a actuar, si no, se las verán conmigo.

—Solo quería desearos suerte para esta noche, aunque no la necesitéis; lo vais a hacer espectacular —nos dice dedicándonos una

sonrisa sincera—. Me alegro de corazón de que Lapislázuli haya regresado.

Los tres le agradecen sus palabras, pero yo continúo callada e incómoda, y clavo mis ojos en una loseta del suelo.

—Me acabo de acordar de que tenemos que buscar ahora mismo, en el baño, esa cosa tan importante que os dije antes —suelta Candela con la vista fija en Dani y Rober, pero diciéndoles algo completamente diferente con su mirada.

Gabrielle frunce el entrecejo ante esa adivinanza y a mí me entran ganas de descuartizar a mis amigos.

—Ah, es verdad… —le responde Rober, que se golpea la frente con su palma, siguiéndole el rollo—. Ya se me había olvidado esa cosa tan importante.

—¿Qué cosa teníamos que buscar? —interviene Dani sin pillar nada.

Candela le contesta «anda, vamos» y lo coge del brazo para meterse con él y su hermano en el servicio, dejándome a solas con la francesa.

Serán cabrones.

Miro a Gabrielle y fuerzo una sonrisa; ella me imita.

—Bueno… —rompo el hielo.

—Bueno… —repite lo mismo que yo; la una enfrente de la otra —. ¿Qué tal? ¿Nerviosa?

—Demasiado —le respondo, escueta, porque a estas alturas no soy capaz de formar una frase con más de dos palabras.

—Mucha mierda otra vez. —Ahora su sonrisa parece genuina—. Lo vas a bordar.

—Lo mismo te digo —le contesto, porque no sé qué demonios decirle, y me río como una boba—. Aunque en tu caso sería que lo vas a bordar con tu nueva canción y mi púa colgando de tu cuello.

Sí, me he fijado. La francesa no se ha separado de ella ni una vez desde que se la regalé; la lleva a todas horas como complemento de sus modelitos. Pero pensaba que, después de nuestra pelea, se la había quitado.

Tras mis palabras, Gabrielle también se echa a reír.

—¡Ay, espera! —exclama como si se hubiera acordado de algo—. Te tengo que dar algo mío para que te dé suerte, como has hecho tú con tu púa.

—No hace falta.

Me ignora y se quita una de las tantas pulseras que decoran sus brazos, que imagino que serán las que les da suerte. Después, me sujeta la mano izquierda y me rodea la muñeca con ella, que es plateada y contiene un pequeño adorno: la inicial de su nombre.

No sé qué hacer ni qué decir ahora mismo, aunque tampoco me sorprende mi comportamiento. Con nervios o sin nervios, estando enfadadas o no estándolo, actuaría de la misma manera en estas circunstancias.

—Eh… ¿Gracias? —Insegura, intento llenar el ambiente con un poco de humor diciendo—: A ver si no me tiran huevos cuando sea el turno de Lapislázuli.

Gabrielle se ríe de nuevo.

—No creo. En el fondo os adoran.

—Ya. —Me muerdo el labio inferior—. En fin…

—En fin…

Nos quedamos mirándonos a los ojos sin saber cómo seguir con la conversación, pero con ganas de querer decirnos algo más.

—¡Todos a sus puestos, que va a empezar el circo! —Bruna irrumpe en el camerino, dando palmadas, y nos mira a la francesa y a mí, extrañada—. Uy, ¿interrumpo algo?

—No, no. Yo ya me iba —interviene Gabrielle, y los otros tres salen del baño, quejándose de que la telenovela entre nosotras se ha quedado en lo más interesante—. Venga, chicos, que vais a ganar. —Levanta el brazo con el puño cerrado, en un gesto de fuerza, y desaparece por la puerta.

Ladeo la cabeza hacia los teleñecos que han salido del servicio.

—¿Qué? ¿Ya habéis encontrado esa cosa de vital importancia?

—Claro que sí —responden los tres al unísono, y suspiro con exasperación.

Después de este momento tan emotivo, mi banda y yo abandonamos nuestro camerino. Junto a los otros participantes, que también han salido de los suyos, nos encaminamos hacia la sala

desde donde veremos las actuaciones de los demás, que cuenta con un montón de espacios reservados, cada uno con un par de mesitas de centro con bebidas y sofás, para que los representantes de cada país aguarden su turno.

Unos minutos más tarde, el programa comienza y los presentadores dan paso a Gabrielle para que inaugure el festival con su espectáculo. La francesa aparece en pantalla junto a sus bailarines y se come el escenario durante el rato que dura su canción, con su presencia, su tutú violeta, los movimientos de su larga melena lisa, la coreografía con la que te hipnotiza, su voz melódica y dulce, su enorme sonrisa iluminando el recinto, mi púa moviéndose al compás sobre su pecho y, por supuesto, las Converse que también le regalé en su cumple.

Joder, es cautivadora.

Su *show* finaliza y el público estalla en aplausos y grita su nombre. Ella les da las gracias y les lanza un beso desde el escenario; yo agradezco que no le hayan lanzado huevos crudos ni la hayan abucheado, aunque tampoco me he enterado por lo ensimismada que he estado admirándola.

Y ahora sí, comienzan las actuaciones de cada participante. La primera es la del representante mamarracho de Alemania, que interpreta su canción disfrazado de salchicha, y nosotros aguardamos con paciencia (o impaciencia) a que sea nuestro turno.

¿Lo peor? Que somos los decimoterceros en tocar, y eso significa mala suerte, aquí y en Plutón. ¿De verdad no había otra posición? ¿Quién ha sido el gracioso en asignar el orden? Porque me están entrando muchísimas ganas de ponerme violenta con esa persona.

Pero no importa (já, ¿a quién quiero engañar?); saldré ahí fuera con mi grupo y haremos temblar el escenario con nuestra canción cañera.

Nada va a salir mal… O nada va a *malir sal,* más bien.

En cuanto el representante número doce defiende su tema y su país, nosotros nos preparamos en el *backstage* con lo que nos ha traído Bruna a escondidas. Candela se desprende de la peluca azul, se suelta su melena morena y se enfunda un vestido corto de cuero,

de color azul lapislázuli y ceñido, con medias de rejilla y botas altas negras; también se hace el *eyeliner* en cada ojo y se coloca sus preciados pendientes. Los chicos se visten con un pantalón de cuero negro y botas estilo *combat*, aunque Dani decide no llevar ninguna prenda en la parte de arriba porque le apetece enseñar cacho para ser el favorito, y se pone su colgante del trébol y su anillo de compromiso; Rober saca a relucir su *septum* y se coloca una camiseta azul sin mangas, con el dibujo de una calavera; y yo he elegido unos pantalones cortos de cuero (también con medias de rejilla), una camiseta como la de Rober, pero con el dibujo de una mano haciendo el gesto de los cuernos, unas deportivas negras (adiós, taconazos) y, por supuesto, la guitarra de Pol.

Si nos echan de aquí, que sea con nuestra dignidad intacta.

Antes de manifestarnos en el escenario, los presentadores muestran nuestro vídeo introductorio en el que se cuenta quiénes somos, de dónde venimos, cómo se formó nuestra banda, cómo ha sido nuestra carrera musical y de qué trata nuestro tema.

—¿Tengo el pelo bien? —nos pregunta Rober, el único que no parece ansioso y al que solo le preocupa su melena (ni él ni Candela han modificado su cabello como Cruella de Vil les aconsejó), mientras esperamos entre bastidores a que nos den vía libre para salir a plató.

Candela se ha puesto a rezar y a pedirle a Dios que la ayude para no cagarse encima; Dani está haciendo ruidos extraños con la voz y yo soy la única que le responde a Rober:

—Dará igual cómo lo tengas, si te vas a despeinar moviendo la cabeza como un loco.

—También es verdad.

Nos dan permiso para salir, pero, unos segundos antes de hacerlo, formamos una torre con nuestras manos, una encima de la otra, con nuestras uñas pintadas también de azul lapislázuli y negro, para darnos suerte, fuerza y apoyo entre todos.

El primer sentimiento que me invade al pisar el escenario es el de pavor; el recinto es inmenso y provoca que me sienta como una pulga. El público es infinito y necesitaría siete vidas para contar la gente que lo forma. Diviso entre la masa las banderas de los

distintos países de Europa y, entre ellas, descubro algunos grupos ondeando la de España; Axel y Gerard entre ellos.

Madre mía, esto impresiona de cojones. Hubiera sido buena idea ponerme un pañal, porque estoy cagada.

Bah, venga. Es solo una canción de menos de tres minutos. Hemos tocado incontables veces desde que nació Lapislázuli; debería estar acostumbrada a esta situación, a pesar de que la de esta noche no sea una actuación cualquiera, sino la más importante de nuestra carrera y con la que llevamos años soñando.

Yo puedo.

Intercambio una breve mirada con mis amigos, que son mi familia, aunque no comparta sangre con ninguno.

*Nosotros* podemos.

Con el público y parte del mundo expectantes desde sus casas, Candela da tres golpes con las baquetas para marcar el inicio y, entonces, la púa se desliza por las cuerdas de la Telecaster de mi hermano, provocando los rugidos con los que comienza nuestra canción. A continuación, el sonido de mi instrumento se mezcla con el del bajo retumbante de Rober, la voz grave y agresiva de Dani junto a su guitarra eléctrica, las explosiones y la fuerza de la batería de Candela y la letra original de nuestra canción, sin censura; todo en su conjunto ocasiona que el escenario vibre y cobre vida.

De pronto, los nervios se esfuman de mi ser. Me siento como si estuviera tocando con mis amigos en mi garaje, en cualquier tarde de las muchas que hemos compartido, que mi hermano me está viendo desde el público, sonriéndome con orgullo, y que jamás existió ese maldito accidente con la moto a sus veintisiete años.

Con ese último pensamiento, me vengo arriba y aporreo las cuerdas de la guitarra con vehemencia, sacando la furia que habita en mi interior. Para cuando nuestro momento de gloria llega a su fin, el público estalla en vítores, gritando el nombre de nuestra banda y el de nuestro país sin abuchearnos, y nosotros, eufóricos, les damos las gracias.

Aún no me creo que haya llegado viva al último segundo de la canción y que todo haya salido como hemos planeado.

Si ganamos o perdemos, da igual, porque lo único importante es que permanezcamos unidos.

# 36. Gabrielle

Apoteósica.

Esa es la palabra que más define la actuación de Lapislázuli, pero aún se queda corta. Su puesta en escena ha sido la mejor hasta ahora, y no es porque les haya cogido cariño, sobre todo a una de sus integrantes.

Qué manera de entregarse por completo en el escenario… Al final, han tocado como ellos querían: con su propia ropa, su estilo, sin lentejuelas, con las palabrotas en la canción… Siendo ellos mismos. Y por cómo aplaudía el público, Lapislázuli tiene todas las de ganar este año.

Estoy yendo en taxi hacia el hotel donde me hospedaré esta noche porque no me quiero quedar en el festival hasta que se acabe; no me apetece. Tras mi actuación, he decidido permanecer un rato más en el *backstage* para verlos tocar en directo, pero ya no pinto nada en ese lugar.

—¿Quieres que te haga compañía mientras vemos juntos las votaciones del concurso? —me pregunta Lucien cuando nos apeamos del taxi y nos dirigimos hacia la entrada del hotel.

—No —le respondo, seca—. Necesito estar sola.

Mi amigo me dedica una mirada comprensiva.

—De acuerdo, *ma chérie.*

Ambos subimos a nuestras habitaciones y, cuando estoy dentro de la mía, lo primero que hago es poner la tele, pero con el volumen muy bajito, para no perderme lo que queda del concurso musical.

Estaré animando a Iris y a Lapislázuli desde mi soledad.

Tanta fama, tanta gente que me admira (o eso pensaba yo antes de la hecatombe), tantos conocidos que han fingido ser mis

amigos por interés a lo largo de mi vida… Y en realidad solo tengo a Lucien, pero a veces creo que solo me aguanta porque no le queda más remedio, por los años de amistad que nos unen.

Me quito el tutú, las Converse y el top, y me pongo una sudadera roquera que me prestó Iris hace tiempo y unas mallas; después, me hago una coleta deshecha y voy al baño para desmaquillarme y deshacerme de las uñas postizas mientras escucho de fondo la música del festival proveniente de la televisión, sintiendo cómo más de la mitad del mundo me odia en tiempo real por haberlos engañado.

No paro de recordar la de perlas que me han escrito en mis fotos de Instagram, que se han grabado a fuego en mi mente:

«Eres una manipuladora».

«Gaston tenía razón».

«Ya me olía que eras una falsa y que solo te interesa el dinero».

«Iris y tú nos teníais engañados. Con lo que os hemos apoyado con vuestra relación…».

«Os habéis reído pero bien de nosotros».

«Zorra mentirosa».

«#Gabiris nunca existió».

No lo soporté más y me vi en la obligación de desactivar mi cuenta por mi salud mental. Por lo menos, hasta que se calme la situación y nadie se acuerde de lo que la rubia y yo hemos hecho, aunque transcurra una década.

Mientras tanto, me refugiaré en mi música y sonreiré como si no hubiera ocurrido nada, que se me da bastante bien. De hecho, lo llevo haciendo desde que tengo uso de razón: frente a las cámaras, los periodistas, las millones de personas que creen conocerme…

Pero nadie sabe lo que me pasa cuando se apagan los focos y me rompo; tampoco tienen ni idea de lo que me tiembla el cuerpo ni cuánto se me aceleran las pulsaciones cuando tengo delante a Iris Llorens.

Cuando dejo atrás a la Gabrielle diva y me convierto en la Gabrielle a secas, pido al servicio de habitaciones que me traiga un café y me acomodo en la cama. Las votaciones del público de cada

país de Europa dan comienzo y yo me muerdo las uñas por los nervios y la tensión.

El primero, que es Portugal, le da la máxima puntuación a Lapislázuli y yo sonrío con contención, aunque no voy a cantar victoria todavía, porque son vecinos de España y comparten la Península Ibérica; además, aún quedan un montón de países por votar.

Continúo viendo el programa en silencio pero ansiosa, y nada más me levanto de la cama para abrirle a la camarera de pisos y coger el café. Cada vez que España recibe puntos y aparece Lapislázuli en pantalla para celebrarlo, con Iris con el rostro rebosante de ilusión, una sensación de alegría se apodera de mi ser. Sin embargo, cuando le toca el turno a Francia, me enfado con mi propio país porque no les da ni un triste uno; lo mismo ocurre cuando es el momento del voto de España: no nos regalan nada a los franceses.

Qué vengativos son ambos. ¿De verdad no se apoyan mutuamente porque dos de sus artistas han fingido una relación y les han mentido? ¡Venga ya! El concurso tiene que ver con la música, no con los problemas personales que hay entre una de sus participantes y la que ganó hace dos años.

Menudo asco de festival.

En cuanto toca la votación del país trigésimo quinto, las puntuaciones están muy reñidas y yo aprieto la taza de café con fuerza, abrazándola con las manos y sin despegar la vista de la televisión.

Francia y España se están peleando por el primer puesto. Cuando un país no le da la máxima puntuación a Lapislázuli, se la da a la francesa Lune Papillon y, en contadas (casi inexistentes) ocasiones, a otro artista.

No nos votamos entre nosotros, pero nos votan los demás… Esto es algo digno de reflexión.

Una vez que el penúltimo país vota, los presentadores anuncian una pausa publicitaria para dejarnos expectantes.

En este momento, España cuenta con doscientos sesenta puntos y Francia, con doscientos cincuenta y cinco, así que solo los separan

muy pocos. Sin embargo, ni Lapislázuli ni yo perdemos la esperanza, porque aún falta un país por votar. Pero quizá esos votos nos sorprenden para mal y acaba ganando el *salchichaman* alemán, que va tercero. Todo puede pasar.

Tras los siete minutazos de anuncios en los que me he dedicado a comerme las uñas, los presentadores le piden al público silencio porque la gente se ha vuelto loca, y uno de ellos toma la palabra para informar de que ha llegado la hora de saber quién será el ganador con el último país votante, que es Italia.

Observo, inquieta, la tabla que aparece en la pantalla que tengo enfrente de mis narices. España encabeza la lista, con Francia pisándole los talones y, debajo, se aprecian los países restantes. Sin despegar mis ojos de ahí, cruzo los dedos índice y corazón de las dos manos con tanta fuerza que temo provocarme alguna lesión. A continuación, los resultados finales se actualizan y las cifras empiezan a moverse; algunos países suben de posición, otros bajan y unos pocos se quedan exactamente igual.

Trago saliva.

—¡Damas y caballeros! —exclama la presentadora—. El país que ha recibido más votos y, por tanto, se convierte en el ganador del festival de EuroStars de 2024 es… —Hace una pausa, con una enorme sonrisa dibujada en su cara, para generar intriga—. ¡España, con su tema *Somos ruido,* de la banda de rock Lapislázuli! ¡Enhorabuena!

Se me escapa un chillido de emoción y, a partir de aquí, surge una explosión de aplausos, saltos y gritos que atraviesa la tele y llena la habitación en la que me encuentro. Los ganadores se abrazan los unos a los otros, conmocionados, y una lluvia de confeti cae sobre ellos. Candela se desternilla de la risa aplaudiendo; Dani da saltos sin sentido, con los brazos en alto; Rober les lanza besos a todos… E Iris llora de la emoción, pero también sonríe y alza en el aire la guitarra de su hermano como si fuera el verdadero trofeo.

Sabía que iban a ganar. Se lo merecen más que nadie.

—Enhorabuena —susurro con un nudo en la garganta, a pesar de que solo me oigan los muebles que me rodean.

Los presentadores continúan hablando, explican que Francia se ha quedado en un segundo puesto merecidísimo y que esta noche ha sido la más memorable de la historia de EuroStars. Lune Papillon acapara la pantalla, les da las gracias a todas las personas que han confiado en ella y que la han votado, y dice que está muy contenta con su posición y que se alegra de la victoria de sus contrincantes, con una sonrisa dibujada en los labios.

Ay, me siento fatal por haber apoyado más a España que a ella, que ha representado a mi país; pero no he podido evitarlo. Le propondré una colaboración más adelante.

Ahora, Lapislázuli se encamina hacia el escenario para volver a interpretar su canción, aunque se nota que los cuatro integrantes están hechos un flan, eufóricos y con la adrenalina a tope.

De pronto, siento una punzada extraña en el pecho porque, según nuestro contrato de relación fingida, debería haber estado esta noche allí, animando a Iris en persona y no desde la cama de este hotel impersonal.

Pero nuestra historia se ha ido al garete por no habernos comunicado entre nosotras y porque una de las partes decidió romperlo todo antes de tiempo.

Apago la tele con el mando a distancia antes de que Lapislázuli actúe de nuevo y las cámaras vuelvan a enfocar el rostro radiante de Iris mientras disfruta de su pasión.

Antes de que me quiebre en mil pedazos.

Me dejo caer sobre la cama y acaricio la púa que cuelga de mi cuello, con la vista fija en el techo.

Iris ha cumplido otro de los sueños de su lista. Y yo estoy aquí, sola, feliz por cada uno de sus logros y por los que vendrán de ahora en adelante, y preguntándome si algún día arreglaremos lo que sea que hayamos tenido con nuestro intento de relación amorosa.

Si alguien me pidiera un consejo en este momento de mi vida, le diría que ni se le ocurriera fingir un romance con nadie, porque luego acabas enamorada hasta las trancas de la otra persona y no hay vuelta atrás.

Aunque el mundo crea que lo nuestro ha sido una cruel mentira, lo que yo siento por esa rubia cascarrabias es demasiado real.



Llevo un par de horas metida entre las sábanas, pero no paro de dar vueltas sin poder pegar ojo.

Necesito un café, pero son las cinco de la mañana y no quiero molestar a recepción, aunque este hotel tenga servicio de habitaciones las veinticuatro horas del día.

Salgo de la cama, me calzo las zapatillas de andar por casa y abandono mi estancia con el monedero y la tarjeta magnética. Camino por el pasillo, que se halla en completo silencio, y me subo al ascensor sola, ya que no creo que a estas horas haya nadie vagando por el hotel, a excepción de los fantasmas, si es cierto que existen en la vida real.

Cuando llego al vestíbulo, también desértico e iluminado con luces tenues, le digo «buenas noches» al recepcionista con educación, aunque él no me devuelve el saludo porque no se ha enterado al estar medio dormido tras el mostrador, con la mano apoyada en su barbilla. Después, me acerco a la máquina de café, me pido un espresso macchiato y aguardo de brazos cruzados a que el vaso de cartón se llene con mi bebida.

—O te acabas de despertar o tienes mono de cafeína para coger el sueño —escucho la voz de Iris detrás de mí por encima del sonido de la máquina.

Doy un respingo, porque no me esperaba encontrarme con nadie (ni con la rubia, sobre todo) de madrugada, y me giro hacia ella. Lleva una camiseta vieja, unos pantalones cortos de chándal y unos calcetines negros; ha decidido salir de su habitación descalza o quizá le haya dado pereza ponerse el calzado.

—Lo segundo —le respondo con una sonrisa leve—. Veo que tú tampoco puedes dormir.

—Normal. —Se encoge de hombros, devolviéndome la sonrisa—. Con lo que ha pasado esta noche, como para quedarse frita. No entiendo cómo mis amigos se han puesto a roncar nada más

tumbarse en la cama; yo aún tengo la adrenalina recorriéndome las venas.

—A mí también me pasó eso cuando gané EuroStars; no estás sola. —Cojo mi vaso de la máquina, le doy un sorbo y, sonriendo un poco más, añado—: Por cierto, enhorabuena por tu victoria. Lapislázuli se la tiene más que merecida.

—Gracias, Eduarda. Mi cerebro todavía no lo asimila.

Nos quedamos mirándonos con incomodidad, sin saber qué más decirnos. Iris suelta «bueno, voy a comprarme un ColaCao, que si me pido un café como tú, no voy a volver a dormir durante las próximas dos semanas»; yo me echo a reír ante su comentario y me hago a un lado para que pueda toquetear la máquina sin que nadie se lo impida. Tras unos segundos, secuestra del compartimento su vaso de leche con cacao, lo remueve con la cucharilla y sopla porque debe de estar ardiendo.

—¿Te parece bien si nos sentamos y charlamos mientras nos tomamos nuestras bebidas? —le pregunto como quien no quiere la cosa.

Iris ladea la cabeza hacia mí.

—Por mí, vale.

Ambas nos dirigimos hacia uno de los sofás del *hall* y nos sentamos, cada una de lado y mirando a la otra.

—Siento mucho haber leído tu lista y haberte dicho eso aquel día, en tu garaje —empiezo yo con la conversación—. Estaba muy enfadada y decepcionada contigo porque expusiste nuestra relación sin mi consentimiento y te rendiste con la música. —Me muerdo el labio inferior—. En verdad me dolió más lo segundo que lo primero; no te creía capaz de abandonar Lapislázuli y mandar a tomar viento tu sueño de dedicarte al rock.

Ella posa su mirada en su vaso.

—No, yo tuve la culpa; no debí haber publicado ese vídeo nunca… O por lo menos, debí haberlo consultado contigo antes para que no te encontraras el pastel de repente. Fue una decisión impulsiva y estaba saturadísima con el mundo de la farándula, los ensayos… Que no me dejaran ser yo misma. —Suelta un profundo suspiro y alza su vista hacia mí—. Sé que el daño ya está hecho,

pero lo siento. Ahora medio planeta la está tomando contigo y no es justo.

—No importa. —Hago un ademán con la mano—. Estás perdonada. Entiendo por qué lo hiciste.

—Ya. —Iris le da un sorbo a su bebida—. Y por lo de la lista, no te preocupes; ya está olvidado.

De nuevo se impone el silencio, con nuestros vasos calentando nuestras manos; de fondo, solo se oye el sonido de la máquina de café.

Y decido lanzarme a la piscina con la pregunta que le voy a hacer.

—Iris —pronuncio su nombre con miedo, rompiendo la fingida calma entre las dos, y ella me mira con atención—. ¿Qué va a pasar con nosotras ahora que no tenemos ningún contrato de por medio?

Ella juguetea con un mechón de su pelo, entrelazándoselo en el dedo índice, y frunce los labios, pensando muy bien su respuesta.

—No lo sé. Podemos hacer un comunicado donde digamos que quedamos como amigas —me propone sin despegar su mirada de la mía—. También podemos hablar de vez en cuando por WhatsApp y vernos cuando estés por Barcelona y las dos tengamos tiempo libre; nos contamos cómo nos va la vida, hablamos sobre nuestros futuros proyectos… ¿Qué te parece mi idea?

«Como amigas».

Con su propuesta, me confirma que no quiere dar un paso más porque no siente lo mismo que yo y que la única que ha acabado enamorándose en esta peligrosa relación falsa he sido yo. Tenía la esperanza, por muy pequeña que fuera, de haberme ganado un hueco en su corazón.

Y a mí no me queda más remedio que aceptar esto con resignación.

—Estoy de acuerdo —le contesto en voz bajita. Aparto los ojos de ella para posarla en mi vaso y fuerzo una sonrisa para bromear—. Al final, no he conseguido conquistarte con mis encantos franceses para que te enamoraras de mí.

Se le escapa una carcajada.

—Era difícil, pero agradezco tu esfuerzo. Ya sabes que mi lema de vida es «Siempre ser la fiel espectadora de las relaciones amorosas de los demás y nunca la protagonista».

Me obligo a soltar una risotada, que se nota que no es verdadera, y coloco el vaso ya vacío en la mesita. Mis manos viajan hacia mi nuca, donde se encuentra el cierre del colgante con la púa de la suerte de Iris, para quitármelo.

—Toma. —Se lo tiendo y ella arruga el entrecejo—. No tiene sentido que lo siga llevando. Es tuya.

—No hace falta. Te lo puedes quedar; es un regalo que te hice en tu cumple.

Niego con la cabeza, cojo su mano y deposito el colgante sobre su palma, atreviéndome a mirarla otra vez.

—Es demasiada responsabilidad tenerlo. Lo puedo perder, que a veces soy muy despistada —me invento una excusa de lo más tonta, y extiendo el brazo sobre el respaldo del sofá. Intento volver a sonreír; ella también abandona su vaso en la mesa, pegado al mío, y se guarda el colgante en el bolsillo de su pantalón—. Ha sido divertido haber formado parte de esta relación falsa.

—Yo también me lo he pasado genial, y eso que al principio me negaba en rotundo a participar en el paripé. —Se ríe—. No ha sido tan horrible ser tu novia como me imaginaba.

—Lo mismo digo —murmuro, y trago saliva—. Esto… Creo que ya va siendo hora de que me vaya a mi habitación, a ver si descanso algo antes de coger el vuelo a París. —Hago el amago de levantarme, pero la mano de Iris sobre mi brazo, que sigue en el respaldo, me lo impide y me quedo quieta.

—Espera —me pide, y me percato de que está unos centímetros más cerca de mí. Demasiado cerca—. No hace falta que te vayas corriendo. Mañana, cada una volverá a su vida, a su país, a sus obligaciones… Y nos separaremos.

—Lo sé.

—Pero esta noche podemos aprovecharla juntas, ahora que hemos aclarado las cosas —continúa hablando con una media sonrisa, y me acaricia el brazo con sutileza; yo siento fuego recorrerme ese trozo de piel, aunque esté la manga de la sudadera

como barrera—. Nuestra última noche. Solo tú y yo, como antes de que la cagara. ¿Qué te parece?

—Yo… —titubeo.

Mi corazón empieza a latir desbocado dentro de mi pecho y sé que debería levantarme de este sofá que me mantiene apresada en el asiento, al lado de esta rubia, y regresar a mi habitación como una persona sensata, pero no soy capaz.

—Si no te apetece, lo entenderé. —Iris, al ver mi semblante dudoso, aparta su mano de mi brazo, deja de sonreír y se pone tensa.

—Lo que no me apetece es irme a mi habitación si tú no vienes conmigo —respondo tras unos segundos contemplando sus iris grises.

Su rostro se relaja y sus labios se vuelven a curvar hacia arriba, formando una sonrisa risueña; yo también le sonrío y corto el diminuto espacio que nos separa para posar mis manos sobre su cara y besarla despacio, como si quisiera hacer eterno este último momento juntas.

Y decido no pensar en lo que sucederá mañana cuando me despierte.

# 37. Iris

No tenía las esperanzas puestas en que Gabrielle aceptara mi plan de pasar la última noche juntas cuando se lo he soltado. Como tampoco me esperaba que yo le iba a proponer tal cosa cuando he salido de mi estancia para darme una vuelta por el hotel porque no podía dormir. Se me ha ocurrido así, sin más; sin haberlo debatido conmigo misma antes.

Y no me arrepiento. Nos lo merecemos después de haber compartido estos casi tres meses y de haber creado una especie de vínculo entre nosotras. Tenemos que celebrar de manera anticipada el éxito en el que se convertirá su álbum cuando salga el lunes y la victoria de Lapislázuli en EuroStars.

Debemos disfrutar de nuestra despedida por todo lo alto.

Mañana será otro día y regresaremos a la realidad, pero esta noche es solo nuestra.

Por eso nos hemos recorrido medio hotel a hurtadillas, esperando no encontrarnos con nadie que estuviera merodeando por las instalaciones, y ahora estamos metidas en su habitación, desnudándonos la una a la otra. No se me pasa desapercibido que se ha puesto una de mis sudaderas para dormir; una de las que le he prestado durante las veces que la he invitado a pasar la noche en mi apartamento.

Gabrielle me besa como si solo existiéramos nosotras en este hotel y en el mundo, y como si no nos tuviéramos que separar dentro de unas horas.

Hace tres meses éramos unas completas desconocidas y ni siquiera nos aguantábamos la una a la otra, pero ahora todo eso ha cambiado.

Empujo a la francesa hacia la cama con cuidado y las dos caemos sobre el colchón con cierta torpeza que provoca que nos riamos. Yo siento que debería soltar alguna frase ingeniosa o sarcástica de las mías ante este instante tan cómico, pero no soy capaz de articular una palabra; tan solo permanezco encima de ella, contemplando sus penetrantes ojos cafés y su sonrisa, hasta que me atrevo a volver a besarla.

Durante este rato, obligo a mi mente a dejar de pensar en lo que vendrá después y me concentro en memorizar cada segundo que pasamos juntas y cada detalle, por imperceptible que sea, de ella: la suavidad y el olor de su cabello y cómo se extiende por la almohada; su boca apetecible y cómo se muerde el labio inferior cuando mis manos la tocan; cada lunar que decora su cuerpo con elegancia; su piel tersa, que se eriza con cada caricia; su aliento entrecortado chocando con el mío; su voz melódica susurrando mi nombre; sus gemidos jadeantes, con los que pierdo la noción del tiempo; y su cuerpo estremeciéndose con el mío cuando llegamos al clímax.

—No quiero que esta noche se acabe nunca —me dice cuando las dos nos desplomamos sobre la cama, la una junto a la otra.

Yo tampoco quiero, la verdad; pero no soy tan valiente para confesárselo.

El silencio se instala en la habitación y nosotras nos quedamos calladas; lo único que se oye es el sonido de nuestras respiraciones, que se van calmando a medida que transcurren los minutos, y Gabrielle consigue dormirse.

Sí que le ha hecho efecto el café que se ha tomado; yo estaría con el corazón a mil y trepando por las paredes.

Bueno, con la patata a mil ya estoy; solo me falta lo segundo, pero nunca me ha llamado la atención practicar la escalada, ni siquiera en las paredes con gotelé de la casa de mis padres.

Yo continúo tumbada bocarriba, con los ojos abiertos como un búho y mis manos entrelazadas sobre mi estómago mientras contemplo el techo, con la luz tenue de la lámpara iluminando lo que me rodea. Me pongo de lado para mirar por última vez a Gabrielle relajada, sin maquillaje ni focos, y trago saliva.

—Gabby —susurro su diminutivo para cerciorarme de que se ha dormido, y vuelvo a llamarla—: Gabrielle.

No obtengo respuesta, por lo que deduzco que está más que sobada.

Antes de que amanezca y las dos despertemos en la misma cama, donde nos veamos envueltas en una situación embarazosa en la que nos tengamos que decir adiós de verdad, me levanto con sigilo del colchón y recojo mi ropa del suelo.

Saldría en bolas al pasillo para no perder tiempo, por si la francesa abre los ojos de repente, pero no me apetece encontrarme de improviso con alguien y que me vea como mi madre me trajo al mundo, huyendo de una habitación que no es la mía, y mucho menos que me reconozca y venda la exclusiva a la compresa humana.

Me coloco la camiseta, las bragas y el pantalón corto sin hacer ruido, y saco del bolsillo de esta última prenda el colgante con mi púa que me ha devuelto Gabrielle mientras charlábamos en el *hall.*

Ni de coña pienso permitir que me lo dé. ¿Quién se ha creído que es esta gabacha para rechazarme el regalo más preciado que he hecho en toda mi existencia? Será desagradecida. ¡Yo aún tengo su pulsera rodeándome la muñeca!

Le dejo el collar en la mesita de noche, justo al lado de su móvil para que su vista se tope con él dentro de unas horas.

De nuevo, miro a Gabrielle.

Podría meterme otra vez en la cama con ella y quedarme durmiendo a su lado, pero la Iris sensata le abofetea la cara a la Iris atontada y le ordena que no lo haga.

Apago la lámpara y, ahora sí, abandono su habitación como una cobarde a la que le da miedo demostrarle sus sentimientos a la chica por la que siente algo más que una simple amistad.



Una semana después de la victoria de Lapislázuli en EuroStars, todavía me dura la doble resaca emocional: la de haber ganado el festival y la de la última noche que pasé con Gabrielle.

En este momento estoy en el garaje con los chicos, tocando canciones aleatorias y charlando de cualquier estupidez para pasar el rato, porque hemos tenido unos días bastante ajetreados de entrevistas, en las que una de las preguntas estrella ha sido la de «¿qué va a pasar entre Gabrielle y tú ahora que vuestra relación ha resultado ser una farsa?», y yo solo respondía que seguiremos siendo amigas. Además, hemos terminado de planificar nuestra gira de los próximos meses por España y algunas ciudades de Europa, y hemos discutido con Cruella de Vil por habernos saltado las normas que nos impuso y haber hecho en la actuación lo que nos dio la gana.

Esa tipa nos dijo que nos iba a ir muy mal en nuestra carrera musical por ser unos transgresores y unos sinvergüenzas, y que acabaríamos trabajando en un McDonald's o limpiando váteres.

Que le den.

También hemos sacado un hueco para buscarle sitio al trofeo de la estrella de cristal. Habíamos pensado en que cada uno se lo quedara un mes, pero luego caímos en la conclusión de que sería demasiado lío y que podría sufrir algún desperfecto viajando de aquí para allá con lo brutos que somos; de acabar hecho pedazos en el suelo porque las gatas de Axel y Dani lo tiran todo; o de ser víctima de alguna pelea fraternal entre Candela y Rober.

Al final, entre los cuatro, hemos decidido ponerlo en el lugar que se merece, donde Lapislázuli nació y donde seguirá creciendo: en el garaje, ocupando la balda superior de una estantería y brillando, a salvo del mundo.

Y otra de las cosas en las que he estado ocupada esta semana ha sido en pensar en Gabrielle.

Las veinticuatro horas del día, sin descanso.

Desde que me fui a hurtadillas de la habitación de ese hotel, no he vuelto a mantener ninguna conversación con ella; lo que sí sé es que ha regresado a Instagram y ha subido unas cuantas fotos a su perfil y a sus *stories*, donde se la veía atareada con la promoción de

su álbum, que se publicó hace un par de semanas, y su próxima gira. Sin embargo, cada vez que mi móvil vibra, lo cojo corriendo para ver si es un mensaje suyo «como amiga», pero enseguida mi ilusión se desvanece.

Sé que el siguiente paso lo debería dar yo, sobre todo después de mi huida, pero no tengo ni idea de cómo.

—Nueva noticia de la periodista con nombre de compresa en la que las dos amantes mentirosas son las protagonistas —Candela, sentada en un puf, interrumpe mi batidora de pensamientos; los otros dos también se encuentran esparcidos por el suelo y yo estoy tumbada en el sofá de cuero, a lo largo—. Os la voy a pasar por el grupo de WhatsApp.

A mí no me hace falta leerla entera, porque con el título me sobra: «La pareja que nos tenía engañados ya no se sigue mutuamente en Instagram».

¿Cómo?

Entro en esa red social para comprobarlo por mí misma, ya que siempre se ha dicho que no hay que fiarse de las noticias que circulan por la red porque pueden ser falsas.

—¿Cómo que la francesa me ha dejado de seguir en Instagram? —escupo al descubrir que es cierto, incorporándome de repente—. ¿Y cuándo la he dejado de seguir yo también?

Puedo entender que ella haya querido hacer eso después de no haber recibido noticias de mi parte, pero lo que me ha pillado desprevenida es lo de dejarla de seguir yo.

¿Cuándo? ¿Soy sonámbula y no me he enterado? ¿Tengo problemas de memoria? Hace por lo menos una semana que no entro en esa red social ni en ninguna.

¿Y por qué la gente se ha dado cuenta antes que yo de este incidente?

—Quizá ha sido ella la que te ha eliminado de sus seguidores para que te ahorres hacerlo tú —comenta Dani.

—¿No lo habéis hablado entre vosotras? —interviene Rober.

Y les cuento el salseo de nuestra última noche en el hotel de Roma: nuestra conversación intensa en el vestíbulo mientras ella se tomaba su café y yo mi cacao con leche, en la que se supone que

quedamos como amigas; que nos acostamos en su habitación (sin entrar en detalles, porque soy una señorita, aunque no lo parezca); que me fui horas después, sin despedirme, aprovechando que ella seguía durmiendo; y que no hemos vuelto a hablar, ni siquiera por mensajes.

Y, siendo sincera, me escuece esta situación y estoy ofendidísima de que haya decidido borrarme de su vida y de su Instagram con solo darle a un botoncito de mierda tras lo que hemos compartido durante estos largos y tortuosos meses (mentira, se han ido volando y no he sufrido tanto; me lo he pasado bastante bien con esa francesa, cosa que no me esperaba).

Como tampoco me esperaba que me revolucionara las entrañas. A mí. A la integrante más dura de Lapislázuli. La que nunca se ha enamorado hasta las trancas de nadie.

La fiel espectadora y nunca la protagonista.

Y, sobre todo, no me esperaba pillarme de una francesa popera, vestida con tutús ridículos, rodeada de mucho brillibrilli y llevando esas uñas de Eduarda Manostijeras.

Pero la culpa ha sido también mía por huir y no vomitarle esto que acabo de pensar, aunque solo hubiera servido para ponerme en evidencia, porque está claro que esa francesa no siente lo mismo por mí, por mucho que estuviera obsesionada con que cayera rendida a sus «encantos franceses».

Que al final he caído. Alucinante. No me reconozco.

El lado positivo es que he ganado la dichosa apuesta y soy unos cientos de euros más rica, a pesar de que ninguno de mis amigos haya sacado el tema del ganador.

—¿A quién se le ocurre salir corriendo después de follar? —inquiere Dani, burlón.

—Ni que fuera una desconocida —interviene Rober—. Le hubieras dejado una nota, por lo menos.

—Y lo de quedar como amigas… —Candela niega con la cabeza, en desaprobación—. Fatal.

—La he cagado, ¿verdad? —Me dejo caer en el sofá de nuevo, con la cabeza recostada en el reposabrazos.

—Mírala, que se ha enamorado de la francesa —se cachondea Candela dándole un codazo a su hermano, y todos se ríen al unísono.

—¿Y eso es algo que nos sorprenda? —le responde Rober—. Se sabía que esto iba a pasar.

—Qué rápido ha crecido nuestra Baby Yoda. —Dani se enjuga una lágrima invisible—. Ahora solo falta que coja un vuelo a Francia y se declare. Eso sí que nos dejaría ojipláticos.

Aprieto el móvil con tanta fuerza que temo romperlo entre mis manos y me levanto de sopetón.

—Me voy —les digo a mis queridos amigos, que me critican aun cuando estoy delante, y me encamino hacia la calle—. Cuando os vayáis, recogedlo todo y cerrad bien el garaje.

—¿A dónde? —escucho que me pregunta Candela.

Yo, sin girarme siquiera, le contesto:

—A la ciudad del amor.

Y huyo, sin equipaje ni dignidad, pero con valentía y dispuesta a pegarme una buena hostia, peor que si hubiera decidido tirarme desde lo alto de la Torre Eiffel.

Deseo que haya algún billete de avión disponible lo más pronto posible, pese a que me gaste una pasta.

Y confío en que la francesa, junto a sus encantos franceses, esté en su apartamento de París y que yo, una pobre española que no sabe el idioma, no me pierda por la ciudad y tenga que acabar pidiéndole ayuda a su lameculo para localizarla.

# 38. Gabrielle

Mi móvil está que echa humo y necesito lanzarlo por la terraza, porque no paro de recibir notificaciones por haberme vuelto a activar la cuenta de Instagram, haber dejado de seguir a Iris y de eliminarla de mis seguidores hace escasas horas. ¿Cómo se han dado cuenta tan pronto de lo que he hecho? ¿Viven pegados a nuestros perfiles?

Apago el dispositivo, que me tiene hasta las narices, y lo dejo sobre el sofá. Si lo sostengo unos segundos más, voy a acabar tirándolo a la calle.

He dejado de seguir a Iris porque era lo que debía hacer después de haberme despertado el domingo por la mañana y no encontrarla a mi lado. Se fue sin darme una explicación; ni siquiera me escribió una nota rápida.

Quedar como amigas: vale, acepto.

Acostarnos por última vez: también, de cabeza.

Que ella huyera de mí al día siguiente: eso no se hace si se le tiene un mínimo de respeto a la otra persona.

Para colmo, no hemos vuelto a hablar; tampoco me ha enviado un mensaje tras esa noche ni he recibido noticias suyas.

Cada vez estoy más arrepentida de no haberle dicho que no estaba de acuerdo en que quedáramos como amigas… Porque aún no estoy lista para serlo después de lo que hemos compartido estos meses. Así que no me ha quedado más remedio que elegir entre seguir mirándola a través de la pantalla, fingiendo que no me importa, o apartarla de mi vida en todos los sentidos.

Y me he decantado por la segunda opción, aunque me duela el corazón a rabiar.

He aceptado mi derrota porque la vida es así: a veces se gana y otras se pierde, y esta vez me ha tocado aceptar el batacazo.

Observo, a través de la cristalera de mi terraza, la lluvia caer mientras sostengo una taza de café humeante entre mis manos, disfrutando de un instante de tranquilidad tras haber publicado mi álbum (para mi sorpresa, ha sido un exitazo y está en el primer puesto del *ranking* de todas las plataformas musicales) y haberle enviado a la editorial el manuscrito completo de mi autobiografía, donde he contado, con pelos y señales, cómo comenzó mi relación falsa con Iris. No estaba muy segura de si debía incluir esa parte, pero Lucien y mi editora me han aconsejado que la escribiera, porque sería uno de los capítulos más interesantes, y a los lectores les encanta este tipo de drama barato.

El timbre de mi pisito de París, al que me vine el domingo pasado desde Roma, interrumpe mi momento de paz; Bartolamiau, que está acostada en el sofá, levanta la cabeza con curiosidad.

¿Quién será? No espero ninguna visita.

Dejo la taza en la mesa y me dirijo hacia la puerta, en pijama y con mi cabello recogido en un moño informal. Echo un vistazo a través de la mirilla y me obligo a parpadear varias veces y a pellizcarme el brazo, porque no me creo que esta mujer se haya presentado en mi casa, ubicada en la ciudad del amor.

—¿Tú quién te crees que eres para eliminarme de Instagram y dejar de seguirme, Gabriela Eduarda Martínez Puturrudefuá Manostijeras? —me espeta en cuanto abro la puerta.

La miro de arriba abajo. Se encuentra empapada de la cabeza a los pies; su cabello rubio, ondulado y húmedo, le cae sobre los hombros, y la sudadera y los vaqueros que lleva tampoco se han salvado del aguacero.

Estoy anonadada de que haya venido de esta manera desde España, sin maleta y sin paraguas.

Como yo cuando me presenté en su garaje para discutir por el tema del dichoso vídeo.

Ante esta escena tan surrealista, lo único que se me ocurre hacer es cruzarme de brazos.

—¿Y tú quién te crees que eres para huir después de haber echado nuestro último polvo? —le contesto, altanera—. ¿A qué has venido? ¿A recuperar tu púa?

Púa que llevo colgando del cuello otra vez.

—¿Perdona? ¡Me fui para evitar una situación incómoda contigo! —exclama haciendo aspavientos con las manos, mirándome con tanta rabia que hasta me parece graciosa, y continúa gritando—: ¡Que me he enterado que me has dejado de seguir por la puñetera noticia de la periodista con nombre de compresa! ¡Me tendrías que haber avisado para que estuviera preparada o para pararte los pies! ¡Que he tenido que coger el primer avión y recorrer París, lloviendo, hasta que me he perdido y me he visto en la obligación de coger un puto taxi, donde he tenido que usar el traductor de Google para comunicarme con el conductor porque tu lameculo está montado en un avión, de camino a Barcelona, para tirarse a Rober y no me ha podido ayudar! ¿Tú te crees que esto es normal? —Me apunta con el dedo índice, con la uña pintada de negro; yo contemplo su ataque de ira con una sonrisa adornando mis labios, de lo más calmada—. Ahora mismo vas a coger tu móvil, vas a meterte en Instagram y me vas a volver a seguir.

—No hacía falta que te molestaras en venir hasta París para esto; me lo hubieras dicho por WhatsApp —replico sin dejar de sonreír—. Así te hubieras ahorrado el viaje.

Iris me mira como si le hubiera herido sus sentimientos roqueros.

—¡Claro que hacía falta que viniera! —vuelve a chillar y a gesticular con las manos—. ¡Aparte de decirte todo eso, también necesitaba venir para soltarte que te quiero y que me he enamorado de ti, hostias! ¡*Je t'aime*, o como cojones se diga esta mierda de expresión cursi en tu idioma natal!

No sé por qué, pero lo que hago ante esa declaración de amor llena de tacos españoles es echarme a reír. Por los nervios, quizá; o porque está monísima y cómica; o por la felicidad; o porque no sabe pronunciar una de las frases más básicas del francés.

—¿De qué coño te ríes? —me pregunta con las mejillas sonrojadas por el enfado o por la vergüenza—. Me están entrando

ganas de crearme una peluca con tu melena.

—*Je t'aime* —le digo vocalizando con claridad.

—¿En serio? —inquiere, creo que sin creerse que se pronuncia así—. ¿Tú también sientes lo mismo?

—Te estaba corrigiendo esa pronunciación tan horrible —le indico, pero al percatarme de que se enfurece más y de que puede que mi cabello corra peligro, continúo—: Y ya que sacas el tema, lo mejor será que pases para que te seques, que vas a pillar una pulmonía, y que hablemos de esto sentadas en el sofá.

Iris se me queda mirando, dudosa, pero finalmente se adentra en mi piso, dejándome un camino de gotas en el parqué. Cierro la puerta tras ella y le indico que me espere en el baño, que le voy a traer ropa limpia y seca y una toalla de mi habitación.

—Eres la tía más insoportable que he conocido en la vida —murmura en cuanto aparezco en el servicio unos minutos después, sujetando las prendas que le voy a prestar; Bartolamiau se ha subido al lavabo para hacerle compañía y está intentando llamar su atención con maullidos, pero la rubia no le hace ni caso—. Y mira que he conocido gente insoportable, eh. Pero tú te llevas el premio.

Le tiendo la ropa, esbozando una sonrisa condescendiente.

—Tú tampoco te quedas atrás, querida.

Iris me arrebata con brusquedad lo que le he traído y lo coloca sobre la taza cerrada del váter. Me cruzo de brazos, apoyada en el marco de la puerta, mientras observo cómo se cambia su sudadera empapada por una mía, aunque, durante el proceso, mis ojos se desvían hacia su pecho cubierto por un sujetador deportivo negro sin poder evitarlo.

—He sido una imbécil por haberme escapado de tu habitación después de follar —confiesa sin mirarme, y se desprende de sus zapatillas de deporte y de sus vaqueros—. Estaba cagada por mis sentimientos y pensé que, si salía corriendo, desaparecerían. —Se coloca mi pantalón de chándal, posa su vista en mí y se encoge de hombros—. Pero no fue así. —Suspira, y a mí se me forma un nudo en la garganta—. También pensé que te iba a dar igual que me fuera.

Esas palabras me golpean más fuerte que una bofetada.

—Nada más lejos de la realidad —replico—. Quería despertarme contigo a mi lado, pedir que nos trajeran el desayuno y decirte que no quería ser solo tu amiga porque me he enamorado de ti como una tonta.

El rostro de Iris se suaviza y advierto el alivio en su mirada; las dos estamos frente a frente.

—Si de verdad sientes lo mismo por mí, ¿por qué no me lo dijiste en el vestíbulo del hotel en vez de aceptar que fuéramos solo amigas?

—¡Porque pensaba que mis sentimientos no eran correspondidos! —Ahora soy yo la que hace aspavientos con las manos—. Además, no hables, porque tú tampoco te atreviste a decirme nada esa noche.

Se le escapa una risita.

—Porque soy gilipollas, ¿vale? Esto no entraba en mis planes.

—Las dos somos gilipollas —la corrijo—. Y no, esto tampoco entraba en mis planes.

—Pues menuda pareja de gilipollas.

Sonriendo, nos acercamos la una a la otra, nos rodeamos con nuestros brazos y nos besamos, formalizando una relación de verdad, sin ningún contrato de por medio.

—Así que, al final, he ganado yo la apuesta —comento cuando nos separamos—. Y has caído en mis encantos franceses.

Ella me contempla con una sonrisa boba en los labios.

—Han sido los doscientos euros mejores invertidos de mi vida. Espero que me invites a algo con el dinero que has ganado.

—Por supuesto. —La vuelvo a besar—. Pero el verdadero premio no ha sido ese; en realidad ha sido conseguir tu corazón.

—¡No jodas! —exclama fingiendo perplejidad—. ¿Yo tenía una cosa de esas?

Me río y le doy un manotazo cariñoso en el brazo.

Y no sé en qué momento dejamos de hablar y empezamos a desnudarnos mientras nos besamos, abandonando la ropa en el suelo del baño, en el del pasillo y en el de la habitación; ni tampoco sé cuál de las dos da el primer paso ni cómo acabamos revolcándonos en la cama.



Un rato más tarde, continuamos tiradas en la cama, abrazadas y oyendo cómo la lluvia golpea los cristales de las ventanas.

—Esta vez no me he ido a hurtadillas —me dice Iris en tono jocoso, con la cabeza escondida en el hueco de mi cuello.

—Tampoco te habrías podido ir, porque he cerrado la puerta con llave y me la he tragado, así que te tengo secuestrada.

—Me hubiera escapado por la ventana.

Frunzo los labios.

—Con lo miedosa que eres, no creo —le respondo, y ella se ríe contra mi cuello, provocando que se me erice la piel—. Oye… Ya que te tengo aquí, atrapada, me podrías contar lo que significa cada uno de tus tatuajes. Y no me vengas con que ya me lo explicaste aquella vez, que nos conocemos. Necesito el significado verdadero.

Iris suelta un bufido y dibuja círculos en mi vientre con su dedo índice.

—Está bien; te lo contaré. Pero tampoco te esperes significados profundos, que algunos son bastante simples.

—Siempre existe un motivo de peso por el que decides hacerte un tatuaje en concreto.

Se incorpora sobre la cama, no muy convencida de mis palabras, y yo me tumbo de lado, con el codo apoyado sobre el colchón y la cabeza en mi mano, para verla mejor.

—¿Por cuál quieres que empiece? —me pregunta. Yo le señalo la estrella del hombro derecho y se echa a reír—. Ese fue mi primer tatuaje. A los quince años.

Levanto las cejas, atónita.

—¿A esa edad pueden hacerse tatuajes en España?

Niega con la cabeza, sonriendo.

—Es que Gerard se compró una máquina para hacer tatuajes y todos fuimos su experimento a escondidas de nuestros padres, en mi garaje. Elegí algo sencillo y pequeño porque no me fiaba

demasiado. Los siguientes que tengo también me los ha hecho él, pero cuando cogió más experiencia.

—¿Y tus padres no te dijeron nada cuando te lo vieron?

—Mi madre comentó que era muy bonito. Mi padre me aconsejó que nunca me tatuara el nombre de ninguna novia, que luego no se puede borrar, porque él se tatuó el nombre de mi madre en el corazón cuando empezaron a salir y no se lo puede quitar ni con lejía.

Se me escapa una carcajada.

—Razón no le falta a mi suegro.

A continuación, me explica el significado de sus demás tatuajes: la media luna del hombro izquierdo, porque Iris está en constante crecimiento; la llama ardiendo de su abdomen, porque es una tía resistente y nada ni nadie conseguirá apagarla nunca; el nombre de su banda en el antebrazo izquierdo, porque a ellos se lo debe todo; en el antebrazo derecho, la guitarra eléctrica rodeada por un pentagrama y, encima, la frase en inglés «si es ilegal hacer rock and roll, metedme en la cárcel», que es de Kurt Cobain, y todo en su conjunto quiere decir que Iris es un espíritu rebelde y el rock es su forma de vida.

—¿Y este? —Acaricio con el dedo la constelación de Orión que hay sobre su corazón—. Tiene pinta de ser el más importante.

Iris tarda en responder.

—Y no te equivocas —admite—. Es por Pol, porque él me enseñó a mirar el cielo cuando éramos pequeños. Al llevarlo tatuado, es como si siguiera conmigo y nunca se hubiera ido.

Trago saliva sin decir nada, ya que tampoco hace falta; solo asiento con la cabeza.

—¿Y el escorpión detrás de la oreja por qué es? —suelto tras unos segundos, esbozando una sonrisa juguetona, incorporándome —. ¿Porque eres pequeñita, pero matona?

—Claro; tienes que andarte con ojo conmigo, porque te puedo picar sin que te lo esperes.

Ambas nos reímos.

—Tendré que aprender a convivir con un escorpión.

—Y yo con una francesita estirada —me contesta antes de besarme despacio.

Sonrío contra sus labios y pienso que por fin podemos ser nosotras mismas, sin miedo a que ninguna fecha de caducidad de un contrato de ninguna relación falsa rompa lo que tenemos.

Porque esta vez no estamos fingiendo.

# Epílogo



# Iris

Hoy es trece de agosto.

Hoy cumplo veintiocho años y estoy que no me lo creo. Por fin puedo mandar a tomar por culo los temidos veintisiete y tachar otro de los puntos de mi lista.

Me incorporo lo justo sobre el colchón de la litera de abajo y descorro mi cortina, dejando que la luz del pasillo del autobús de gira que hemos alquilado me deslumbre. Mis amigos se han despertado hace un rato y están formando escándalo fuera, en la zona del estadio donde estamos aparcados para el concierto de mañana por la noche, en Málaga. Cojo mi mochila, que se encuentra a los pies de mi cama, y saco un bolígrafo y mi lista, que la tengo guardada en la cartera. La desdoblo, me voy al último punto…

Y lo tacho. Pero no mediante una fina línea, sino con un borrón rabioso de tinta azulada; lo justo para no cargarme el papel y acabar pintándome el muslo.

A continuación, repaso la lista entera, porque estos meses he cumplido un montón de cosas que me propuse y que no me esperaba:

*1. Formar una banda de rock.*

Mi banda. Mi casa. Mi refugio.

Está lejos de ser perfecta, pero no la cambiaría por nada.

*2. Independizarme.*

Sigo en ello como el intento de la adulta funcional que finjo ser.

*3. Conservar a mis amigos de toda la vida.*

Y les demuestro que los quiero. A mi manera, pero lo hago.

*4. Mejorar la relación con mis padres.*

Nunca he sido la hija ejemplar, porque siempre me ha gustado ir a mi bola y ellos me han dejado mi espacio, pero los llamo todos los días, les mando mensajes por WhatsApp y voy a visitarlos cada vez que puedo, aunque ahora con la gira se me hace difícil. Así que se puede decir que lo he cumplido.

*5. Participar en EuroStars.*

He participado y, además, lo he ganado. Un dos por uno.

*6. Dedicarme a la música sin morirme de hambre.*

De momento me estoy manteniendo con lo que gano, que no es poco.

*7. Si triunfo, que la fama no se me suba a la cabeza. Si se me sube, que alguien me pegue un tiro, por favor y gracias.*

Hasta ahora nadie me ha pegado un tiro, por lo que deduzco que la fama no se me ha subido a la cabeza, aunque sigo sin acostumbrarme a ella.

*8. Hacer sacrificios por Lapislázuli.*

Los he hecho y los seguiría haciendo hasta mi último aliento.

*9. No caer en las drogas.*

No las he probado nunca y, a estas alturas, tampoco creo que las consuma.

*10. Dejar de ser la espectadora de mi vida y empezar a ser la protagonista.*

Parece mentira, pero debo confesar que ya soy la protagonista de mi propia historia.

*11. Hacer que Pol se sienta orgulloso de mí.*

Lo está. Lo sé.

*12. No tener una relación tan tóxica con el alcohol.*

He bajado la dosis y solo me tomo una cervecita de vez en cuando. Lo juro. Hace tiempo que no me emborracho porque ya no tengo dieciséis años y la resaca me dura una semana. Es horrible.

*14. Cuidar de Pau.*

Siempre.

*15. No perderme a mí misma por el camino.*

Estuve a punto, pero lo arreglé con mi par de ovarios.

*16. Sobrevivir a los veintisiete.*

Como diría mi estimada Eduarda: chaooooo.

Me he saltado el punto trece porque es el único que aún no he tachado, y no sé en qué momento se me ocurrió escribir *eso* en el número que da mala suerte. Era pedirle demasiado a mis neuronas idiotizadas.

Es que no me atrevo ni a dibujarle la rayita. Me está yendo la vida tan bien últimamente que hasta me da miedo, porque todo se puede ir al traste en un segundo.

Vuelvo a esconder la lista en la cartera y cojo mi móvil por si me ha escrito alguien.

Sí, mis padres para felicitarme. Gabrielle también, pero no para lo mismo.

**Eduarda:** «Cuando te despiertes, sal de ese bus para que te dé un poco el aire»

—¿Qué dice esta tía? —hablo conmigo misma, leyendo diez veces su mensaje con el ceño arrugado.

Me lo ha enviado hace media hora y no lo entiendo. Será porque aún estoy medio dormida.

Decido responderle:

**Iris:** «¿Qué aire, si estamos en agosto? Lo que me va a dar será una insolación»

No sé por qué los demás están pasando calor fuera si aquí dentro tenemos aire acondicionado.

**Eduarda:** «Ay, Tiffany… Sal de una vez, que una no puede ni darte una sorpresa»

¿Qué sorpresa?

**Iris:** «No me gustan las sorpresas. Gracias»

**Eduarda:** «QUE SALGAS YA, COÑO»

Me asusto al leer esa expresión tan españolizada. Por las mayúsculas, por la palabrota, porque viene de la gabacha… Y porque por un instante pienso que Gabrielle Leroux está ahí fuera, esperando a que me levante, para felicitarme.

No puede ser. Está en plena gira mundial; no tiene tiempo para coger un avión y plantarse en una ciudad perdida de España, teniendo también mañana un concierto en la otra punta del mundo.

Desde mi visita improvisada a París, seguimos juntas (y lo que nos queda). No hicimos ningún comunicado ni nada especial para anunciar nuestra reconciliación porque, ahora que lo nuestro no es fingido, hemos decidido no documentar cada cosa que hacemos, pero los periodistas y los fans no tardaron en enterarse de que habíamos vuelto. Todos se lo tomaron genial y la periodista con nombre de compresa escribió que ella tenía las esperanzas puestas en que «nuestro amor resurgiría de las cenizas como algo real».

Abandono la cama y me pongo las chanclas y un pantalón de chándal corto, porque no me apetece salir en bragas y que me vean un montón de desconocidos que estarán paseándose de aquí para allá, acondicionando el estadio para el concierto.

Camino por esta minicasa portátil y desciendo por las escaleras de la salida, que se halla con la puerta abierta. Todos están reunidos alrededor de una mesa plegable, sentado cada uno en una silla y protegiéndose del sol con una sombrilla de playa: Dani, Candela,

Rober, Bruna, Axel y Gerard; los dos últimos se han pillado vacaciones durante el mes de agosto, se han acoplado en el bus de nuestra gira y ahora estamos conviviendo como sardinas en lata. Sin embargo, me llaman la atención dos personas que están junto a ellos: el lameculo de la francesa y la propia francesa.

Gabrielle, al darse cuenta de mi presencia delante del bus, se pone en pie y se acerca a mí, con una sonrisa enorme, un vestido veraniego amarillo con estampado de flores, unas sandalias con plataforma y dos bolsas colgando de su brazo derecho, con pinta de tener un par de regalos dentro.

—¿Qué haces aquí? —inquiero frunciendo el ceño—. ¿Tú no tuviste anoche un concierto en Praga? ¿No tienes mañana otro en Tokio?

No me cuadran tantas horas de vuelo comprimidas en un par de días ni su energía, aunque se desplace en un jet privado alquilado.

—Sí, pero quería venir para felicitarte tu cumpleaños, pasar el día contigo y celebrarlo juntas. He aterrizado hace un par de horas y esta noche viajaré a Tokio —me explica sin eliminar su sonrisa de su cara mientras nuestro público nos contempla en silencio—. ¿Qué pasa? ¿No te alegras?

—Claro que me alegro, tonta. —Sonrío sin apenas darme cuenta —. Y más, tras haber estado más de un mes sin verte en persona. Pero aún no asimilo que hayas cruzado medio mundo para compartir solo unas horas conmigo.

Con el ajetreo de nuestras giras veraniegas (la de Lapislázuli, por España y la de ella, por el mundo), se nos ha hecho imposible vernos físicamente, pero cada día sacábamos un hueco para hablar por videollamada, respetando la zona horaria de la otra.

—Sabes que lo haría hasta para estar medio segundo contigo en el día de tu cumple. —Me envuelve entre sus brazos y yo me embriago con el aroma de su perfume y el de su pelo—. Felicidades, Tiffany. Por fin dejas atrás los veintisiete y puedes subirte a los ascensores sin miedo a que se descuelguen.

Me echo a reír y le doy un beso en los labios.

—Muchas gracias, Eduarda.

—Te he traído unos regalitos. Ven. —Me coge de la mano, contentísima, a pesar del calorazo que hace, y me obliga a volver a meterme en el bus para que tengamos más intimidad.

—Tampoco hacía falta que me compraras nada.

Me manda callar y nos sentamos en uno de los sofás alargados y tapizados en cuero de la zona común. Me tiende la primera bolsa, y yo la cojo y saco el paquete que contiene dentro, cuya forma es irregular y se encuentra envuelto en papel de regalo plateado con una estrella decorativa pegada.

—Estoy segura de que me lo vas a lanzar a la cabeza en cuanto lo abras.

—Qué intriga —le respondo con verdadera curiosidad—. ¿Qué es?

—Ábrelo y lo sabrás.

Bajo su atenta mirada, desenvuelvo el papel con cero destreza y acabo rompiéndolo en pedazos como una inútil que no sabe ni abrir regalos.

—¿En serio? —le digo en cuanto descubro lo que es, y se me escapa una carcajada al enseñarle la muñeca—. ¿Esto qué coño es? ¿Me estás vacilando, Gabriela Eduarda?

—No podía no regalártela. Me recuerda demasiado a ti.

Me ha regalado a la puñetera novia de Chucky. Me meo de la risa.

—Joder, qué miedo da mi doble —comento al analizarla más de lo necesario sin dejar de descojonarme—. No pienso dormir con ella en la misma habitación.

Gabrielle también se ríe y me da el segundo regalo.

—Ahora toca abrir el importante.

Suelto a la muñeca diabólica a un lado y le arrebato a mi chica mi siguiente regalo, que es rectangular y duro. Esta vez lo desenvuelvo con sumo cuidado, porque tengo la sensación de que se trata de algo delicado.

—¿Tu autobiografía? —le pregunto, impresionada, y desvío la mirada hacia ella—. ¿No salía en septiembre?

—Sí, pero ya está todo listo y la editorial me ha enviado unos cuantos ejemplares para que se los regale a mi gente —me cuenta

con una sonrisa gigante ocupándole la cara—. Tú eres la primera en tenerlo porque quiero que lo leas antes que nadie.

—No sabes la ilusión que me hace, Gabby. —Acerco mi rostro al suyo y la beso con cariño—. Voy a empezarlo esta misma noche.

—Estoy deseando saber qué te parece, sobre todo el capítulo de nuestra historia, que parece una novela en vez de un capítulo.

Le echo un vistazo al libro, con una sonrisa de tonta del culo asomada a mis labios. En la portada aparece ella preciosa, con su atuendo de diva y su tutú, y el título «Gabrielle Leroux: más allá de los focos». Además, es un tocho de más de quinientas páginas traducido al español; se ha quedado a gusto la francesa vomitando su vida aquí.

Lo abro por la primera página y me topo con una dedicatoria, escrita con su puño y letra:

*Para Tiffany,*

*Gracias por haberme destrozado esa falda de tul y por haberte colado en mi vida sin pedir permiso para ponerla patas arriba.*

*T'estimo,*

*Tu Eduarda.*

Cierro el libro, aún sonriendo como una pánfila, y me abalanzo sobre Gabrielle para abrazarla con intensidad.

Hoy cumplo los veintiocho y he decidido dejar de vivir en modo supervivencia para empezar de una jodida vez a vivir de verdad.



# Gabrielle

—¿Y por qué no planta tu árbol el jardinero? —me pregunta Iris, sentada en una tumbona con un mojito en una mano y acariciando a Bartolamiau con la otra, al verme agobiada, cansada y quejándome.

Estoy cavando un agujero en el jardín de mi casa de Barcelona con una pala que es más grande que yo, vestida con ropa viejísima y andrajosa, y me está costando una barbaridad, porque soy demasiado señorita y jamás he sentido interés por la jardinería.

Menos mal que no se me ha ocurrido hacerme la manicura.

—Porque la intención es esa: plantarlo yo —le respondo con voz jadeante y las gotitas de sudor perlando mi frente—. Por algo la lista de sueños es mía, no de mi jardinero.

—¿De verdad no quieres que te ayude? Se te ve sufriendo.

—Que no, pesada. Lo tengo que hacer yo solita, si no, no sirve de nada. —Hundo la pala en el hueco y saco más tierra—. Además, con tu estatura, lo más probable es que te acabes cayendo en este agujero.

—Pues, suerte, porque la vas a necesitar, Maripili.

Ya he cumplido un sueño de mi lista: escribir un libro.

Mi autobiografía salió a la venta hace dos semanas en todo el mundo y en varios idiomas, y se encuentra en el puesto de los más vendidos, igual que mi último álbum, que, cuatro meses después, sigue siendo uno de los más escuchados en todas las plataformas digitales.

No sabía que mi vida le iba a interesar a tantas personas. He recibido tanto críticas positivas como negativas, aunque predominan las primeras, y casi todos mis fans han coincidido en que su parte favorita ha sido cuando empezó mi historia con la rubia.

La opinión que más me ha interesado ha sido la de Iris. Cuando le regalé mi libro por su cumpleaños, estaba ansiosa porque lo leyera para saber lo que pensaba; se lo terminó en tres días, entre conciertos y ensayos, y me estuvo comentando sus impresiones en una larga videollamada. Le había parecido muy interesante y entretenido conocer mi vida desde mis primeros pasos en el mundo de la farándula hasta el día de hoy, y los sacrificios que he tenido que hacer (como alejarme de mis seres queridos; tener siempre un cuerpo normativo; cuidar mi imagen; sonreír, aunque por dentro estuviera mal; dormir poco; asistir a planes sin que me apeteciera o aguantar a productores y a famosos babosos).

Sin embargo, el capítulo que más le ha impactado ha sido en el que cuento cómo, en un evento, uno de los productores musicales más famosos de Francia (no he mencionado en el libro cómo se llamaba para no ganarme una demanda) me llevó a la habitación del hotel en el que se hospedaba para que habláramos más tranquilos, sin tanto ruido a nuestro alrededor, porque había visto un gran potencial en mí y me quería convertir en la próxima diva del pop. Por aquel entonces yo tenía dieciocho años y no era tan conocida todavía, así que me fie de él porque trabajaba con un montón de artistas de renombre y le permití que me llevara hasta su estancia.

Error.

El asqueroso de sesenta años me pidió que me pusiera cómoda en su cama; yo me senté a los pies del colchón, incomodísima, y él se puso a mi lado. Mientras me acariciaba el muslo, me propuso que me acostara con él si quería ser una estrella mundial, y a mí me entraron arcadas por la situación en la que me había metido y por oler su perfume rancio mezclado con el hedor de su sudor de viejo, por lo que me armé de valor y le crucé la cara con una sonora bofetada; después me fui corriendo del hotel, asustada.

A Iris le entraron ganas de viajar a Francia y estrangularlo con sus propias manos en cuanto terminó de leer esa parte de mi historia; yo le dije que lo único que iba a ahorcar era el esqueleto de ese señor, porque, a los pocos meses de aquel fatídico día, falleció de un infarto.

Y cambiando de tema a uno más alegre: su capítulo favorito ha sido el de nuestro romance. De cómo todo empezó como una relación falsa, donde no nos soportábamos, a cómo hemos acabado enamoradas la una de la otra sin esperárnoslo. Me contó que estuvo leyéndolo en sus ratos libres con una sonrisa bobalicona ocupándole la cara; hasta sus amigos, cuando la pillaban así, le preguntaban por lo que había hecho con la Iris de siempre, y ella les respondía que no les lanzaba el libro a la cabeza porque lo había escrito yo y era un regalo superimportante.

—Creo que esto ya está —anuncio tras terminar de plantar mi árbol y echar el último montoncito de tierra.

He seguido religiosamente cada paso que salía en el vídeo de un tutorial de YouTube. Algo debe crecer en ese lugar en los próximos días. A poder ser, un árbol.

Iris se levanta de la tumbona y camina hacia mí, con Bartolamiau entre sus brazos. Cuando se detiene ante mi creación, la mira con detenimiento, haciendo una mueca con los labios; yo aguardo sus comentarios con los brazos en jarras.

—¿Y qué es lo que tiene que salir de ahí? —es lo primero que me pregunta.

—Un árbol.

—Eso ya lo sé, Eduarda. —Se ríe—. Me refiero a qué tipo de árbol.

—Ah… Un jacarandá.

—*¿Jacaqué?* —Frunce el entrecejo—. ¿Es un nombre francés o estás hablando con la letra «a»?

—No, así se llama ese árbol, tanto en francés como en español. —Cojo mi móvil del césped, que lo he dejado ahí mientras trabajaba, y le enseño una foto—. Mira, este es.

El jacarandá es mi árbol favorito, porque desprende elegancia y tiene las flores en tonos violeta. Mi jardín quedará precioso cuando crezca por completo. O eso espero, si he hecho las cosas bien y no se me muere antes.

—Mola mucho —suelta Iris al verlo en la pantalla de mi teléfono —. Ojalá crezca fuerte y sano. Si no, plantas un garbanzo en el envase de un yogur, como hacíamos en el cole, y chimpún.

Me hace reír.

—Eso no serviría, pero no perderé la esperanza de que de ahí salga un jacarandá —le digo señalando con la cabeza el terreno y alzando el puño, en expresión de fuerza—. Por algo soy Gabrielle Leroux.

—Eduarda Martínez —me corrige Iris, y me recorre con su mirada de arriba abajo, arrugando la nariz—. Y date una ducha, anda, que estás guapísima con restos de tierra por todo el cuerpo.

Mmm… Se me acaba de ocurrir una idea para que las dos acabemos metidas en la bañera.

—¿Puedes dejar a Bartolamiau en el suelo?

—¿Por? —me contesta sin comprender nada.

No quiero que mi gata sea víctima de nuestra guerra y se le ensucie su pelaje blanquecino impoluto.

—Tú déjala.

Iris deposita a Bartolamiau en el césped, que se marcha detrás de una mariposa que ha visto, y yo cojo un puñado de tierra y se la lanzo a mi chica a la ropa.

—Oye, ¿qué haces? —me espeta mirándose su camiseta sucia con la boca abierta.

—Así estamos igual de guapas las dos y tenemos una excusa para ducharnos juntas.

Iris atrapa un montoncito de tierra y me lo arroja para vengarse de lo que le he hecho.

—¡Toma de tu propia medicina! —exclama riéndose.

Y las dos nos enzarzamos en una batalla de tierra, huyendo la una de la otra por el jardín, mientras nos desternillamos de la risa. Hasta que no podemos aguantar más y nos dejamos caer en el césped, bocarriba, con la ropa, la piel y el pelo manchados de motitas y marcas marrones.

—Ya has completado tu lista de cosas clichés por hacer, ¿no? —me dice Iris cuando se tranquiliza de las carcajadas.

—Casi —respondo con la vista fija en el cielo azulado—. Me falta tener un hijo.

—Pero si ya tienes a Bartolamiau y a tus doscientos caballos. Se supone que los dueños de mascotas estáis medio locos y tratáis a vuestros animales como si fueran vuestros hijos. Además, adoptaste un pingüino, así que ya tienes dos hijos y, con mi pingüino, un hijastro. Meta completada con creces. Lo que sí que no te recomiendo es aceptar la propuesta tan marciana que te hicieron mis amigos; a saber la criatura que saldría con los genes de cualquiera de esos dos.

Me vuelvo a reír.

—Tienes razón. Tener animales también cuenta. —Ladeo la cabeza hacia Iris; ella mantiene su mirada en el cielo—. ¿Y tú cómo llevas tu lista? Ya la tendrás casi completa.

—Me faltaba el punto trece, pero lo taché después del día de mi cumpleaños porque me di cuenta de que ya lo había cumplido hace tiempo.

Intento hacer memoria, pero no logro recordar lo que ponía en ese punto.

—¿Cuál era?

Sus labios se curvan hacia arriba, formando una bonita sonrisa.

—Quedarme tan pillada por alguien que me haga replantearme mi futuro sola, rodeada de botellines de cerveza.

Yo también sonrío.

—¿Y quién es ese alguien?

Iris se pone de lado para mirarme.

—Una tal Eduarda Manostijeras. No sé si la conoces.

Simulo una expresión pensativa.

—Tiene un nombre muy peculiar; creo que me suena. Yo me he pillado hasta los huesos de una chica que se llama Tiffany Valentine y la quiero con cada célula de mi cuerpo.

—Ah, ¿sí? Ella también te quiere a ti. Más de lo que se imaginaba.

Iris me mira sin decir nada; los rayos de sol nos calientan la cara.

—¿Qué?

—Tienes tierra hasta en el alma —me responde sonriendo como una boba—. Se te va a estropear el cutis de diva.

—He visto en vídeos de TikTok que es bueno para la piel.

—No hay que fiarse de todo lo que sale en TikTok.

Le devuelvo la sonrisa y me levanto del césped.

—Vamos. —Le tiendo la mano; ella se incorpora, enarcando una ceja.

—¿A dónde?

—A la ducha. Hay que quitarse toda esta mugre de encima, que tenemos una reputación.

—Ah, claro. —Pone los ojos en blanco, se agarra a mi mano y la ayudo a ponerse en pie—. Siempre divinas, nunca *indivinas.*

—Exactamente, querida.

Nos reímos al unísono y entramos en casa, dejando un pequeño rastro de arena por el suelo.

—Supongo que serás tú la encargada de limpiar todo esto, ¿no? —me pregunta mientras nos dirigimos hacia el baño—. Has empezado la guerra de tierra y eres la dueña de este chalet; yo solo soy una simple invitada.

—¿Perdona? —Me detengo y la contemplo, con la palma apoyada en mi pecho, boquiabierta—. Vamos a ducharnos primero, que tenemos una conversación pendiente tú y yo sobre eso que acabas de soltar, Tiffany Valentine.

—Entendido, *mademoiselle.* —Me hace una reverencia.

Cuando entramos al servicio, abro el grifo y nos desnudamos en lo que el agua se calienta. Abandonamos nuestras prendas en el cubo de la ropa sucia e Iris se apoya en el marco de la puerta, recorriéndome con su mirada de arriba abajo.

—No te hagas la interesante y métete.

—Solo estaba admirando la pedazo de mujer que tengo delante y lo increíble que me parece que seas mi chica.

Me acerco a ella, con las comisuras de los labios elevadas, y le rodeo la cintura con los brazos.

—Adoro lo romántica que te has vuelto. La Iris anterior vomitaría arcoíris si viera a la Iris de ahora.

Se echa a reír.

—Cállate, Eduarda. —Me da un beso fugaz y hace un ademán con la cabeza—. A la ducha, que necesito cenar algo rico y tumbarme en el sofá contigo mientras vemos una peli.

Nos metemos en la bañera, y el agua caliente junto al gel con olor a fresas con nata nos borra todo rastro de tierra del cuerpo. Iris me enjabona y me enjuaga el pelo, y yo hago lo mismo con el suyo, que resulta que no es rubio de bote, sino natural, por lo que nos engañó a todos en aquella entrevista con los paparazis en nuestra primera cita de mentira.

Cuando salimos, nos ponemos el pijama, cenamos una pizza de peperoni que hemos pedido a domicilio y nos tiramos en el sofá, la una junto a la otra, abrazadas, con una manta echada por encima y Bartolamiau acostada a nuestros pies.

—Volviendo a la conversación pendiente —comienzo a hablar tras unos minutos de silencio disfrutando de la calma—. Una simple invitada no deja sus pertenencias esparcidas por el suelo, ni ocupa mi vestidor con su ropa, ni tiene llaves de mi casa, ni duerme en mi cama con Bartolamiau casi todas las noches, incluso cuando tengo que quedarme en Francia. —Respiro hondo—. En resumen: estamos prácticamente viviendo juntas.

Es cierto que Iris sigue compartiendo piso con Axel y Dani, pero en los últimos meses está pasando más tiempo aquí que allí y tiene más cosas en mi chalet que en su apartamento.

Esboza una sonrisa divertida; ambas nos tumbamos de lado para mirarnos.

—Yo no lo describiría así. Más bien «somos dos personas que comparten el mismo espacio».

—¡Iris! —Le doy un manotazo en la tripa.

—*¡Iguis!* —me imita con muecas de burla y desternillándose de la risa; yo la golpeo de manera cariñosa otra vez y ella me ajusta la manta—. Vale, vale, puede que estemos viviendo juntas casi casi. —Y decide cambiar de tema—: ¿Te has aprendido ya el trabalenguas de los tres tristes tigres?

—Cuando tú te aprendas el de «Les chaussettes de l'archiduchesse sont-elles sèches, archi-sèches?».

Se esfuerza en pronunciarlo, pero lo único que consigue es soltar sílabas ininteligibles con un «cha, che, chi, cho, chu» al final, con una sonrisa risueña.

—Has puesto cara de pánfila —le digo.

—¿Cómo se supone que es una cara de pánfila?

—La que tienes ahora. —Le acaricio un brazo—. De enamorada. Estás adorable.

Iris frunce la nariz, como si le diera vergüenza ajena existir en este instante.

—Ni tengo cara de enamorada ni estoy adorable.

—Lo que tú digas.

—Te quiero, Eduarda —me dice de repente, sin abandonar esa cara que dice que no tiene, y se vuelve a abrazar a mí, colocando su cabeza en mi cuello.

—Yo también te quiero, Tiffany.

Después de pasarme media vida yendo de un lado a otro, he aprendido que mi lugar del mundo favorito es este: donde dejo de ser la diva Gabrielle Leroux para ser simplemente yo, compartiendo este momento con la chica que está ahora mismo junto a mí, acariciándome el pelo y a punto de quedarse dormida, mientras vemos las pelis de *Eduardo Manostijeras* y la primera de Chucky.

Y no me apetece estar en ningún otro sitio.

FIN

# ACERCA DE LA AUTORA

**Gema Martín Muñoz** es una escritora granadina a la que le apasiona el mundo de las letras. Comenzó su carrera literaria administrando un blog en el que compartía las reseñas de los libros que leía. No fue hasta 2016 cuando se atrevió a crear sus propias historias y publicarlas en Wattpad, donde su primera novela, *Entre las nubes y las estrellas*, alcanzó el millón de lecturas, dando lugar a una fiel comunidad de lectores. En 2018 decidió dar el salto a la autopublicación en Amazon.

Escribe novelas románticas *new adult* que contienen representación LGBT y grandes dosis de humor, aunque también le gusta añadir un poco de drama. Además de la escritura, le encanta leer, ver series, los gatos (siempre encontrarás alguno en sus historias), interactuar con sus lectores y la música, con la que se inspira para darles forma a sus escritos.

La puedes encontrar en:

- Instagram: @gema_martin_munoz
- Wattpad: @Gema_Martin_Munoz
- Threads: @gema_martin_munoz
- TikTok: @gema_martin_munoz

# OTRAS OBRAS

• Trilogía «Between»:

*1.*
*Entre las nubes y las estrellas*
*2.*
*Entre el hielo y el fuego*
*3.*
*Entre el corazón y la razón*

• Bilogía «Diamantes» (relacionada con la trilogía «Between»):

*1.*
*Somos dos diamantes en el universo*
*2.*
*Somos dos diamantes formando constelaciones*
3.
*Somos dos diamantes en Halloween* (relato)

• *Tú y yo, perfectamente imperfectos* (independiente, pero relacionado con la bilogía «Diamantes» y trilogía «Between»).

• Serie «Lo que nos unió»:

*1.*
*El yin, el yang y el maldito virus que nos unió*
*2.*
*El caos, la armonía y la maldita tela de araña que nos unió*

• Serie «Oxímoron»:

*1.*
*Atrapados en la magia del amor*

• Serie «Lapislázuli»

*1.*
*Ojalá reescribamos nuestra historia*
*2.*
*Las protagonistas de nuestra mentira*